



PROLOGO DEL AUTOR.

La continuacion que emprendemos de la excelente Historia de España, que dedicó á la posteridad el doctísimo P. Juan de Mariana, es ciertamente una obra muy dificil y de infinito trabajo. Porque son tan varios y complicados los cargos, los consejos y los sucesos, que el explicarlos dignamente en una obra tan breve exîge un talento muy superior, habiendo crecido tanto el poder de los Españoles, que se ha extendido formidable mas allá de los límites del sol. Pero los ánimos elevados nunca se sacian de victorias: porque las riquezas fomentan la humana codicia, y se irrita mas con los mismos remedios que debian templarla; llegando con su desórden muchas veces á tal extremo, que se ve muy fatigada con la grandeza de las cosas adquiridas. Por esta causa la Nacion Española ha llevado la guerra á tantas, tan diversas y distantes regiones, y ha recogido tantos laureles, que para escribir su Historia es preciso recorrer todo el orbe, y abrazar con la imaginacion todo el género humano. Pero para satisfacer á la curiosidad y noticia del lector en la narracion de tantas y tan ilustres hazañas sin omitir cosa alguna digna de memoria, procuraré acercarme en lo posible á la brevedad del P. Mariana, y le seguiré aunque con pasos desiguales, pues conozco muy bien que es mucho mas fácil hacer algo, que hacer lo mismo. Además, el cuidado de referir la verdad que con tanta diligencia buscó siempre Mariana, aumenta gravemente la dificultad, siendo tantos los escritores que han tratado estos mismos sucesos, pintándolos segun sus diversas inclinaciones y

afectos ; y no habiendo ninguno que esté exênto de ellos, es quasi imposible que no peque contra las leyes de la Historia, á no ser algun Cosmopolita desconocido, que por amor á la verdad tenga siempre en la mano la balanza de Themis para pesar escrupulosamente todas las cosas. No negaré que miro con afecto las nuestras, pero sin agravio de las extrañas. Cada Nacion tiene muchas cosas dignas de alabanza, y otras de vituperio. De estas hablaré con la mayor moderacion que me sea posible, recopilando los hechos que he de referir de los Autores mas acreditados por su integridad sin distincion de Naciones, pues aquel tendrá para mí mayor autoridad que se acerque mas á la verdad exâcta. Finalmente pondrémos el mayor cuidado en las demas circunstancias que adornan la Historia, aunque la noticia de los hombres, de las cosas y de los lugares de qualquier modo que se escriba, además de su utilidad real, trae consigo un honesto deleyte ya divirtiendo, y ya formando el juicio de los lectores, como dixo un antiguo. No me he atrevido á escribir los sucesos del siglo pasado por evitar que muchos se diesen por ofendidos, y por no permitírmelo mi edad y salud quebrantada. Otros podrán ilustrar esta misma Historia con mayor copia y elegancia de estilo; pero yo me contento con haber mostrado el camino (no sé si con feliz éxîto) por el qual puedan seguir á Mariana los dotados de singular ingenio y excelente doctrina, y juntar en un solo cuerpo toda la Historia de España.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA PROCLAMACION DE CARLOS PRIMERO, REY DE ESPAÑA.

Hechas con grande magnificencia las exêquias del Rey Don Fernando, y enxutas las lágrimas que se derramáron por su muerte, se trató en el Consejo de enviar á Don Cárlos el testamento en que era declarado sucesor, suplicándole viniese quanto ántes á tomar posesion de sus reynos heredados. Para este efecto se le despacháron cartas con fecha de veinte y 1516. dos de Mayo de mil quinientos y diez y seis. Entretanto se encargó el cuidado del gobierno al Cardenal de España D. Fr. Francisco Ximenez de Cisneros, y al Dean de Lovayna Adriano Florencio, natural de Utrech, el que desde luego comenzáron á exercer con poca conformidad en sus dictámenes, ya por la diferencia de costumbres, ó ya porque ni uno ni otro podia admitir compañero en el mando. De la Reyna Doña Juana, á causa de su demencia, no se hizo por entónces mencion alguna. Su hijo Don Fernando no podia intrometerse en las cosas del Estado, segun lo habia dexado dispuesto su abuelo en su testamento, para que al deseo de reynar no se juntase el poder, y fuese ocasion de civiles discordias y turbulencias. Por disposicion del Cardenal, y con mucho aplauso de los

del Consejo se trasladó la Corte á Madrid; y rezeloso de que Don Fernando tenia muchos partidarios, le llevó consigo, y á Doña Ursula Germana, viuda de Don Fernando el Cathólico.

Miéntras tanto que se trataba de arreglar las cosas públicas, que en los principios de un reynado estan mas expuestas á novedades, indignados los Grandes de que todo lo gobernase el Cardenal, á quien tenian grande ódio, no omitiéron medio alguno para derribarle, y reducirle al estado de persona privada. A este efecto escribiéron al Rey cartas en que, entre otras cosas, le acusaban „de ser un hombre agres„te y demasiado severo para el gobierno: que su na„tural violento y sanguinario no respiraba sino la „guerra: que si no ponia remedio oportuno era temi„ble la próxîma ruina del reyno.“ Por el contrario, el Cardenal y el Consejo le advirtiéron „del peligro „que amenazaban las ocultas maquinaciones y juntas „de los Grandes que despreciaban su gobierno: que „eran muy pocos los que obedecian los mandatos del „Consejo, y ninguno contra su voluntad propia: que „carecia de la suficiente autoridad y fuerzas para su„jetarlos; y que su contumacia habia llegado á tal „extremo, que ya no podia finalmente contenerse y „quebrantarse, sino usando de la fuerza y de las ar„mas: inconvenientes todos dignos de una madura „atencion.“

Entre tanto Don Cárlos recibió la triste nueva de la muerte de su abuelo; y despues de haber dado sínceras señales de dolor, y elogiado como debia la memoria de Príncipe tan grande, mandó celebrar exêquias con aparato magnífico en la Iglesia mayor de Gante; y para que no faltase circunstancia á la solemnidad de este acto, asistió él mismo vestido de luto. Hecho esto, y convertida la tristeza en alegría, despues que fué saludado Rey de España, dirigió sus cuidados á las cosas del reyno. Lo primero que hizo fué responder al Consejo: „que deseaba venir á Es„paña y satisfacer sus deseos; y que en el ínterin „era su voluntad gobernase el Cardenal, cuya fideli-

„ dad y zelo apreciaba mucho : que además queria que
„ el título de Rey que habia aceptado por consejo del
„ Emperador su abuelo , y del sumo Pontífice , fuese
„ confirmado por todos los Estados del reyno, aten-
„ diendo en esta parte á los derechos de la nacion. “
Al mismo tiempo escribió al Cardenal recomendándole que pusiese en esto todos sus conatos ; porque le parecia conveniente al bien público en unos tiempos tan calamitosos. No era muy fácil conseguirlo viviendo la Reyna Madre , y estando los ánimos tan discordes : pero al fin venció la constancia de Ximenez, que con un grave discurso que hizo en el Consejo allanó todas las dificultades y triunfó de la resistencia de los Grandes, que andaban maquinando dilaciones. Despues mandó alzar los estandartes por Don Cárlos de Austria , como se acostumbra en las aclamaciones de los Reyes , primero en Madrid á treinta de Mayo , y despues en todo el reyno. Algunos comenzaban á declararse por el Infante Don Fernando , que por haber nacido y criádose en España , y por habituado á sus usos y costumbres parecia mas afecto á la nacion. Pero este designio , que solo se susurró entre pocas personas, causó gran perjuicio á aquel excelso jóven , pues habiéndose manifestado mas abiertamente sus partidarios en el año siguiente , fué acusado de que aspiraba al reyno , y le quitáron todos sus criados, poniéndole otros desconocidos que le custodiasen y observasen su conducta.

Los Grandes acostumbrados á conseguirlo todo por fuerza , con la muerte del Rey Don Fernando , que con su severidad los contenia en respeto , volviéron á seguir su antigua inclinacion. Don Pedro Giron, hombre inquieto y revoltoso , habia hecho una entrada con gente armada por las tierras del Duque de Medina Sidonia con pretexto del derecho de su muger Doña Mencía , cuyo pleyto se habia ventilado en tiempo del Rey Don Fernando. Era temible que las partes viniesen á parar en una guerra abierta , teniendo cada una parciales poderosos. El Cardenal habiéndose valido en vano de todos los medios suaves ; para que la audacia

no creciese con la impunidad, envió á Don Antonio de Fonseca con un buen golpe de gente armada contra Don Pedro Giron, el qual se sometió, y sin ser necesario venir á las manos, dexó las armas con que habia inquietado toda la Andalucía. En Málaga se levantó otra tempestad. Los ciudadanos se sublevároń contra el Almirante, y tomáron las armas por la libertad en que pretendian mantenerse. Amonestados por el Cardenal para que volviesen á su deber, persistiéron contumaces, sin atencion á la dignidad de la persona que les mandaba una cosa tan justa. Viendo pues que era preciso sujetarlos con la fuerza, envió con tropa á Don Antonio de la Cueva. Pero los rebeldes, siguiendo mejor consejo, le saliéron al encuentro en Antequera prometiendo que serian obedientes, y que se sujetarian á los Magistrados. Don Antonio los escuchó benignamente, pero no quiso deliberar cosa alguna sin dar parte al Cardenal. Y movido éste del arrepentimiento de los Malagueños, mandó perdonarlos, y que solo se impusiese la pena de muerte á los autores del tumulto. Para asegurar la autoridad con las armas, como era amigo de dominar, mandó hacer levas por todo el reyno, y en breve formó un buen exército para tenerle prevenido en qualquier acontecimiento. El pretexto era para contener á los Moros, enemigos quotidianos, que en todas partes nos molestaban; pero su verdadero designio el de reprimir la autoridad de los Grandes y la contumacia de los pueblos. No faltáron ciudades que resistiéron los mandatos del Cardenal prohibiendo los alistamientos á instancia de los Magistrados. Persistiendo el Cardenal con mayor teson en sus mandatos, hiciéron manifiesta resistencia estas ciudades, y especialmente la de Valladolid, que llegó al extremo de juntar un exército para oponerse con la fuerza en caso necesario. Los Grandes noticiosos de los intentos del Cardenal, se pusiéron de parte de las ciudades rebeldes, y con secretas inteligencias irritaban los ánimos y echaban leña al fuego. El Cardenal dió cuenta al Rey, y en vista de su respuesta dexáron las armas, y obedeciéron los

de Valladolíd, con lo qual calmó la sedicion.

No faltáron por este tiempo temores externos, pues por la parte de Francia habia hecho una entrada en la Navarra Don Pedro de Navarra, apasionadísimo sequaz de la casa de Labrit, para que los del pais, visto el socorro que les presentaba, se apartasen de la obediencia de Castilla, á cuyo dominio habian sido poco ántes sujetados por Don Fernando el Cathólico. Pero habiéndole salido al encuentro con un poderoso exército Don Fernando de Villalva, Capitan de mucha experiencia, le presentó batalla en lo mas estrecho de los montes. La victoria al fin se declaró por Villalva, y Navarra con grande parte de la nobleza que le seguia quedáron prisioneros. Sin embargo el éxîto fué desgraciado para uno y otro General. Navarra encerrado en el castillo de Simancas, desesperando conseguir su libertad, se dice que se mató á sí mismo, y que de este modo pereció ignominiosamente. No duró mucho á Villalva la alegría de la victoria, porque acometido de una repentina enfermedad murió en Estella en los brazos de su muger, no sin sospechas de que le habian dado veneno. Este mismo año expulso Labrit del reyno, murió de pesadumbre; y de allí á pocos dias falleció tambien la Reyna Catalina, dexando por heredero á Enrique su hijo. Don Fadrique de Acuña tuvo por sucesor en el gobierno á Don Antonio Manrique Duque de Náxera, varon de mucha fidelidad y de muy excelsos progenitores. Al mismo tiempo siguiendo el Cardenal el consejo de Villalva, mandó demoler todas las ciudadelas y lugares fuertes de Navarra, á fin de quitar á los Navarros las fuerzas y el deseo de rebelarse, y solo fué conservado el castillo de Marcilla, que era inexpugnable por la naturaleza y el arte, lo qual se debió al valor de Doña Ana de Velasco, muger del Conde de Falces. Procuró guarnecer y fortalecer á Pamplona, para cerrar por aquella parte la entrada á los Franceses.

Gobernaba entónces á Aragon Don Alonso hijo de Don Fernando el Cathólico, nacido de Aldonza su concubina, baxo de cuya tutela se hallaba el reyno li-

bre de toda suerte de alteracion. Llegáron al Rey muchas súplicas y ruegos de sus vasallos, por medio de una solemne embaxada que le enviáron, en que le manifestaban que esperaban con grande impaciencia su venida. Este afectuoso cuidado, que era indicio de su amor y lealtad, le fué sumamente agradable. Aumentada por Ximenez la armada naval con veinte galeras para guardar y conservar las costas de España, parte de ella peleó prósperamente con los piratas, y habiendo apresado cinco galeras de los Mahometanos, y muerto á seiscientos de éllos, fuéron conducidas á remo al Puerto de Alicante. Sabida esta victoria por el Papa Leon X. escribió al Cardenal dándole el parabien, y animándole á perseguir los enemigos del nombre christiano. Otras quatro galeras fuéron apresadas por Berenguer Olms. Volviéron los Moros á dexarse ver en las costas de Andalucía, pero en lugar de la presa que esperaban, fuéron derrotados y muertos muchos de ellos; y de este modo quedó limpio el mar y la tierra de Piratas, á costa de la sangre de pocos Christianos. Entretanto acaeció una contienda entre Españoles y Genoveses, irritados éstos por la insolencia de Juan Rius, corsario Catalan, que contra todo derecho y justicia les habia robado sus naves. Lo que mas les incitó á la venganza fué la soberbia respuesta que les dió el Catalan en el puerto de Cartagena adonde habian entrado, y no sufriendo los Genoveses la contumelia sobre la injuria recibida, comenzáron á disparar la artillería de sus buques, y les correspondiéron con denuedo los Españoles trabándose una reñida pelea. En lo mas fuerte de ella, cogiendo Olms un esquife saltó á tierra, y puso en arma á la multitud que ya estaba prevenida para resistir á los Genoveses; pero la noche puso fin al combate con no pequeña perdida de unos y otros. Indignado gravemente el Cardenal de esta ofensa, y como tan acerrimo defensor de la autoridad Real, ordenó por un edicto que inmediatamente saliesen de España todos los Genoveses, y se seqüestrasen sus bienes y efectos, pero despues le revocó la benignidad del Rey

habiendo implorado aquellos su clemencia. El corsario Rius, además del estrago que padeció su galera, no hubiera evitado el castigo, si el favor de la Corte no hubiese desarmado la ira del Cardenal. Ramon de Carrós Valenciano, hombre muy valeroso, desbarató los intentos que Homich Barbarroxa tenia de tomar á Bugía; cuya ciudad combatió en vano el Turco con terrible batería de máquinas de guerra, perdiendo allí á Isaac su hermano, y la mano izquierda, bien que reparó esta falta acomodándose en el codo otra de hierro. Mas no tengo necesidad de referir aquí lo que ya queda dicho por el Padre Mariana.

En este tiempo las cosas de Nápoles se hallaban tranquílas por el cuidado é industria de su Virrey Don Ramon de Cardona. Francia que preparaba las armas no dexaba de causar temor; pero éste no pasó adelante, pues habiéndose unido el Papa y el César, fuéron arrojados los Franceses de casi todo el Ducado de Milan. El César mudando repentinamente de dictamen se retiró con sus tropas á Alemania sin miramiento alguno á su dignidad ni al honor de la guerra; con cuya ligereza de ánimo proporcionó á los Franceses la ocasion de recobrar lo perdido. Entretanto comenzáron á tumultuarse tan obstinadamente los de Palermo, que el Gobernador Don Hugo de Moncada, Caballero de San Juan, se escapó de su tribunal y huyó á Mecina, habiendo el pueblo tomado contra él las armas. El pretexto que alegaban para perseguirle era que habia continuado en aquel Gobierno despues de la muerte de Don Fernando que le nombró, y que no habia pedido la confirmacion al Rey su sucesor. Si hemos de dar crédito á Paulo Jovio, las verdaderas causas del ódio de los Sicilianos contra Moncada eran sus rapiñas y tiranías en que imitó á Verres. Las cabezas de la sedicion fuéron Federico Abatelo, y Pedro de Cardona, los Condes de Camerino y Colisano, y otros de la primera nobleza. Llamó el Rey á las partes para exâminar la causa de aquella sedicion, y nombró en el ínterin por Gobernador de la isla á Hector Piñateli Conde de Monteleon.

Arregladas las cosas de Flandes, se puso Don Cárlos en marcha para España, y de camino visitó las Ciudades de aquella Provincia. En Bruselas dió el Toyson de oro, blason insigne de la casa de los Duques de Borgoña, á algunos de los nobles, entre los quales Don Juan Manuel fué el primero de los Españoles á quien hizo este honor. A Pedro de Mota, á Alonso Manrique, y Adriano Florencio confirió los Obispados de Badajoz, Córdova, y Tortosa con aprobacion y confirmacion del Sumo Pontifice. Pero no apresurándose en el viage á estos Reynos tanto como deseaban los Españoles, á principios de este año de
1517. mil quinientos y diez y siete envió á España á Cárlos Laxao váron de gran nobleza entre los Flamencos, para que se asociase á Ximenez y Adriano en la administracion del Reyno. Esta eleccion la solicitáron los Grandes para mortificar al Cardenal Ximenez, segun entónces se dixo. Pero este que no hacia grande aprecio de Adriano, despreció mucho mas á Laxao como poco experimentado en los usos y costumbres de España. Sucedió una vez que los Gobernadores Flamencos mandáron que les traxesen á firmar los despachos Reales expedidos para los negocios públicos; y poniendo sus firmas en el lugar mas preeminente, dexáron en blanco el mas infimo para el Cardenal, dando en esto á entender que ellos tenian el primer lugar en el mando. Pero Ximenez que á nadie cedia el puesto, menospreciando la arrogancia de estos hombres, rompió aquellos despachos, y haciendo escribir otros los firmó él solo, y de este modo los hizo dirigir á sus destinos. Esto mismo practicó de allí adelante sin que los Flamencos se atreviesen á contradecirle en nada, aunque despues les fué asociado Armastorpho Camarero mayor del Rey. Descargó Ximenez gravemente su ira en Don Juan de Velasco, porque habiéndole mandado que entregase Arevalo y otros pueblos á Doña Germana, y rehusando él obedecerle, le estrechó fuertemente no admitiéndole ninguna excusa. Despues de muchos debates inutiles venció con terribles amenazas la pertinacia de Velasco que habia creido propio de su

honor el defenderse con las armas, y al fin tuvo que dexarlas, y los pueblos que pretendia retener. De una causa nació otra, porque los del pais pusiéron demanda para que no se les separase del Real dominio cuyo pleyto duró hasta la venida del Rey, quien mandó que los pueblos se entregasen á Germana.

CAPITULO II.

ALGUNAS SEDICIONES APACIGUADAS, Y TRATADO DE PAZ CON FRANCIA.

No perdonaba el Cardenal fatiga alguna por el bien del Estado, y decoro de la Magestad Real de que era gran defensor; y así no cesaba de reprehender á los Ministros Flamencos que con su avaricia y ambicion lo echaban todo á perder. Acudian á ellos en tropas los pretendientes que no podian conseguir favor alguno con el Cardenal, hombre de carácter mas severo. A todas horas se hacian ventas de los empleos, y se daban los oficios y cargos al que mas ofrecia, sin omitir ningun género de lucro grande ó pequeño. No pudiendo el Cardenal ni el Consejo sufrir estos desórdenes dirigiéron al Rey cartas muy sentidas quejándose de la escandalosa codicia de los palaciegos Flamencos, y amonestándole seriamente del peligro que corria. Pero el Príncipe estaba enteramente dominado de los Flamencos, que abusaban de tal modo de su crédito y confianza, que todos los avisos y saludables consejos fuéron inútiles. Habia en este tiempo muchas causas de iras y discordias con los Mendozas; pero habiéndose reconciliado por intervencion de sus amigos, se desvaneció el peligro que amenazaba este descontento. Encendiose nueva ira contra Giron, porque litigando con él Don Gutierre de Quixada por la posesion de Villardefrades cerca de Valladolid, Gutierre procedia por los términos del derecho y justicia, y Giron con la fuerza de las armas. En esta ocasion algunos jóvenes de la nobleza amigos de Giron fuéron á buscar-

le al pueblo en que habitaba para ayudarle en esta demanda, y no hubo cosa que no hiciesen ni dixesen contra el Cardenal con insolencia increible. No tardó este mucho tiempo en tomar venganza de tan indigna maldad, pues habiendo enviado á Sarmiento con algunas tropas, se escapáron los amotinados y le dexáron libre el pueblo con tan prudente como noble consejo. La culpa recayó en sus moradores, y el castigo fué poner fuego al lugar. Inmediatamente voláron al Rey mil calumnias de los que reprobaban la severidad del Cardenal en este hecho. Pero el Príncipe en su respuesta aprobó todo lo executado, y se aplacó la tempestad. Giron que temia el duro carácter del Cardenal, se puso luego en marcha y vino á pedirle perdon de todo lo pasado; y persuadido Ximenez de que era pena bastante para un hombre tan poderoso aquel acto de humillacion, como era de genio magnánimo le admitió en su gracia, y procuró que el Príncipe le recibiese en la suya.

Otro escollo de la pública tranquilidad fué el Duque de Alba con motivo de la disputa suscitada sobre el Priorato de los caballeros de San Juan. Pedianle á un mismo tiempo Don Diego hijo del mismo Duque de Alba, y Don Antonio de Zuñiga hermano del Duque de Bejar. Como no se encontrase ningun medio de apaciguar esta discordia, se disponian ya á recurrir á las armas. Don Diego se retiró á Consuegra con gente armada, á fin de obtener con la fuerza lo que no pudiese por la bondad de la causa. Deseoso Alba de ayudar á su hijo le envió prontamente mil infantes con alguna caballería; cuyas tropas fuéron desbaratadas en su marcha por Don Fernando de Andrade á quien el Cardenal confió esta empresa, y con esto perdiéron los de Alba la esperanza de mantener el pueblo. Finalmente despues de haber experimentado ser vanos sus esfuerzos, por consejo de hombres prudentes fué puesto el Priorato en seqüestro, y con esto cesó la guerra. Con la venida del Príncipe se transigió tan molesto pleyto con beneficio de las partes. Increibles son las cosas que hizo y resolvió la invencible cons-

tancia del Cardenal, y si no hubiera sido tan grande en unos tiempos tan dificiles, hubiera sucedido tal vez una infinidad de gravisimos males. A la verdad este hombre solo goberno tan diestra y prudentemente la republica en paz y en guerra, que la entregó al Príncipe libre y bien ordenada. No faltó á su admirable talento el arte de vencer á los enemigos, ni el de hacer que los ciudadanos se contuviesen en sus deberes. Lo mas digno de admiracion, y lo que en todos los siglos debe hacerle memorable es, que en medio de tanta multitud de cuidados dispuso la famosa edicion de la Biblia Complutense como si no tuviese otra cosa á que atender.

En este tiempo estaba de luto el reyno de Portugal por la muerte del Cardenal Alfonso hijo del Rey Don Manuel; y la tristeza llegó á su colmo con la desgracia de la Reyna Doña María que murió de sobreparto junto con el niño recien nacido. Así perecen las cosas caducas, porque es ley inmutable de la naturaleza que se quiebren los vasos fragiles. Sirvió de algun consuelo la doble victoria ganada por Nuño Fernandez contra los Xerifes que se habian sublevado, y la extension del imperio Lusitano en Africa. No era tan feliz la suerte de los Castellanos en aquella parte, porque Homich, que con fraude se habia apoderado de Argel, pasando de pirata á ser Rey, despues de haber muerto á Tumin su Monarca legitimo, preparaba sus armas contra los presidios de España. Conmovidos con la noticia los presidiarios avisáron del peligro al Cardenal, y le pidiéron auxîlio si no queria perder lo ganado. Para divertir al enemigo acometiéndole por mar, mandó Ximenez juntar á la ligera ocho mil hombres de gente baxa y turbulenta, los que se embarcáron baxo las órdenes del Capitan Don Diego de Vera, el qual habiendo desembarcado en Argel, no pudo poner en práctica sus designios por la falta de obediencia de los soldados: pues habiéndose dispersado para robar, con desprecio de las órdenes de su Capitan, fuéron sorprehendidos de improviso por Homich, y destrozados como en venganza de haber quebrantado la

disciplina militar. Pereciéron en esta pelea tres mil: otros quatrocientos fuéron hechos esclavos; y los demas se salváron retirándose á sus naves, y volviéron á España con ignominia y pérdida considerable.

El Cesar Maxîmiliano vino á Bruselas con los Grandes de Alemania, y de este viage resultó hacer las paces con Francisco Rey de Francia, para que por la ausencia de Cárlos no estuviese expuesta la Flandes á ningun insulto. En la ciudad de Noyon en el Franco Condado se juntáron los Embaxadores, y despues de muchos debates se ajustáron las condiciones en los términos siguientes. ,,Que Cárlos y Enrique prosigan en ,, justicia su demanda sobre el derecho al reyno de ,, Navarra. Que Francisco dé á Cárlos por esposa á ,, su hija Luisa de edad de un año. Ceda á título de ,, dote sus derechos al reyno de Napoles. Que pague ,, Cárlos cien mil ducados de pension cada año para ,, alimentos de la esposa exîgidos de las rentas de Na-,, poles, y si ella falleciese ántes de las nupcias, que ,, haya de desposarse con la hermana inmediata; y á ,, falta de ellas con Renata Inglesa cuñada de Francis-,, co. Que Maxîmiliano restituirá á los Venecianos la ,, ciudad de Verona; y los Venecianos entregáran de ,, contado á Maxîmiliano doscientos mil ducados.“ Aunque estas condiciones eran tan poco favorables á Don Cárlos, se vió precisado á admitirlas por la necesidad que tenia de venir á España; pero mas adelante fuéron causa de grandes disensiones.

Defendida Verona largo tiempo por los Españoles y Alemanes, fué entregada á Lautrec Gobernador de Lombardía para que la restituyese á los Venecianos, y de este modo fué dada la paz á Italia. Pero de allí á poco tiempo la turbó Francisco de la Rovere conduciendo algunas tropas que ántes se habian sacado de Verona, y hizo con ellas una entrada en el principado de Urbino, de que habia sido despojado por el Pontifice. Este incidente ponia las cosas en gran peligro, así por las fuerzas de Francisco de la Rovere, como por el descuido de Lorenzo de Medicis; pero habiendo sobrevenido Moncada enviado por Don Cárlos restableció de nuevo

la paz. El de la Rovere se retiró á Mantua llevándose los tesoros, la biblioteca que era muy exquisita, la artilleria y otras máquinas de guerra. El de Medicis fue restituido en el principado con la dura condicion de pagar el sueldo de las tropas. Desde allí Moncada, que tenia en Italia el gobierno maritimo, llevó á Napoles los tercios viejos de la Nacion Española.

El Concilio Lateranense comenzado por el Papa Julio II contra los Cardenales cismáticos que se juntáron en Pisa y sus sequaces, fué concluido por Leon X, habiendo perdonado el Rey á Bernardino de Carvajal, y Federico Sanseverino autores del cisma. En este tiempo se celebró solemnemente la canonizacion de la Reyna Isabel de Portugal, muger de vida y costumbres santisimas, y se consagró su memoria para siempre celebrándose anualmente su fiesta en la Iglesia; y al Rey Don Manuel se le concedió el Patronato de las Ordenes Militares. Adriano, á quien poco ántes se habia conferido el Obispado de Tortosa, fué condecorado con la purpura de Cardenal. Con tan altas dignidades fueron premiadas la enseñanza que dió á Carlos en su juventud, y su fidelidad y hombría de bien. En este tiempo murió Doña Juana de Aragon, hermana de Don Fernando el Cathólico que habia estado casada con Don Fernando Rey de Napoles, hijo de Alfonso el Grande; y fué sepultada junto al altar mayor de Santa Maria la Nueva, donde se ve su estatua de marmol. En Roma pasó de esta vida á la inmortal Don Diego de Serra, Obispo de Calahorra y Cardenal, natural de Valencia, y su cuerpo fué sepultado en Santiago de los Españoles.

Mientras tanto se hallaban tranquilas las cosas de Sicilia, habiendo sido sacados de allí los fomentadores de las sediciones; y parecia hallarse ya amortiguado el ardor de los ánimos, quando de repente se esparció el rumor (sin saberse su origen), de que en Flandes y en Napoles donde se hallaban presos los nobles Sicilianos habian sido muertos por mandado del Principe: con lo qual volvió á sublevarse el pueblo instigado por Lucas Squarcialupo. Tomáron las armas y

acometiéron con ímpetu á los Consejeros del Rey, á quienes atribuian la muerte de sus nobles: algunos de ellos pudiéron escaparse, pero los mas fuéron asesinados. Pusiéron en prision al Gobernador; y habiendo conseguido salir de ella disfrazado, al dia séptimo se huyó en una pequeña nave á Mecina, donde se hallaban tranquilos los ciudadanos, encargando el cuidado de apaciguar la sedicion á su Teniente Guillelmo de Vintimilla. Este pues comenzó á tratar el negocio con destreza y maña. Luego que vió que las cabezas de los rebeldes, despues de sus robos, incendios y rapiñas, estaban descuidados y vivian sin temor alguno, aprovechándose de esta ocasion fué á la Iglesia acompañado de una gran multitud de nobles, dando á entender que concurria á la celebracion de los Divinos Oficios. Allí desenvaynando de improviso la espada mató á Lucas por su propia mano: los nobles que le seguian matáron á dos compañeros suyos, y á otros que fuéron presos los hizo llevar á la horca, accion heroyca si en ella no hubiera sido violada la santidad de la casa de Dios.

De este modo reprimió algun tanto el desenfreno de la plebe. Mas como no pudiesen los Magistrados apaciguar enteramente la sedicion, representó Piñateli al Príncipe que era preciso recurrir al auxilio de las armas, y noticioso de que el contagio se iba extendiendo por Sicilia, mandó á Don Juan de Guevara, Conde de Potencia, y á Don Hernando de Alarcon, que desde Napoles pasasen á aquella isla para reprimir á fuego y sangre á los sediciosos. Habiendo desembarcado en Sicilia este socorro, comenzáron á hacer pesquisas para descubrir á los que se hallaban escondidos. Toda la isla fué purificada con la sangre de los culpados: sus bienes fuéron confiscados; y con ellos de mandato del Príncipe se resarciéron los daños que habian padecido los nobles, como de los Moncadas lo escribe Languegla: y sus casas fuéron arrasadas en venganza y memoria de la maldad cometida. Pero fuéron mas crueles las justicias que se executáron en Palermo, pues parte de ellos pagáron la pena de su

rebeldía, colgados infelizmente de un árbol; quatro fuéron precipitados desde una torre muy alta, y otros pereciéron ahorcados en la carcel. Tal fué el fin sangriento y miserable de este furor y locura. Los demas que se hallaban presos en varias partes, habiéndose averiguado que no habian intentado cosa alguna contra el Príncipe fuéron puestos en libertad. Hemos juntado en un lugar todos estos hechos que sucediéron en tres años despues del siguiente para no interrumpir su narracion refiriéndole en sus lugares oportunos. Volvamos ahora á seguir el hilo de lo que dexamos pendiente.

CAPITULO III.

DE LA LLEGADA DEL REY A ESPAÑA; Y MUERTE DEL CARDENAL XIMENEZ.

Habiéndose ajustado la paz con el Frances se volvió Maxîmiliano á Alemania. Su hija Margarita quedó Gobernadora de Flandes, y Don Cárlos con Doña Leonor su hermana pasó á Middelburgo, llamado por los antiguos Castrum Metelli, para embarcarse, siguiéndole Gesvres primer Ministro del reyno y otros muchos cortesanos. Los navíos de esta armada eran cerca de ochenta, los mas de ellos Españoles y enviados por Ximenez. Pero no pudo marchar tan presto como lo exîgia la necesidad á causa de las tormentas que se levantáron en el mar, y por las cosas de los Holandeses, y otras que sobreviniéron con motivo del mismo viage, que al fin se verificó en el mes de Setiembre. Durante su navegacion se incendió casualmente un navío, y pereció con todos sus pasageros. Pero trece de ellos arribáron con feliz navegacion, y obligados de los vientos á Tazones, rada de la costa de Asturias cercada de horribles peñascos. Trasladóse á Villaviciosa, para descansar de las molestias del mar, y desde allí se puso en marcha á Tordesillas, donde se hallaba la Reyna Madre y Doña Catalina su hija, con deseo de ver á Leonor, y fué cosa admira-

ble la alegría que manifestó la Reyna aunque demente al abrazar á sus hijos.

Habiendo resuelto el Rey pasar á Valladolid (aunque corria la voz de que se hallaba aquella ciudad molestada de la peste que entónces habia acometido á casi toda España), escribió al Cardenal una carta en que le indicaba ,, que saliese á recibirle á Mojados, don- ,, de despues de tratar de las cosas publicas, y de ar- ,, reglar las particulares, y la familia que habia de ,, tener, se retirase á su casa á descansar." Esta disposicion inspirada por los cortesanos sus émulos, fué el premio que recibió de sus extraordinarios servicios; porque muchas veces sucede que los grandes méritos son recompensados con una grave injuria. Deseaban pues los Flamencos alejar á este hombre que les era tan importuno, y les servia de estorbo á sus designios, á fin de apoderarse enteramente de la voluntad del Príncipe. Don Pedro de Mota, Obispo de Badajoz, que era demasiado adicto á los Flamencos, y incitado además por sus particulares intereses, añadió en la carta el retiro del Cardenal. Recibióla éste en Roa donde se hallaba enfermo, y adonde habia ido para cumplimentar al Rey. Algunos creyéron que la agitacion del camino le habia causado la enfermedad, y otros que le habian dado en una trucha un veneno que le acabase lentamente; añadiendo que el autor de esta maldad habia sido alguno de los Flamencos. Tal vez todo esto fué fingido por el odio, y creido fácilmente por el vulgo siempre inclinado á dar crédito á lo peor. Pero la constante opinion de todos fué, que hallándose convaleciendo de una enfermedad, se le agravó ésta con la carta del Rey, y acabó con este varon inmortal por la fama de sus hechos á los ochenta años de su edad. Tanta es la repugnancia que por un vicio de nuestra naturaleza tienen á dexar el mando los que estan acostumbrados á dominar. Gobernó santísimamente la Iglesia de Toledo por espacio de veinte y dos años, empleando sus quantiosas rentas en utilidad pública. Edificó en Alcalá un Colegio magnífico, que no cedia en nada á los mas grandes, con la advoca-

cion de San Ildefonso, en cuyo templo fué sepultado en un honorífico sepulcro.

Don Fernando y los Grandes que iban en compañía del Cardenal se fuéron á Valladolid á esperar al Rey; el qual el dia diez y ocho de Noviembre entró á caballo en la ciudad baxo de un pálio, con cuya pompa es costumbre recibir á los Príncipes, siendo innumerable la multitud del pueblo que con mucha alegría salió fuera de las puertas á congratularse de su venida. Los dias siguientes fué festejado con juegos y regocijos. Acudió á cumplimentarle D. Alfonso de Aragon no sin esperanza de obtener el Arzobispado de Toledo; pero viendo frustrados sus deseos, se volvió á Zaragoza altamente dolorido de la repulsa, como sucede á todos los ambiciosos que no se contentan con su suerte: y quedando burlados todos los pretendientes, fué conferido este Arzobispado por influxo de Gesvres, cortesano poderoso, á Guillelmo de Croy, Obispo de Cambray. Irritáronse los Españoles contra el autor de esta eleccion que todo lo convertia en su propio lucro, y vociferaban públicamente „que despues de haber vendido todas las magistraturas y go„biernos, no estaban tampoco seguros los puestos sa„grados: que Croy habia conseguido el Arzobispado „de Toledo por el favor de Gesvres su tio, y ántes „de él Bartolomé Marliano el Obispado de Tuy en „premio de la invencion *del frívolo símbolo de las co„lumnas de Hércules*; eligiendo á los extrangeros en „grave injuria de la nacion, como si hubiese falta de „naturales beneméritos. Que todos los empleos políti„cos y militares eran venales por el abuso que hacia „el codicioso viejo de la poca edad del Príncipe. Que „los Españoles se veian sumamente despreciados, y „que para nada se les atendia, y que no se daba el „debido premio á la virtud y al merito, habiéndose „apoderado la ambicion de todo, y triunfando de la „equidad con la fuerza ó con el favor.“ Animados vivamente contra los Flamencos comenzáron á despreciar su ministerio, á enagenar los ánimos del amor al Rey, y á dar rienda suelta á las lenguas, á exemplo

del vulgo, que una vez irritado no se detiene en hacer y decir las cosas mas atroces. De la insolencia se precipitáron fácilmente en la audacia, que es la señal cierta de los males que amenazan á la republica. La causa de todo era Guillelmo Croy de nobilísima familia, llamado Gesvres por un señorío de este nombre que poseia en Flandes, pero tan avaro que su codicia llegó á ser proverbio entre los Españoles. El Chancelario Juan Selvagio, hombre perverso y de una rapacidad extrema, ocupaba el lugar inmediato en autoridad. No por eso dexaba el Rey de ser presa de los demas cortesanos. Estos hombres venales ponian en almoneda todos los honores y empleos, y no habia cosa alguna que negasen al dinero, fuese justa ó injusta. Estos detestables excesos viniéron á producir una sedicion declarada y furiosa, que puso al estado muy próxîmo á su ruina.

En el principio de este año de mil quinientos y
1518. diez y ocho acudiéron muchos Procuradores de las ciudades á las cortes que el Rey celebraba entónces, y en la sala capitular del Convento de San Pablo del Orden de Predicadores de la ciudad de Valladolid comenzáron á tratar de las cosas del reyno. Entráron los Flamencos en la sala para asistir á las consultas contra todo derecho y justicia. Pero no sufriéron los Españoles esta injuria; y principalmente se opuso á ella con mucho ánimo Zumel Procurador de Burgos, clamando que se vulneraba la libertad de la nacion. En vano algunos nobles aduladores de Gesvres, y deseosos de ganar su favor, quisiéron con ofertas, amenazas y terrores abatir la constancia invencible de aquel defensor de los derechos de la nacion. Así pues, arrojados de allí los extrangeros, se comenzó á deliberar sobre el juramento de fidelidad que los pueblos debian prestar al Príncipe, y al mismo tiempo sobre que éste jurase la observancia de las leyes y estatutos. El único obstáculo que los detenia era la Reyna Madre, porque el no contar con ella quando estaba en posesion legítima del reyno, les parecia una cosa muy injusta. Por tanto para prepararle el camino al trono

se determinó finalmente, que contentándose D. Cárlos con el nombre de Príncipe, se abstuviese del de Rey, para que no se creyese que hacia agravio á su muy amada madre; y que los decretos y despachos fuesen firmados con los nombres de la Reyna y del Príncipe. Despues de esto pidiéron los Procuradores que en adelante no se confiriesen los empleos á los extrangeros, y que así se ofreciese con juramento; en lo qual insistió mucho Zumel, apoyado en el testamento de la Reyna Doña Isabel, no sin disgusto del Príncipe, que conmovido algun tanto, y habiendo proferido en el juramento una palabra ambigua, pareció que dexaba la cosa en duda, dando con esto mucha materia á quejas y murmuraciones. Pero quién ignora que el poder soberano tiene por mas justo lo que es mas fuerte? Hecha pues la ceremonia del juramento, ofreciéron las ciudades por via de donativo gratuito seiscientos mil escudos pagados en tres años; y de este modo se concluyéron las cortes.

Desde Valladolid se puso Don Cárlos en marcha para Aragon, dexando encargado con mucho encarecimiento el cuidado de la Reyna su madre, que como ya diximos se hallaba demente, á Don Bernardo de Sandoval, Marques de Denia, cuyo amor al Rey Don Fernando su abuelo le era muy conocido. Llevóse consigo á la Reyna viuda Doña Germana, y á su hermana Doña Leonor, y se detuvo en Aranda, donde residia su hermano Don Fernando, para disponerle su viage á Flandes, no olvidándosele el consejo del Cardenal Ximenez, de que era muy conveniente quitar el apoyo de los partidos en unos ánimos tan discordes, para que no recibiese detrimento alguno la república, tan expuesta á movimientos y sediciones en los principios de un nuevo reynado. Y así para libertarse de este aguijon; porque no hay cosa alguna que no sea sospechosa á los que reynan, ni que sea segura y de confianza; encargó á Vera su mayordomo mayor, y hombre de conocida fidelidad y lealtad, que conduxese á su hermano á Flandes; resolucion que lleváron muy á mal los Españoles, que le tenian grande

afecto. Libre ya Don Cárlos de este cuidado salió de Aranda, y prosiguió su viage para Aragon acompañado de mucha nobleza. Entró en Zaragoza el dia diez y ocho de Mayo, y fué recibido por el Arzobispo Don Alonso y los ciudadanos con extraordinarios obsequios, acudiendo gran multitud de gente de todas partes con singular gozo y alegría para ver al Rey. En esta ciudad se detuvo mucho mas tiempo del que habia pensado; y allí falleció Selvagio, sin que los Españoles mostrasen sentimiento alguno de su muerte. En su lugar fué puesto Mercurino Gatinara, Saboyano de nacion, que de allí á pocos meses obtuvo el capelo de Cardenal. Don Cárlos dió en la misma ciudad audiencia á los Embaxadores. Y para favorecer los justos deseos del sumo Pontífice, mandó preparar una fuerte y numerosa armada que asegurase las costas de Italia contra los insultos de los Turcos.

Temia el Pontífice que orgulloso Selym con la victoria que habia ganado en Memphis á la nacion de los Mamelucos, haciendo prisionero á Tomumbey último de sus Reyes, volviese sus armas contra el occidente, como parece que lo pensaba. Por esta causa solicitaba por medio de sus Embaxadores juntar lás fuerzas y los ánimos de los Príncipes, y llevar la guerra á los enemigos del nombre christiano, sin aguardar á que ellos se la hiciesen. Pero ni pudo conseguir cosa alguna de los Príncipes de Alemania, ni produxéron efecto alguno las conferencias tenidas en la dieta de Ausburg. El Rey Don Cárlos, que no debia despreciar aquel negocio, y á fin de instruirse con certeza de él, envió á Turquía á Garci Jofre de Loaysa, Caballero del Orden de San Juan, con pretexto de congratular á Selym por la victoria ganada en el Egipto y extension de su imperio; pero en realidad para que averiguase el estado en que se hallaba el negocio de la guerra, y descubriese con astucia los designios del bárbaro. Entre tanto para cumplir su palabra dió órden de pagar adelantado al Rey de Francia ciento y cincuenta mil escudos á que se habia obligado en la paz de Noyon. Tambien trató del casamiento de su

hermana Leonor, á la qual solicitaba por esposa el Rey de Portugal por medio de Alvaro de Costa su Embaxador secreto. Aprobáronse en el Consejo estas nupcias, y se decretáron fiestas. Acompañó en su viage á la regia doncella el Duque de Alba, y los Obispos de Córdova y Plasencia con una numerosa y lucida comitiva, y se celebró en Ocrato el matrimonio por Don Martin de Castro, Arzobispo de Lisboa; enviándole el Rey Don Cárlos al Rey de Portugal el collar del Toyson de oro con que quiso condecorarle.

Congregadas finalmente las cortes de Aragon, pedia el Príncipe que le hiciesen el juramento de fidelidad segun la antigua costumbre, á causa de que la Reyna su madre no se hallaba con fuerzas ni salud para sostener los cuidados del gobierno. Irritóse el Príncipe con la respuesta poco cortes y aun altanera que le dió aquella terca y poco complaciente nacion, con lo qual se suscitó un tumulto y corriéron á las armas: Sandoval dice que hubo muchos heridos, lo que niega Argensola continuador de los anales de Zurita; pero como el uno es Castellano, y el otro Aragones, y ninguno de los dos fué testigo ocular, dexaré la cosa en duda; pues por lo que á mí toca confieso que no he podido averiguar lo que realmente hubo en este lance. Pero lo cierto es, que aunque á los Aragoneses les pareció una cosa inaudita jurar al Príncipe viviendo aun la Reyna; mas al fin hiciéron el juramento; y el Príncipe juró al mismo tiempo que se les conservarian sus privilegios é inmunidades. Ofreciéron en estas cortes doscientos mil ducados de donativo gratuito; y Doña Germana renunció en el Príncipe los derechos que tenia á la Navarra. Tratóse de erigir nuevos Obispados en Madrid y Talavera, desmembrándolos del dilatadísimo y opulento Arzobispado de Toledo; y obtenida en este año la bula Pontificia para el efecto, se encargó el exámen de este negocio á Adriano Nuncio Apostólico, Obispo de Consenza, y á Don Alfonso Manrique Obispo de Ciudad-Rodrigo. Pero habiéndose encontrado muchas dificultades y estorbos, fué preciso desistir por entónces de este útil y saludable proyecto.

CAPITULO IV.

DE LA GUERRA CONTRA HOMICH: Y ELECCION DE DON CARLOS AL IMPERIO.

Homich que habia usurpado el mando de Argel, se apoderó tambien de la ciudad de Tunez, habiendo arrojado de ella á su Rey. Despues fué llamado por los de Tremecen que se hallaban tumultuados, dió con felicidad una batalla, y puso en fuga al Rey Benchen, entrando victorioso en la ciudad que se hallaba dividida en varias facciones. Pero el bárbaro que habia sido echado de su reyno vino á España á implorar el socorro del Rey Don Cárlos, y se volvió al Africa con la esperanza que le dió este Príncipe de que le enviaria socorros. Inmediatamente dió órden al Marques de Comares Don Diego Fernandez, que se hallaba entónces Gobernador de Oran, para que con buenas tropas fuese á socorrer á aquel Rey tributario. Mandó éste que se pusiese en marcha con toda diligencia un esquadron que sostuviese el partido del Rey de Tremecen que se hallaba muy próxîmo á su ruina: la batalla fué desgraciada por la demasiada confianza de los Españoles, de los quales pereciéron quatrocientos. Volviéron segunda vez á la pelea contra Mahomet, que vino al socorro de su hermano Homich con algunas tropas que habia juntado apresuradamente en Argel, siendo mandados los Españoles por Don Manuel de Argote, Teniente del Gobernador de Oran. Quedó la victoria por estos con una completa derrota de los enemigos. Alegres con el feliz suceso los vencedores se aceleráron á entrar en la ciudad; con cuya presencia aterrado Homich, y perdida la esperanza de tener socorros, procuró con la fuga libertarse quanto ántes del peligro; y á la verdad este era el único camino que le quedaba para ponerse en salvo: porque hallan-

dose rodeado de dos males, temia por una parte á los ciudadanos del contrario partido, y por la otra las fuerzas que fuera de la ciudad le amenazaban, sin que tuviese medio alguno para hacerlas resistencia. Así pues habiendo recogido todos sus tesoros, y acompañado de los soldados y gente que le habia quedado, salió por una puerta falsa y se escapó en alta noche. Sabido esto por los Españoles el dia siguiente, se irritáron atrozmente por el dolor de la presa que se les iba de las manos. Siguiéronle por el rastro cerca de cien millas con mucha fatiga de los hombres y caballerías por unos campos arenosos que hacian dudoso el camino que llevaba, y al fin le alcanzáron derramando oro por donde iba, para hacer que con esto se detuvieran sus perseguidores. Llegaban ya los Españoles á picar la retaguardia de Homich, y le impedian la marcha, quando el bárbaro se metió entre unas cercas donde se encerraban ganados, con intento de pelear desde aquel parage. Pero en breve le derribó al suelo de una pedrada el Alferez García Tineo. Echado en tierra y manejando todavía su espada hirió en la mano derecha al vencedor, el qual cortó la cabeza á Homich, que hasta el último aliento se defendia con mucho ánimo. La grande y opulenta presa fué repartida á los soldados en premio de sus fatigas. Recogió Tineo la cabeza de Homich y sus mas preciosos despojos, con los que entró en Oran con una especie de triunfo.

Entretanto los piratas Moros hiciéron en las costas de España muchas correrías y daños á que estaban muy acostumbrados. Amposta, pueblo situado cerca de la desembocadura del Ebro, fué saqueado y destrozado cruelísimamente. En el reyno de Valencia hiciéron algunos desembarcos, acometiéron á los pueblos, robáron los ganados, y apresáron las naves mercantes que encontráron, con las mercaderías y pasageros que iban en ellas. Con esta alternativa de cosas prósperas y adversas se recompensaban mutuamente los daños que unos á otros se hacian.

A principios de este año de mil quinientos y diez 1519.

y nueve se puso el Rey en marcha para Barcelona, donde tambien habia mandado celebrar Cortes, y allí recibió el aviso de que Maxîmiliano su abuelo paterno habia fallecido en Belsis, pueblo de la Austria, con cuya nueva se abandonó al dolor por largo tiempo. Maxîmiliano habia pensado mucho en la eleccion de su sucesor. Al principio se inclinaba por Don Fernando, para que ninguno de los de su casa quedase sin un imperio; pues le parecia que Don Cárlos se hallaba suficientemente poderoso, y colmado de gloria con la herencia de tantos reynos. Por cuya razon queria que su hermano fuese elevado al Imperio Romano, á fin de que la casa de Austria tuviese este doble apoyo. Esta resolucion no fué aprobada por sus amigos, y especialmente por Mateo, Cardenal de Sion, natural de la Suiza, que era afectísimo á la casa de Austria. „¿Qué cosa, decian, debe ser mas apetecible „para la casa de Austria que el que recayga en un „Príncipe tan poderoso la Magestad Imperial? ¿Y „qué cosa mas conveniente para la Alemania que „el que su Imperio sea gobernado por un Rey po„derosísimo que contribuya con sus riquezas á de„fenderle y extenderle? Verdaderamente no se puede „desear una cosa mas útil al bien público y particu„lar. Así, pues, que no debia malograrse esta bella „y deseada ocasion que ahora se presentaba de levan„tar hasta el cielo la casa de Austria. Por lo qual „era necesario elevar al Imperio al Rey Don Cár„los, como lo habia aconsejado muchas veces el Rey „Cathólico Don Fernando, varon de suma autoridad „y prudencia, incitado del deseo de establecer en „Europa una potencia formidable“. Persuadido con estas razones Maxîmiliano, que era de carácter fácil y variable, habia comenzado ya á tratar este negocio en la junta de los Príncipes Electores, con esperanza cierta de que no serian vanos sus deseos. Pero la brevedad de la vida, que muchas veces se muestra adversa á las grandes empresas, le privó de llevar hasta el fin sus designios.

El Príncipe Don Cárlos, despues de haber hecho

celebrar magníficas exêquias á su abuelo, se declaró pretendiente del Imperio, y enviando una embaxada al Rey de Francia Francisco, procuró halagarle y atraerle á su partido para que no fuese su concurrente. El Frances llevó á mal los intentos de Cárlos; pero como era de ánimo generoso y franco respondió ingenuamente, que cada uno debia pelear por el Imperio, no con las armas, sino con sus méritos, y con el mismo ánimo con que dos rivales desean y pretenden una doncella, que el que de ellos es elegido para esposo goza de su felicidad sin hacer injuria al otro. Pero verdaderamente los hechos no correspondiéron á tan bellas palabras; porque dexándose arrebatar de la ambicion estos Príncipes tan poderosos, comenzó cada uno á poner en obra sus artificios y maquinaciones, sin omitir cosa alguna que fuese conducente á la consecucion del Imperio. Eran los siete Electores, Alberto Arzobispo de Colonia, Hertmanno Arzobispo de Maguncia, Ricardo Arzobispo de Tréveris, Federico Duque de Saxonia, Joaquin Marques de Brandemburgo, Luis Conde Palatino, y en caso necesario Luis Rey de Bohemia y de Hungría. La causa de Francisco estaba apoyada por el Marques de Brandemburgo, á quien habia ganado con dones y promesas: y á fin de conciliarse el ánimo del Sumo Pontífice con una accion loable y piadosa, publicó que habia enviado á Pedro Navarro con una armada contra los Turcos que molestaban la Italia; mas la verdad fué que esto lo hizo para asegurar con el socorro de las armas al Pontífice, que temia tener tan cerca á los Españoles. De este modo lo hallo escrito en los Historiadores, aunque no me atrevo á salir por fiador de su certeza.

Cuidadoso Don Cárlos en continuar eficazmente por medio de sus amigos lo que habia comenzado su abuelo Máxîmiliano, y para aterrar á los que se oponian á su peticion, hizo entrar un exército Flamenco en el territorio de Francfort con pretexto de defender la libertad de los siete Electores.

Al mismo tiempo no cesaban los Ministros de los pre-

tendientes, procurando por todo género de medios conquistar los votos de grandes y pequeños, prometiendo á todos grandes premios y mayores esperanzas. Tanta era la ambicion de las partes, que por qualquier medio, y sin reparar en lo justo ó injusto de ninguno de ellos, aspiraban á la victoria. Por una y otra parte se alegaban razones de gran peso que podian abrirles el camino para llegar á la elevacion que solicitaban. ,,El Rey de Francia Francisco pe-,,dia el Imperio establecido por Cárlo Magno con ,,tantas victorias, como una cosa que alguna vez ,,debia ser restituida á quien le habia fundado y po-,,seido por espacio de muchos siglos: ofrecia em-,,plear las inagotables riquezas de Francia en reno-,,var el esplendor del Imperio, y arrojar fuera de ,,los límites de Europa al Otomano, molestísimo ene-,,migo del nombre christiano; y añadia que no ig-,,noraba la antiquísima nacion Germánica que de ,,ella habian salido en otro tiempo los Francos, fun-,,dadores en la Galia de un nobilísimo Imperio.“ Pero los que estaban por Don Cárlos ,,recordaban en ,,su recomendacion la memoria de sus abuelos. Que ,,no se debia dexar á un lado sin hacerle agravio ,,é injuria á aquel que era de estirpe Alemana, y ,,nacido de aquella familia de la qual solo se excluian ,,del Imperio los que eran incapaces para él. Que ,,el poder Español que estaba tan apartado y tan dis-,,tante de Alemania, no debia serles tan formida-,,ble como el Frances que tenian tan inmediato y ,,que por tantos siglos habia sido su émulo.“ Juntábase á los amigos de Don Cárlos el dictámen de las ciudades que miraban con indignacion á un Príncipe extrangero; y querian se eligiese un César natural del pais que usase de su mismo idioma y costumbres. Del mismo parecer fuéron los Suizos, los quales enviáron un Ministro al Pontífice que se hallaba inclinado por el Frances, suplicándole se dignase interponer sus buenos oficios por aquel Príncipe, que siendo nacido y criado en Alemania gobernaria con mas amor á sus compatriotas. Entretanto el Arzobispo de

Maguncia que estaba por Don Cárlos, y el de Tréveris que era del partido del Rey Francisco, defendian cada uno su causa con acérrimos y fuertes discursos. Hallábanse perplexos y indecisos los Electores hasta que al fin manifestáron inclinarse al de Saxonia. Pero éste rehusó constantemente esta dignidad, y declaró que su voto era por Don Cárlos, así por su grande poder, tan oportuno para defender el Imperio, como por las esperanzas que daba su buena índole, por lo qual le parecia digno de ser preferido á todos. Al cabo de muchos debates conviniéron los demas con grande unanimidad en el dictámen del de Saxonia: y despues de cinco meses de interregno, el dia veinte y ocho de Junio fué proclamado en Francfort solemnemente por el Arzobispo de Maguncia Don Cárlos, por el quinto de los Césares de este nombre, con grande alegría de los Pueblos de Alemania, que se congratulaban de su feliz suerte.

Penetró gravemente el ánimo del Rey de Francia la nueva de esta eleccion, y irritado de la repulsa dió rienda suelta á su ira sin consideracion á las condiciones del tratado que ántes habia hecho con el Rey Don Cárlos. Tampoco éste parecia muy inclinado á observarle, á causa de la temprana muerte de la Princesa de Francia Doña Luisa, y que por este accidente debia tener por esposa segun lo convenido á la Princesa María su hermana que estaba recien nacida: nupcias tan tardías y obtenidas casi á fuerza por el Frances, habian alejado el ánimo de Cárlos de cumplir lo tratado; y no faltaba quien creia que mas se dirigia esto á armarle asechanzas que á conseguir su afinidad. Atormentado cada uno con el estímulo de su propio dolor, se viéron como obligados á declararse la guerra, y á destruirse recíprocamente, sin cuidarse del juicio que la fama pudiera hacer de ellos. El Rey de Francia para aumentar su poder con los socorros extrangeros, y suscitar un émulo á Cárlos, procuró aliarse con Enrique Rey de Inglaterra. Juntáronse los dos para conferenciar en los confines de Picardía y Flandes por espacio de quince dias con mayor gasto que utilidad.

Compitiéron entre sí en el fausto, en la vana ostentacion de las riquezas, en los vestidos, en los banquetes, en juegos y espectáculos, como si hubieran concurrido no para tratar de la guerra, sino para conciliarse el amor de las mugeres. En una sola cosa conviniéron con aquella alianza, y fué: que si el Rey Don Cárlos intentase alguna empresa contra Italia le rechazarian con los mayores esfuerzos. Temia el Frances, que el nuevo Emperador tuviese sus miras sobre el estado de Milan; y considerando que es mejor la condicion del que declara la guerra, que la del que la defiende, hizo alianza secreta con el Pontifice, para invadir el reyno de Nápoles. Lo que no tuvo efecto alguno por haber mudado de parecer el Pontífice que dirigia todas las cosas á su provecho y comodidad, como es costumbre de los Príncipes. De este modo comenzó á suscitarse la cruel y atroz guerra que por tanto tiempo se sostuvo con mucho teson, y á costa de grandes riquezas, con gravísimo perjuicio y ignominia del nombre christiano.

CAPITULO V.

DE LA PERDIDA DE UNA ARMADA ESPAÑOLA EN LAS COSTAS DE ARGEL, Y SUBLEVACIONES EN CASTILLA.

Habiendo sido muerto Homich en el año precedente le sucedió Aradino su hermano, pirata famosísimo, en quien con las riquezas habia crecido la pasion de robar. Encargóse á Moncada la venganza de los daños que este Moro habia hecho en nuestras costas, y juntando brevemente una armada, navegó con ella á Argel para arrojar del reyno al pirata. Hecho el desembarco de la gente comenzáron á suceder las cosas mucho mejor de lo que se esperaba; porque á la primera embestida se apoderó del monte que domina la ciudad, habiendo arrojado de allí á los Moros. Entretanto que se preparaba á escalar los muros con

grande alegría de los soldados que le pedian los llevase á pelear con el enemigo, acudió Gonzalo Ribera, que era compañero de Moncada en el mando, y poniéndose en medio de las tropas mandó que se detuviesen, declamando que aquella empresa era precipitada é inmatura, y que debia esperarse al Rey de Tremecen, que llegaria en breve con la caballería segun estaba convenido. Pero miéntras le esperáron quietos por espacio de siete dias se levantó una horrible tempestad con viento Norte, que estrelló en la costa mas de treinta navíos: muchos pereciéron ahogados, y otros fuéron muertos ó hechos cautivos por los bárbaros que corriéron á la presa. Hay quien dice que los muertos llegáron á quatro mil. Afligido Moncada con tan lamentable suceso se dirigió á la isla de Ibiza con los restos de la armada para invernar allí. Orgulloso el bárbaro con la victoria que habia ganado por la conjuracion de los elementos, llenó de terror y confusion las costas de España, y haciendo en ellas mucha presa se retiró con diligencia al Africa.

A este tiempo recibió el Rey Don Cárlos con extraordinaria alegría á Federico Palatino, hermano del Duque de Baviera, enviado por los siete Electores para darle la nueva de su eleccion al Imperio; y le despidió colmado de dones, ofreciéndole que quanto ántes partiria para Alemania. Tambien escribió entónces á los Electores una carta muy afectuosa, significándoles se acordaria eternamente del beneficio recibido. Entre los Españoles eran muy varios los pareceres sobre la eleccion de Don Cárlos al Imperio, y cada uno miraba la cosa con bueno ó mal semblante, conforme á la pasion que le dominaba. Fastidiada la Reyna Doña Germana de su estado de viudez y soledad, luego que vino á Barcelona se casó con un Príncipe de la casa de Brandemburgo, de consentimiento del Rey Don Cárlos; el qual asistió á las nupcias, y con este motivo mandó hacer fiestas no sin nota de ligereza de ánimo. Habiéndose juntado los Catalanes en cortes, convinieron de comun acuerdo en resistir á la voluntad del Príncipe; y no podian resolverse á hacer

el juramento de fidelidad, por no haber sido costumbre entre ellos. Pero exâminado el punto, y siguiendo el exemplo de Castilla y Aragon, lo prestáron por fin, y se concluyéron las cortes, quedando todas las cosas arregladas pacíficamente. Los Sardos estuviéron muy prontos en manifestar su obediencia, y habiendo sido enviado Angelo de Villanueva con potestad de Legado, congregó la junta de los isleños, y procuró que sus peticiones fuesen aprobadas y confirmadas por el Rey. No lo hiciéron asi los Valencianos que se obstináron en rehusar el juramento miéntras el Rey no pasase en persona á la ciudad, y celebrase cortes del reyno. El Cardenal Adriano, que partió á Valencia á fin de suavizar los animos de los Grandes, no pudo adelantar cosa alguna. Irritado con los nobles, confirmó al pueblo en el permiso dado por el Rey de llevar armas, y de juntarse para hacer frente á los Moros, enemigos incansables; lo que fué principio y orígen de grandes calamidades.

El Rey Don Cárlos que estaba previniéndose para pasar á Alemania, se vió precisado á detenerse por la controversia que se estaba ventilando en Mompeller sobre la posesion de Navarra, de la qual ya se habia tratado dos años ántes en el Congreso de Noyon. Pero despues de perder mucho tiempo se disolvió la junta sin haberse concluido cosa alguna, impidiéndolo la repentina muerte de Boisi primer Ministro de Francia. Originóse otra detencion á causa de las ciudades de Castilla. Trataban secretamente los Ministros Reales con los arrendadores de aumentar los tributos, para suplir la escasez en que se hallaba el Erario. No fué ingrata esta proposicion á los oidos del Rey naturalmente propenso á abrazar estos medios. Pero se descubrió por los de Segovia, desde donde se comunicó á Toledo, desde allí á Avila, y finalmente á todas las demas ciudades que conmovidas con tal noticia enviáron Diputados para pedir la remision de tan graves cargas. Don Cárlos luego que advirtió el movimiento de las ciudades prohibió que ninguno viniese á hablarle por aquella causa. Pero los Toledanos sin intimi-

darse con esta prohibicion se pusiéron en camino, y entráron en Cataluña; y habiéndolos admitido con mucha seriedad á besar la mano, los envió á Mercurino Gatinara para que despachase su peticion. Pedian los Diputados de aquella ciudad que no partiese el Rey de España hasta que las cosas del Estado quedasen arregladas, ni diese lugar á que los que estaban oprimidos de tributos sufriesen otros nuevos; y que hiciese cumplir los capítulos de las cortes de Valladolid segun lo habia prometido en ellas. Respondióles Mercurino que no habia tiempo para deliberar sobre estas cosas, y que lo que se determinase se comunicaria á los Magistrados. Habiéndolos despachado con tan dura respuesta, se volviéron á su casa sin fruto alguno de su comision, pero llenos de ira y dispuestos á emprender qualquier atentado.

Miéntras que los Españoles fomentaban su descontento, en el Austria ardian las ciudades en sediciones populares despues de la muerte de Maxîmiliano. Habian invadido la república hombres de genio inquieto y turbulento, y arrojando á los Magistrados obraban en todo á su antojo sin tener ningun respeto al Príncipe ausente. Tambien comenzó á manifestarse en publico el famoso Martin Lutero, quien en treinta y uno de Octubre del año anterior habia defendido en unas conclusiones una doctrina errónea contra las indulgencias Pontificias, instigado de la ambicion y de la envidia, y fomentado por Juan Staupicio Vicario General de los Agustinos, hombre perverso. Ya en este tiempo procedia Lutero impunemente, y sin freno alguno, apoyado en la proteccion del Duque de Saxonia, y con total desprecio y vilipendio de la autoridad Pontificia. Zuinglio otro monstruo semejante comenzó en este año á corromper con detestables errores á los Suizos; y se dice que no hay maldad ni vicio tan perverso que no se hallase en este heresiarca. ¡Digna religion nacida de tales hombres! Pedimos al lector que no tenga estas cosas por extrañas á la Historia que escribimos, pues la serie de los sucesos nos obliga á no omitirlas; pero volvamos á nuestra España.

Habia el Pontífice concedido á Don Cárlos la decima de las Iglesias para los gastos de la guerra sagrada; pero se encontráron grandes dificultades en la execucion de esta gracia. Don Alonso Arzobispo de Zaragoza habiendo juntado su clero se opuso á los intentos del Rey. Lo mismo hiciéron las Iglesias de Castilla con aprobacion de Ximenez varon de insigne providad. Porque habia parecido una cosa injusta exîgir contribuciones del estado Eclesiástico sin consentimiento de los Obispos y clero á quienes interesa, no debiendo éste ser de peor condicion que el pueblo, á quien solo se le imponen tributos, quando voluntariamente los consienten. Pero no pudiendo sacar cosa alguna de las Iglesias, fué puesto entredicho en ellas, y se cerráron los templos, permaneciendo en un triste silencio por espacio de quatro meses. Finalmente se compuso este negocio, y redimiendo el estado Eclesiástico con poco gravamen su antigua inmunidad, se restituyó el culto á los altares, y la alegre paz á los pueblos.

En este tiempo fué enviado Don Alonso para hacer guerra á los piratas de Granada; y con su valor y diligencia desterró aquella peste de las costas de España, habiendo quemado al enemigo una grande nave. Don Hugo de Moncada partió del puerto de Ibiza para Italia, y navegando con ocho galeras cerca de los peñascos de San Pedro que se extienden por la costa de Cerdeña, fué acometido una noche por trece baxeles Turcos, haciendo la obscuridad terrible la pelea. Los autores no convienen entre sí sobre el éxito de esta batalla; pero concuerdan todos en que se hizo pedazos una galera. Yo creo que se tuvo por una victoria el haberse escapado el enemigo aunque tenia mayores fuerzas. El Rey Don Cárlos salió de Barcelona á principios del año de mil quinientos y veinte: vino á Bur-
1520 gos, y despues á Valladolid á fin de componer y apaciguar con su presencia los movimientos y alborotos de Castilla, exâsperada con verdaderos y con falsos rumores. Por este tiempo murió Don Alonso de Aragon, que tuvo muchos hijos en una concubina, de los quales Don Juan fué nombrado su sucesor en la Silla Ar-

zobispal de Zaragoza con grave escándalo de la religion. ¡Tales eran entónces las costumbres del siglo! Recibió el hijo la investidura de esta dignidad en dos de Junio del mismo año. El dia último de Febrero los Canónigos de Valencia eligiéron Arzobispo de aquella Iglesia al Arcediano Don Gotofredo de Borja, al qual no quiso confirmar el Pontifice por no ser su eleccion legítima, y nombró en su lugar á Everardo Markano Obispo de Lieja y Cardenal. Don Martin García sucedió en la silla de Barcelona, que habia tambien quedado vacante por la muerte de Don Alonso. Tantos eran los Obispados que disfrutaba este Arzobispo por la excesiva indulgencia de los Pontífices.

El dictado de Alteza que hasta ahora se habia dado al Rey como el mas honorífico, se mudó en el de Magestad. En este mismo tiempo comenzáron los Grandes de España á cubrirse delante del Rey, y á ser llamados por él primos, así como parientes los Títulos de Castilla, revocada en cierto modo la antigua costumbre de ser llamados por el Rey amigos. Inmediatamente que llegó aquel á Valladolid aconsejáron á Gesvres sus amigos que no tuviese por vano el rumor que se habia esparcido, de que sería acometido por la plebe enfurecida. Por lo qual era preciso que se precaviese trasladando al Puerto de la Coruña las cortes que debian congregarse en Santiago, á fin de que tuviese á mano el auxîlio de la armada. A la verdad el peligro, que cada dia era mayor, le tenia atemorizado. Porque los ciudadanos de Valladolid persuadidos firmemente de que no volverian á ver al Rey si llegaba á salir de España, se subleváron á fin de no dexarle marchar de la ciudad: juntáronse al son de una campana, y apoderándose de la puerta intentáron con sus mismos cuerpos impedir la salida con una audacia estúpida. Salió no obstante de la ciudad con Gesvres en un dia llovioso y crudo, apartando sus guardias con dificultad á los que se oponian. Vino á Tordesillas á visitar á la Reyna su madre, y noticioso allí de que los Magistrados exercian su severidad con los autores del tumulto, mandó que inmediatamente pusiesen en liber-

tad á los que estaban presos, pues se habian dexado cegar mas por amor que por ninguna otra causa. Partiendo despues para Galicia llegó á Santiago, donde se detuvo, y allí arrojó de su presencia con indignacion á Giron que solicitaba con insolencia la posesion del Ducado de Medina Sidonia. Los procuradores de las ciudades fuéron oidos en las cortes poco favorablemente por los Ministros. Los Toledanos, entre quienes sobresalia Don Pedro Laso, eran los mas inmoderados é indóciles de todos, por lo qual fuéron reprehendidos con alguna acrimonia, excluidos de las cortes, y inmediatamente desterrados. No es posible explicar la ira que concibiéron los Españoles al verse tratados tan orgullosamente por los Flamencos. Temeroso Gesvres del peligro que amenazaba la conmocion de los ánimos, hizo al Príncipe trasladarse aceleradamente al Puerto de la Coruña: y habiéndole seguido los procuradores, no alcanzáron nada de lo que pedian. Allí fué decretado por los Ministros que contribuyesen las ciudades una suma considerable por via de donativo gratuito. Algunos de ellos condescendiéron para su daño con la codicia Flamenca, pero los demas lo resistiéron con ánimo fuerte y determinado. Clamaban pues „que los pueblos eran tratados iniqua„mente con tan continuos impuestos y vexaciones: que „no se cansaban de inventar medios para que los Es„pañoles contribuyesen lo que á porfia arrebataban los „Flamencos: que unos hombres tan valientes, con„quistadores de tantos paises y naciones, no tolerarian „que la sangre Española fuese agotada por las sangui„juelas de la corte; y que tomarian venganza con las „armas de las injurias que les hacian los Flamencos, „que por la calamidad del estado se habian hecho „dueños y señores del poder, y de las riquezas.“ Tales eran las voces y gritos públicos; y cada uno en particular sentia el dolor segun el afecto que le dominaba. Por lo qual los mas prudentes Consejeros fuéron de dictámen que se prohibiese imponer ni exîgir ninguna contribucion fuera de las que ya estaban establecidas, para evitar que, irritados mas y mas los pue-

blos por este motivo, se turbase la quietud y tranquilidad pública. En este mismo tiempo, habiendo excitado un tumulto los Toledanos impidiéron á sus diputados el cumplir el destierro, y de allí adelante sacudiéron del todo la obediencia á los Magistrados y Jueces. Aragon no quiso recibir á Don Juan de Lanuza por sucesor de Don Alfonso en el gobierno del reyno, porque ninguno habia obtenido ántes este empleo que no fuese de sangre Real. Fué preciso condescender con los Aragoneses para aplacar las quejas de unos hombres tan excesivamente zelosos por la conservacion de sus inmunidades y fueros; y se mandó que gobernase el mismo Lanuza con el título de Teniente de Justicia mayor.

Las gracias Reales que por este tiempo recibiéron los grandes no eran bastantes para aplacar el dolor que les causaba el verse excluidos del gobierno del Estado con la eleccion del Cardenal Adriano por Gobernador supremo de España; resolucion que no pudiéron conseguir revocase el Príncipe aunque lo pretendiéron con grande esfuerzo. Tampoco fuéron oidos los procuradores que ántes de retirarse representáron en un memorial algunas cosas útiles al bien público; y habiendo sido despreciadas sus súplicas, se aceleró la sedicion que las ciudades irritadas estaban fomentando mucho tiempo ántes, suscitándose tumultos en muchas partes miéntras el Príncipe se ponia en camino para Alemania. Entretanto Don Hugo de Moncada fué enviado á sujetar la Isla de los Gelves; lo que ántes habia intentado con adversa fortuna Don García de Toledo. Llegó allí con una poderosa armada para sacar de sus guaridas á los pyratas que tenian impedida la comunicacion de aquellos mares. Habiendo desembarcado sus tropas se puso en marcha ácia el enemigo, dexando á Diego de Vera capitan veterano el cuidado de un cuerpo de reserva para que acudiese donde fuera necesario. Trabóse la batalla y los bárbaros no pudiendo resistir el ímpetu de Moncada, comenzáron á flaquear y á retirarse, y al fin se pusiéron en fuga. Muy diversa fué la suerte de Die-

go de Vera, pues los suyos se viéron repentinamente acometidos de una tropa de Moros que estaban en emboscada, llenándolos de pavor y consternacion. En vano intentó Vera recoger su gente fugitiva, y volver á la batalla, y hallándose en este conflicto acudió Moncada á socorrerle con su tropa victoriosa, con increible fatiga, porque la mucha arena les impedia caminar. Refugióse Vera en las naves, habiendo perdido algunos de sus soldados. Desde allí rechazaba con la artillería á los bárbaros, y con la llegada de Moncada volvió á encenderse la pelea, que fué sangrienta y desordenada; y queriendo una y otra parte completar la victoria, combatiéron con furor desesperado. Finalmente los bárbaros fuéron puestos en fuga por los Christianos, sin atreverse á entrar en nuevo combate. Moncada salió herido en un hombro. El Xeque ó Regulo de la Isla envió Legados á Moncada pidiéndole la paz, y se la concedió mas en apariencia que en realidad baxo las condiciones siguientes: ,, Que el Xeque quedase en adelante tributario de Es- ,, paña, y pagase cada año doce mil escudos: que ,, en sus puertos no daria entrada á ningun corsario ,, ó pyrata; y que enviaria Embaxadores hasta Ale- ,, mania para obtener la confirmacion del Príncipe". De esta suerte dexáron unos y otros las armas, y el victorioso Moncada se restituyó con su armada que no padeció ningun detrimento.

CAPITULO VI.

PRINCIPIO DE LAS RUIDOSAS Y SANGRIENTAS SEDICIONES Y TUMULTOS DE LOS COMUNEROS.

Apénas habia salido el Príncipe del puerto, quando se vió Castilla nuevamente abrasada en tumultos y sediciones, extendiéndose el contagio entre las personas mas ilustres. Los de Segovia fuéron

los primeros que se contamináron dando muerte á Antonio de Tordesillas. Este pues al volver de las cortes de la Coruña, donde habia ofrecido dinero por donativo gracioso, para lo qual no le habia dado el pueblo poder ni autoridad, fué ahorcado despues de haberle arrastrado por las calles enmedio de dos Alguaciles. Noticioso de este peligro Juan Velazquez su socio en la comision, se huyó de la ciudad. El Cardenal Adriano, consternado con esta triste nueva, juntó el Consejo Real, y su Presidente Don Antonio de Roxas, Arzobispo de Granada, varon de caracter duro é inflexible, pronunció este atroz dictámen. ,, Que el ardor popular debia ser apagado con ,, sangre, y con ella reprimido el desenfreno de unos ,, hombres, que si quedasen sin castigo se precipi-,, tarian en mayores excesos: que se debia usar del ,, hierro con los culpados, y acudir á la enfermedad ,, en los principios con ásperos remedios, porque si ,, se usase de blandos se aumentaria mas la llaga, y ,, corromperia los demas miembros: que atentado tan ,, enorme debia expiarse con un condigno castigo, pa-,, ra tomar venganza de los malos, y para que sir-,, viese de escarmiento de todos los demas". Pero Don Alfonso Giron, hombre de una prudencia circunspecta, y de mas suave índole, dixo: ,, Que te-,, nia por mas conveniente los remedios suaves; y ,, que en los principios de las turbulencias era mas ,, facil aplacar los ánimos que domarlos con el terror: ,, que en las alteraciones y tumultos solia muchas ve-,, ces el miedo endurecer á los hombres, y que los ,, medios benignos los apaciguan y ablandan: que las ,, fieras se doman con halagos, y ostigadas con la ,, fuerza se hacen mucho mas crueles y soberbias: ,, que no queria que se quedase sin castigo el aten-,, tado, sino que se suspendiesen los suplicios hasta ,, tanto que se entiviase el ardor de los ánimos: que ,, la autoridad del Senado, que en aquel tiempo era ,, tan debil y falta de fuerzas para hacerse obedecer, ,, no debia exponerse al desprecio; y que convenia ,, hacerse insensible el Consejo miéntras ellos delira-

„ban. Por lo qual juzgaba que debia disimularse por „entónces el delito, especialmente habiendo cundi- „do tanto, y que le parecia mucho más util al bien „público mitigar aquellos furores con la clemencia, „que encenderlos con la severidad". Estas y otras muchas cosas se dixéron en el Consejo con grande fervor y energía; mas no era facil encontrar el modo de ocurrir á aquellos males sin perjuicio de la república, y sin aventurar el decoro del Consejo. Pero el Cardenal vencido de la ira determinó que las turbulencias fuesen reprimidas con la fuerza y con las armas. Ponderaba la injuria que se habia hecho al Príncipe; y que si no se vengaba severamente se arruinaria y caeria del todo la autoridad del Consejo: que no era tiempo aquel de desear la gloria de la clemencia, pues no debia usarse alguna con los que no la merecian, ántes bien contenerlos en su deber con el terror y con las penas. „Porque yo tengo por „cierto, dixo, que los que se dexan arrebatar del fü- „ror á unos atentados tan horribles, sin miramiento „alguno á la humanidad, ni aun á su propia salva- „cion, deben pagar con la muerte un delito, que „solo pudiéron cometer unos hombres perdidos y dig- „nos de perecer". Ábrazo el Consejo el dictámen y sentencia del Cardenal, que fué lo mismo que añadir leña al fuego ya encendido. En el dia que los vecinos de Segovia habian dado la muerte á su procurador, y perseguido á su compañero, se subleváron los de Zamora, y habiendo huido de la ciudad los procuradores executáron en sus estatuas el castigo que tenian resuelto para sus personas. En Burgos fué arrasada la casa del procurador, y habiendo sacado sus muebles los quemáron en la plaza. La misma llama y furor se apoderó de los de Sigüenza, Salamanca y Avila, y se extendió por casi toda Castilla. Pero los Toledanos excediéron en mucho á todos los demas sublevados.

Envió el Cardenal á Rodrigo Ronquillo para que castigase á los de Segovia; mas llegando éste á la ciudad con algunas tropas, le cerráron las puertas, y se

dexáron ver los ciudadanos armados en los muros. No se atrevió acometer á una ciudad tan fuerte por su situacion y sus murallas, y la cercó con la caballeria que llevaba, cogiendo todos los caminos. Asegurados en su asilo los de Segovia, pidiéron perdon, y no fuéron oidos por el Cardenal que se hallaba inclinado á la venganza. Los Toledanos determinan públicamente que no debian tratar este negocio con ruegos y súplicas sino con las armas. Y así Don Juan de Padilla, jóven valeroso, y por su propio carácter muy dispuesto á qualquiera empresa atrevida, partió con mucha gente armada á socorrer á los de Segovia, los quales con este auxîlio pusiéron en fuga á Ronquillo, despues de haber peleado con mas tumulto que ardimiento. Declarada de este modo la guerra, fuéron de allí adelante las cosas de mal en peor. Porque habiéndose enviado á Fonseca con mayores tropas para sujetar á los de Segovia, fué causa por su imprudencia de un grande estrago y mortandad en Medina del Campo. En este pueblo se custodiaban los cañones de artillería, y los vecinos, á peticion de los Segovianos, rehusáron entregarlos á Fonseca que se los pedia. Irritado éste de que no le obedeciesen los amenaza con un gran castigo á fin de intimidarlos. Pero la multitud alborotada y furiosa despreciaba su mandato y amenazaba con las armas. Disputan coléricos con Fonseca y los suyos, y encendiéndose mas y mas los ánimos con la ira, vienen al fin á las manos. Los vecinos se apoderáron por fuerza de los cañones y demas máquinas de guerra, y las colocáron en la entrada. Mandó Fonseca que entrasen en la villa sus tropas: saliéronle al encuentro los Medinenses, y le insultáron con sus tiros. Encrudeciéndose mas y mas el combate, hizo arrojar Fonseca algunas granadas encendidas contra las casas, persuadido de que amedrentados con esto los vecinos dexarian la pelea, y que con esta hostilidad, mas aparente que verdadera, los reduciria á su deber sin derramar sangre. Pero sucedió muy al contrario de lo que habia pensado y deseaba; porque levantándose las llamas, y extendién-

dose con gran velocidad por todas partes, no se minoraba el ardor de la pelea; ni el fuego ni las heridas aterraban á los vecinos que se habian obstinado en no ser vencidos sino con la muerte sola. Finalmente no dexáron las armas hasta que rechazáron á Fonseca. Quedó reducida á ceniza gran parte de la famosa plaza del comercio llena de mercaderias de gran valor, junto con el convento de San Francisco. Con este suceso de Medina irritadas las ciudades que hasta entónces habian estado quietas, comenzáron á trastornarlo todo con tumultos y sediciones. Grande era la confusion y perturbacion de las cosas, habiéndose perdido absolutamente el respeto á los Magistrados, y solo se veian á cada paso muertes, incendios y robos. Excitados los de Valladolid á son de campana acudiéron á las armas, y entráron con ímpetu furioso en las casas de los nobles, sin tener respeto alguno ni reverencia al Cardenal ni al Consejo Real. Ronquillo y Fonseca que en ninguna parte se hallaban seguros, se hiciéron á la vela para Flandes á fin de informar al Rey Don Cárlos. Doña Ines Manrique reprimió la sedicion de los de Cuenca, y al mismo tiempo vengó la afrenta hecha á su marido; pues hallándose borrachos y dormidos los fomentadores del tumulto, los hizo matar por sus criados, y al dia siguiente amaneciéron colgados en las ventanas los cuerpos, cuyo expectáculo sirvió de terror y de escarmiento. Los de Murcia tomáron tambien las armas, y habiendo muerto al Gobernador de la ciudad y á sus alguaciles, era temible que cometiesen otras mayores atrocidades. Pero el Capitan Vera que por gran fortuna vino á Murcia á su regreso de la expedicion de Gelves, pudo conseguir que desistiesen de sus intentos. Sevilla, ciudad no ménos populosa que opulenta, se mantuvo en su deber y lealtad, aunque intentó turbar su tranquilidad Don Juan de Figueroa. Este peligro le desvaneció con su valor Doña Leonor de Zúniga, madre del Duque de Medina Sidonia, la qual envió una tropa de gente armada contra Figueroa, y habiendo sido preso y puesto en buena custo-

dia, fué disipada la sedicion que comenzó y acabó en un mismo dia. Es muy digno de alabanza lo restante de la Andalucía, por haber permanecido inmovil en medio de tantas turbaciones, aunque al parecer eran inevitables las guerras y calamidades, hallándose todas las ciudades afligidas con odios domésticos, y enemistades intestinas.

Era muy dificil curar la república de tantos males como la rodeaban, porque en vano se aplicaban los remedios acostumbrados á unas ciudades tan enfermas. El furor de los pueblos sublevados causaba un general trastorno, y todos se armaban unos contra otros; sin que el Rey Don Cárlos adelantase cosa alguna con las exhortaciones y amonestaciones que les hacia en sus cartas. Visto lo qual por el Cardenal Adriano, á fin de ocurrir á los males que por todas partes brotaban, y que por sí solo no podia remediar, con dictámen del Consejo le dió noticia de todo, haciéndole patente la horrible catástrofe de la escena española. Habiendo comunicado Don Cárlos el negocio con sus cortesanos, nombró por Gobernadores del reyno á Don Fadrique Enriquez Almirante de Castilla, y al Condestable Don Iñigo de Velasco, hombres muy valerosos, dándoles facultades amplísimas para hacer lo que les pareciese mas conveniente al bien y tranquilidad del Estado. Para aplacar con alguna blandura los ánimos de los pueblos inquietos, mandó que no se exîgiese el dinero que en las cortes de la Coruña habia mandado pedirles. Aprobó solo las contribuciones que de tiempo inmemorial acostumbraban pagar. Prometió con juramento que los oficios y dignidades de ningun modo se conferirian de allí adelante á extrangeros; y finalmente exhortó á la nobleza á cuidar del bien público, ofreciéndola que tanto mas tendria en memoria sus buenos servicios, quanta fuese la fidelidad y zelo que manifestasen en una cosa tan importante, y que no permitiria que su benignidad quedase vencida de la grandeza de los méritos. Pero á la verdad no produxéron ningun efecto tan acomodados medios, porque los ánimos del vulgo

se hallaban poseidos del engaño de las opiniones depravadas y perversas. Porque quando la razon llega una vez á obscurecerse se obstina en despreciar los mas saludables consejos. En Avila, ciudad muy noble, situada enmedio de Castilla, concurriéron muchos procuradores de las otras ciudades para asistir á las consultas que en la Santa Junta (así llamaban á la conjuracion) se habian de tener sobre los negocios de la causa comun. Habiendo concurrido á la sacristia de la Cathedral á fines del mes de Julio se obligáron con juramento á exponer sus vidas y haciendas por la Dignidad Real y por la causa comun, y miéntras que deliberaban en Avila los conjurados, llegó Padilla á Tordesillas con tropas, y dos cañones sacados de Medina del Campo. Habló con la Reyna un breve rato, y divulgó muchas cosas vanas y falsas á fin de apoyar su partido. Pero qué consejo sano, ni qué mandato podia salir de una muger demente? No obstante para dar autoridad á lo que tenian proyectado, se publicó un decreto á nombre de la Reyna, en que se mandaba á los procuradores que viniesen á Tordesillas, porque queria ella intervenir en todo, y autorizar los decretos con su sello y firma. Con tan especioso velo queria la Junta ocultar sus designios, y deslumbrar á los incautos. Trasladado pues el campo de Avila á Tordesillas, dirigió la Junta una carta á los de Valladolid, en que les mandaba que le llevasen preso al Consejo con el sello Real; pero ellos, detestando tan atroz maldad, respondiéron: ,, que enviasen ellos ,, personas que se implicasen en tan horrible crímen, ,, para que no rehusasen obedecer en una cosa tan pe- ,, ligrosa; pues de lo contrario recaeria toda la culpa ,, sobre los ciudadanos de Valladolid ". Noticioso el consejo de este atentado, y atemorizados los Consejeros no pensáron en otra cosa que en ponerse en salvo, y cada uno se ocultó por donde pudo. Pero fuéron presos por Padilla quatro de los mas descuidados, y conducidos con el sello Real á Tordesillas. Llegáron finalmente á tal insolencia estos hombres audaces, que pusiéron límites á la potestad Real, enviáron

leyes á Don Cárlos hasta Alemania; y pasando aun mas adelante, intentáron por medio de sus cartas precipitar las provincias de Flandes en la misma locura y desenfreno, como se ve en una Real Cédula expedida en Vormes á diez y seis de Diciembre contra los rebeldes.

CAPITULO VII.

CONTINUACION DE LAS SUBLEVACIONES, Y GUERRAS CIVILES DE LOS COMUNEROS.

En este estado se hallaban las cosas quando Velasco entró en el gobierno de estos reynos. Comenzó á tratar con maña y prudencia á los ciudadanos de Burgos, ayudado del eficaz influxo de los nobles, los quales recorriendo la plebe, saludándola con benignidad, y amonestando á cada uno de su deber, adelantáron tanto con su afabilidad oficiosa, que ablandados los ánimos del vulgo se siguió una repentina y extraordinaria mudanza. Confiáron á Velasco la fortaleza, y habiéndola fortificado con guarnicion, llamó luego á sus parientes, amigos y vasallos, juntó exército, y exhortó á los grandes á que socorriesen á la república con todas sus fuerzas: mandó que viniesen á él los consejeros fugitivos; y como no tenia suficiente dinero para las pagas pidió prestados al Rey de Portugal cincuenta mil escudos. Añade Faria que tambien le envió tropa de infantería y máquinas de guerra; y que habiéndole ofrecido los sediciosos por medio del Dean de Avila el reyno de Castilla lo resistió, exhortándoles á que volviesen á su deber. Habia enviado el Gobernador de Navarra quinientos infantes armados, á los quales juntó Velasco los veteranos que habian vuelto de la expedicion de los Gelves. La mayor parte de ellos se pasó á los conjurados con la esperanza de mas lucrosa milicia, como sucede siempre con esta gente venal, acostumbrada á

preferir el mayor estipendio. Entretanto suscitado un nuevo tumulto en Valladolid, impidiéron los vecinos al Cardenal que saliese de la Ciudad, y se mantuvo encerrado en su palacio á fin de no exponer al insulto y á la burla su autoridad desnuda de fuerzas. No obstante, de allí á poco tiempo pudo escapar disfrazado, y llegó á pie á Medina de Rioseco.

Acudió pronto Velasco con las tropas del Marques de Astorga, del Conde de Benavente, del de Lemos y otros. El Duque de Feria noticioso de la sedicion de Badajoz se detuvo en aquella parte con la gente que habia juntado para reprimir los movimientos de los tumultuados. Habiéndose resuelto el llevar las cosas por la via de las armas, mandó á Don Pedro su hijo Conde de Haro, á quien el Rey Don Cárlos habia nombrado por General, que marchase quanto ántes al campo con la artillería y municiones, y con la gente que ya tenia junta. Tambien acudiéron otros Grandes, el Conde de Oñate, el de Osorno, el Marques de Denia, que hallándose con su hijo Don Luis en Tordesillas en servicio de la Reyna, fué arrojado de allí por los conjurados, el Conde de Miranda, el de Luna, y dos hijos de Alburquerque. La Junta congregaba tropas en Tordesillas, las que juntamente con dinero habia exîgido de las ciudades, y dió el mando de ellas á Giron sin atender á Padilla, quien irritado de la repulsa se retiró del campo. Al mismo tiempo Don Antonio de Acuña Obispo de Zamora, arrojando las sagradas vestiduras, y transformado en soldado, se pasó á los reales de los conjurados, arrastrado de la ambicion de saltear un Obispado mas pingüe. En el esquadron que él mandaba se contaban quatrocientos Sacerdotes, que con el perverso exemplo de su Prelado habian desertado del altar, y tomado las armas.

En esta coyuntura llegó á Rioseco Don Fadrique Enriquez, compañero de Velasco en el gobierno de estos reynos, que venia desde Cataluña. Era muy enemigo de llevar las cosas por el rigor, y aborrecia mucho el derramar sangre; y deseando poner en prácti-

ca todos los medios suaves que fueran posibles ántes de llegar á las armas, escribió muchas cartas á Giron, y le envió varias personas amonestándole que se aviniese á la paz, estando persuadido de que, entre otras cosas, el parentesco que habia entre ambos contribuiria mucho á este efecto: pero todos estos medios fuéron inútiles. Puso Giron en marcha sus tropas, que se acercaban á veinte mil hombres, y tuvo un ligero choque con la vanguardia del exército Real para excitarlos á la pelea. Ordenó despues su gente en batalla, y envió delante algunos exploradores que aclamasen en alta voz: „que aquellas eran las tropas de la Reyna, „que habian de decidir del poder supremo, y que si „sus contrarios eran hombres saliesen á pelear en cam„po abierto." Las tropas del Rey se mantenian dentro de los muros de Rioseco por hallarse muy inferiores en número, y como si esto fuese reconocer la victoria de Giron que hacia vano alarde de sus fuerzas, se retiró éste con su exército al ponerse el sol. Despues de esto se tuvo una conferencia á solicitud de la Condesa de Modica, muger del Gobernador Don Fadrique Enriquez, matrona de exemplar vida, hallándose ella presente para ver si de algun modo podia aplacar aquellas iras. En este coloquio se conviniéron en que se volviesen de allí las tropas sin hacer daño alguno de una ni de otra parte. Hecho esto, y entre tanto que los contrarios se detuviéron en Villalpando, el Conde de Haro puso precipitadamente su exército en marcha, y fingiendo dirigirse ácia Valladolid, partió para Tordesillas, donde despues de haberse apoderado y saqueado en el camino á Peñaflor, infundió grande espanto y consternacion. En vano los de la Junta de Tordesillas pidiéron socorro á los de Valladolid, pues se lo rehusáron por faltarles la mayor parte de la juventud y tener tan cerca al enemigo. Sin embargo no se desanimáron los que defendian la villa, cuya guarnicion se componia en gran parte de Sacerdotes Zamoranos. Luego que llegáron las tropas Reales acometiéron con escalas al tiempo de ponerse el sol; pero los mas esforzados que se adelantáron y lle-

gáron ya á tocar lo mas alto de los muros, cayéron á tierra, y intimidáron á sus camaradas para intentar la subida. No ignorando Haro que en aprovecharse de un momento consiste la fortuna de tales sucesos, embistió por otro lado aunque tuvo igual suerte. Miéntras que se hallaban todos con los ojos fixos en el enemigo, Dionisio Deza, noble Vizcayno, daba vuelta á los muros para observar si habia alguna entrada fácil. Dió aviso al Conde de Haro que habia descubierto una parte flaca del muro, que con facilidad podia ser derribada; y habiendo dirigido á aquel puesto la artillería que tenia Deza á su mando, abrió con ella una brecha en lugar retirado y apartado del tumulto. Inmediatamente se viéron enarboladas las banderas Reales en lo mas alto del muro; con cuya vista amedrentados los contrarios, huyó cada qual con presteza por donde pudo. Habiéndose con esto dispersado la Junta, fuéron presos nueve de ellos, y los demas se escapáron unos á Medina y otros á Valladolid. La villa fué saqueda sin distincion alguna entre lo sagrado y lo profano. Enriquez y la Grandeza besáron la mano á la Reyna, procurando divertirla con varias conversaciones. De las tropas Reales pereciéron doscientos y cincuenta soldados; muchos mas fuéron los heridos, entre los quales se contaban los hijos del Marques de Astorga y del Duque de Alburquerque. El Conde de Benavente fué herido en un brazo, y al de Alba de Liste le matáron el caballo en que iba montado. La bandera Real que llevaba el Conde de Cifuentes fué atravesada con dos balas. El Conde de Castro llegó á Rioseco mas tarde de lo que se deseaba, y de alli pasó á Tordesillas con el Cardenal Adriano á dar el parabien á los victoriosos. Al instante pusiéron por obra el reparar los muros y limpiar los fosos, y se puso guarnicion para la custodia de la Reyna, porque sabia muy bien el Conde de Haro que los Comuneros harian los mayores esfuerzos para apoderarse de ella á fin de dar crédito á su partido. Las demas tropas fuéron enviadas á invernar en el territorio de Valladolid. Entre tanto no perdonaban trabajo ni

fatiga para hacer las prevenciones que exîge la guerra.

En el año anterior se esparciéron entre los Valencianos las semillas de una maligna sedicion, que en éste produxéron una espantosa multitud de males. Habia manifestado la plebe su antiguo odio contra los nobles, mas bien que su contumacia contra las órdenes del Rey, y llegó á tal extremo que no se hallaba medio alguno de mitigar esta discordia. Don Luis de Cavanillas Gobernador de aquella ciudad, habia largo tiempo que estaba ausente por temor de la peste que entónces hacia sus estragos, y todas las cosas se hallaban en el mayor desórden por el desenfreno de la plebe, quando llegó á Valencia Don Diego de Mendoza, á quien Don Cárlos habia nombrado por Virrey. Ocho mil artesanos se hallaban entónces armados en virtud del permiso que les dió el Rey para estar prevenidos contra los Moros, como ya diximos: permiso á la verdad muy perjudicial y sumamente pernicioso á la quietud pública. Habian creado trece Síndicos, uno de cado gremio; entre los quales, despues de la repentina muerte de Juan Lorenzo autor de la sedicion, sobresalia Guillelmo Sorolla, que aunque nacido de lo mas ínfimo del vulgo, ninguno era mas audaz y pronto en la lengua y en las manos. Estableciéron una asociacion, que llamaban Germania ó Hermandad, formando para ella sus ordenanzas, y se obligáron á guardarlas con juramento. Todo era permitido á la temeridad de los Agermanados. Asaltaban las casas y haciendas de los nobles sin respeto ni miramiento alguno á los Magistrados; cometian muertes, violencias y rapiñas; y era tal el furor de estos malvados, que las cosas sagradas y las profanas eran violadas por ellos sin distincion alguna. Los buenos ciudadanos se veian arrojados de sus casas con sus mugeres, hijos y familias sin hallar donde recogerse; porque habian ordenado que no se diese el menor socorro humano á los que rehusasen jurar la Hermandad, y tomar juntamente con ellos las armas. El Duque de Gandía Don Juan obligado de la necesidad envió su familia á Zaragoza, donde era Arzobispo Don Juan

1521.

su hermano, á fin de libertarla del peligro que corria en Valencia. Otros nobles enviáron las suyas á otras partes donde pudiesen estar seguras. No tardó mucho tiempo en hacerse el Virrey odioso á aquellos hombres plebeyos por haberse resistido á nombrar dos Jurados de su clase, lo que al fin les concedió contra su voluntad; pero extendiéndose mas y mas la sedicion, falto poco para que la multitud no se apoderase con armas de la casa en que él habitaba. Habiéndose apaciguado algun tanto el ardor de los ánimos, y viendo quebrantada y violada por el furor de la plebe la magestad del gobierno, aprovechándose de las tinieblas de la noche, se salió de la ciudad sin ser conocido. Detúvose en Xativa, donde fué recibido por los vecinos con mucho obsequio; pero en breve se dexáron estos arrebatar de la misma locura, por lo qual se escapó de oculto á la fortaleza, de donde la hambre le obligó á salir, y partió para Denia, pueblo marítimo, con designio de embarcarse para Andalucía. Acudiéron con presteza los nobles á ofrecerle sus servicios y auxîlios. Tuvo consejo con ellos, y fuéron de dictámen que solo podria alcanzar por medio de las armas y la fuerza, lo que con medios suaves y pacíficos habia intentado en vano; porque muchas veces aquellos hombres turbulentos y obstinados contra los males que les amenazaban, se habian hecho sordos á los que les daban saludables consejos, y les exhortaban á volver en sí. Y á la verdad la experiencia nos enseña que si la multitud llega á enfurecerse, de ningun modo vuelve á su antigua quietud, si ántes no se apaga el ardor y fuego de los ánimos; lo qual solo se consigue quando castigada con los males aprende á costa suya lo que la conviene. Así pues, determinado que fué y adoptado el medio de la guerra, se hiciéron inmediatamente los preparativos, y porque les faltaba dinero aprontó cada uno lo que tenia: recogiéron soldados y armas, y las repartiéron aun á los Moros de paz, aunque no á todos, sin distincion. Una parte de los nobles se habian huido á Segorve y Morella, pueblos de conocida fidelidad, que se mantuviéron limpios de

los horribles delitos de la plebe Valenciana. Toda la nobleza habia desaparecido enteramente de la ciudad de tal suerte, que una mugercilla, para que un muchacho se acordase de haber visto un noble, le mostró uno con el dedo, diciéndole, que de allí adelante no veria otro alguno. Tanto era el furor y rabioso deseo que tenian de acabar con esta clase de ciudadanos. Solamente habia quedado entre aquella confusion el Marques de Cañete Don Rodrigo, hermano del Virrey, que con admirable arte y prudencia supo hacerse amar del vulgo. Gran parte del Reyno siguió el perverso exemplo de la ciudad, animada con los freqüentes mensageros y cartas que enviaba Sorolla. En todas partes dominaban los hombres mas malvados con tal que no les faltase audacia: el furor civil resonaba en todos los lugares: los odios particulares, la esperanza de mejor fortuna fundada en la calamidad pública, y otros muchos afectos y pasiones, tenian arrebatados todos los ánimos. Todas las cosas estaban en el mayor trastorno, y olvidadas enteramente las reglas de lo justo y de lo honesto: la crueldad, la discordia y la liviandad cundian y reynaban impunemente, y presentaban un aspecto el mas horroroso y lamentable. Todo se dirigia ya á una guerra abierta, pues por una y otra parte se juntaban tropas, y con efecto dió principio en la villa de San Matheo. Sublevados sus vecinos, diéron muerte á su Gobernador. Despues determináron matar á una parte del pueblo, que rehusaba admitir la Germania. Acudió á socorrerlos Don Francisco Despuch, Caballero del Orden de Montesa, á cuya jurisdiccion pertenecia aquel territorio. Su gente era poca, pero en breve le siguió Don Berenguer Ciurana, que conducia algunas tropas de Morella. Apoderáronse de la villa con sus armas; y hecha pesquisa, mandáron ahorcar á los mas culpados, y á todos los demas se les concedió perdon. En este mismo tiempo Miguel Estelles, uno de los trece Capitanes ó Síndicos de la Germania, acudió apresuradamente con tropas á socorrer á los sitiados. Pero fué derrotado y preso por D. Alfonso de Aragon Du-

que de Segorve, que de camino se habia hecho dueño de Villareal y Castellon, irritado de la obstinacion de sus habitantes; y Estelles con su Alferez y otros de su bando fuéron condenados á muerte de horca.

CAPITULO VIII.

DESCUBRIMIENTO DE ALGUNAS PROVINCIAS DE LAS INDIAS; Y VIAGE DE HERNAN CORTES.

Apénas tocó Mariana de paso las cosas de la América: y dexando sepultados en el silencio á muchos hombres valerosos, consagró únicamente á la posteridad la memoria de Colon, Americo, Balboa, Magallanes, y la nave Vitoria competidora del sol. De Cortés y los Pizarros habló tan de corrida, que apénas los dexó delineados en su Historia. Yo pues, para ilustrar con alguna luz á estos grandes hombres, recorreré brevemente sus primeros tiempos. Habiendo arribado los hermanos Pinzones compañeros de Colon á Paria, region del continente de la América meridional, cuyos bárbaros habitantes eran muy veloces y guerreros, no sacáron otra cosa de su primer viage que heridas y trabajos; pero en el segundo traxéron de allí oro y otras muchas mercaderías. Alfonso de Ojeda, y Diego de Nicuessa abordáron desgraciadamente á las Provincias de Urabá y Veragua; y despues de haber padecido naufragios, guerras infaustas con los bárbaros, y una hambre cruel, se introduxo tambien entre ellos la discordia civil, por la qual pereciéron mas de mil Españoles con sus Capitanes; pérdida considerable en tan remotas partes. A pesar de esto fundáron en el Darien el pueblo de Santa María, y en la entrada del Istmo de Panamá el de Nombre de Dios, que ya merecen mas bien el nombre de cabañas, pero que en otro tiempo floreciéron en riquezas y multitud de habitantes.

Pedro Dávila emprendió la navegacion del Océano Austral con quatro navíos fabricados por el infeliz Balboa; y despues de pelear largo tiempo con las tormentas, fué arrojado á la entrada opuesta del Istmo, donde edificó á Panamá, célebre plaza de comercio; y en el año diez y seis de este siglo llevó colonos que la habitasen: fundando mas adelante otros pueblos en la misma provincia. En el año anterior de mil quinientos quince Juan de Solis corrió con tres navíos desde el cabo de S. Agustin ácia las costas Australes, pobladas de gente cruel y feroz. Habiendo llegado á los treinta grados mas allá de la equinoccial, desembarcó á sus compañeros convidados con engaño por los bárbaros que allí habitaban, los quales luego que los nuestros saltáron en tierra los matáron con sus saetas, y los asáron, y se los comiéron con grande inhumanidad. Volvió á España este testigo de aquella ferocidad bárbara sin haber tomado venganza; pero otros dicen que tambien pereció, lo que juzgo por mas verdadero. Juan Ponce de Leon sujetó la isla de San Juan de Puerto Rico, distante cien millas de la Española ó Santo Domingo. Su primer Obispo, entre los que dió á las islas el Papa Julio II, fué Don Alonso Manso; y al mismo tiempo fuéron electos para otras provincias D. García de Padilla y Don Pedro Deza. Despues se hizo Ponce á la vela ácia el septentrion, y fué el primero que avistó la Florida, llamada así por el dia en que fué descubierta. Peleó desgraciadamente con los bárbaros, que eran muy valerosos, y perdió muchos compañeros; y saliendo él herido, regresó á Cuba, donde murió de sus heridas.

Don Diego Colon, despues de la muerte de su ilustre padre, fué nombrado Almirante del Océano y Gobernador de las islas, y fixó su residencia en la Española, desde donde envió á Cuba á Diego Velazquez para que sujetase á los bárbaros rebeldes, y estableciese colonias de Españoles. La Habana se hizo célebre por la seguridad y comodidad de su puerto. Fué su Obispo D. Fr. Bernardo de Mesa, del Orden de Santo Domingo; cuyos individuos trabajáron glorio-

samente en ganar á aquellos bárbaros para Jesu-Christo, como lo testifican los Historiadores de su tiempo. Navegáron entónces á la misma isla catorce Religiosos del Orden de San Francisco desde lo mas interior de Francia para dedicarse á la misma santa obra, siendo su Prelado Fr. Remigio. Fr. Francisco de Córdova, de nobilísima familia, pasó al continente con su compañero Fr. Juan Garcés: predicó el Evangelio á los bárbaros esparcidos por la costa de Cumaná, y fué muerto por ellos con su sócio en el año mil quinientos y quince. El siguiente en la isla de la Trinidad, y en la Tierra-Firme fuéron tambien muertos y devorados por los bárbaros otros Religiosos del mismo Orden, que se hallaban ocupados con mucho zelo en la predicacion de la palabra divina. Por estos tiempos sucediéron varias desgracias y calamidades á negociantes, que con la fama de las riquezas acudiéron á aquellas partes. Muchos padeciéron naufragios, y otros pagáron la pena de su temeridad á manos de los bárbaros. Alonso Niño, fué arrojado á las costas de Paria, y recogió mas de cien libras de perlas, de cuya riqueza fué despojado en España, y puesto en prision por haber navegado á la América sin permiso de los Gobernadores.

Enviáron éstos tres Religiosos Gerónimos, célebres por su sabiduría y experiencia, con Alonso Suazo Letrado de gran providad para que visitasen las islas. Los indios hechos esclavos por los Españoles contra toda justicia, y derecho eran destinados á trabajar en las minas y en los ingenios de azucar, para fomentar con su producto el luxo y vanidad de los Cortesanos, con gran dolor de los Colonos que con su sangre y fatigas habian adquirido aquellas tierras. Estas vexaciones pareciéron intolerables á los hombres justos y virtuosos, pues el Rey Don Fernando el Cathólico habia mandado que los Indios fuesen libres, y que gozasen los mismos derechos que los Españoles. Por lo qual se mandó á los Colonos que los tratasen con mas suavidad, y cuidasen de instruirlos en la doctrina christiana. Habia ya perecido un excesivo número de

Indios, pues como ántes eran estos hombres en extremo perezosos, y entregados al ocio, á la embriaguez y á la luxuria, les era intolerable el pasar de los deleytes al trabajo, y desfallecian con la fatiga. La crueldad de sus amos les ocasionó enfermedades que ellos no conocian, y el hambre y la desesperacion de verse en tan dura servidumbre y miseria obligó á muchos á quitarse la vida. A tanta costa adquiriéron los infelices Americanos el conocimiento de la verdadera Religion. Por lo qual Lipsio, en su libro de constancia, exclama. ,, ¿Dónde estás tú Cuba la mas grande de ,, todas las islas? Adónde tú Haiti? ¿Dónde estais vo- ,, sotras islas Lucayas? las que en otro tiempo encer- ,, rabais cada una seiscientos mil ó un millon de hom- ,, bres, apénas conservais quince de ellos para propa- ,, garse.ʻʻ Pero estas cosas son tan notorias que no hay necesidad de referirlas aquí. Por lo demas las colonias se aumentáron mucho por estos tiempos en edificios y en la cultura de los campos, y en todas las demas cosas necesarias para su buena subsistencia. Habiendo regresado á España los Religiosos Gerónimos les dió gracias el Rey Don Cárlos de lo que habian hecho en su comision, y á Fr. Luis de Figueroa uno de ellos le confirió el Obispado de Santo Domingo: Suazo pasó á Cuba á administrar justicia: Francisco Fernandez de Córdova fué á reconocer á Yucatan, Península de aquel continente, y regresando á la Havana murió de las heridas que habia recibido en esta empresa. Vengó su muerte Juan de Grijalva que arribó con quatro navíos de Velazquez, y destrozó un gran número de barbaros. De los Españoles solo muriéron tres, y al Capitan le claváron tres saetas, y de una pedrada en la boca le hiciéron saltar tres dientes; todo lo qual acaeció en el puerto de Potoncamo. En Tabasco y en otras partes fué recibido benignamente, y rescató mucho oro en cambio de abalorios, navajas, campanillas y otras bagatelas, á que en gran manera son apasionados los Indios. Todo esto sucedió en el año mil quinientos diez y ocho; y fué como preludio de las extraordinarias hazañas que hizo Hernan Cortés, hijo

de Martin, varon de inmortal fama y digno de ser elogiado en todos los siglos.

Este pues habiéndose embarcado en una armada de once navios fabricada á costa suya y de Velazquez, en la que iban quinientos y ocho hombres armados, diez y seis caballos, y ciento y nueve marineros, comenzó á navegar para tierra firme á trece de Febrero del año siguiente. Halló en la isla de Cozumel á Gerónimo de Aguilar que habia estado prisionero por espacio de ocho años en Yucatan, y llegando despues á Tabasco recibió en su compañía á Marina doncella Mexicana, los quales como instruidos en las lenguas del pais le sirviéron de grande auxilio, favoreciendo sus deseos la divina providencia. Con estas tropas emprendió subyugar un nuevo mundo, con ánimo mas fuerte y excelso que todos los mortales. Luego que arribó á Tabasco peleó prosperamente el dia veinte y cinco de Marzo. Trató con benignidad á los prisioneros, y habiéndolos enviado libres con algunos pequeños regalos, inclináron á los demas á desear la paz. Concediósela Cortés por medio de sus interpretes, y partió de Tabasco habiendo recibido de los naturales oro y provisiones para continuar el viage. Edificó la villa de la Vera Cruz en un puerto seguro; y meditando otras cosas mayores se le opusiéron algunos de sus compañeros, desconfiados de la poca gente que llevaban; y castigándolos con mas aspereza de la que convenia, y animó á los demas con militar eloqüencia. Díxoles que los llevaba á una victoria cierta; que el fruto que de ella debian recoger era la propagacion de la verdadera religion, que es el mas principal y el mas grande para los hombres piadosos; que adquiririan grandes riquezas y gloria, y unos premios muy superiores á los peligros, con lo qual llegarian á ser felices en lo venidero, y muy celebrados de toda la posteridad, con tal que ahora se acordasen que eran Españoles. Prometióles que Dios les seria propicio y favorable, y contrario á los bárbaros; y les dió razones de uno y otro. Luego que acabó su discurso animado de la prontitud y alegria con que los Soldados

le pidiéron los guiase adonde quisisiese, pues confiaban que tenia á Dios de su parte, hizo barrenar y echar á fondo las naves, á fin de quitarles enteramente el recurso de la fuga, y que solo pusiesen toda su esperanza en la victoria. Al mismo tiempo envió á Alfonso Portocarrero, y Francisco Montejo al Rey Cárlos con el oro que habia podido recoger de la liberalidad de los Soldados, y llegáron á Sevilla en el mes de Octubre habiendo salido de Vera Cruz el dia veinte y seis de Julio. Las primicias del Evangelio en esta Nueva España fuéron veinte doncellas, entre las quales se cuenta Marina, y todas fuéron bautizadas por el P. Fr. Bartolomé de Olmedo del Orden de nuestra Señora de la Merced. Entretanto recibió Cortés en su amistad y alianza al Cacique de Zempoala, y despues á Tlascala, república muy opulenta y de gran fidelidad, habiendo peleado primero felizmente con sus habitantes. Estas alianzas irritáron en gran manera á Motezuma poderoso Emperador de México, á causa de las antiguas discordias que habia tenido con aquellos pueblos. Por lo qual envió correos á Cortés mandándole saliese de aquel pais. Pero como no pudiese disuadirle de su propósito, se valió de súplicas y ruegos.

Estaba Motezuma atemorizado con los oráculos de sus falsos dioses, que habian anunciado en otro tiempo que vendria del oriente una gente bárbara que se haria dueña del imperio y riquezas de México, y deseaba alejar de qualquier modo á aquellos extrangeros, para que no se cumpliese la oculta ley de los hados. Viendo que no podia conseguirlo por estos medios, le acometió aunque en vano con regalos, enviándole mucho oro, piedras preciosas y vestidos de plumas texidos con admirable artificio. Cortés le correspondió con algunas bagatelas, que quanto eran mas desconocidas de los bárbaros, tanto mas las apreciaban. Finalmente no pudiendo disuadir á Cortés de su designio con dones, amenazas ni terrores, resolvió éste visitar á Motezuma, cuyos Legados le siguiéron en el viage. En el camino se apoderó de Cholula, ciu-

dad fuerte, donde le habian armado asechanzas, que recayéron sobre sus autores. Los mensajeros de Motezuma le protestáron que en esto no habia tenido parte alguna su Señor; cuya excusa admitió Cortés, disimulando por entónces su ira; pero iba muy prevenido para evitar otro lance. No cesó Motezuma de enviar á Cortés en todo el camino nuevos mensageros pidiéndole que excusase la molestia de venir á verle. Pero él prosiguió adelante alegando varios pretextos y juntando por medios suaves mucho oro y las provisiones que necesitaba. Seguian á los Españoles seis mil Tlascaltecas armados, muy adictos á los nuevos huespedes, y enemigos irreconciliables de los Mexicanos. Para recibir al Español salió Motezuma con magnífico acompañamiento de la ciudad imperial, que se hallaba situada en una laguna, llevado en unas andas, que conducian sobre sus hombros quatro Caciques. Saludáronse de una parte y otra, hiciéronse recíprocamente regalos en señal de amistad, y con la misma pompa que parecia de triunfo entráron juntos en la ciudad.

Algunos dias se pasáron en obsequiar y divertir al Rey con el nuevo espectáculo de sus huespedes. Pero habiendo recibido Cortés la noticia de que dos Españoles que venian de la Colonia de Vera Cruz habian sido asesinados á traicion en el camino por un Cacique, pensó en sacar gran partido de esta desgracia, y atribuyendo la culpa á Motezuma, despues de reprehenderle gravemente con semblante airado, le puso en prision en su mismo Palacio; hazaña ciertamente que parece increible. No cesaba aquel Príncipe de llorar, y á veces prorumpia en suspiros y lamentos; pero mas adelante mandó Cortés quitarle las cadenas, y le tuvo asegurado en su compañía. Llevaban esto á mal los Mexicanos indignados de la paciencia de Motezuma; mas aun no se atrevian á emprender cosa alguna, aunque Cortés habia hecho quemar vivo en la plaza al Cacique, llamado por órden del mismo Motezuma. Fatigado éste mas bien de los ruegos y súplicas de sus nobles, que de su propia voluntad, pues le

parecia que no habitaba forzado entre los extrangeros, (tanta era la astucia y maña con que le trataba Cortés, á quien habia descubierto lo que anunciaban los oráculos) le pidió que saliese de sus dominios. Mas excusándose éste de hacerlo con pretexto de la falta de navíos, le dió noticia Motezuma de haber arribado diez y nueve; lo que supo por algunos Indios que con velocidad increible habian corrido en brevísimo tiempo casi trescientas millas. En aquella armada venia contra Cortés Pamphilo de Narvaez, enviado por Diego Velazquez que estaba muy quejoso de que Cortés se hubiese exîmido de su autoridad, quebrantando los convenios que tenian hechos.

Este incidente podia suscitar una guerra civil; y Pamphilo habia atrahido á su partido al Cacique de Zempoala. Solicitaba con cartas y mensageros ganar á la gente de Cortés, y no omitia medio alguno para perder á su émulo. Noticioso Cortés de todo lo que pasaba, y persuadido de que no debia descuidarse en tan fuerte tempestad, encomendó la custodia de Motezuma á Pedro de Alvarado, Capitan valeroso, dexándole ciento y quarenta soldados entre Españoles y Indios amigos; y con el resto de su tropa se puso en marcha contra el enemigo, estando cierto de que en este lance aventuraba toda su fortuna. Así pues acometió de repente á la hora de media noche á Zempoala con grande estrépito, cogió vivo á Pamphilo, y le puso en prision: los soldados de éste con la fama que tenian de Cortés, y con la esperanza de mas lucrosa milicia, se pasáron á sus banderas. Encomendó la armada, la artillería y los bagages á Gonzalo de Sandoval Gobernador de la nueva Colonia, cuyo valor y diligencia le habia sido de mucho auxîlio en esta expedicion. Aumentado su exército con las nuevas tropas de Narvaez, que eran mil infantes y cien caballos, regresó á México, y entró en la ciudad el dia de la Natividad de San Juan Bautista. Halló todas las cosas en gran confusion por la temeridad de Alvarado: los Españoles se veian acometidos por los bárbaros irritados con el dolor de las injurias que padecian.

Hubo batallas, muertes é incendios por espacio de algunos dias, sin haberse derramado sangre alguna de los Españoles; y es muy digno de admiracion lo que hiciéron estos hombres fortisimos contra tan innumerable multitud. Luego que llegó Cortés animó á los suyos con su exemplo. Motezuma que desde una ventana de su palacio mandaba á sus vasallos, obstinados en acometer á Cortés con todo género de armas, que desistiesen de su intento, fué herido casualmente de una pedrada que recibió en la cabeza, de cuyas resultas murió á los tres dias. Su cuerpo fué entregado por los Españoles á los Mexicanos que le hiciéron las exêquias acostumbradas entre ellos.

Despues de este suceso continuó la guerra con mas furor baxo el mando de cierto Capitan que dirigia á los Indios. Fué elevado al trono Cueltavaca hermano de Motezuma, y se empeñó con tanta porfia en echar á los Españoles de la ciudad, que no desistió hasta conseguir su intento; pero murió en breve de una peste de viruelas que afligia entónces á aquellas regiones, donde no se conocia esta enfermedad hasta que la lleváron los Españoles. Sucedióle un hijo suyo, segun yo juzgo, ó á lo ménos de su hermano, porque no lo declaran las Historias por descuido de los Escritores; llamábase Guatimocin, y era hombre intrépido y de invencible constancia. Despues de haber dado muchas pruebas de su valor, y no siendo suficientes los Españoles para resistir á una multitud innumerable que despreciaba la muerte, resolviéron al fin ponerse en fuga, la qual emprendiéron ocultamente el dia diez de Julio. Fué entregada al saqueo la inmensa cantidad de oro que habian juntado los Españoles en las casas donde se hallaban hospedados, y muchos pereciéron por haberse cargado excesivamente de este metal. Hallábase la ciudad situada en una laguna por cuyas calles corrian acequias, y de trecho en trecho tenian puentes de madera. Enviáron delante los Españoles algunos soldados para que echasen otro que llevaban con ruedas, porque los antiguos habian sido destruidos por los Indios, á fin de que los nuestros no tuviesen me-

dio alguno de escaparse, y fuesen sacrificados á su venganza. Pusiéronse pues en camino los Españoles en lo mas profundo de la noche con gran silencio, guiándolos Cortés por medio de las centinelas enemigas. Los que iban á la ligera escapáron facilmente del peligro; pero los demas, que iban cargados con las riquezas que no quisiéron abandonar, se viéron acometidos por los bárbaros, excitados por el ruido y los clamores de sus centinelas. Habiendo ganado los enemigos el puente de ruedas, é impedida por este medio la fuga de los Españoles, se suscitó una cruel y sangrienta pelea, que mas bien puede llamarse carnicería, en un puesto tan estrecho como aquel, y encarnizados los enemigos por una y otra parte de la laguna. Hombres, armas y caballos todo estaba mezclado y confundido. Acudió Cortés á socorrer á los que peligraban; puso en órden á los que estaban confusos y revueltos; y pasó el foso con increible trabajo. Sirvióle de mucho auxîlio el heroyco ánimo y valor de Alvarado. El oro, los cautivos, y todas las demas cosas que les impedian hacer su marcha con velocidad las abandonáron al enemigo, posponiendo á su vida todas las riquezas. En este combate pereciéron ciento y cincuenta Españoles, como refiere el mismo Cortés, seis caballos, y dos mil y quarenta Indios amigos; y tambien muriéron algunos hijos de Motezuma. Por todo el camino peleáron los Españoles casi todas las horas, y la victoria se debió á la caballería, especialmente la que consiguiéron cerca de Octumba el dia catorce de Julio. Y á la verdad no puede negarse que en esta ocasion y en tan peligrosos lances les favoreció el auxîlio Divino. Inmediatamente que llegáron á los confines de Tlascala salió á recibirlos Magiscazin cabeza del Senado con grande acompañamiento de nobles. Despues de haber consolado á Cortés con palabras muy humanas, le conduxo á la ciudad con gran fidelidad, sin que en él causase ninguna mutacion la adversa fortuna de Cortés, ántes por el contrario le exhôrtó que tuviese buen ánimo, asegurado de que para todo quanto dispusiese hallaria siempre prontos

á los Tlascaltecas; con cuyas palabras se aquietó el fluctuante ánimo de Cortés que sospechaba no seria muy sincera la fidelidad de sus aliados en los contratiempos y desgracias. Ninguno habia escapado sin heridas de tantos combates, y además el hambre, la sed y el cansancio los tenia reducidos al último extremo. Muchos muriéron en la cura de sus heridas, y el mismo Cortés escapo con dificultad. Otros debilitados y sin fuerzas apénas podian moverse. No obstante para confirmar en su amistad á los aliados, y aterrar á los enemigos, les movió de nuevo la guerra ayudado de los Tlascaltecas, que se hallaban siempre dispuestos y prontos á vengar sus anteriores pérdidas, y en esta ocasion procediéron con tanta lealtad y esfuerzo que no puede alabarse dignamente. Sujetó Cortés á los de Tepeaca; arrojó de las ciudades vecinas las guarniciones Mexicanas: quemó algunas de ellas, y vendió á sus habitantes como esclavos: venció muchas veces en batalla á los enemigos, se apoderó de sus Reales, y los molestó con todo género de perdidas. Con estas victorias parecia estar vengada la afrenta recibida, y alternando los sucesos prosperos con los adversos comenzó Cortés á ser mas respetado y temido que ántes por los Indios.

CAPITULO IX.

SUCESOS DE LOS PORTUGUESES EN AFRICA Y EN LAS INDIAS ORIENTALES.

Comenzaremos á referir en una narracion seguida los hechos de los Portugueses desde la derrota que padeciéron en la Mamora hasta estos tiempos, y lo mismo haremos en adelante reuniendo por intervalos baxo de un aspecto todos los sucesos de este reyno. Hallabase Arzila en peligro por el sitio que la habia puesto el Rey de Fez; pero con la llegada de la armada que Sequeira conducia á la India fué libertada del cerco. Despues peleáron desgraciadamente

los Portugueses : algunos de ellos fuéron muertos y otros quedáron cautivos, entre los qualespereció de peste en Fez Don Antonio Mascareñas; mas habiendo recobrado el ánimo que mostraban decaido, laváron su ignominia con la sangre del enemigo. Noroña, Coutiño, y otro Mascareñas todos hombres valerosos destruyéron los Aduares de los Moros, saqueáron sus pueblos, taláron sus campos, y finalmente hiciéron muchos cautivos con muy poca pérdida de los Portugueses. Fatigados los Moros con tantas derrotas pidiéron la paz, prometiendo hacer quanto les mandasen y que darian rehenes y pagarian un tributo anual.

No eran tan prosperos los sucesos en la India despues de la muerte del grande Alburquerque. Su sucesor Lope Suarez salió con una armada dirigiéndose al mar roxo para incomodar la del enemigo; pero saliéron vanos sus deseos, porque cerca del estrecho de Ceyla adonde estaba la ciudad llamada por los antiguos *Emporium Avalites* trocándosele la fortuna se le abrasáron sus navios; y despues en una horrible tempestad perdió otro baxel con la gente que en él iba. Fernando de Andrade navegó á la China con ocho navíos á fin de establecer comercio con aquella gente. Envió á Canton á Tomas Perez con el título de Embaxador del Rey Don Manuel, con cartas y regalos para el Emperador de los Chinos; y se conduxo tan bien que dexó entre aquella Nacion tan astuta grande fama de la providad y buena fe portuguesa. Pero despues la destruyó su hermano Simon, hombre de costumbres muy contrarias, pues con su luxo, rapiñas y crueldad echó á perder todo lo que se habia ganado. Habiendo desembarcado en la isla de Tamos edificó un castillo sin pedir permiso á los Magistrados, y le fortificó con guarnicion y máquinas de guerra. Finalmente se entregó á todo género de maldades y infamias; cometiendo como un tirano las mas atroces violencias contra los naturales y negociantes. Por estos méritos le declaráron los Chinos por su enemigo, y cercándole con una armada faltó poco para que él y sus compañeros no fuesen presos y pagase la pena

de sus maldades. Pero una tempestad dispersó los navíos Chinos, y Simon huyó á Malaca ciudad situada en la Peninsula que llamáron los antiguos *Chersonesum aureum*, dexando á los Chinos tan poco satisfechos de su trato, que no habia para ellos cosa mas aborrecible en el mundo que el nombre Portugues. El Embaxador Tomas, no habiendo conseguido permiso para ver al Emperador, fué enviado á Canton, y murió miserablemente en la cárcel.

Goa y Malaca se hallaban amenazadas de los Bárbaros, que no dexaban respirar á los Portugueses; pero acudiéron á su socorro Juan de Silveira, y Alexo de Meneses, cada uno con su armada, y desvaneciéron el peligro. Habiendo sido Malaca cercada de nuevo fué librada por el valor de su guarnicion, y arrojados de sus reales los Bárbaros, y puestos en vergonzosa fuga, pagáron la pena de su obstinado atrevimiento. En varios parages inmediatos tuviéron otros muchos combates; y estos y otros peligros padeciéron los Portugueses por las discordias civiles con que tenian casi arruinado su imperio en aquellas regiones. En este tiempo fué renovada la alianza con el Rey de Sian. Navegó Suarez con una armada á Zeilan, isla fertilísima y rica por su canela, y conocida con el nombre de Taprobana por los antiguos, que la ilustráron con muchas fábulas. A fin de que no careciese el dominio Portugues del comercio de tan afortunada isla, vencidos que fuéron los Sarracenos y los naturales en una batalla, fabricó Suarez una fortaleza en un parage oportuno, y hizo tributario del Rey Don Manuel al Régulo de Columbo capital de la isla, obligándole á pagar todos los años ciento y veinte mil libras de canela, cierta suma de diamantes, que allí se crian, y algunos elefantes. Fué dado á Suarez por sucesor Diego de Sequeira, que habiendo llegado á la India sujetó al Régulo de Baticala que se habia substraido de la obediencia de los Portugueses. Por medio de Antonio Correa hizo alianza con el Rey de Pegú. Destruyó á Alodino Rey de Bintan que molestaba continuamente á Malaca, saqueó sus reales, y se apo-

deró de su armada, y fué tan feliz que no pereció un solo Portugues. Creyóse por cierto que el enemigo habia sido vencido mas por el auxîlio Divino, que por el valor y consejo de los hombres. Tambien se atribuyó á prodigio lo que hiciéron cinco Portugueses solos. Habia llegado Manuel Pacheco con un navío bien equipado á la isla de Sumatra, situada baxo del Equador, á pedir satisfaccion de ciertos agravios; echó su lancha al mar con cinco Portugueses, y estando haciendo aguada en la embocadura del rio Icaparino, fué embestida la lancha por tres barcas en que venian ciento y cincuenta bárbaros armados; dexando la aguada, acometiéron los Portugueses con gran ímpetu contra la barca mas cercana, saltáron en ella, y matáron á los que encontráron. Aterrados los bárbaros, se arrojáron precipitadamente al rio á fin de evitar la muerte; y las otras dos barcas temerosas de la pelea se pusiéron en fuga. La barca desamparada fué llevada á Malaca, como lo escribe Faria, y se colocó en un lugar público en memoria de tan estupendo prodigio. Sin embargo fué concedida la paz á los Sumatranos, y restituido á los Portugueses lo que les habian robado.

No quedó impune la tiranía que Juan Gomez exercia en las islas Maldivias, pues fué asesinado con sus compañeros por una repentina conspiracion de los Mahometanos, y arrasada la fortaleza. Emprendió Sequeira otra expedicion al mar Roxo con una lucida flota, pero no tuvo mejor fortuna que su antecesor, y perdió el navío Almirante que se estrelló contra unas rocas. Aseguró la paz con el Rey de la Abisynia, baxo la condicion de que este, cuyo nombre era Mateo de David y su muger Elena, enviasen ántes de diez años un Embaxador con regalos al Rey Don Manuel; y que Rodrigo de Lima con acompañamiento de Portugueses pasaria á la corte de David revestido del mismo carácter de Embaxador. Por este tiempo las cosas de lo interior de la India estaban en deplorable situacion así en el mar, como en la tierra. Jorge de Brito fué muerto con algunos de sus compa-

ñeros en Achen puerto de Súmatra; habiendo padecido esta desgracia por la codicia de hacer presas. Pero tuviéron mas felices sucesos en otra parte de la Isla. Gueinal, cruel bárbaro, habia invadido el reyno de Pacen, despues de haber cortado la cabeza con engaño á su Rey; y implorando su hijo huerfano y menor el auxîlio de los Portugueses, movió á compasion á Sequeira. Llegó entónces de Portugal Jorge de Alburquerque con una armada, habiendo perdido en el viage tres navíos; y le mandó Sequeira que pasase á hacer guerra á Gueinal, llevando seis navíos. Llegado que hubo Alburquerque intentó reducirle con amenazas, pero no adelantando nada, fué necesario recurrir á las armas. Trescientos Portugueses se apoderáron de los reales del bárbaro, y le matáron al mismo tiempo que con mucho valor animaba á los suyos á la pelea. Desordenados y puestos en fuga los enemigos, restableció Alburquerque al pupilo en su reyno, y le entregó á sus parientes, obligándole á jurar fidelidad al Rey Don Manuel, y pagarle un tributo todos los años. Lope Brito venció en batalla á los bárbaros de Zeilan que estaban inquietos; y habiéndose apoderado de Columbo, concedió la paz al Régulo de aquella isla, que se la pedia, con gran ventaja de los Portugueses. Tales fuéron los principales sucesos acaecidos por este tiempo en Oriente. Volvamos ahora á nuestro emisferio.

CAPITULO X.

PROSIGUEN LAS GUERRAS DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA Y VALENCIA.

1521. En Valladolid adonde se habian juntado los Comuneros á principios de este año de mil quinientos veinte y uno se hallaban todas las cosas en la mayor confusion y desorden. El pueblo enfurecido invadia las casas y los bienes de los mas ricos, sin temor alguno de las

leyes, ni respeto á los Magistrados. Los incendios de las casas, el saqueo de los bienes, las cárceles y destierros eran la pena de los que se atrevian á decir ó hacer la menor cosa contra la Junta. Lo mismo sucedia en otras ciudades, porque la ferocidad como un pestilencial contagio se habia apoderado de todos. Por el invierno hubo correrias y combates que aunque muy continuos no hubo en ellos cosa digna de memoria. Padilla y el Obispo de Zamora juntando sus tropas comenzáron á molestar con tales vexaciones á los que desaprobaban la conjuracion, que violentados algunos pueblos con el terror hiciéron juramento á la Junta; y era tal la insolencia del Obispo de Zamora que por todas las partes donde iba dexaba horribles vestigios de su crueldad. Los del partido del Rey no tenian ménos deseos de hacer mal; pero la causa era muy diversa. Don Pedro de Ayala Conde de Salvatierra intentaba con la fuerza y con las armas, que los pueblos de Vizcaya se apartasen de su deber. Pero se mantuvo firme la ciudad de San Sebastian, aunque vió sus campos talados. En vano fué tentada por Ayala la ciudad de Vitoria en la Provincia de Alava, porque el valor de sus nobles la defendió de las fuerzas que la amenazaban por defuera, y de la discordia que reynaba dentro. Acudió muy á tiempo desde Navarra el hijo mayor del Duque de Náxera con la gente que tenia consigo, y se apoderó de la ciudad y del alcazar, y despues marchó contra Ayala, y le venció en una feliz pelea; y habiendo hecho prisionero á Gonzalo de Baraona que por todos medios procuraba renovar el combate, le hizo llevar á Vitoria, donde le cortáron la cabeza. Los de Valladolid habian conferido el mando de sus tropas á Padilla, el qual para hacerse grato á los de su partido, determinó atacar la villa de Torre Lobaton, y al fin se vió obligada á sujetársele baxo de ciertas condiciones. Tratóse por entónces entre los principales de los dos partidos de componer las discordias, pero no fué posible concluir cosa alguna; porque los Comuneros arrastrados de sus pasiones,

querian mas bien exponerse á todos los peligros, que admitir la paz. Muchos la rehusaban por el temor de que sus adversarios no se olvidarian de las injurias que habian recibido, y que procurarian tomar venganza. Giron trabajó mucho en este negocio ostigado del desenfreno de la plebe; pero no pudiendo reducirlos á ningun partido justo, renunció á tan mala causa, y se pasó á Tordesillas, donde estaban los Grandes del reyno. Habíase ya entibiado mucho la ira que concibió contra el Rey Don Cárlos, cuyo impulso á mi entender le hizo abrazar el partido de los Comuneros. Siguió su exemplo Don Pedro Laso despues de haber conocido que no podia conseguir sus deseos del bien público, por cuya causa habia seguido el mismo partido. Finalmente despues de muchas cartas y mensageros de una á otra parte, y no pudiendo componerse la paz por estos medios, acudiéron otra vez á las armas, y salió Padilla á hacer algunas hostilidades.

El Obispo de Zamora voló á Toledo en solicitud de las rentas del Arzobispado, por haber muerto algun tiempo ántes desgraciadamente el Cardenal Croy. Pero como hiciese correrías en aquel territorio Don Antonio de Zuñiga auxîliado de las tropas de su hermana Doña Leonor, que habia reprimido la sedicion de Sevilla, salió el Obispo con su exército para rechazarle. Cerca de Ocaña se trabó una tumultuaria pelea originada de la temeridad de unos pocos soldados, y habiéndoles venido socorro á unos y otros de sus reales, se formáron poco á poco todas las tropas en órden de batalla. Peleáron hasta la noche con animos ferocísimos, como sucede en las guerras civiles, y se acabó el combate sin que quedase decidida la victoria. Pero no obstante pareció vencedor el partido de Zúñiga, pues recogidos los despojos se apoderó de Ocaña, y puso guarnicion en los parages oportunos. El enemigo se volvió con su exército á Toledo en el silencio de la noche. Mora pueblo muy grande de sus cercanías, padeció un horrible estrago. Irritados los Realistas con los daños que habian

sufrido, acudiéron á castigar á los de Mora que no podian estar quietos. Resistiéron ellos valerosamente, considerando lo que les esperaba si quedasen vencidos. Fuéron rechazados hasta la Iglesia donde se habian refugiado los viejos, niños y mugeres: pegáron fuego á sus puertas con pólvora, y inmediatamente las consumiéron las llamas con todo lo demas combustible que allí habia; y no pudiendo escapar por parte alguna, se dice que pereciéron miserablemente tres mil personas, á no ser que la fama exâgerase su número. Ciertamente se extendió la venganza mucho mas de lo que habian pensado sus mismos autores. Para poner fin á las calamidades de Castilla, que eran tantas que no habia pueblo alguno donde no se viesen vestigios del furor civil, resolviéron los Gobernadores hacer el último esfuerzo contra los Comuneros en una sola batalla. Para lo qual pidiéron soldados á las ciudades que habian permanecido fieles: fuéron convocados con diligencia los caballeros, y prevenidos los víveres, armas y todo lo demas necesario para la guerra. Y como no habia de donde sacar el dinero para la paga de las tropas, fundiéron los Grandes toda la plata labrada que tenian, posponiendo sus riquezas á su fidelidad. Velasco sin perdonar trabajo ni fatiga alguna habia juntado hasta cinco mil hombres de armas; con los quales, y quatro cañones de artillería, salió de Burgos para ir á juntarse en Tordesillas con sus socios. En esta villa se congregáron todas las tropas, y resolviéron que el Cardenal Adriano y el Marques de Denia permaneciesen allí con una buena guarnicion para custodia de la Reyna, á fin de precaver que en un lance adverso volviese á poder de los conjurados. El Conde de Haro estableció sus reales en Peñaflor, y pasó revista á su exército, que se componia de mas de siete mil infantes, y de casi tres mil caballos bien armados. Padilla acampaba en Torre-Lobaton rodeado de mayores tropas, pero aunque excedian á las otras en la multitud, no igualaban en valor. Asi pues, conmovido con la fama de que el enemigo se encaminaba contra él, se puso

en marcha aceleradamente ácia Toro con designio de rechazarle desde los muros de aquella ciudad. Pero el Conde de Haro ordenó á los suyos que siguiesen los pasos de Padilla, y envió delante á la caballería para que le impidiese su retirada, y habiéndole alcanzado le cercáron en pelotones. Unos le acometian por la izquierda, otros por la derecha, y otros le rodeáron por el frente, y de todos modos le molestaban y detenian. Otro mal no menor era el de los caminos, que con las continuas lluvias estaban destruidos, y el lodo era tanto que se hundian los pies de tal suerte que ni podian pelear, ni tampoco acelerar sus marchas. Miéntras la caballería real detenia al exército de Padilla llegó con los cañones la infantería que apénas podia dar un paso. Al primer encuentro comenzáron á desordenarse los enemigos, y haciendo en ellos grande estrago la artillería cediéron al impulso de los Realistas, que con grande estrépito los seguian. Ni las amenazas, ni los ruegos de los Capitanes fuéron bastantes para detener á aquel exército desordenado y puesto en fuga. Villalar que era el pueblo mas cercano, al paso que podia servirles de refugio, no era proporcionado para hacer alguna resistencia; y así consternados con el temor, procuráron escaparse con la mayor ligereza. Padilla hizo oficios de intrépido soldado y de buen Capitan, y no desamparó á los suyos en parte alguna. Finalmente entrándose por medio de los enemigos con la esperanza de romper por ellos, fué hecho prisionero junto con Juan Brabo y Francisco Maldonado, Capitanes que eran el primero de Segovia, y el otro de Salamanca, despues de haber dado grandes pruebas de valor. Muchos mas pereciéron en la fuga que en la batalla, porque la caballería siguió obstinadamente á los fugitivos. Al dia siguiente habiendo desaparecido por diversas partes los enemigos, Padilla y sus compañeros fuéron degollados en la plaza de Villalar por mandado del Conde de Haro como reos de lesa Magestad. Y como si el delito no quedara purgado suficientemente con su sangre, hizo arrasar en Toledo la

casa de Padilla, y levantar en el mismo sitio un poste con una inscripcion que transmitiese á los siglos venideros el delito y el castigo.

En Valencia se hallaban las cosas en igual confusion y turbulencia. Despues de la desgraciada batalla de Castellon, y del suplicio de Estelles, mandáron los conjurados á Urgelles Sison, otro de los trece sindicos de la Germania, que fuese contra el Duque de Segorve con ocho mil hombres á fin de borrar la anterior ignominia. Este pues salió al encuentro de los Agermanados en Nules cerca de Morviedro donde tenia algunas tropas. Los Moros que habia colocado en la retaguardia, por la poca confianza que de ellos hacia, apénas sintiéron al enemigo, desampararon su puesto, y se huyéron á los montes cercanos; pero su cobardía les costó muy cara, porque cayéron en una emboscada que tenia el enemigo para acometer por la espalda al Duque de Segorve, por lo qual fuéron muy pocos los que se escapáron á beneficio de la fuga, y arrojando las armas. Miéntras tanto habia avanzado el de Segorve contra el enemigo. Pero éste se mantuvo inmóvil á pesar de los esfuerzos de la caballería, y por ninguna parte pudo ser desbaratado ni derrotado; mas habiéndole rodeado y estrechado con mayor ímpetu, comenzó á titubear y á mirar por donde podrian escaparse. El pavor de los enemigos infundió nuevo ánimo á la caballería, y renovando el combate con grandes gritos le obligó al fin á ponerse en fuga. Desamparada por los Moros la infantería que habia quedado, y acometida de improviso por el enemigo que se mantenia en asechanzas á su espalda, los llenó de terror, y se puso en desordenada fuga. No obstante hubo algunos que hiciéron resistencia por evitar la ignominia de cobardes quando el mayor número se dexaba arrastrar del miedo. Acudió el de Segorve oportunamente á socorrer á los que resistian, dexando por esto de perseguir á los fugitivos; y libres aquellos del peligro disipó enteramente las reliquias del exército desbaratado. En la batalla y en la fuga se dice que pereciéron dos mil de los enemigos. Del exército real apé-

nas muriéron docientos (excepto los Moros que no se hace ninguna cuenta de ellos), y catorce nobles. Los vencedores llenos de gloria y de despojos se volviéron á sus tierras. Los adversarios dispersos por muchos caminos viniéron á juntarse en Morviedro, llenos de confusion y de miseria. En esta villa hiciéron pesquisas los Agermanados sobre la conducta de Sison, y juzgándole por traidor le condenáron á muerte, y se executó la sentencia segun las leyes militares. Otro exército que en los mismos dias habian enviado á la otra parte del Jucar contra Corvera y Mogente no sacó de su expedicion otra cosa que heridas. Fué depuesto Juan Caro que habia mandado esta tropa, y substituido en su lugar Vicente Peris, que de texedor de sedas pasó á ser General de exército. Este pues, habiéndose apoderado por descuido de su Alcayde del castillo de Xativa, en el qual estaba preso Don Fernando Duque de Calabria, marchó á Gandía para dar batalla en caso que el Virrey le saliese al encuentro. Vencido éste de los ruegos y instancias de los nobles los sacó finalmente á pelear, annque con prudente consejo lo rehusaba, conociendo la perfidia de los soldados. Trabóse una pelea que mas parecia fuga que otra cosa, y de los nobles que se contaban doscientos, con algunos pocos soldados rasos, solos cinco fuéron muertos. Previniéndose el Virrey para embarcarse á la Andalucía, le rogáron y suplicáron los nobles que no desamparase el gobierno, sino que ántes bien se retirase á Peñiscola, que era un refugio seguro para todos, que desde allí habia vuelto la fortuna á ser favorable al Duque de Segorve, y que él podia esperar mejor suerte; que para emprender de nuevo la guerra no le faltarian socorros; con los quales, si no se pudiese reprimir el furor de los bandidos, á lo ménos se les podria contener; y que las cosas que por su naturaleza son dificiles, con el tiempo vienen á conseguirse. Vencido el Virrey de estas razones se embarcó en un navío fabricado en el puerto de Denia, arribó á Peñiscola, y desde allí se transfirió á Morella, asilo de los leales. Peris desde la vic-

toria que acabamos de referir, la qual no le costó ninguna sangre, fué saqueando y talando todos aquellos pueblos: obligó á los Moros por fuerza de armas á que se bautizasen: mató á muchos, y esto mismo se executó en otras partes con increible maldad; de lo que se origináron despues nuevos tumultos.

El Duque de Gandía pasó á Castilla á implorar el socorro y ayuda de los Gobernadores, y habiéndolo conseguido se volvió á Morella, de donde todos saliéron muy alegres para unirse con el Duque de Segorve. Despues de algunos encuentros, y con auxîlio de algunos de Morviedro que permaneciéron fieles, se apoderó el Virrey del castillo que dominaba la villa, tan célebre en la Historia Romana con el nombre de Sagunto. Pasados dos dias se dexó ver con sus tropas, dando señales de que podian esperar el perdon; y con efecto fué recibido por los de Morviedro con todas las señales de gente arrepentida, y que pedia gracia. Hallábanse muy consternados conociendo el castigo que merecian, pues en el principio de su sublevacion asesináron á todos los nobles sin dexar uno solo. Al mismo tiempo entró por la parte opuesta del reyno Don Pedro Faxardo Marques de los Velez, enviado por los Gobernadores para hacer guerra á los rebeldes, con las tropas que habia recogido, y en breve se apoderó de Elche, villa opulenta y de Alicante plaza famosa de comercio. Marcháron despues ácia Orihuela Don Alfonso de Cardona Almirante de Aragon, con su hijo Don Sancho, Don Pedro de Maza, Don Ramon de Rocafull, Don Diego Ladron, y otras personas ilustres en valor y nacimiento, que despues del desgraciado suceso de Gandía, por caminos extraviados se retiraban á Castilla. Luego que llegó cerca de la ciudad tuvo un combate próspero con la multitud sediciosa, y los vencedores y vencidos llegáron juntos á las puertas. Dícese que en la batalla y en la fuga pereciéron tres mil. Palomares, que mandaba en la batalla, y otros trece sediciosos fuéron hechos prisioneros, y pagáron en la horca sus delitos, y los demas fuéron puestos en libertad. El pueblo fué en-

tregado á los soldados, que le saqueáron cruelmente. Desde allí se apresuró Faxardo á venir á Valencia, y puso sus reales al occidente en las riberas del rio Turia. Rodeada y cerrada la ciudad con dos exércitos, padecia la mayor escasez de todas las cosas. Los Gobernadores habian prohibido llevar trigo á Valencia por mar ni por tierra, imponiendo pena de muerte á los contraventores. La caballería Real hacia excursiones por los campos y caminos para apoderarse de todo; mas no por esto los sediciosos estaban quietos dentro de los muros, pues todos los dias habia peleas y muertes. El Marques de Cañete, y Don Manuel Ejarque Tenientes del Gobernador Cabanillas, reuniendo las fuerzas de los leales, reprimian los insultos de la multitud sediciosa. Finalmente, habiendo sido Peris arrojado de la ciudad, se apaciguáron los tumultos en que ardia toda, y se comenzó á tratar de reconciliacion. Enviáron Diputados al Virrey que permanecia en Morviedro, y concedió á todos perdon, con tal que dexando las armas se reduxesen á la obediencia de los Magistrados. Compuestas de este modo las cosas, entráron en Valencia el Virrey y el Marques de los Velez con un espléndido acompañamiento de la nobleza. Inmediatamente mandáron que todos los del reyno dexasen las armas. Muchos obedeciéron con prontitud; pero despreciáron el mandato los habitantes de las riberas del Xucar, donde se hallaba Peris que lo enredaba todo. El Marques de los Velez, habiendo recibido el estipendio de su tropa, se volvió á Murcia. Para reprimir y castigar á los contumaces marchó contra ellos el Virrey con tropas. En vano atacó á Alcira, pueblo situado en una isla que forma el rio Xucar, rodeado de sus aguas, y bien guarnecido de murallas; y habiendo perdido la esperanza de tomarlo, y de que se rindiese ni entregase, levantó el sitio, y dirigió sus armas contra Xativa. Pero fué rechazado muchas veces desde los muros con mucho daño suyo; por lo qual mudó de dictámen y puso cerco á la ciudad, estrechándola con varias obras. Trabajaban en ellas con mucho esfuerzo los soldados,

quando de improviso salió al anochecer una gran multitud de gente armada, con antorchas y teas encendidas, y arrojándolas sobre las trincheras, lo incendiáron todo, y se reduxo á cenizas en un momento el trabajo de muchos dias. Habiéndoles salido tan felizmente esta empresa, hiciéron otra salida los de la ciudad, y arrojáron de allí á los sitiadores. Desconfiado pues el Virrey de poder tomar la ciudad, convirtió su ira contra los campos, y taló todo aquel contorno.

En la isla de Mallorca á mediados de Marzo comenzó á manifestarse la sedicion que algun tiempo ántes amenazaba, siendo el autor un hombre de obscuro nacimiento, llamado Juan Crispin. Creáronse en la ciudad de Palma trece Síndicos, á exemplo de los Valencianos, para que lo gobernasen todo. Despojáron del mando y arrojáron de la isla al Virrey Don Miguel de Gurrea; pero todavía se abstenian de llegar á las manos, recompensando despues la tardanza con la crueldad. Finalmente, llegó á tanto el desenfreno de la plebe, que aterrados algunos nobles, se refugiáron á la fortaleza; lo que se atribuyó á mal designio, segun la costumbre del vulgo siempre dispuesto á pensar mal, y fué causa de acelerar su muerte; pues habiéndoles obligado á entregarse, fuéron todos asesinados con Pedro Pax Gobernador de la ciudad. Pasó adelante el furor, y del mismo modo quitáron la vida á otros treinta nobles. Hallábase á la verdad la isla en un estado muy triste y lamentable. Algunos para ponerse en salvo se pasáron á la isla de Menorca, y otros á Alcudia, villa situada en la parte oriental de Mallorca; pero los rebeldes, ansiosos de destruirlos, acometiéron con sus tropas á Alcudia, y disparáron muchos cañonazos contra sus muros. Los habitantes hiciéron una salida, y los pusiéron en derrota; mas volviérou luego con mayor número de gente á instaurar el asedio. Los vecinos, unidos con los nobles que allí estaban, hiciéron otra nueva salida en el silencio de la noche; y habiéndolos cogido muy descuidados, los destrozáron y ahuyentáron con grande estrago. Divulgada la noticia de esta victoria, comen-

záron á respirar los hombres leales, y saliendo de los bosques y lugares donde estaban escondidos, se encamináron por varias sendas á Alcudia, que se habia mantenido tan fiel á su Rey.

Florecia entónces el reyno de Portugal, así por sus riquezas y victorias contra los enemigos del nombre christiano, como por la numerosa familia Real. Doña Leonor habia parido una hija de singular hermosura, á la que se puso el nombre de María, y ántes habia dado á luz á Cárlos, que apénas vivió medio año. Habíase tratado por medio de Embaxadores el casamiento de Doña Beatriz hija del Rey Don Manuel con Cárlos III Duque de Saboya, llamado vulgarmente el Bueno por la candidez de su ánimo. Fué conducida la esposa en una lucida flota de veinte y tres navíos, acompañándola Don Martin de Costa Arzobispo de Lisboa, y los mas distinguidos Caballeros, y á fines de Setiembre fué recibida en Niza por su esposo con magnífica pompa. De allí á poco tiempo, á saber el dia trece de Diciembre, pasó de esta vida á la eterna el Rey Don Manuel, dexando envuelto en tristeza y llanto á todo Portugal. Nombró por sus testamentarios á D. Diego de Sousa Arzobispo de Braga, y á Don Martin Castelblanco Conde de Villanueva. Murió á los cincuenta y un años de edad, y reynó veinte y seis; digno ciertamente de ser contado entre los Príncipes mas felices. Aumentó su imperio con muchos reynos del oriente. En el occidente fué descubierta por Cabral durante su reynado la dilatadísima region del Brasil. Subyugó una parte del Africa, y se hizo formidable en ella; y siempre vivió en paz con los demas Príncipes christianos: y tanta fué la opulencia y felicidad de Portugal en su tiempo, que los Portugueses le llamáron el siglo de oro. Fué sepultado en el Monasterio de Belen, que habia edificado á los Gerónimos á quatro millas de Lisboa; y habiéndole hecho las exêquias Reales que se acostumbran, fué proclamado Rey de Portugal su hijo D. Juan III de este nombre el sexto dia despues de los funerales de su padre. De allí á poco tiempo la Reyna viuda

Doña Leonor, dexando encomendada al Rey muy encarecidamente su hija Doña María, se restituyó á Castilla.

CAPITULO XI.

ALIANZA DEL REY DON CARLOS CON ENRIQUE VIII. DE INGLATERRA; Y PRINCIPIOS DE LA GUERRA ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA.

La narracion de las cosas interiores de España ha hecho dilatarme mucho mas de lo que pensaba, y ahora volverémos á seguir el órden de los demas sucesos. Habiendo el Rey Don Cárlos navegado por el Océano, llegó en pocos dias á la Gran Bretaña, que los modernos llaman Inglaterra. Fué recibido por el Rey Enrique con muchas muestras de amor y de amistad; y aunque el fin de este viage era al parecer visitar Don Cárlos á la Reyna Doña Catalina su tia, ocultaba en su corazon una grande empresa. No solo tenia en el ánimo, sino tambien quasi á la vista, las sangrientas guerras que en breve habia de tener con Francisco Rey de Francia; por lo qual hizo alianza con el Rey Enrique, para que si se suscitase alguna controversia con el Frances, la decidiese el mismo Enrique, el qual se declararia contra qualquiera de las dos partes que rehusase obedecerle. Con esto Enrique, que era de carácter vano, concibió grande orgullo, y movido tambien por su muger Doña Catalina, que estaba muy inclinada á su sobrino, fortificó en grande manera el partido del Rey Don Cárlos. Este pues, concluida la alianza, volvió á embarcarse, y arribó en breve á Flesinga ciudad de Holanda. Desde allí marchó á Gante, y fué recibido con magnífica pompa por Don Fernando y Doña Margarita.

Luego que estuviéron prevenidas con la mayor ostentacion todas las cosas necesarias para recibir la diadema del imperio, partió para Aquisgran, ciudad li-

bre de Alemania en el Ducado de Juliers, donde tenia convocada la dieta, y entró en la ciudad, que se hallaba ricamente adornada con aparato triunfal. Allí pues se hiciéron segun la antigua costumbre las ceremonias de la inauguracion por el Elector Arzobispo de Colonia, acompañado de los de Maguncia y de Tréveris, y hecho el juramento prescrito, fué saludado César y Emperador á veinte y uno de Octubre del año anterior con grande alegría y aplauso de todos: en el mismo dia fué elevado en Constantinopla Soliman Rey de los Turcos al trono de su padre. Habiendo tomado posesion del imperio, y publicado algunos decretos concernientes al buen gobierno, pasó á Vormes, antigua capital de los Vangiones, revolviendo en su ánimo muchas cosas que habian comenzado á tratarse en la dieta con gran calor. Las novedades religiosas causaban una conmocion extraordinaria, pues los falsos dogmas de Lutero lo habian trastornado todo en Alemania, y este contagio se iba extendiendo rápidamente. Imbuidos los pueblos de sus perversas opiniones, y alucinados con los engaños de aquel Frayle apóstata, se precipitaban en todo género de maldades, que destruian el imperio con la impia mudanza de religion. Procuró el Cesar, aunque tarde, poner remedio á este mal; y habiendo dado á Lutero salvo conducto, le hizo llamar á la dieta para que explicase su doctrina, con esperanza de reducirle á mejor camino. Presentóse en efecto Lutero á mediados de la primavera de este año, y habló en la dieta con suma arrogancia, profiriendo muchos errores impios para combatir la autoridad del sumo Pontífice, de la qual juzgaba que tenia derecho para substraerse: que las indulgencias pontificias no eran mas que una invencion de la Curia Romana, cuya condescendencia, y la necia credulidad del pueblo, habian causado muchos desórdenes que debian reformarse con remedios fuertes. Seria obra larga referir aquí por menor todas las blasfemias que vomitó de su impura boca. En vano empleó el César todos sus conatos para reducirle de su extravío, y no pudo vencer la obstinacion de

este perverso hombre con ruegos, con súplicas ni con terrores. Así pues, para apartar de la christiana república el contagio de tan grave mal, mandó por un saludable edicto que fuesen quemados los libros de esta secta condenada por el sumo Pontífice, y que en adelante no volviesen á imprimirse: finalmente mandó que saliese desterrado de su presencia el autor de ellos, herido ya con el rayo del Vaticano, dándole quince dias de término para salir con seguridad de toda la Alemania, prohibiéndole predicar, y amenazándole con mayor castigo si no obedecia, y tambien á los que le diesen favor, auxîlio ó consejo en qualquier manera. Esta conducta del César fué aprobada por unos y censurada por otros, segun los diversos afectos é inclinaciones de cada uno, y dió motivo á interpretaciones contrarias á sus rectos fines. Ménos mal discurrian los que acusaban la facilidad del César en guardar su palabra á un hombre que si no perecia, destruiria la Religion. Pero al César le pareció una cosa iniqua el sanar las heridas de la religion con la transgresion de la ley natural, que obliga á cumplir lo prometido, como lo declaró á la hora de su muerte.

Por este tiempo renunció en su hermano D. Fernando el Principado de Austria con el título de Archiduque, y le mandó pasar á Lintz, donde se celebráron los casamientos ajustados algunos años ántes entre el mismo Don Fernando y Doña María, y entre su hermana Doña Ana y Luis hijo de Uladislao Rey de Hungría. Pasados los regocijos de las bodas, y hecha pesquisa de las cabezas del tumulto suscitado en los años antecedentes, mandó Don Fernando que se procediese al castigo, y con la muerte de algunos nobles recobró el estado su antigua tranquilidad. Entre tanto acaeció la muerte de Gesvres, y parece que con él fué sepultada la paz; pues como era tan diestro en mitigar y componer las discordias y enemistades de los Príncipes, no hubiera sobrevenido ninguna guerra exterior si hubiese vivido mas tiempo. Pero de improviso comenzó esta calamidad

en los confines de Flandes, sin que hubiese precedido declaracion alguna. El castillo de Hierga en el Ducado de Luxemburgo fué el pomo de la discordia, sobre el qual litigaban el Príncipe Aimerico de Chimai, y el Marques de Bullon Señor de los primeros de Flandes. Exâminado el negocio en el Consejo de Gante, fué pronunciada sentencia á favor de Aimerico, el qual ayudado de sus amigos se dió prisa á apoderarse del castillo. Llevólo muy á mal el Marques, que habia perdido el pleyto; y habiéndose despedido del César en Vormes, se retiró á París impelido de su ira. Inmediatamente juntó mas tropas de las que podia mantener, y invadió la Flandes para vengar la injuria. Conoció el César la fraude francesa, y los rodeos de que se valia el Rey Francisco para faltar á lo convenido, y sin dilacion le envió Embaxadores que se quejasen del rompimiento del tratado de Noyon, y de haber dado socorro al Marques que le habia declarado guerra. Pero el Rey de Francia se disculpó diciendo, que todo se habia hecho sin su noticia. No se dexó persuadir de esta excusa el César, que por otra parte tenia deseo de hacerle la guerra, á causa de que el Frances habia hecho una entrada en Navarra con el pretexto de ayudar á Enrique de Labrit. Nombró el César por su General á Enrique de Nassau; y despojado el Marques de Bullon de una parte de sus dominios, y no pudiendo resistir á tan grande tormenta, ajustó treguas por quarenta dias. Entre tanto para pagar al Frances el César en la misma moneda, dirigió sus armas contra su territorio; y habiendo tomado á Mauzon, cercó á Meziers sobre el rio Mosa. La guarnicion se hallaba muy próxîma á entregarse por la escasez de víveres, quando Pedro Bayard, varon entre los Franceses de mucha intrepidez y pericia militar, se burló de las fuerzas de los Flamencos, y los hizo abandonar el sitio con una carta fingida. Irritóse gravemente Nassau contra Francisco Sickingio que mandaba aquellas tropas, porque habiendo dado crédito á una carta falsa, y desamparando el cerco por un vano terror, habia dexado per-

der la ocasion de apoderarse de la ciudad. Mudó Nasau sus reales, y despues tomó y arruinó á Aubenton, y cargado de ricos despojos se retiró con su exército á la provincia de Artois.

Entretanto juntó Francisco un exército de cincuenta mil hombres, que causó terror á toda la Flandes, y con él recobró á Mauzon, y saqueó los pueblos del Hainault y de Arras. Por otra parte Cárlos de Borbon tomó á Hesdin, y recobró á Renti. El Marques luego que finalizó el tiempo de las treguas salió de Lieja á hacer correrías por los campos de Brabante y Namur, ayudado ocultamente por el Duque de Gueldres que estaba quejoso del César. Atravesáron los Franceses el rio Escalda adonde se habia adelantado temerariamente el César, que en aquellos dias vino á su campo deseoso de que se presentase ocasion de pelear, porque ignoraba la multitud de los enemigos. No faltó mucho para que hubiese una batalla campal, y acercándose el César por consejo de sus Generales á la retaguardia del exército, se empeñó un combate en que tuvo alguna pérdida. A este mismo tiempo el Señor de Fienes Gobernador de Flandes sitiaba á Tornay ciudad fuerte y opulenta, con el qual restituido que fué el César á Gante, juntó Nasau sus tropas. Moncada fué llamado de Italia para que con parte del exército se apostase en las orillas de los rios á fin de impedir el paso al enemigo; pero el Rey no envió socorros algunos á los de Tornay que se hallaban cercados con dos exércitos; lo que se atribuyó á varias causas: algunos escriben que lo impidiéron los malos tiempos, y la vigilancia de Moncada, como consta de las cartas honoríficas que le dirigió el César, y lo asegura Lenguella en la historia de esta familia. Entre los Generales Franceses produxo la emulacion muchas discordias, por lo qual no hiciéron cosa alguna que correspondiese á tan poderosas fuerzas. Desconfiando Champeriac Gobernador de Tornay de recibir ningun auxîlio, la entregó con las mejores condiciones que pudo el dia treinta de Noviembre. Desde entónces quedó esta ciudad agregada al dominio Flamenco; y de esta suerte no fué tan

grande el daño que hizo el Frances, como el que recibió.

CAPITULO XII.

RINDESE VALLADOLID AL CESAR. TURBULENCIAS DE TOLEDO. VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES CONTRA LOS FRANCESES EN NAVARRA.

Despues dé la batalla de Villalar acaecida èn el mes de Abril, las ciudades comuneras de Castilla quedáron muy consternadas, y no sin motivo. Mas no por ésto desistian de continuar la guerra, porque el miedo del castigo las endurecia en su obstinacion. Parecia que todas seguirian el exemplo de Valladolid, que era el apoyo mas fuerte del partido: pero ésta tardó poco en volver en sí luego que se vió rodeada y estrechada con tropas, y desamparada de los Procuradores de la Junta que allí habian quedado, los quales solo cuidáron de ponerse á salvo. Como la fuga de estos los dexase sin esperanza de socorro alguno, los habitantes de Valladolid que tuviéron mas ardor para rebelarse que para pelear, suplicáron humildemente á los Gobernadores por medio de Diputados que con su acostumbrada clemencia les perdonasen su comun delito, prometiéndoles que en adelante vivirian con fidelidad y obediencia sujetos al imperio de los Magistrados. Movidos á conmiseracion aquellos hombres clementísimos, concediéron indulto y perdon para todos, exceptuando solo á dos cabezas, para que con su muerte sirviesen de escarmiento y satisfaccion á la vindicta pública. Animadas con este exemplo las demas ciudades enviáron á porfia Diputados á los Gobernadores, pidiéndoles la misma venia, y atribuyendo la culpa de todo á la ambicion de algunos pocos. Viendo pues esto los autores de la sedicion se apresuráron á salir de España; pero el Obispo de Zamora que se huia disfrazado fué conocido en Villamediana por el Alferez Pe

roto, y habiéndole preso, le encerráron en la fortaleza de Simancas.

Al mismo tiempo y quando ya la sedicion estaba quasi apagada en lo restante de Castilla, ardia todavía con furor en Toledo, atizada por Doña María Pacheco, hija del Conde de Tendilla, y viuda del difunto Padilla. La insolencia de aquellos hombres soberbios llegó á tal extremo, que pretendian que los Gobernadores recibiesen y ratificasen las condiciones que ellos les prescribian, jactándose de que de otro modo no dexarian las armas. Hallábase la ciudad muy provista de víveres conducidos de antemano, y los sediciosos tenian dinero en abundancia por haber robado la plata de la Iglesia Catedral. Una sola cosa les faltaba á los Toledanos, que era juicio, pues una ciudad tan célebre se dexaba arrastrar de la furiosa locura de una muger viuda. Todos tenian en ella puestos los ojos; á ella sola respetaban; y finalmente ella sola sostenia la guerra. El Marques de Villena, y el Duque de Maqueda intentáron sucesivamente apaciguar á estos furiosos, compadecidos de la triste suerte de la ciudad; pero la multitud apénas les dexó hablar, y se volviéron sin haberla podido reducir á ningun partido razonable. Entretanto no descansaban las armas, y en una de las freqüentes peleas que tenian con las tropas de Zuñiga, y de Don Juan de Rivera que cercaban la ciudad, fué herido y hecho prisionero por los sediciosos Don Pedro de Guzman, á quien hizo curar y asistir la Pacheco con el mayor cuidado, mas no pudo con sus halagos atraer á su partido á este jóven valeroso. Todo este año permaneció la ciudad en la misma obstinacion; pero á principios del siguiente, por la solicitud y buenos oficios de Esteban Morino, que 1522
despues fué Cardenal, ayudado del Cabildo de Canónigos, se reconcilió y admitió la paz. Y como la Pacheco, que se habia hecho dueña de la plebe, no desistia de fomentar inquietudes, tomáron las armas los nobles y los buenos ciudadanos, y la arrojáron de la ciudad, quedando esta muger tan amedrentada, y llena de terror, que disfrazándose en trage de labradora pa-

ra no ser conocida, se huyó á Portugal.

Interin que los Gobernadores ponian todos sus cuidados en restablecer la paz en Castilla, se levantó una horrible tempestad por la parte de Francia. El Rey Francisco no cesaba de discurrir de qué medios se valdria para inquietar á su ribal, y le pareció muy oportuno aprovecharse de las discordias que entre sí tenian los Españoles, y convertirlas en utilidad suya. Así pues envió un poderoso exército á nombre de Enrique hijo de Labrit, baxo el mando de Andres de Fox Señor de Esparrós, que paso los Pirineos para recuperar la Navarra, á fin de que las armas decidiesen lo que se habia de sentenciar en justicia. De este modo, aparentando auxîliar á un Príncipe amigo, aunque en realidad con el fin de hacer alguna presa, introduxo sus armas en las fronteras de España, valiéndose del tiempo, y de una causa plausible para hacer odioso al César, y para que no pudiera decirse abiertamente que habia roto la alianza. Habiéndose apoderado de San Juan del Pie del Puerto, marchó en derechura á Pamplona. No encontró en el camino ningun obstáculo, á excepcion de Maya castillo muy fuerte, cuya rendicion no se atrevió á intentar. Luego que llegó á la ciudad fuéron abiertas todas las puertas á su exército, y solo la fortaleza le detuvo algun tiempo; pues aunque sus fortificaciones no estaban perfectamente concluidas, resistió por algunos dias el ímpetu de los Franceses. En lo mas fuerte del bombardeo fué herido gravemente en una pierna Ignacio de Loyola, noble Vizcayno; el qual habiendo sanado de la herida, instituyó un nuevo género de vida; y renunciando á la milicia, se dedicó todo á Dios. Finalmente se hizo ilustre con la austeridad de su vida, y mucho mas con sus heroycas virtudes y trabajos, y de allí á poco tiempo fué autor y fundador de la Compañía de Jesus; con la qual declaró una guerra perpetua á la heregía, y á la idolatría. El castillo se entregó baxo de condiciones honrosas por Francisco de Herrera, despues de haber perdido la esperanza de recibir socorro. El Virrey pues que habia dexado indefensa la parte del Reyno que confinaba con

Francia, para enviar tropas á los Gobernadores de Castilla que necesitaban de este auxîlio contra los comuneros; partió con la mayor presteza á informar á los Gobernadores del estado en que quedaba Navarra, y á implorar su socorro. El Frances reduxo en breve á su dominio todo el Reyno que se hallaba tan desguarnecido; y despues se encaminó ácia Logroño con el designio de atraer á sí las tropas de los sediciosos. Pero el temor de los males que amenazan de afuera, que suele ser una gran disposicion para la concordia, reunia los ánimos inquietos y discordes, conteniéndolos por otra parte el pudor para no hacer cosa alguna que fuese indigna del carácter Español. Está Logroño situada á la orilla del Ebro, y en estos tiempos calamitosos se mantuvo fiel al César, como consta de las cartas que conserva en su Archivo. Don Pedro de Guevara habia introducido en la ciudad una fuerte guarnicion, estando resuelto y obstinado á sufrir las ultimas extremidades ántes que abandonarla.

Miéntras que el Frances se ocupaba en el sitio de Logroño pasáron los Gobernadores á Burgos, á fin de reunir las tropas que de todas partes acudian. En breve tiempo juntáron doce mil infantes, y dos mil caballos armados: pusiéronse en marcha á largas jornadas contra el enemigo, no ignorando que muchas veces consiste en un momento la suerte de las mas grandes empresas. Los soldados obedeciéron alegremente, y como si caminasen á una victoria cierta, se exhortaban unos á otros, y aceleraban sus pasos. Hállabase ya la ciudad en peligro, quando de improviso levantó el sitio el Frances, para no ser oprimido por el exército Español que venia á su defensa, y se apresuró á volverse á Navarra. Hiciéron una salida los sitiados, á quienes el miedo ageno habia inspirado audacia, alcanzáron el último esquadron, y le acometiéron con ardor por todas partes. Al dia siguiente fué recibido el exército con extraordinario gozo de los ciudadanos, y continuáron estos su marcha para perseguir al enemigo. En el camino se les juntáron algunas compañías escogidas de Vizcaya, y por otra parte acudió el Duque de Bejar

con un fuerte trozo de gente, y provision de ganados para mantenerla. Acaeciéron en el camino muchos ligeros combates con próspero suceso de los nuestros, que de aquí pronosticaban á su favor una victoria completa. Finalmente habiendo pasado los montes por un gran rodeo, saliéron al encuentro por la frente al enemigo, despues de haberse apoderado del camino para que no pudiera escaparse: ordenadas las tropas por una y otra parte comenzó la batalla por la artillería, estando los Franceses en buena situacion. Los Españoles molestados por tanta lluvia de balas faltó poco para que al primer impulso del miedo no volviesen las espaldas; y si no hubiera llegado á este tiempo el Almirante Don Fadrique Enriquez, quedara aquel dia destruido el exército. Reprehendió éste y animó á los soldados, y fuéron tan eficaces sus palabras, que sin pensar en la fuga, arrojáron de sí el temor; y á la verdad la presencia de este ilustre varon hizo que se mudase la suerte de la batalla. Entretanto peleó tan ferozmente la caballería que mandaba Velasco, que de la Francesa se escapáron muy pocos sin ser muertos ó prisioneros. Peleaban ya los enemigos con poca fuerza en el centro del exército, y mas bien se defendian que acometian: su artillería se hallaba ya en poder de los Españoles, habiendo sido muertos los que la manejaban, quando Miguel Perea noble Malagueño se arrojó en medio de los enemigos, y derribando al Alferez que tenia la Bandera Real, se la quitó y la traxo á nuestro campo. Al momento comenzáron los Franceses á dispersarse, y huir por donde cada uno podia, como sucede á los que se ven perdidos. Siguiéronles el alcance los Españoles con mucha obstinacion, y hiciéron en ellos un grande estrago. El General Fox con los muchos golpes que recibió en la cabeza perdió los ojos, y fué hecho prisionero con muchos nobles. Cuéntase que de los enemigos pereciéron seis mil, y de los Españoles solos trescientos, y de estos la mayor parte fuéron muertos por la artillería. El Duque de Náxera desempeñó valerosamente en esta ocasion los oficios de General y de soldado, y lo que perdió al principio por su de-

masiada confianza, lo recompensó despues con heroycas hazañas. Los Navarros noticiosos del éxîto de la batalla acometiéron por todas partes con tanto ímpetu á los que huian, y saciáron de tal modo su odio, que apénas quedó uno solo que pudiese llevar á Francia la nueva de tan gran derrota. Giron se halló tambien en esta batalla con la principal nobleza, deseoso de borrar el antiguo delito. Dióse esta batalla el dia ultimo de Junio cerca de Pamplona en el campo de Noayo. La guarnicion que habia en la fortaleza envió inmediatamente Diputados al exército victorioso, noticiándole que estaba pronta á entregarse con tal que se la permitiese salir libremente con sus equipages. Concedióseles como lo pedian, y volvió á poder de los Españoles juntamente con la ciudad. Despues de lo qual fué acometido y expugnado San Juan del Pie del Puerto por Velasco y Vera; y habiendo sido hecho prisionero Juan Othon Navarro de nacion que le ocupaba, y habia desertado de las tropas del César, mandó Velasco que fuese ahorcado como transfuga. Poco despues fué puesto en libertad el General Andres de Fox por Francisco Beaumont noble Navarro que le habia hecho prisionero en la batalla, y le envió á Francia honoríficamente, pero esta resolucion no fué agradable al César, que segun entónces se dixo, no lo llevó á bien.

CAPITULO XIII.

MUERTE DE ALGUNAS PERSONAS ILUSTRES: SUCESOS DE LA GUERRA CON LOS FRANCESES.

Concluida de este modo la guerra de Navarra fué conferido el Gobierno de aquel Reyno á Don Francisco de Zuñiga Conde de Miranda, y se le diéron tropas para guardar sus fronteras, y velar sobre los movimientos de los Franceses. Amancio Labrét, hermano de Juan Obispo de Pamplona, y Cardenal de la Santa Romana Iglesia, murió de allí á poco tiempo en Francia. Sucedióle en la Silla Episcopal Alexandro Ce-

sarino, tambien Cardenal, natural de Roma. En Flandes murió de la caida de un caballo el dia once de Febrero de este año Guillelmo Croy Arzobispo de Toledo; y esta Iglesia se halló destituida de Pastor por espacio de tres meses y medio; porque Don Fray Diego Deza Arzobispo de Sevilla á quien se confirió, no llegó á tomar posesion. Nombró despues el César á Fray Juan Hurtado su Confesor, Prior y fundador del Real Convento de nuestra Señora de Atocha, pero rehusó con invencible constancia esta dignidad. Uno y otro eran Religiosos del órden de Santo Domingo. Aceptóla Don Alonso Fonseca varon de grande espíritu, que fué trasladado de la Silla Arzobispal de Santiago el dia veinte y seis de Abril del año de mil quinientos veinte y quatro, y le sucedió en la que dexaba vacante Don Juan de Tabera Obispo de Osma, hijo de la hermana de Deza. El dia trece de Noviembre del año de mil quinientos y veinte falleció Don Alonso Suarez Obispo de Jaen, habiendo edificado á su costa un puente magnífico sobre el Guadalquivir, y una gran parte de la Iglesia Catedral en que fué sepultado: fué á la verdad este Obispo piadoso y digno de toda alabanza, pues empleó todas sus rentas en el bien público, y no en un vano fausto, ni en solicitar otro Obispado mas opulento como hacen otros Prelados. Dos años despues fué electo el Padre Fray Diego Gayangos del órden de la Santísima Trinidad, varon insigne en virtud y sabiduría, que murió en breve con gran sentimiento de todos sus diocesanos. Sucedióle Don Gabriel Merino Arzobispo de Bari en la Pulia y Nuncio Apostólico en España, que ántes habia sido Obispo de Leon, y retuvo el Arzobispado por la relaxacion de aquellos tiempos, y reprehensible condescendencia de los Papas. Fué muy adicto al César, y todo el tiempo de su vida se empleó en las cosas de su servicio. Comenzó Merino á darse á conocer, quando habiéndole enviado á Toledo el Cardenal Adriano, arrojó de la ciudad á Doña María Pacheco, y restableció en Málaga la tranquilidad pública que se hallaba muy alterada.

En este tiempo se levantó una nueva guerra contra Es-

paña, acometiendo las armas francesas por los confines de Vizcaya, baxo el mando del General Bonivet, hermano del difunto Boysi, que tenia mucha mano y poder con el Rey. Habiendo tomado los Franceses la fortaleza de Vidasoa, edificada siete años ántes en la entrada de la Provincia sobre el rio del mismo nombre, dirigiéron todos sus conatos contra Fuenterrabía. Intentáron entrar en la ciudad por la brecha que habia abierto la artillería, pero fué en vano, por lo qual la mudáron á otra parte, y desde un parage elevado que dominaba y daba vista á la plaza hiciéron horrible estrago en las gentes y en los edificios. Vera Capitan veterano que estaba encargado de la defensa, obligado por la escasez que padecia de las cosas mas necesarias, se apresuró á entregarla contra la voluntad de los soldados, que se opusiéron altamente, como lo escriben algunos. Otros por el contrario dicen que se vió forzado á capitular por la repugnancia de sus tropas. Muchas veces sucede que á un General le es mas dificil vencer á sus propios soldados que á sus enemigos. Las condiciones de la entrega fuéron honrosas, pues á todos se les permitió salir con seguridad, y llevar consigo sus bienes. Apoderado Bonivet de la ciudad escribió al Rey Francisco exâgerando el golpe que habia recibido España con la pérdida de tan importante fortaleza, con la qual se resarcia la derrota de Navarra, y causaba al enemigo un dolor no ménos grave. Los Embaxadores Ingleses que hacian todos sus esfuerzos con el Rey Francisco para que se ajustase la paz, estuviéron muy próxîmos á conseguir que la ciudad quedase como en depósito en poder del Rey Enrique, entretanto que los dos Príncipes ajustasen sus diferencias. Pero apénas llegó esto á oidos de Bonivet, se puso al instante en marcha para hablar al Rey, y aunque se hallaba inclinado á la paz, le hizo mudar de parecer, pidiéndole con grande esfuerzo que no dexase escapar de las manos una ciudad tan importante, no solo para recobrar la Navarra, sino para introducir la guerra en lo interior de España. Persuadido el Rey con estas razones desistió imprudente-

mente del deseo de componer la paz con grande daño suyo; pues con la retencion de Fuenterrabía enagenó de sí al Ingles, faltando á su palabra, y se precipitó á sí y á su reyno en grandes calamidades por haber dado crédito á Bonivet. Raras veces se da á los Príncipes algun consejo, que aunque parezca fiel y prudente, no lleve oculto algun fin torcido, como fué el de Bonivet en esta ocasion; pues por no perder la gloria de haber conquistado á Fuenterrabía, precipitó á su buen Rey en su ruina, y le perdió enteramente.

CAPITULO XIV.

GUERRA DE ITALIA ENTRE EL CESAR Y EL REY DE FRANCIA. VICTORIAS DE LAS ARMAS CESAREAS Y PONTIFICIAS.

Las cosas de Italia daban al César mucho cuidado á causa de que el Rey de Francia Francisco habia contraido nueva alianza con las ciudades Suizas. Tambien atraxo á su partido á los Venecianos. Juntábasele Génova, y el poder de Octaviano Fregoso, que habiendo vencido á la faccion de los Adornos, se veia mas firmemente establecido. Alfonso Duque de Ferrara permanecia neutral, aunque no se ocultaba su inclinacion al Frances. Sin embargo permanecian las cosas tranquilas; pero hallándose ocupados los dos extremos de la Italia por el Frances y el Español, se creia que unos ánimos irritados y contrarios no estarian mucho tiempo ociosos. El uno armaba asechanzas contra el reyno de Napoles, cuya posesion codiciaba en extremo; y el otro tenia puestos los ojos en la Lombardía, como tan importante al imperio Germanico. Por una y otra parte se alegaban derechos antiguos; que muchas veces son fecunda semilla de grandes agravios. Por otro lado el Pontífice Leon X. incitaba al César que ya se hallaba bastantemente irritado, y juntó con él sus armas, para que á un mismo tiempo fuesen

arrojados los Franceses de Italia, y se restituyese la Lombardía á Francisco Esforcia. Este era el deseo de ambos, pero les movian diversas causas. Deseaba el Papa recobrar á Parma y Plasencia, sacudiendo de ellas las guarniciones de los Franceses; y además estaba muy irritado contra Lautrec, y Lescun su hermano, que conservaba el dominio de la Lombardía, como oprobrio de la Magestad Pontificia. Tenia tambien algunos motivos de enojo contra el Duque de Ferrara feudatario de la Iglesia, de quien como inobediente, ó mas bien como refractario, deseaba vengarse, y despojarle del Principado moviéndole guerra. Por otra parte veia el César que no podia defender sus dominios de Italia contra las asechanzas de los Franceses, si no los arrojaba de aquella provincia, y que no tendria sosiego alguno con la vecindad tan cercana de una gente tan inquieta, y belicosa.

Así pues el César y el Pontífice, aunque cada uno de ellos tenia diversas miras, conviniéron admirablemente en el intento de destruir á los Franceses. Dispuestas entre sí las cosas, y olvidando los convenios del tratado de Noyon, comenzáron con gran diligencia á juntar tropas, armas y municiones. No se descuidó Esforcia en esta ocasion con la alegre esperanza de recobrar el Principado de Milan, valiéndose para todo de Gerónimo Moron, cuya lealtad y experiencia en los negocios tenia bien conocida. Los Milaneses le ayudaban en quanto podian sin exponerse á peligro, así por el odio que tenian á los Franceses, como por el deseo de volver al dominio de su legítimo Príncipe. Miéntras que se juntaban las tropas en Bolonia, Gerónimo Adorno, desterrado de Génova, sacó de Napoles tres mil Españoles, y se dirigió á las costas de la Liguria, á fin de apoderarse còn astucia de la ciudad, de donde habia sido expulso. Pero habiéndole salido vano su intento, volvió sus tropas á los Reales que habia dexado. Las del Pontífice eran mandadas por Federico Duque de Mantua, y las Cesareas por Prospero Colona, en quien residia todo el poder. Parma fué destinada para dar principio á la

guerra. En este tiempo cayó un rayo sobre la fortaleza de Milan que causó un grande estrago, con muerte de muchos hombres; y como el cielo estaba sereno, lo atribuyéron á prodigio los Franceses, y como pronóstico de una infausta guerra. Luego que estuviéron cerca de venir á las armas, se declaró el de Ferrara por los Franceses, y habiendo salido con sus pocas tropas, tomó á San Feliz. Lautrec que acababa de volver de Francia, juntó su antiguo exército con el de los Suizos y Venecianos, y se puso en marcha desde Cremona, á fin de llevar socorro á Lescun que se hallaba encerrado en Parma. Arrojados los Franceses de una parte de la ciudad, se disponian los Imperiales á embestir la otra que se hallaba separada por el rio. Pero se opuso á este consejo el Marques de Pescara Don Fernando Davalos diciendo: ,,que de ,, ningun modo convenia arruinar las tropas con las ,, molestias y trabajos de un sitio intempestivo: que ,, era mejor fixar los Reales en un lugar oportuno, es- ,, perar la venida de los Suizos, y acometer al ene- ,, migo inferior en fuerzas; y que luego todas las de- ,, mas empresas serian fáciles á los victoriosos.“ Levantado pues el sitio vino á los Reales el Cardenal Julio de Medicis con dinero para la paga, asegurando que en breve llegarian las tropas de los Suizos que habia tomado á su sueldo el Pontífice. Aumentóse el exército del César con estas fuerzas, y marcháron contra el enemigo. En este mismo tiempo fuéron llamados por un edicto de sus Magistrados todos los Suizos, siendo la principal causa el evitar que peleasen unos contra otros como les estaba prohibido, y abandonáron en conseqüencia todos ellos el campo de los Franceses; pero no sucedió así con los que militaban baxo las banderas del Pontífice, que permaneciéron quietos por no haber llegado á su noticia la órden, habiendo los Imperiales interceptado las cartas y los correos que las llevaban.

Lautrec para aumentar de alguna manera sus tropas, mandó á Lescun que fuese desde Parma con todas sus fuerzas. Este pues, habiendo dexado á Fede-

rico Bozoli con una ligera guarnicion para que custodiase la ciudad, se apresuró á unirse con su hermano, y atravesando el Pó, se apostó no léjos de Cremona en las riberas del Adda, á fin de impedir el paso á los Imperiales, los quales habiendo aquel dia atravesado el rio por Casal el Mayor, aceleraban su marcha á Milan. Era muy peligroso intentar en aquellas circunstancias vadear este rio; ¿pero qué es lo que no alcanza un espíritu magnánimo? Juan Urbina Capitan Español veterano, habiendo cogido algunas barcas de pescadores, pasó los soldados á la otra parte del rio, enmedio de los tiros de los enemigos. Siguióle luego Juan de Medicis no sin gran peligro con un trozo de caballería. Finalmente habiendo atravesado todo el exército, rechazáron á los Franceses que se hallaban apostados en la ribera opuesta. Detenia no obstante á los Imperiales el General Lescun, que peleaba con grande esfuerzo; pero al fin fué puesto en fuga, y continuáron su marcha á Milan. Habianse encerrado en la ciudad los enemigos sin atreverse á emprender cosa alguna en campo raso, noticiosos de que eran escasas sus fuerzas con la retirada de los Suizos. Los Imperiales acampáron en un Monasterio Cisterciense que dista quatro millas de Milan, sin saber todavía porque parte la acometerian, quando un hombre desconocido exhortó á los soldados en alta voz, que no perdiesen la victoria con una importuna tardanza. Creyéron que este era algun espíritu que los animaba; pues habiéndole buscado inmediatamente, no volvió á parecer. Animados los soldados con aquel presagio, quisiéron probar fortuna, y se encamináron al arrabal, yendo Pescara á la frente con los Españoles. Este pues, habiendo llegado á la fortaleza Vicentina al caer la noche, inspiró audacia en el ánimo de los soldados. Inmediatamente que se dió la señal para el asalto, los Españoles sin instrumentos, sin máquinas, ni otros auxîlios, subiéron cada uno valerosamente al muro por donde mas cerca estaba. Los Venecianos que guardaban por aquella parte la fortaleza, poseidos del terror, se precipitáron

los unos sobre los otros, llevando tras sí á sus compañeros. Acudió al ruido Teodoro Tribulcio, que mandaba á los Venecianos, juntamente con Andres Grito, y reprehendió á los soldados consternados. Miéntras procuraba en vano detener á los que huian, se puso en salvo Grito, y él fué herido levemente y hecho prisionero; y no recobró su libertad hasta que entregó á Pescara veinte mil escudos. Entretanto fué introducido Pescara con su exército dentro de la Puerta Romana por los ciudadanos á quienes la ira habia armado contra los Franceses. Por la puerta de Pavía entráron el de Mantua, Colona, el Cardenal, y otros Capitanes con una parte de las tropas, y estaban todos tan turbados, que aun los mismos vencedores ignoraban quien habia vencido. Consiguiéron los Generales con mucho trabajo que el soldado se abstuviese del saqueo, para que no padeciesen ningun daño los habitantes de Milan despues de haber contribuido tanto al buen éxîto de la empresa. Atónito Lautrec de un suceso tan repentino, y perdidas las esperanzas de conservar la ciudad, reforzó con mayor número de tropas la fortaleza, y dexó en ella á Mascaron para que la defendiese. Quando ya estaba muy entrada la noche recogió sus equipages, y por una puerta secreta se puso en camino para Como, donde dexó á Vandanesi, hermano de Mr. de la Paliza, con guarnicion de soldados, y desde allí se retiró á Bergamo, ciudad del territorio de Venecia.

Los Imperiales fuéron recibidos en Pavía y Lodi con extraordinario regocijo de sus habitantes; y las tropas Pontificias entráron en Placencia con su General Julio Vitelio. Alexandría fué tomada de improviso por Juan Saxoro; el qual habiendo trabado combate con las tropas de la ciudad que hiciéron una salida, las persiguió tan tenazmente en su retirada, que entró junto con ellas por la puerta, y de esta suerte se hizo dueño de la ciudad. Lautrec acudió á Cremona con las reliquias del derrotado exército á fin de retenerla en su partido, en el qual se hallaba vacilante, y llamó de Parma á Bozoli. Luego que salió

éste recibiéron los Parmesanos á Vitelio con su gente armada. Los de Cremona aplacáron á Lautrec con los obsequios que le hiciéron; y disimulando su ira, los recibió con amor, á fin de que no peligrase la fortaleza. Todo sucedia á medida del deseo de los Imperiales: los Franceses que guarnecian á Como sin esperanza de recibir socorro se entregáron á Pescara que los tenia estrechamente sitiados, capitulando la seguridad de sus bienes y personas. Pero miéntras disponian su marcha, entráron los Españoles en la plaza contra la palabra que les tenian dada, y saqueando á todos indistintamente, despidiéron á los Franceses que iban en extremo irritados: maldad atroz y vergonzosa para la nacion Española!

Para que la alegría no fuese del todo completa, se hallaba en cama el Papa Leon X. con una leve calentura quando le diéron la nueva de la toma de Placencia; y agravándosele la enfermedad, pasó de esta vida á la inmortal en el mismo dia en que sus soldados se hiciéron dueños de Parma. Acaeció su muerte el dia primero de Diciembre, á la edad de quarenta y siete años. Era hijo de Lorenzo de Medicis, nieto de Pedro, y viznieto del gran Cosme, y fué otro Mecenas para los hombres doctos. Entre otros muchos beneficios que hizo al César, fué uno el de dispensarle de la ley establecida por Urbano IV. en la qual prohibia que el Emperador pudiese ser Rey de Nápoles. Aumentó con nuevas obras el Vaticano, y le adornó magnificamente. Pero fué reprehendido por su luxo, y por la inmoderada pasion de engrandecer y ensalzar la familia de los Medicis. Los Imperiales fuéron penetrados vivamente de dolor con la triste nueva de la muerte del Papa, pues faltándoles el oro pontificio se retardaria la conclusion de la guerra, y despidiéron las tropas Suizas y Alemanas, dexando solo algunas pocas compañías para las guarniciones de los castillos. Lautrec recobrando el ánimo con la desgracia de los Imperiales, mandó á Lescun que con la mayor diligencia pasase á Francia para disculparle con el Rey, y pedirle socorro

de tropas. Miéntras tanto acometió él mismo á Parma, pero fué rechazado con ignominia por Francisco Guiciardino Historiador célebre : y valiéndose de esta ocasion los Duques de Ferrara y de Urbino, recobráron ahora todo lo perdido : aquel lo que le habia tomado Vitelio ; y este el Principado de que se habian apoderado los Medicis.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA:

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

EL CARDENAL GOBERNADOR DE ESPAÑA ES ELECTO SUMO PONTIFICE. CONTINUA LA GUERRA DE ITALIA.

A principios de este año de mil quinientos 1522.
veinte y dos, el dia nueve de Enero, despues de muchos debates entre los Cardenales, y por unánime voto de todos fué declarado Sumo Pontífice el Cardenal Adriano Florencio Gobernador de España, que tenia entónces sesenta y un años, y sin sospecha alguna de ambicion, ni de que lo hubiese solicitado, sino solo por su esclarecida virtud. Residia el Cardenal en la ciudad de Vitoria, quando recibió con poca alegría la nueva de habérsele conferido la suprema dignidad entre los hombres; lo que era muy conforme á su providad y modestia. Inmediatamente acudiéron los Obispos, y los grandes en gran número á tributarle sus respetos. Desde allí pasó á Burgos y á Valladolid, y en el mes de Marzo se trasladó á Zaragoza, donde fué recibido con la mayor ostentacion y regocijo, y se detuvo algun tiempo: el Magistrado de la ciudad le regaló parte de las reliquias de San Lamberto, de quien era muy devoto, y para manifestar su agradecimiento á este don, mandó que

en el mismo lugar en que este glorioso mártir habia sido degollado por la fe de Jesu-Christo se edificase un Convento de Religiosos de la Santísima Trinidad, obra magnífica y verdaderamente regia. Su primer Ministro fué el R. P. Fr. Juan Ferrer Valenciano, varon ilustre en santidad y en letras. Disponian á un mismo tiempo su partida el Pontífice y el César, aquel para llegar quanto ántes á Italia á fin de arreglar sus cosas, y el César despues de dar órden en las de Alemania, para regresar á España.

Era entónces la Lombardía el teatro de la guerra, y solo resonaba en ella el ruido de las armas. El Frances con la esperanza de recobrar á Milan, habia mandado á Renato Duque de Saboya, que se pusiese luego en marcha con nuevas tropas que se componian de diez mil Suizos, y las compañías Francesas. Esforcia añadió á las del César seis mil infantes que habia reclutado en los confines de Alemania, á donde se refugió despues que fué arrojado de la Lombardía, y Don Fernando de Austria otros mil, mandados por Adorno. Colona aunque inferior en fuerzas, confiado en la buena voluntad de los Milaneses, se encargó con grande ánimo de la defensa de la ciudad, que era el blanco de todos. Cerró con máquinas y fosos la fortaleza guarneciéndola con quatro mil hombres permanentes, y encargó á Phelipe Fornelo, y á Antonio de Leyva, dos de los principales Capitanes, las plazas de Novara y Pavía para que las defendiesen. Habia venido Esforcia á Pavía, cuidadoso de su propio interes para acudir desde cerca á los que peleaban á favor suyo. Desde allí fué llamado á Milan por Colona, para animar á los ciudadanos, al mismo tiempo que los Franceses se apoderáron y saqueáron á Novara. Tenian estos tomados los caminos; pero Esforcia por sendas ocultas consiguió llegar salvo á la ciudad con tanta alegría y aplauso de sus habitantes, como si con su Príncipe hubiesen recibido toda la felicidad. Al momento cargáron sobre Milan todas las tropas Francesas para arruinar juntamente á toda la provincia; mas no obstante fué

acometida en vano la ciudad á pesar de los esfuerzos de Pedro Navarro que dirigia las minas y obras subterráneas. Fué causa de un nuevo dolor la muerte de Antonio Colona, que militando baxo las banderas del Frances, fué despedazado por una bala de artillería. Como las cosas no sucedian á los Franceses segun sus deseos dirigiéron su furor contra Pavía con mayor conato, pero con igual suceso. Habia entrado en aquella ciudad por medio de los reales enemigos, que aun no estaban bien fortificados, una compañía de Españoles valientes que iban á socorrerla; con cuyo auxîlio animados los sitiados rechazaban fácilmente el ímpetu de los Franceses. Colona y Pescara se pusiéron en marcha con la mayor fuerza de las tropas á fin de obligar á los Franceses á levantar el sitio, y derrotadas sus centinelas y cuerpos de guardia se acercáron á Pavia. Lautrec que no perdia de vista la empresa de hacerse dueño de Milan levantó de improviso el sitio de Pavía, y se encaminó aceleradamente ácia aquella capital, la qual defendia Esforcia con poca guarnicion. Pero se le adelanto Colona que estaba muy persuadido de que el enemigo se aprovecharia de aquella ocasion para volver á Milan; por lo qual introduxo en ella su exército, la conservó y se burló del Frances.

Viendo éste perdida su esperanza determinó dar una batalla, mas era necesario grande arte porque no ignoraba quan experto y prudente era el General enemigo. Así pues para incitarle á una batalla en campo raso, miraba y observaba todas las cosas, movia sus reales de una parte á otra, y le presentaba ocasiones de pelear para atraerle á una accion decisiva. Unas veces se estaba quieto en un lugar, y otras se desaparecia con presteza. Finalmente no omitió cosa alguna de las que podian contribuir á engañar á un enemigo tan astuto. Pero cansado de mudar los reales, y fatigado de los insultos de los Suizos, que le pedian los conduxese al enemigo, ó que les pagase, y que si no les concedia uno ú otro, les diera licencia para retirarse, se aventuró aunque con peligro á dar

una batalla, ántes que le abandonasen con sus tropas. No ignorando Colona lo que pasaba en el campo del enemigo, se habia acampado en un sitio muy seguro cerca de Bicoca, pueblo inmediato á Milan. La frente del exército se hallaba fortificada con un foso, y con mucha artillería. Esforcia con los Milaneses defendia el puente por donde habia paso abierto á los reales, y la parte opuesta la guarnecian Leyva y Don Juan de Cardona Conde de Colisano, con tropas escogidas. El dia veinte y dos de Abril al amanecer ordenó el Frances sus tropas con mucho estrépito. Iban delante los Suizos, porque deseosos de combatir habian pedido que se les concediese este honor, y era tal su impaciencia que apénas llegáron á tiro, y sin esperar la señal para la batalla comenzáron á embestir. Fué grande el estrago que en ellos hizo la artillería; pero sin aterrarse en manera alguna, habiendo saltado el foso intentáron con furor forzar las trincheras, y cayó sobre ellos una lluvia innumerable de balas, peleándose en este parage con mas ardor que constancia. Esforcia que salió al encuentro de los Franceses, sostuvo valerosamente la batalla, y defendió su puesto. Los Venecianos mandados por el Duque de Urbino, para engañar á los Imperiales se habian puesto en los vestidos cruces rojas, de cuya insignia usaban los otros por divisa. Conocio Colona el ardid, y al punto mandó á los suyos que se pusiesen ramos verdes en las gorras para que por ellos fuesen conocidos. Descubierto que fué el engaño, se retiráron los Venecianos apénas entráron en el combate, atemorizados del horrendo estrago de los Suizos; los quales habiéndolos exhortado en vano Lautrec á que volviesen á la pelea, desampparáron la accion, y los siguiéron otros muchos que detestaban el precipitado consejo del General. Era grande el ardor de los Imperiales en seguir al enemigo fugitivo: pero Colona sin envanecerse con la victoria prohibió á los suyos que le siguiesen, contentándose con lo ganado, porque no ignoraba que la desesperacion suele inspirar nuevos ánimos. En esta batalla pere-

ciéron tres mil Suizos con su Comandante Alberto Petra, y diez y siete Capitanes de gran nombre. Las demas naciones no perdiéron tantos: de los Imperiales muriéron muy pocos, y entre ellos el Conde de Colisano, y saliéron heridos Don Alfonso Dávalos Marques del Basto, y otros hombres ilustres. Despues de esta desgraciada batalla se pusiéron los Suizos en camino para su patria, no dando oidos á ruegos algunos ni promesas de los Franceses. Los Venecianos se retiráron á los presidios de las fronteras, y Lautrec á Francia con parte de las tropas, á quien seguia Lescun; habiendo perdido lo que quedaba en la Lombardía además de las Fortalezas de Milan, Cremona y Novara.

A fines del mes de Mayo se trasladó á Génova todo el peso de la guerra á persuasion de Adorno, para que se cumpliese el ardiente deseo que tenia el César de arrojar de toda la Italia á los Franceses, persuadido de que de otro modo no se restableceria la quietud pública. Incitaba tambien á Adorno la esperanza de su interes particular, esto es, de restituirse á su patria, y de apoderarse del mando de ella. A este fin pues se dirigiéron cartas al Senado y á los amigos de los Adornos, en que se les decia: ,, que no quisiesen padecer las hostilidades que su- ,, fren los vencidos en la guerra: que volviesen en ,, sí, y no se opusieran á que la patria recobrase ,, su amada libertad, y se exterminase la tiranía de ,, los Fregosos, y que esto sería útil y honroso, es- ,, pecialmente á aquellos que tenian á su cargo el go- ,, bierno, y direccion de la República". Pero estas razones hiciéron poco efecto en una ciudad dividida en facciones y partidos. Colona y Pescara, despues que conociéron que era preciso usar de la fuerza, derribáron con su artillería una parte del muro, y sin dilacion entráron por la brecha los soldados en la ciudad. Añadióles nuevo esfuerzo la promesa que los Capitanes les habian hecho de entregársela á saqueo; y habiéndose puesto en fuga los que la guarnecian, esta grande y opulenta ciudad fué tomada

casi sin derramar sangre alguna, y abandonada á los soldados. No hubo injuria alguna que dexase de cometer el militar desenfreno por espacio de dos dias. Y para sacar de allí á los soldados y poner fin al estrago, divulgáron los Capitanes que el Frances habia pasado los montes, y se acercaba con un poderoso exército. Conmovidos con esta noticia se volviéron á su campo cargados de ricos despojos. Fregoso que se hallaba en cama enfermo de los pies se entregó á Pescara, y murió de allí á breve tiempo. Tambien fué hecho prisionero Pedro Navarro, á quien habia enviado el Rey de Francia con dos galeras para que socorriese á los Genoveses: auxîlio tardío, y que solo sirvió para agravar la calamidad. Luego que Adorno fué declarado Dux en lugar de Fregoso, reduxo en poco tiempo á su dominio el castillo, y los puestos fortificados. Arregladas que fuéron las cosas civiles, y establecida la República conforme á los deseos del César, se volviéron los vencedores á la Lombardía para velar sobre los movimientos de los Franceses. En este tiempo falleció Don Ramon de Cardona Virrey de Nápoles, con grave dolor y sentimiento de sus habitantes de quienes era muy amado; fué hombre de mucho valor y prudencia, y gobernó aquel reyno trece años con grande alabanza. Ordenó en su testamento que su cuerpo fuese trasladado á la Iglesia de nuestra Señora de Monserrate. Sucedióle Cárlos Lanoy, noble Flamenco, en premio de que su muger Isabel habia dado la primera leche al César.

CAPITULO II.

VUELVE EL CESAR A ESPAÑA. APACIGUA LAS SEDICIONES DE LOS COMUNEROS, Y CASTIGO DE LOS PRINCIPALES AUTORES DE ELLAS.

Los pueblos de los confines de Flandes se hallaban por este tiempo afligidos con disensiones, y los estragos que recíprocamente se causaban eran el fruto de sus discordias, que eran mas vivas entre los Gheldrios y los Vesfrisios, ostigados por el César, y por el Rey de Francia, y habiendo llegado las cosas á tales términos que por mar y por tierra se hacian mutuamente presas y robos, y los campos eran talados, y finalmente por todas partes solo se veian turbulencias y desórdenes: preludios ciertos de la cruelísima guerra que estaba próxîma á declararse. El César para navegar á España juntó en Middelburgo una armada de ciento y cinquenta navíos, y habiendo embarcado en ella seis mil soldados entre Alemanes y Flamencos, les mandó que navegasen ácia Inglaterra, y le esperasen en Hampton. Doña Margarita su hermana continuó en el gobierno de Flandes; y dexó á Don Fernando por su Vicario en el Imperio Germánico. Dispuestas estas y otras cosas salió de Brujas el dia veinte y quatro de Mayo, y pasando por Nieuport y Dunkerque arribó á Calais donde fué recibido, y obsequiado magnificamente por los Ingleses. Al dia siguiente volvió á embarcarse, y en quatro horas llegó á Dowres. Desde allí se puso en camino para Lóndres donde entró con una pompa semejante á la de un triunfo. Habiendo ratificado la anterior alianza, que tenia hecha con el Rey de Inglaterra, se añadiéron nuevas condiciones acerca de la guerra contra el Frances, á quien declaró Enrique por violador de su palabra en haber movido sus armas contra la Flandes. Ade-

más se estipuló que contribuiria el César con los ciento y treinta mil escudos que en tiempo de paz pagaba Francisco al Rey Enrique, hasta que sujetados por la guerra los pueblos de Francia contribuyesen igual suma. Arreglados estos artículos se embarcó el César en Hampton el dia quatro de Julio: y habiendo levado anclas á la mañana siguiente, á los diez dias de navegacion arribó al puerto de Santander, perdiendo en este viage un navío que se incendió casualmente.

Luego que llegó el César á Palencia, recibió cartas del nuevo Pontífice Adriano VI. en que se disculpaba de no pasar á visitarle, significándole que le era preciso transferirse quanto ántes á Italia, para componer con su presencia las discordias que allí habia. Tal vez lo hizo para que no se creyese que el padre comun de los fieles era mas adicto al César de lo que convenia, por lo qual sin aguardarle se embarcó para Génova en una armada Española, y desde allí se transfirió á Roma. Fué recibido con mucha alegria del pueblo, y mucho gozo de los Cardenales á fines del mes de Agosto; en cuyo tiempo se hallaba la ciudad afligida de una gran peste que hacia mucho estrago, la qual cesó á pocos dias, aplacado el cielo con piadosas rogativas y oraciones, y no con el mágico sacrificio de un toro como escribiéron los que mezclan fábulas pueriles en la Historia. Vino el César á Valladolid adonde habian acudido los grandes á congratularle; y se dispusiéron tantos festejos en señal de la alegría pública, que podia creerse qne habian ido á divertirse. Al dia siguiente pasó á visitar á su madre, y mandó que se hiciese un aniversario por su padre Don Felipe, y que se repartiesen limosnas á los pobres. Por este tiempo acaeció un terremoto en las costas de Andalucía, que arruinó la fortaleza, y la ciudad de Almería, y pereció entre las ruinas la mayor parte de sus habitantes. El Maestro Mota regresó de Flandes, y habiendo sido trasladado á la Silla Episcopal de Palencia, murió el mes de Sep-

tiembre. Volvió el César á Valladolid, y exâminadas las causas de los sediciosos, condenó á pena capital á unos pocos de los principales autores. Don Pedro Pimentel que habia sido hecho prisionero en la batalla de Villalar fué degollado en Palencia. Los Procuradores de Segovia y Guadalaxara en la Junta de los Comuneros con otros cinco sufriéron la misma pena en Medina del Campo. Mas adelante fuéron tambien castigados el Conde de Salvatierra, y el Obispo de Zamora, aquel habiéndole abierto las venas en la cárcel, y este que era reo de atroces maldades fué ahorcado, sucediéndole en el Obispado Don Francisco de Mendoza. Los parientes de Giron y de otros nobles, acudiéron á implorar la clemencia del César; el qual les condonó la pena de muerte en que habian incurrido, conmutándosela en otra ligera. Despues mandó publicar un perdon general, con que todos los demas quedáron libres.

El Duque de Alburquerque estrechaba á Fuente-Rabía, y habiendo tomado algunos pueblos corrió talando los campos hasta Bayona, y se le juntó Philiberto de Chalons Príncipe de Orange con tropa estrangera. En vano intentáron los Franceses introducir víveres y provisiones en la plaza, porque fuéron rechazados muchas veces así por tierra, como por mar con mucha pérdida suya. Habia ya llegado la guarnicion al último extremo, quando aumentado el exército Frances que mandaba Paliza con diez mil infantes, y seiscientos caballos, hizo levantar el sitio, retirándose el Español, cuyas fuerzas eran inferiores; introduxo en la ciudad un completo socorro de víveres y gente: y habiendo puesto á Franquet en lugar de Mr. de Luda para defender la plaza, marchó desde allí á la Guyena.

En Valencia resonaba todavía el ruido de las armas, porque los de Xativa se mantenian en su obstinacion. Dentro de la ciudad se veian cada dia mas estrechos, y faltos de todo, y al fin con la llegada del Marques de Cenete, ofreciéron sujetarse en todo al Virrey. Pero faltando á su palabra, movi-

dos de una vana sospecha, encerráron al de Cenete como en rehenes en la fortaleza, aunque en breve le pusiéron en libertad por temor á los Valencianos que lo reclamáron con grandes amenazas. Como no pudiese el Virrey atraher á ningun partido justo y equitativo á los de Xativa que se hallaban tan alucinados, se dedicó á sujetar por medio de las armas á los comarcanos. Peleó prosperamente con los de Xativa que habian acudido á socorrer á sus socios, haciendo prisioneros en este combate á quinientos de ellos, y mandó ahorcar unos quarenta y seis. No atreviéndose Peris á emprehender cosa alguna en campo raso, volvió á Valencia ocultamente, á fin de dar nuevo fomento á la sedicion. Saliéron contra él con armas el Gobernador Cabanillas, el Marques de Cenete, y Don Manuel Exarque, seguidos de todo el pueblo fiel. Dióse el combate en una calle angosta, aunque con mucha desigualdad, porque desde los texados peleaban las mugeres y muchachos, tirando lo que podian haber á las manos. Cenete fué herido por una muger en la cabeza, y en un hombro con alguna texa, y cayó en tierra sin sentido; pero habiendo vuelto en sí, y levantádose del suelo se renovó la pelea con mas ardor sin que los sediciosos omitiesen ningun medio para causar estrago. Peris y sus compañeros no podian ya resistir el ímpetu de los que los acometian, y abandonando la pelea se refugiáron en una casa, poniendo toda su esperanza en las paredes. Al punto la pegan fuego, y viendo ya levantarse la llama resolviéron entregarse aterrados del peligro que corrian. Baxáron por una ventana, y el pueblo enfurecido acabó con ellos á cuchilladas, y sus miembros despedazados fuéron puestos en la horca. La casa fué arrasada hasta los cimientos para que su suelo sirviese de memoria del castigo. No se apaciguáron con esto las turbulencias, pues corria por el reyno un hombre perverso, que era creido por el vulgo nieto de Don Fernando el Cathólico, y hijo de Don Juan. Es increible quanto abusó este impostor de la necia credulidad popular, y quan

persuadidos tenia á todos de que era un Príncipe encubierto; pero miéntras disponia las cosas para apoderarse de la ciudad, fué degollado en un lugar inmediato llamado Burjasot, y de este modo puso fin á là escena. Peleó otra vez el Virrey con los de Xativa, les mató mil de su exército, y les tomó siete banderas, y al tiempo que se disponia de nuevo á acometer á la ciudad, oyéron los de dentro que el César habia vuelto á España, y movidos por el respeto de su nombre, ó por el temor dejáron las armas y se entregáron, y Alcira siguió su exemplo. Fué preso Sorolla, que era el incitador de la guerra, y otros amotinados, los quales todos fuéron ajusticiados en diversos tiempos, y refrenados tambien los desórdenes que produxo la guerra. Cesáron por fin las muertes y estragos.

Don Fernando Duque de Calabria fué sacado del castillo de Xativa donde estaba preso, y por mandado del César le conduxo el Virrey honorificamente á Castilla. Entretanto murió de enfermedad Don Rodrigo su hermano Marques de Cenete. Los Valencianos enviáron una diputacion al César, que no consiguió audiencia porque no iba autorizada solemnemente por el reyno, y fué preciso que enviasen otra. Condescendió el César á lo que le pedian; removió de allí al Virrey Mendoza, á quien tenia el pueblo un odio implacable; y nombró en su lugar á Doña Germana de Fox, la qual entró en la ciudad á mediados de Diciembre del año siguiente, y fué recibida con extraordinario regocijo y alegría de los ciudadanos. Pasado año y medio el dia ocho de Julio de mil quinientos veinte y cinco murió el Príncipe de Brandemburgo su marido, como lo escribe Agnesio Poeta Valenciano, que vivia en aquel tiempo. Despues de esto se caso en terceras nupcias con Don Fernando Duque de Calabria, con beneplácito del César, por la grande fidelidad que habia conservado en todo el tiempo de las turbulencias, pues á pesar de los ruegos, y promesas que le hacian los sediciosos, nunca pudiéron moverle á executar cosa

alguna que fuese indigna de su carácter. Miéntras vivió obtuvo el Gobierno de Valencia: creyóse que le casáron con aquella Señora, para que de este matrimonio no saliese alguno que reclamase el reyno de Nápoles, cuya opinion se ha conservado en Valencia sin que se apoye en ningun autor. Pero volvamos á seguir el hilo de nuestra Historia.

Para reprimir los furores de Mallorca ēnvió el César una armada, la que habiendo llegado á Ibiza, recibió al Virrey arrojado por los tumultuados de la isla, y le conduxo á Alcudia. Hecho el desembarco hubo un sangriento combate en el que pereciéron muchos sediciosos, y los que cayéron prisioneros fuéron hechos quartos, y colgados de los árboles. ¡Horrendo espectáculo á la verdad! pero absolutamente necesario para quebrantar la obstinacion de aquellos hombres. Aunque la isla se hallaba reducida á la obediencia, no estaban sujetos los ánimos de los habitantes de Palma su capital. Dirigió el Virrey sus tropas ácia ella para ver si los podia reducir, amenazándoles con hostilidades, pero se abstuvo de acometer á una ciudad tan fortificada con murallas, armas, y gente. Despues de tres meses de sitio, y por intercesion del Obispo Fr. Pedro de Pont del Orden de la Santísima Trinidad, que se dedicó con gran zelo á apaciguar los tumultos, se sujetáron los Palmenses, y volviéron á su deber. Fué recibido el Virrey dentro de los muros el dia siete de Marzo del año siguiente, y los fomentadores del tumulto fuéron castigados con gravísimos suplicios, y aplicados sus bienes al fisco real que ellos habian robado. Concedióse á la villa de Alcudia algunas inmunidades en recompensa de su constante fidelidad. Distribuidas de este modo las penas y los premios, se disipó enteramente la sedicion, y se restableció la autoridad, y respeto á los Magistrados.

En este verano habia pasado á Francia el Rey de Inglaterra Enrique, con el qual se juntáron dos mil Españoles, y nueve mil Flamencos y Alemanes. Para obligar á los Franceses á una batalla taló sus

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

TOMO OCTAVO.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA
DEL P. JUAN DE MARIANA,
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

ESCRITA EN LATIN

POR EL P. FR. JOSEPH MANUEL MIÑANA, DEL ORDEN DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

Y TRADUCIDA NUEVAMENTE AL CASTELLANO

POR D. VICENTE ROMERO, ESCRIBIENTE PRIMERO DE LA SECRETARIA DE ESTADO, Y DEL DESPACHO DE HACIENDA DE INDIAS.

TOMO I.

EN MADRID
POR DON BENITO CANO.
AÑO DE MDCCXCIV.

campos, y los molestó con todas las demas vexaciones propias de la guerra. No habiendo podido conseguir su designio puso sitio á Hesdin; pero su exército fué acometido de la peste de que muriéron muchos soldados, y se volvió á Inglaterra despues de haber gastado inutilmente dos meses en el sitio de aquella ciudad. En este año falleció de una apoplegía Antonio de Nebrixa Andaluz, que despues de una larga peregrinacion en que recorrió casi todas las Universidades de Italia, volvió á España, y restauró en ella el estudio de las letras humanas, que se hallaban sepultadas en las tinieblas de la ignorancia. Sus escritos sagrados y profanos son muy alabados de los hombres doctos, aunque su Historia de los hechos de Don Fernando es ménos apreciada por la floxedad y baxeza de estilo. Acaeció su muerte en Alcalá de Henares, á principios del mes de Julio, á los setenta y siete años de edad. Al fin de este año murió tambien en Roma el Eminentísimo Bernardino de Carvajal, Obispo de Ostia, y Cardenal; y fué sepultado en la Iglesia de Santa Cruz de Jerusalen. El Obispado de Plasencia que él habia obtenido, se confirió á su instancia á Don Gutierre de Carvajal su sobrino, hijo de su hermana. Habíase arraygado la costumbre de renunciar las Iglesias en los parientes, y de poseer por herencia el Santuario de Dios.

CAPITULO III.

LIGA ENTRE EL CESAR, EL PONTIFICE Y OTROS ESTADOS CONTRA LOS FRANCESES, DERROTAS DE ESTOS EN ITALIA, MUERTE DE ADRIANO VI. Y ELECCION DE CLEMENTE VII.

1523. A principios de este año de mil quinientos veinte y tres tuvo el César Cortes en Palencia, y en ellas se trató de la escasez del erario público para sostener la guerra de Francia. Por cuya causa contribuyéron las ciudades por donativo extraordinario con quatrocientos mil escudos. Comenzó á disponerse la guerra para arrojar á los Franceses de los límites de Vizcaya. En Italia no podian sosegarse las cosas, habiéndose suscitado una guerra interminable entre los Príncipes por la posesion de la Lombardía. Los Venecianos renunciáron la alianza Francesa, y estableciéron otra nueva con el César, disgustados del Rey Francisco que solo pensaba en sus deleytes, y cuya desidia, segun decian, los habia puesto en los mayores peligros. Entráron tambien en la misma alianza el Papa Adriano, las ciudades libres, los Príncipes y finalmente toda la Italia, haciendo sociedad de armas excepto el Duque de Ferrara que estaba inclinado al Frances. El fin era para que unidas las fuerzas segun las facultades, y poder de cada uno, fuese expelido de toda la Italia el nombre frances, y que con el recíproco auxilio se le impidiese molestar los dominios de cada uno de los aliados: Colona fué declarado por Generalísimo, á pesar de otros muchos que solicitaban este cargo.

Por el contrario el Rey de Francia Francisco habia determinado hacerles la guerra en persona con todas las fuerzas del reyno, para borrar con algun

hecho grande la ignominia de la vergonzosa pérdida de la Lombardía. Pero le disuadió de este intento el Condestable Cárlos de Borbon con un pernicioso consejo. Este pues habia rehusado con desprecio la boda de Madama Luisa madre del Rey, lo que ocasionó un cruel dolor, y grave indignacion á la que deseaba con ansia este casamiento, y despues de haberle hecho muchas y pesadas injurias, le movió pleyto pará despojarle de sus bienes. Acudió Borbon al Rey para repeler esta vexacion, pero no halló en él proteccion alguna. Por lo qual deseoso de la venganza, escribió cartas al César y al Rey de Inglaterra sugiriéndoles ideas perjudiciales contra su Rey y contra su patria, despreciándo la infamia que de aquí le resultaria, con tal que consiguiese lo que revolvia en su ánimo. Estas maquinaciones no podian permanecer ocultas, aunque se trataban con mucho secreto. Luego que el Rey llegó á penetrarlas, pasó á Moulins donde se hallaba Borbon en cama con una fingida enfermedad. Descubrióle su llaga con muy suaves palabras, y le exhortó á que avergonzándose de su criminal designio se abstuviese de desertar, prometiéndole que si perdia el pleyto le recompensaria los daños con liberalidad regia. Negó Borbon el hecho con gran firmeza de ánimo, ofreciéndole que al momento que convaleciese marcharia al exército: como el Rey era de un carácter sencillo, le dió entero crédito, y prosiguió su camino á Leon con designio de llevar sus armas á la Italia. Pero noticioso Borbon de que el pleyto se habia decidido á favor de Madama Luisa, y viéndose por consiguiente despojado de sus bienes, determinó obstinadamente perder á su Rey, ó perecer en la demanda, y acompañado solo de Pomperant, á quien se habia descubierto, se huyó disfrazado á Saboya; y despues á Génova á fin de embarcarse para España.

Habíase ya pasado la ocasion oportuna de hacer una entrada en Francia como estaba convenido, acercando á sus fronteras tres legiones de Alemanes baxo de la conducta de Fustemberg, porque Borbon

no habia cumplido á tiempo su palabra, y así dispersándose las tropas porque les faltaba la paga, se desvaneció aquella tormenta. De las mismas astucias y ardides se valia el Frances contra el César; pero con igual fortuna, pues se descubrió ántes de lo que convenia la proyectada empresa de sublevar la Sicilia. Porque habiendo sido cogido cerca de Roma Francisco Imperatori Siciliano, con cartas escritas por el Cardenal Volaterrano al Rey de Francia, fué enviado con segura custodia á Sicilia, y dándole tormento reveló toda la trama. Indignado el Pontífice contra el Cardenal, le hizo encarcelar en el castillo de San Angelo, confiscándole sus bienes. En Sicilia fuéron degollados y desquartizados el Conde de Camerino, el Tesorero Nicolas Vincencio, y Portulano, los quales con Imperatori fuéron convencidos de haber entrado en la conjuracion. Causó tan gran dolor al hijo de Camerino, no tanto el castigo, quanto el delito de su padre, que cayendo enfermo repentinamente, murió en breve tiempo. Pero volvamos á seguir el hilo comenzado.

Temeroso el Rey de Francia por la fuga de Borbon de sus ocultas maquinaciones, y para oponerse á ellas desde su reyno se abstuvo con prudente consejo de ir en persona á la expedicion de Italia: en su lugar envió á Bonivet Almirante de Francia, para acometer á la Lombardía con treinta mil infantes, y cinco mil caballos. En el primer ímpetu, en el que se dice son muy fuertes los Franceses, se apoderáron de algunos pueblos, y aun llegáron á acometer los muros de Milan. Pero entibiándose el ardor de esta gente, comenzáron luego á decaer, y retroceder en sus empresas. Juntáron sus fuerzas Bayardo y Rencio Cheri de la familia Ursina, y acometiéron de improviso á Cremona, cuidadosos de conservar la fortaleza que tenia Bonnovio con guarnicion Francesa. Mas habiendo sido rechazados levantáron el sitio, y se volviéron á los reales de Bonivet, que no estaban léjos de Milan, y la fortaleza desesperada de recibir socorro de los suyos, se entregó á

los Españoles, que eran dueños de la ciudad. Poco ántes habia entrado Colona en la fortaleza de Milan por entrega de Mascaron. A la verdad no podian hallarse en peor estado las cosas de los Franceses. Pues intentando con muchas tropas y auxîlios librar estas fortalezas del sitio que padecian; perdiéron lo uno y lo otro, y parece que la Providencia se oponia á todos sus esfuerzos.

Enmedio de la confusion de esta guerra murió el Sumo Pontífice Adriano VI. consumido mas de las molestias que le causaba la situacion de las cosas que de la fuerza de la enfermedad; fué varon insigne en piedad y doctrina. Los Romanos le tuviéron por poco capaz para el gobierno, y á la verdad ninguna cosa fué para él mas infeliz que mandar, como se lee en el epitafio de su sepulcro. Dió muestras de grande amor al César su alumno en dos Bulas que expidió á favor suyo. Por la una le concedió perpetuamente á él y á sus sucesores el Maestrazgo de las Ordenes Militares, que ántes solia conferirse á los Reyes de España por tiempo limitado; y por la otra el derecho tambien perpetuo de presentar los Obispos de España, que aunque en los tiempos anteriores eran instituidos por los Papas, á presentacion de los Reyes, gozaban precariamente de esta prerogativa. Creó un solo Cardenal que fué Guillelmo Enchavord, su compatriota, que obtuvo su mismo capelo, y le confirió el Obispado de Tortosa. Este pues en memoria de los beneficios que habia recibido de Adriano, trasladó sus huesos desde el Vaticano á la Iglesia de Santa María de los Alemanes, y le edificó un sepulcro de mármol adornado con excelentes estatuas. Despues de un prolixo Cónclave, en que tuvo grande influxo el Cardenal Pompeyo Colona, fué creado Sumo Pontífice el Cardenal Julio de Medicis, que en su solemne coronacion tomó el nombre de Clemente VII.

Por este tiempo habian acometido segunda vez á la Francia los Ingleses y Flamencos mandados por Nortfolk y Bure: y no atreviéndose Tremoille á ha-

cerles frente aseguró los lugares fuertes con mayores guarniciones, y se acampó en San Quintin entre unas lagunas intransitables, para no verse obligado á pelear contra su voluntad. El exército de los confederados pasó los rios sin contradiccion alguna, y taló los campos por espacio de muchas leguas. Algunos escriben que llegó hasta doce millas de París, y no es necesario decir el terror y daño que causó en todas partes. Pero se retiró sin haber hecho cosa alguna memorable, á excepcion de algunos ligeros encuentros entre la caballería. Entretanto desconfiado Bonivet de tomar á Milan, conduxo secretamente su exército á Biagras, á fin de precaver que Lanoy le sorprehendiese con las tropas que traia. A la llegada de Lanoy falleció Colona á fines de este año despues de una larga enfermedad, dexando mucha fama de su nombre.

Deseoso Pescara de tentar fortuna acometió una noche con los Españoles al campo de los Franceses, causando en ellos gran confusion con muerte y fuga de muchos, y á fin de seguir su fortuna los vencedores, se juntáron con el de Urbino, y las tropas Venecianas. En este mismo tiempo salió Borbon de Génova, y dexada la navegacion de España, vino á los reales nombrado por el César Generalísimo con las mas amplias facultades. Desechado el noble consejo de pelear persigue al enemigo que se retiraba. Medicis con una parte de las tropas rechazó á un Esquadron de Grisones, que venia á socorrer á los Franceses, y los hizo retirar á sus montes. Otra esperanza para ellos eran los Suizos que habian llegado al rio Sesi, el qual atravesó Bonivet para juntarse con ellos. Pero habiendo llegado los Imperiales que les seguian los pasos, peleáron tumultuariamente. Salió Bonivet como pudo, y le siguiéron los Suizos, pero los Imperiales los apretaban por las espaldas, los incomodaban, y hacian detener la retaguardia. El Frances para rechazarlos, inspirándole el peligro nuevo valor, mandó á los suyos que hiciesen frente, y acometiesen al enemigo. En esta nueva pelea fué

herido Bonivet, con una bala en un brazo, y metido en una silla de manos le lleváron al primer esquadron, habiendo dexado el mando á Bayardo. Este pues viendo las cosas tan desesperadas, recogió la caballería, y juntándose con Vandanesi, intentó retirarse á toda prisa, sufriendo la descarga de los Españoles que todo lo arrollaban. Pero uno y otro fuéron heridos: Vandanesi murió inmediatamente: Bayardo atravesado por los riñones fué conducido á la tienda de Lanoy, y espiró en la primera cura que le hiciéron. Fué varon de extraordinario valor entre los Franceses, y muy experimentado en el arte militar. Habiendo recibido el Frances tan grave detrimento, y perdido veinte y dos cañones, regresó á su patria por Turin, y los Suizos por el valle de Aosta. Los vencedores gozosos con tan felices sucesos, y habiendo hecho desaparecer de la Lombardía el nombre Frances, se retiráron cargados de despojos á los quarteles de invierno á la entrada del año veinte y 1524.
quatro de este siglo.

No era por este tiempo mas próspera la fortuna de los Franceses en los confines de Vizcaya. Desamparada por la guarnicion la fortaleza de Vidasoa, vulgarmente llamada Beobia, se apoderó de ella Alburquerque, que mandaba en aquellas costas; y despues castigó rigurosamente á los enemigos que en número de quatro mil y quinientos, la mayor parte Alemanes, habian pasado el rio para saquear los pueblos cercanos. Casi todos pereciéron en diversas ocasiones, y se les tomáron las banderas y la artilleria. Hubo entre los confinantes muy freqüentes peleas siempre favorables á los Vizcaynos, las quales no hay necesidad de referir por menor. Por este tiempo el Condestable Velasco, á quien se encargó el mando de la guerra, penetró en la Guyena con veinte y quatro mil hombres. Lautrec que defendia aquella provincia, fortificó con una poderosa guarnicion á Bayona que estaba mas próxîma al peligro. Tomó el Españo algunos Pueblos, incendió una fortaleza que fué reducida á cenizas junto con trescientos soldados que la

defendian: taló los campos con muchas correrías, y infundió el terror por todas partes. Restituido Velasco de esta expedicion reparó sus tropas, que con la crueldad del invierno habian padecido mucho, y aumentándolas con tres mil Alemanes mandados por Guillelmo Rocandulfo puso sitio á Fuenterrabía, que era el principal objeto de la guerra. El Príncipe de Orange dirigió con gran cuidado las obras del ataque, como tan sabio en el arte militar, y tan severo en la observancia de la disciplina. Tambien vino á los reales Don Fernando Alvarez de Toledo, hijo de Don García, que fué muerto por los Moros en la isla de Gelves, y tenia entónces diez y seis años, á fin de aprender en esta campaña los primeros rudimentos de la milicia, como lo escribió en su vida Don Antonio Osorio.

Desde Pamplona adonde habia ido, vino el César á Vitoria en lo mas rigoroso del invierno, para prevenir desde cerca las cosas necesarias á la guerra. Estrechaba Velasco el sitio con minas subterráneas y todo género de máquinas, á fin de precaver que se derramase la sangre de los soldados. Continuamente batian las murallas un gran número de cañones, de los quales habia traido el César de su vuelta de Alemania setenta y quatro de diversos tamaños y muy perfectos; y á esto se agregaba el terror del fuego que de tiempo en tiempo arrojaban los nuestros en gran copia. Consternado Franguet que era el Comandante de la guarnicion, y desesperando del socorro, pues los Españoles habian quemado siete naves que le enviaban de Francia con toda la gente y provisiones que conducian, entregó la ciudad el dia veinte y cinco de Marzo. Hallábase en la guarnicion Pedro de Navarra, hijo de aquel que murió en el castillo de Simancas, y por su influxo se aceleró la rendicion. Entregó Velasco la ciudad bien provista de todo á Sancho de Leyva, hermano de Antonio, que adquirió tanta celebridad en la guerra de Italia, para que la custodiase. Salió Franquet de Fuenterrabía con honrosas condiciones; pero el Rey Francisco castigó su cobardía, y le

despojó en Leon de las insignias militares de que estaba condecorado, como lo escribe un autor Frances.

CAPITULO IV.

CONQUISTA DE LA CIUDAD DE MEXICO POR HERNAN CORTES.

Ya es tiempo de que volvamos á continuar la narracion de los heroycos hechos de los Españoles en América, y la fama del imperio Mexicano destruido por Hernan Cortés. Este pues, habiendo sujetado á los bárbaros confinantes como queda dicho, y arrojado los presidios de los Mexicanos á fin de estar seguro por las espaldas, fortificó un pueblo en lugar oportuno, dándole el nombre de Segura con alusion á la seguridad en que quedaba aquel territorio. Entre tanto envió á Alonso de Mendoza con cartas para el César, en que le referia todas las cosas que habia hecho hasta entónces. Además le suplicaba le enviase varones doctos y religiosos que instruyesen á aquellas gentes en la doctrina christiana, y les administrasen el bautismo. Tambien le pedia todo género de ganados, de que carecia la América, armas, caballos, y todo lo demas que se rèquiere para la guerra. Finalmente pedia al César que le confirmase en el puesto de General que sus compañeros le habian conferido, para que revestido de un poder legítimo obrase con autoridad y vigor. Envió quatro navíos de la armada de Narvaez con oro, para comprar en la isla caballos, armas y otras provisiones. Suplió sus tropas con las que habian escapado del naufragio de Diego Camargo en el rio de Panuco, al qual habia sido enviado con tres navíos por Francisco Garay para establecer allí una colonia, y con algunos aventureros, que de las islas Canarias y de lo mas remoto de España habian navegado á la América llevados de la fortuna de sus riquezas. Mandó construir trece bergantines pa-

ra sitiar á México desde la Laguna, y impedir que recibiese socorros. A principios del año de mil quinientos y veinte y uno, habiendo entrado en las tierras de los enemigos peleó con cien mil de ellos, y los venció con un pequeño exército auxîliado con admirable valor y lealtad de los bárbaros aliados. Mas de una vez le armó asechanzas el enemigo, pero siempre en vano. A los que le pedian la paz se la concedia de buena fe, y castigaba con grandes penas á los que se rebelaban. Habiendo conspirado contra él Antonio de Villafañe, que favorecia á Velazquez con otros muchos, le sentenció á muerte, y la hizo executar sin dilacion; pero á los demas se contentó con reprehenderlos, y en adelante diéron exemplos de gran valor y fidelidad. Miéntras que expugnaba los pueblos sitiados al rededor de la Laguna, Martin Lopez que habia ido á cortar madera á los bosques para la fábrica de los baxeles, la conduxo á las riberas de la Laguna por medio de una gran multitud de Indios que la lleváron á cuestas, y acompañándolos Sandoval con un cuerpo de caballería, llegáron sanos y salvos. En muy breve tiempo se dispusiéron y armáron los buques con todo lo necesario, causando en todos grande admiracion y alegría. De la Veracruz fuéron conducidas varias piezas de artillería de diversos calibres que inspiráron gran terror á los bárbaros, creidos de que estos instrumentos eran los rayos de los dioses.

Entre tanto Cortés recibió en su amistad algunas ciudades, de las quales Tezcuco era la mas principal. Otras tomó por fuerza con grande estrago de sus habitantes, y las reduxo á cenizas, mandando precipitar de unos horribles despeñaderos á una gran multitud de bárbaros, para que no creyesen que habia cosa segura ó inaccesible al valor de los Españoles. Es increible el ardor con que peleaban entre sí los mismos Indios. Servíales de estímulo á los confederados los ódios antiguos, la ira presente, el miedo del mal venidero si quedasen vencidos en la guerra, y además la codicia de la presa, y el hambre, pues les servian

de alimento los cuerpos de los muertos. Sus adversarios los Mexicanos eran incitados por el deseo de borrar la pasada ignominia, por la gloria del antiguo imperio, y finalmente por la desesperacion que muchas veces infunde valor aun á los mas cobardes. Hecha revista del exército, se halláron en armas novecientos Españoles, ochenta y seis caballos, tres piezas de artillería de batir, quince mas pequeñas llamadas de campaña, y una gran cantidad de pólvora y balas. Tenia Cortés tres Tenientes, que eran Christóval de Olid, Pedro Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y dividió el exército en tres partes; en cada una se contaban mas de treinta mil de los aliados, siendo el mayor número Tlascaltecas, Cholulanos y Tezcuqueños. Sus armas eran flechas, palos largos con las puntas quemadas para endurecerlos, broqueles pequeños y macanas, que es un género de espada hecha de caña y pedernal.

Saliéron todos de Tezcuco para la empresa premeditada el dia veinte y dos de Mayo. La Laguna se extiende desde el septentrion al medio-dia en la forma de un pie humano. Por la parte que mira al oriente estaba situada la ciudad de México muy semejante á la de Venecia, diez y nueve grados y quince minutos distante de la línea equinoccial, y su nombre le tomó de Mexi Capitan de aquella gente. Contenia setenta mil casas, entre las quales sobresalian mucho los magníficos palacios de Motezuma y los de los Caciques. Las calles eran muy largas y anchas treinta pasos. La Laguna tenia algunos brazos de agua salada, en los quales entraban y se mezclaban otros de agua dulce. Para el uso de los habitantes habia una fuente cuyas aguas se conducian á la ciudad por encañados, que en el principio del sitio hizo Cortés romper por diversos parages. Quinientas barcas, que los bárbaros llaman canoas, cargadas de tropa escogida saliéron de la ciudad para rechazar los vergantines con que intentaba Cortés apoderarse de la Laguna. Los nuestros las acometiéron con grande ímpetu: muchas fuéron echadas á fondo en el com-

bate, otras tomadas, y todas destruidas. Olid embistió al enemigo con su gente por la calzada que guiaba á su campo: la pelea fué atroz y sangrienta, y caian muertos los Mexicanos en número infinito, y sin que en nada pudiesen igualarse á los Españoles. Entre tanto acercó Cortés los bergantines á un parage donde se levantaban dos torrecillas iguales fabricadas de piedra: acudió luego Sandoval en su auxîlio: embistiéron á las torres con gran fuerza, y habiéndolas tomado, fortificáron allí su campo. La artillería alejaba á los bárbaros, enemigos importunos que á todas horas molestaban; y finalmente fuéron obligados con mucho estrago á retroceder á la ciudad, quedando muy alegres los Españoles con tres victorias ganadas en un solo dia. En los veinte siguientes peleáron con felicidad en diversos parages. Los aliados, que por su multitud y ferocidad eran formidables, se portáron con increible intrepidez, infundiéndoles nuevo valor las exhortaciones de los Españoles.

Derramadas las tropas por todas las calles, invadiéron un dia la ciudad, y peleáron en ellas como si fuera en campo abierto, y desbaratados y puestos en fuga los enemigos, llegáron hasta la plaza. Pero pagáron su temeridad los que se adelantáron, pues arrebatados del deseo de perseguir al enemigo, dexáron de cegar la acequia por donde pasáron: de estas habia en la ciudad otras muchas intransitables por estar destruidos los puentes. Los enemigos, que se habian encerrado dentro de las casas, conociendo el descuido de los Españoles, saliéron intrépidamente en gran número, y ocupáron aquel puesto, rechazando á los Españoles, que despues de una obstinada pelea viniéron á caer en la acequia que estaba llena de agua. Acometiólos el enemigo por la frente y por la espalda; y arrojándoles desde los tejados piedras y maderos, se volvió á encender un nuevo combate quando ya los Españoles apénas podian respirar ni tener las armas en las manos. Acudió Cortés con unos pocos armados para ver si podia librarlos de aquel peligro; pero miéntras se esforzaba á hacerlo, se vió

oprimido de la multitud de los enemigos, y recibiendo una herida faltó muy poco para no quedar prisionero; pero habiendo sobrevenido Tamaxin Tlascalteca le defendió, y protegió con sus armas y con su propio cuerpo, y le sacó á salvo de tan grande riesgo. Pereciéron en este dia quarenta Españoles; de los quales parte fuéron cogidos vivos, y al siguiente dia sacrificados con horribles ceremonias para aplacar á los dioses. De los aliados muriéron mas de mil, y se perdió una pieza de artillería y quatro caballos.

Orgullosos los Mexicanos con esta victoria, y habiendo dado gracias á sus ídolos con mucha pompa, enviáron mensageros por las provincias que anunciasen tan próspero suceso. Algunas se levantáron contra los Españoles, y tomáron las armas, molestando á las otras que permanecian fieles á Cortés. De aquí se originó una complicada guerra. Andres de Tapia y Sandoval con parte de las tropas acudiéron á sofocar la rebelion, y con el auxîlio de los que habian permanecido leales, venciéron completamente á los rebeldes, y los sujetáron. De allí adelante escarmentados con los males se mostráron mas sumisos siguiendo la fortuna de la guerra. Despues combatiéron muchos dias dentro de la ciudad con grande estrago y pérdida de los enemigos. Pero como los Españoles fuesen muy incomodados desde los parages elevados de la ciudad pensáron en incendiarla, y con efecto Alvarado destruyó parte de ella con el fuego. Por este tiempo llegó un navío á Veracruz con ballestas, pólvora, balas, cañones y arcabuces, que fuéron de gran socorro. Vencidos muchas veces los Mexicanos peleáron hasta morir, exhortándolos en vano Cortés á que se entregasen, y usando con prudencia de sus fuerzas deseoso de no derramar sangre. Esta ciudad tan hermosa, destruida ya la mayor parte, presentaba á la vista un horrible espectáculo; pero Cortés sin embargo de que no se hallaba medio de tomarla, se opuso á que los suyos la acabasen de destruir.

Los ciudadanos aunque se hallaban afligidos de la peste, de la hambre y de la sed, no desistian cosa

alguna de su ferocidad, para que á lo ménos, ya que no podian quitar al enemigo la victoria, le impidiesen el tomar la ciudad. Estando apénas en pie las quatro partes de ella, mudó el Español su campo, y le puso en las mismas ruinas, por lo qual desde entónces mas bien se pudo llamar mortandad que guerra, hallándose tan de cerca los enemigos. Y á pesar de todo permanecia el Rey en la misma pertinacia sin decaer su ánimo, y obligaba á los suyos á que resistiesen, y muriesen sin defensa. Causaba compasion á los Españoles la muerte de los hombres y la ruina de los edificios: las acequias y las casas estaban llenas de cadáveres, que pudriéndose despedian un pestilencial olor. Los vivos que parecia iban á espirar á cada momento, mirando á Cortés le suplicaban con lamentos que los matase mas bien con la espada que con aquel tormento; y que siendo hijo del sol (que así le llamaban por haber venido del Oriente), esperaban que les concederia este beneficio. Los que lo oian no podian contener las lágrimas. Mostrábase Cortés inclinado á la clemencia, y les daba palabra de que en adelante vivirian libres y tranquilos baxo de mas suave imperio. El bárbaro Rey, como si ya estuviese cansado de sacrificar á sus infelices súbditos, prometió que se prestaria á tratar de paz; pero habiendo mudado de intencion faltó á su palabra, y engañó á Cortés, que le esperaba en medio de la plaza. La rabia y el furor de sus aliados, y especialmente de los Tlascaltecas, no podia saciarse de ninguna manera, y su inmortal ódio no se hallaba contento con ningun género de crueldad: ni bastaban los castigos y exhortaciones para que se abstuviesen de derramar sangre. Finalmente perdida la esperanza de reducir por suaves medios la ciudad, acometiéron los Españoles con la artillería al mas estrecho ángulo de ella, que era el que habia quedado íntegro, y peleando confusamente en las calles y en todos los parages en que hallaban al enemigo, fué tan sangrienta la batalla, que se dice pereciéron en aquel dia quarenta mil Mexicanos. De aquí se infiere que mas por ódio que

por amor á la verdad acusan algunos escritores la crueldad de los Españoles, á los quales disculpa en muchas cosas Tomas Bozio autor imparcial, atribuyendo la culpa á la obstinacion y ferocidad de los bárbaros. Finalmente el Rey, que habia intentado ponerse en fuga con algunos pocos nobles, vino á dar con su canoa en los bergantines que cruzaban por la Laguna; y habiéndole hecho prisionero García Holguin, fué conducido á la presencia de Cortés. No se abatió su espíritu con la adversa fortuna, ni perdió nada de su ferocidad aunque fué recibido benignamente; ántes por el contrario, habiendo intentado halagarle Cortés con suaves palabras, se volvió á él con semblante áspero, y le dixo: „no he dexado de hacer cosa al- „guna que sea digna de un hombre valeroso para de- „fender la dignidad que recibí de mis mayores. Si „los dioses inmortales han querido que la pierda, no „creo que ha sido por culpa mia. Cautivo tuyo soy, „usa de tu fortuna como quisieres; y arrebatándole „su puñal, en qué te detienes? le dice; por qué „tardas en hacer salir esta alma que tanto desea jun- „tarse con sus Dioses? A lo ménos tendré la gloria „de haber muerto á manos de tan valeroso Capitan“. No pudo proseguir adelante porque el dolor le embargó las palabras; pero Cortés para suavizar aquel ánimo tan irritado le replicó: „Que ántes por el „contrario cuidaria de su conservacion, y que es- „tando él vivo no echaria ménos la regia opulencia „en el imperio. Y por tanto que tuviese buen ánimo, „pues queria tenerle mas como amigo, que como „enemigo“. Finalmente, habiéndose aplacado Guatimocin, mandó á los suyos á imitacion de Cortés que dexasen las armas, y que se sometiesen á la potestad del vencedor: obedeciéronle á la menor señal: tanta era la sumision de aquellos bárbaros á sus Reyes, y apénas habian quedado con vida treinta mil, que solo tenian los huesos. Fué tomada la ciudad el dia trece de Agosto, á los setenta y cinco despues que comenzó el sitio. Los Españoles calculáron que habian perecido cien mil personas en las batallas: pe-

ro no se pudo saber el número de los que arrebatáron las enfermedades, el hambre y el agua salada.

Despues que Cortés dió solemnes gracias á Dios por la victoria ganada, y dexando á Villafuerte con ochenta Españoles para custodia de la armada, y de la ciudad, conduxo las tropas á Cuyoacan donde estaba acampado Olid, á causa de que caian enfermas con el mal olor que arrojaban los cadáveres muertos esparcidos por toda la ciudad. Repartió entre sus compañeros toda la presa á excepcion del oro. Gratificó con dádivas á los Capitanes, y especialmente á los Tlascaltecas, y los envió á su pais, regulándose la parte que les tocó de la presa en mas de ciento y treinta mil escudos. La quinta parte fué enviada al César por Alonso Dávila con unos escudos texidos de oro, y de plumas con admirable artificio; todo lo qual cayó al siguiente año en manos de unos piratas Franceses. El resto fué entregado á los soldados. Los opulentos tesoros de Motezuma nunca pudiéron encontrarse; lo que sintiéron en gran manera los Españoles engañados con esta esperanza, y en sus corrillos acusaban á Cortés de que los habia escondido. Hallábase Tesorero del exército Julian Alderete, hombre importuno y cruel: y á instancias suyas fué puesto el Rey Guatimozin á qüestion de tormento, para que declarase donde estaban aquellas riquezas. Vergonzosa maldad por cierto, atroz, y horrible! y lo peor fué, que no se sacó de ella fruto alguno. Sintió esto Cortés altamente, pero lo disimuló á fin de aplacar de algun modo la envidia con que le miraban. Mas al fin vencido del dolor que le causaba aquella infamia quitó al Rey de las manos de sus verdugos, y se disculpó con él lo mejor que pudo. Eran varias las voces que corrian sobre esto. Pero se creyó finalmente que el Rey habia arrojado el oro á la Laguna para que no viniese á manos de sus enemigos los Españoles. Miéntras sucedian estas cosas llegó Fray Martin de Valencia con doce compañeros del Orden de San Francisco; á los quales recibió Cortés con gran respeto, y los obsequió extraordinariamente, á fin de conmover á los

mismos bárbaros con este exemplo de piedad. Los trabajos apostólicos de estos Religiosos produxéron copiosos frutos al christianismo: lo que todos creyéron era efecto de la Providencia divina; para que al mismo tiempo que Martin Lutero causaba en la Europa tantos estragos con su impiedad, hubiese otro Martin que propagase y sembrase en el nuevo mundo la sana doctrina que habia de fructificar en el campo del Señor.

CAPITULO V.

CONTINUACION DE LOS HECHOS DE CÓRTES, Y DE LOS ESPAÑOLES EN LAS INDIAS. SUCESOS DE LOS PORTUGUESES EN ASIA.

Era tan grande en aquel pais la fama de la ciudad de México que luego que fué tomada, y destruida, muchos caciques de diversas Provincias enviáron sus mensageros á Cortés tributándole obediencia, y ofreciendo hacer lo que les mandase. Otros no diéron señales algunas de temor, manifestando que solo por fuerza se le sujetarian. Fué enviado Sandoval con un cuerpo de Españoles, y de aliados ácia el Austro, y habiendo peleado algunas veces prósperamente subyugó á los bárbaros: y otros se rindiéron de su propia voluntad. Fundó la Villa de Medellin por mandado de Cortés deseoso de propagar en aquellas partes el nombre de su patria. Edificó despues la ciudad del Espíritu Santo en el parage donde el rio Guazacoalco desagua en el Océano Septentrional, y á Colima distante quarenta millas ácia el Mediodia, estableciendo en ellos Colonos. Restauró Cortés la ciudad de México en sitio oportuno á las riberas de la Laguna, que miran al Septentrion: mil y doscientas casas fuéron señaladas para los Españoles; y otras tantas para los nobles Mexicanos, y para Pedro hijo del Rey Motezuma, á quien protegió, y favoreció conforme á su elevado nacimiento. Las inmunidades concedidas á

los nuevos Colonos atraxéron una multitud innumerable; y en breve tiempo se levantáron muchas casas. Para Cortés se fabricó una magnifica, y de una grandeza admirable, y otros edificios públicos sagrados, y profanos. En este tiempo se asegura que tiene de circuito doce mil pasos. Con autoridad Pontificia el P. Fray Martin de Valencia celebró el primer Synodo Mexicano en el que se trató de la monogamia de los Indios que recibian el bautismo; y fué dispuesto que separándose de las demas mugeres como concubinas, tuviesen solo por esposa legitima á la que se aventajase en dignidad á las otras.

El Cacique de Mechoacan vino á visitar á Cortés, y le recibió, y trató magníficamente, y habiendo hecho alianza con él, se volvió á su pais. En aquella region dilatadísima se estableciéron algunas colonias, siendo su Capital la ciudad de Valladolid; y fué su primer Obispo Don Vasco de Quiroga. En Darien murió Don Fray Juan de Quevedo del órden de San Francisco su primer Obispo, y le sucedió Fray Vicente Peraza del órden de Santo Domingo. Miéntras tanto se construyéron algunos navíos para reconocer aquellos mares con el deseo de ocupar las opulentas islas de las Molucas que codiciaban con ardor los Portugueses, y aunque muchas veces se intentó por esta parte de América, siempre fué en vano. En el rio de Panuco que entra en el mar del Norte sujetó Cortés con las armas á los bárbaros, que eran los mas belicosos de todos los Indios; y en la embocadura del rio edificó la Villa de San Esteban. Olid, y Alvarado se encamináron á otras regiones, y sujetáron con sus armas otros muchos pueblos.

Al mismo tiempo Pedrarias Gobernador de Castilla del Oro no cesaba de enviar algunos Españoles que descubriesen nuevas gentes, y las sujetasen. Penetró Gil Dávila en Nicaragua, habiendo salido de Panamá. Recibió su Cacique el Sagrado Bautismo, con cuyo exemplo se bautizáron tambien en aquella expedicion treinta y dos mil doscientas sesenta y quatro personas; habiendo adquirido Dávila ciento y doce

mil escudos de oro, y setenta y dos libras de margaritas por buenos y malos medios, pues despojó de sus riquezas á Hernando de Soto soldado de Francisco Fernandez. Los Indios de esta region son mas blancos que las demas naciones del nuevo mundo, y hablan la lengua Española con mas facilidad que todos. Fuéron establecidas allí cinco colonias de Españoles; la Capital que es Leon fué condecorada con Silla Episcopal, y se nombró por su primer Obispo á Don Diego Osorio. Fundóla Francisco Fernandez que tambien edificó á Granada, distante setenta y quatro millas. Volaban por todo el continente las armas Españolas, y por todas partes movian guerra. No hubo empresa tan árdua, y dificil por mar ni por tierra, que no intentase esta nacion belicosa: descubrió innumerables gentes, y adquirió mucho oro, y riquezas con horrendos peligros. Por el mismo tiempo puso pleyto en España Diego Velazquez á Cortés, para destruirle por este medio, ya que no habia podido conseguirlo por la fuerza de las armas. Favorecia mucho á Velazquez Don Juan Fonseca Arzobispo de Burgos, y Presidente de Indias que era opuesto á Cortés. Pero la fama de sus hechos, y el mucho oro que habia enviado al César hizo buena su causa, la que ganó, y además le fué conferido el gobierno de la Nueva España, remitiéndole el César algunas instrucciones dirigidas al bien de aquellos pueblos, y aumento del christianismo.

Francisco de Garay pasó desde Jamayca al continente con ménos felicidad que la que tuvo ántes su Teniente Camargo; pues miéntras preparaba una expedicion en Panuco, perdió juntamente la armada y el exército. Quatrocientos Españoles fuéron muertos y comidos por los bárbaros, y los demas que quedáron vivos se pasáron con las naves á Cortés; y finalmente murió el mismo Garay de un dolor de costado. La Villa de San Esteban se hallaba sitiada y reducida al último extremo por los mismos Indios, y acudiendo prontamente Sandoval con algunas tropas, la libró de aquel peligro. Venció en batalla á los enemigos, y hizo quemar á treinta de los principales: con lo qual

aterrados los demas se sometiéron, y hiciéron lo que se les mandaba. Despues de esto Rodrigo Rangel sujetó á los Zapotecas. Peleando Alvarado fué herido en un muslo, de cuya herida quedó coxo para siempre. No obstante habiendo sujetado á los bárbaros, y quemado á sus Caciques, fixó su morada en Guatemala; cuya provincia floreció mucho miéntras él vivió, y edificó en ella la ciudad de Santiago, y otros pueblos. Intentó Francisco Fernandez echar de Nicaragua á Dávila, y despojarle de la presa que habia hecho; mas este para conservarla se asoció con Olid que en los Ibueras habia edificado un pueblo que llamó el Triunfo de la Cruz. Pero de estas cosas trataremos mas adelante Diego Mazariego enviado por Cortés, hizo guerra, y sujetó á los Chiapenses, los quales incitados de la desesperacion se subiéron con sus mugeres, y hijos, sobre una peña muy alta, y todos juntos se precipitáron á un rio: y apénas quedáron dos mil en toda la provincia.

Murió en la Isla de Cuba Diego Velazquez en gran pobreza, oprimido con la fortuna de Cortés, á quien habia engrandecido dándole la armada con que pasó á México. En los tiempos antecedentes habia entrado en la Florida Lucas Ayllon, y habiendo sido recibido por sus naturales con oro, y perlas, les correspondió con una maldad detestable. Convidolos á comer en sus naves, y al punto que estuviéron dentro levantó las ancoras, y se los llevó consigo para trabajar en las minas, reclamando ellos en vano los derechos de la hospitalidad. Pero esta accion tan infame no le produxo fruto alguno; porque muchos de ellos muriéron de tristeza, obstinándose en no comer, y los demas fuéron sumergidos en el mar con la nave que los conducia. Arrojado segunda vez por esta tormenta á los mismos lugares, se le estrelló un navío, y muchos de sus compañeros fuéron muertos por los bárbaros puestos en emboscada, y viendo frustrados sus deseos, regresó herido y pobre á la Española donde pereció miserablemente. En esto se vió que el cielo vengaba las injurias hechas por aquel que por su profesion de Juez

debia administrar justicia. La ciudad de Santa Marta fué fundada por Bastida á diez grados del equador, y habiendo sido muerto por los Indios, comenzáron los Españoles á destruirse con sus intestinas discordias. Fué enviado á esta ciudad Pedro Badillo con poderes de la Audiencia de Santo Domingo, y luego que restableció la concordia, acometió á los bárbaros, y peleó con ellos prósperamente, y al fin vino Badillo á perecer con su navío en el rio Guadalquivir cerca de Sevilla.

En estos mismos años fué extendido por otros Capitanes el imperio Español en una region tan dilatada, y feliz, que además de la fertilidad del suelo que produce al año dos cosechas, y admite benignamente nuestros frutos, y árboles, abunda tambien en minas de plata, y oro, y en los rios se encuentra tambien este metal, y en el rio Zenú inmediato á Cartagena asegura Solorzano que echando las redes suelen cogerse granos de oro del tamaño de un huevo de gallina. En las mas cultas provincias se mantienen las gentes con maiz, y con la caza de aves, y fieras. Los que habitan las costas del Océano son ichthiofagos, y vencen á los mismos peces en la agilidad de nadar. Otros viven en los campos, y sus pueblos se componen de cabañas de paja; comen los frutos que la tierra produce sin cultivo, las serpientes, los gusanos, y en una palabra todo género de insectos. Apénas pueden llamarse hombres, pues viven sin morada, ni asiento fixo, y mas bien ocupan las tierras que las habitan; andan siempre desnudos, y cubren sus partes naturales con un pañete, ó con una hoja de árbol, excepto las vírgenes á quienes no se les permite cubrir cosa alguna. En muchos paises no se abstienen de comer cuerpos humanos; y sobre todo son codiciosos de este manjar los Parienses, y los del Brasil. Pero dexemos esto porque nos llaman los sucesos de otras regiones.

Los Portugueses tuviéron en Africa con los Moros muchos combates ya prósperos, y ya adversos. Los piratas que con tanto furor infestaban todos los mares fuéron castigados, y reprimidos por Fernando César

hombre muy práctico en el mar, y se abstuviéron de exercer sus rapiñas. La guerra de la India fué encargada á Sequeira, y la concluyó con felicidad. Brito reprimió la sublevacion que se habia suscitado en Zeylan. Derrotado Mahomet principal caudillo de los piratas; venció Correa en batalla á Mocrin Sultan de la isla de Baharen, situada en la costa de Arabia. En medio de estas victorias llegó Duarte de Meneses nombrado para suceder en el gobierno á Sequeira, y éste regresó á Portugal en la misma armada. Habiéndose sublevado los Ormuzianos contra los Portugueses matáron á ciento y veinte, y faltó muy poco para no ser tomada la fortaleza. Pero desesperando el Sultan de poderla expugnar, pegó fuego á la ciudad; y se pasó á Quixoma, isla cercana, llamada por Plinio Zylon, donde pereció ahogado á manos de sus mismos súbditos. Su hijo reedificó la ciudad, á instancia de Meneses, y le impuso un tributo mas gravoso. Alburquerque padeció una nueva desgracia en Bintam, y volvió á Malaca con alguna pérdida. Despues de esto acaeció la invencion de las reliquias del Apóstol Santo Tomas en la costa de Coromandel. Entre las ruinas de una ciudad destruida se hallaba una capilla respetada de los mismos gentiles, en la que se sabia por tradicion constante que estaba sepultado el cuerpo del Apóstol. Conmovido Meneses mandó reedificar la capilla que por su antigüedad amenazaba ruina. Al tiempo de cavar la tierra cayéron los trabajadores en un sepulcro de piedra donde habia un cadáver, y una inscripcion en caractéres antiguos, en que estaba escrito: „Que el Apóstol de Dios Tomas habia fabri„cado aquel Templo, y que el Rey Sagamo habia „dedicado para su culto el diezmo de las mercade„rías que allí se transportasen.“ Despues se descubrió otro sepulcro que contenia unos huesos muy blancos, la punta de una lanza con un báculo de camino, y un vaso de barro que daban fe del hallado tesoro. Finalmente en otro se encontró un cadáver de uno de los discípulos de Santo Tomas. Desenterrados y sacados de aquel lugar los huesos, se colocáron en dos

arquillas, en una los del Apóstol solamente, y en otra los de sus discípulos, y fuéron puestos con solemne pompa sobre el ara de la misma capilla, reedificada y adornada con mucha hermosura. Poco despues edificáron los Portugueses cerca de allí la ciudad de Santo Tomas en memoria de este descubrimiento, y está situada á los doce grados, y quarenta y cinco minutos del equador. Hallándose Andres Enriquez molestado de los bárbaros de Sumatra con una continua guerra arruinó y desamparó la fortaleza que allí tenian los Portugueses. Los Chinos que estaban irritados con ellos á causa de las vexaciones que les habia hecho Andrade, recibiéron muy mal á Alfonso de Mello que habia arribado á Tama con quatro navíos, y ignoraba las cosas de Andrade. Las naves fuéron muy maltratadas, y habiendo salido los Portugueses á hacer aguada, unos quedáron muertos, y otros prisioneros, y encerrados en calabozos, donde pereciéron con el hambre, y mal tratamiento: solo Mello tuvo la felicidad de escaparse por medio de la armada enemiga; y en otras partes les sucediéron otras cosas adversas. Además fué calamitoso aquel tiempo por las muchas tempestades, y piratas, que afligiéron á los navegantes. No obstante hiciéron tributarias algunas ciudades; y á los Tidorenses, que llevaban con impaciencia el dominio de los Portugueses los sujetó, y reduxo Correa. Fué nombrado Vasco de Gama por Virrey de la India, y hizo su viage con diez y seis navíos; hombre ciertamente célebre por sus heroycas hazañas. Al tiempo de llegar á las costas de Cambaya, acaeció un espantoso terremoto que alborotó el mar extraordinariamente, y temblando todos con una cosa tan extraña en aquellas regiones; exclamó Vasco: ,, Buen pronóstico camaradas mios; con nuestra venida ,, tiembla hasta el Océano de Cambaya." Fué cosa maravillosa que todos los que se hallaban enfermos de calenturas que eran muchos, recobráron la salud de improviso. Luego que llegó á Cochin que en otros tiempos se llamó Cotiana, y tomado posesion del mando comenzó el nuevo Virrey á extender su cuidado, y

vigîlancia á todas partes. Envió hombres muy valerosos contra los piratas aborrecidos de Dios, y de los hombres, y los persiguiéron y derrotáron en muchas partes. Pero entretanto que meditaba otras cosas mayores, cayó gravemente enfermo, y conociendo que se acercaba su último instante, nombró á Lope de Sampayo para que gobernase durante la ausencia de Enrique de Meneses que se hallaba nombrado por su sucesor en los despachos del Rey. Arregladas estas cosas murió aquel invencible descubridor de las Indias Orientales la víspera de la fiesta del Nacimiento de Jesu-Christo del año de mil quinientos veinte y quatro. Habiendo recibido Enrique la nueva de la muerte de Gama en Goa, donde era Gobernador, se puso en marcha para Cochin, y en el camino hizo una presa á los enemigos. Desde allí dirigió la proa contra las principales plazas de comercio de los Mahometanos, y llevó á todas ellas el terror, y el estrago. De esto hablaremos despues en lugar competente, y volvamos ahora á tomar el hilo de las cosas de Europa.

CAPITULO VI.

PROCURA EL PAPA HACER EN VANO LA PAZ ENTRE EL CESAR, Y EL REY DE FRANCIA. PRISION DE ESTE EN LA BATALLA DE PAVIA.

Compadecido el Papa Clemente VIII. de los males que afligian la christiandad puso todos sus conatos en restablecer la paz. Pero inutilizó sus buenos deseos el cruel furor en que ardian los Príncipes, irritados con mutuas ofensas. Persuadidos el César y el Ingles de que el nombre de Borbon seria grande en Francia, y que atraeria así todos sus amigos, y favorecidos luego que viesen sus vencedoras armas, determináron que el mismo Borbon invadiese la Provenza, habiendo ántes renovado la alianza, y dividido

entre los tres la Francia, para que en adelante tuviese cada uno su parte. Grande empresa por cierto para aterrar al enemigo, pero que no pasó de palabras. Faltaban los medios para llevar adelante tan loco proyecto; pues el Ingles mudó de parecer, y el César no tenia dinero. En el Papa y en los Italianos no les quedaba esperanza alguna por haberse separado no sin razon de la alianza, temerosos del poder del César, y que si vencia al Frances serian ellos facilmente oprimidos. Habian convenido los Ingleses, y Españoles en que cada uno entraria por su parte en Francia, para divertir sus fuerzas, lo qual no executáron ni uno ni otro. Borbon para no perder su parte entró en Provenza con un exército que apénas se componia de quince mil hombres, con Pescara compañero suyo en el mando, á los que se juntó el Marques del Basto llamado de Nápoles. Lanoy se estuvo quieto en Aste con las demas tropas para defender la Lombardía. Moncada recorria las costas con una armada de veinte galeras, en que eran trasportadas la artillería y demas provisiones. El Rey Francisco aunque no habia descubierto por qué parte le amenazaba la tempestad envió á Marsella á Phelipe Chabot, y á Rencio, y despues á Barbesio con una fuerte guarnicion. Sitió Borbon esta Plaza despues de haber tomado los de Tolon, y Alby, y desembarcados los cañones de batir determinó asaltarla.

Entretanto padeció el César dos perdidas en el mar; pues habiendo sido Moncada puesto en fuga por Andres Doria General de la armada Francesa, se le estrelláron dos galeras en unos bancos de arena, y el Príncipe de Orange que navegaba á Italia en otra, fué hecho prisionero, y conducido á París con buena escolta. Los Imperiales perdiéron el tiempo, y el trabajo delante de Marsella contra la voluntad de Borbon, persuadido de que la guerra debia hacerse á la otra parte del Rodano. Juzgaban los Cabos que era consejo muy dudoso, y de mucho peligro el internarse donde el exército no podia entrar sin ser vencedor, ó sin gran pérdida. Y á la verdad

si la fortuna les fuese contraria, perdian juntamente con el exército la Italia desnuda de guarniciones y abandonada á ser presa del Frances. El éxito de la empresa demostró bien quan saludable hubiera sido el seguir su consejo. Porque el Rey de Francia valiéndose de la ocasion, juntó en breve un exército, y le hizo pasar con toda presteza á la Italia. Con cuya noticia consternados los Imperiales dispusiéron precipitadamente sus cosas para volver tambien á Italia. La artillería y demas pertrechos se embarcáron en Tolon, y Moncada se hizo á toda priesa á la vela para Génova, á fin de guarnecer la Liguria. Los soldados libres de todo estorbo marcháron á grandes jornadas, y se aceleráron para anticiparse al enemigo; pues en esto consistia el conservar la Lombardía, y como si corrieran unos y otros en un mismo circo llegáron casi á un tiempo al mismo término. Noticioso Lanoy de la venida del Rey de Francia, arrasó la fortaleza de Novara que poco ántes habia tomado, fortificó con guarnicion á Alexandría, y finalmente se retiró á Pavía. El mismo dia en que entró el Rey Francisco en Verceli, entró Pescara en Alba con la caballería, y los Españoles. Al siguiente recibió Lanoy á Borbon con los Alemanes; encargó á Antonio de Leyva la defensa de Pavía, habiendo puesto en ella una guarnicion de cinco mil Alemanes y Españoles, y trescientos caballos armados. Pescara pasó á Lodi, y Lanoy dió algunos dias de reposo á los soldados en el campo de Cremona para observar desde allí los movimientos de los enemigos. Borbon se encaminó á Alemania á fin de juntar socorros para defender la Italia. El Rey Francisco entró con su exército fatigado de las marchas en Milan que se hallaba afligida de la peste, y mandó á los soldados que no hiciesen daño alguno en ella. Aunque sus habitantes eran tan enemigos del nombre Frances, los trató el Rey con mucha humanidad, y mandó sitiar la fortaleza.

Tratóse en un Consejo de guerra que debian ir inmediatamente contra el enemigo, y arrojarle de la Lombardía; y acaso lo hubieran conseguido, si no

hubiera prevalecido el dictámen de Bonivet que fué muy funesto para el Rey. Al fin determinó sitiar á Pavía con grande exército, y con efecto comenzó el sitio el dia veinte y ocho de Octubre. Parte del muro cayó en breve á tierra; diéron un asalto inútil; repitiéronlo con igual desgracia; y habiendo sido muertos con Longavilla dos mil Franceses que fuéron los primeros al ataque, discurrió el Rey usar de la astucia en lugar de la fuerza. El rio Tesin á distancia de una milla mas arriba de la ciudad se divide en dos brazos, que á igual distancia por la parte inferior vuelven á juntarse. Uno de estos brazos baña las murallas, y otro llamado Gravalon forma una isla frente de Pavía. El designio del Rey era hacer entrar todo el rio en el Gravalon á fin de apoderarse de la ciudad por aquella parte donde el mismo rio la servia de muro. Trabajáron en esta obra los soldados en mucho número; pero habiéndose concluido á mediados de Noviembre, creció el rio extraordinariamente con las continuas lluvias que cayéron, y como si se indignase de estar encarcelado deshizo, y arrolló todas las diques, y volvió á seguir su antigua corriente. Viendo el Rey frustrado su ardid, se obstinó en continuar el sitio á costa de paciencia. Entre tanto el Pontífice le exhortó muchas veces á él, y á Lanoy por medio de sus Legados, á que dexasen las hostilidades, y que la guerra podria componerse baxo de algunas condiciones; pero uno y otro las despreciáron, arrebatados de la esperanza de vencer con las armas. El Papa pues viendo que no podia ser árbitro de la paz, se convirtió en participante de la guerra haciendo secreta alianza con el Rey Francisco, no sin consentimiento de los Venecianos, y de lo restante de la Italia que deseaba el equilibrio de las fuerzas. Por tanto rehusáron con varios pretextos enviar á los Imperiales los socorros debidos en virtud de la anterior alianza. Medicis que solia abrazar el partido que mas le convenia, se pasó al Rey con sus tropas, y finalmente todos seguian á aquel que les mostraba mayor esperanza de utilidad particular.

Aumentadas de esta suerte las tropas del Rey mandó á Juan Stuardo Duque de Albano, hacer una invasion en Nápoles, ya con esperanza de tomar la ciudad auxîliado del Pontífice, ó ya para que con el terror se alejasen los Imperiales de la Lombardía. Para esta expedicion le dió seis mil hombres á los que se juntáron tres mil conducidos por Rencio desde Marsella á Liorna. Consternado Lanoy con esta noticia se disponia para regresar á Nápoles con sus tropas. Mas Pescara bien persuadido de que la mejor defensa de Nápoles debia hacerse en Lombardía, como que era lo principal que se disputaba, consiguió que se aguardase á la llegada de Borbon con los Alemanes; pues arrojados de aquella provincia los Franceses todo lo demas se sujetaria facilmente á los que alcanzasen la victoria. Entretanto fatigaba Leyva á los enemigos con freqüentes salidas, les clavaba su artillería, y en todas partes les molestaba de tal modo que mas parecia sitiador que sitiado. A fin de apaciguar á los Alemanes que con grande insolencia le pedian la paga, juntó los militares adornos, con toda la demas plata que pudo recoger, y la que pidió prestada á los habitantes, y hizo acuñar moneda con esta inscripcion: ,,*Cæsariani Papiæ obses-* ,, *si MDXXIV.*" Agotado aquel dinero con que entretuvo á los Alemanes, recibió tres mil escudos, y cartas de Lanoy con una astucia admirable. Esta suma la habian conducido dos vivanderos al campo Frances encerrada en un barril, y escapándose uno de ellos á la ciudad, avisó á Leyva el parage donde quedaba escondido. Haciendo pues una repentina salida con un buen trozo de gente acometió á aquella parte, se apoderó del barril del oro, y le introduxo en la Plaza, llevándose tambien al otro vivandero. Despues de esto procuró quitar secretamente la vida con veneno al Comandante de los Alemanes, que habia sido el fomentador de la sedicion. Repartió el oro entre los Capitanes, y leidas en público las cartas en que le avisaban de la venida de Borbon, y de que se le enviaba dinero para la paga, volvió la alegría y contento á los Alemanes.

Con efecto el dia cinco de Enero del año de mil quinientos y veinte y cinco habia llegado Borbon á Lodi con una numerosa tropa de Alemanes, entre los quales repartió la corta suma de dinero que dificilmente habia podido recoger, y no dió ninguno á los Españoles. Borbon exhortó á aquellos, y Pescara á estos con un discurso oportuno para inflamarlos en una honrosa emulacion, y finalmente diéron á todos por estipendio la esperanza de la victoria. Habiéndose pasado en Lodi revista al exército se halló que constaba de diez y ocho mil y quatrocientos hombres, y se puso en marcha para Pavía. En el camino fué tomada la villa de San Angelo con su fortaleza, lo que fué de mucha comodidad para la conduccion de las provisiones que enviaba Esforcia desde Cremona: Creyó el Rey que estando tan cerca los enemigos seria preciso venir á una batalla, por lo qual llamó de Milan á Tremovilla con las tropas con que tenia sitiada la fortaleza, quedándose allí Teodoro Tribulcio con dos mil hombres. Llamó á dos mil de la armada que recorria las costas de Génova, á los quales acometió en el camino Gaspar Magno que mandaba en Alexandría, y hizo prisioneros á muchos con las banderas, y todo su equipage. Con esta hazaña se resarció el daño recibido ántes, de la armada que mandaba el Marques de Saluzo en el golfo de Voragine donde hizo prisioneros á Moncada, á trece Capitanes, y algunos marineros, con muerte de otros. Despues padeciéron los Franceses otra nueva pérdida, pues habiendo enviado Esforcia á Alexandro Bentivollo con parte de la guarnicion contra Luis Palavicino, que se hallaba en emboscada en Casal mayor para interceptar las provisiones de los Imperiales, fué derrotado y hecho prisionero. Por este tiempo un cuerpo de Grisones se retiró del campo Frances por órden de sus Magistrados para que pasase á sus propias fronteras invadidas por Jacobo de Medicis, ó Mediquin noble Milanes que se habia apoderado por sorpresa de la fortaleza de Chiavena. 1525.

No habia en el campo del Rey el número de Tro-

pas que se vociferaba, por haberla disminuido la avaricia , y fraudes de los Comandantes , por lo qual le suplicáron los Veteranos que se abstuviese de dar batalla ; que los Imperiales no permanecerian en el campo por la falta de dinero ; que con la paciencia lograria destruirlos , fixando sus Reales en parage oportuno; que hiciese la guerra mas con la prudencia que con las armas , y que estándose quieto conseguiria una ilustre victoria. Lo mismo amonestaba el Pontífice que por medio de sus Legados tenia noticia de todo. Pero el Rey precipitado por su fatal destino solo daba oidos á Bonivet, que con una especiosa arenga le incitaba á pelear , y era tanto su influxo y poder, que no hacia el Rey cosa alguna de importancia que no fuese segun su dictamen. Habiéndose acercado ya unos á otros , fatigaban los Imperiales á los Franceses con escaramuzas , y estos desde las trincheras incomodaban á aquellos con sus tiros. Los Españoles penetráron una noche en el campo de los Franceses, y les matáron no poca gente, en cuya empresa, y otras adquirió gran nombre y lustre el Marques de Pescara. Finalmente cerciorados los Imperiales de que habian de venir á una batalla campal , levantan las banderas en la noche que precedia á la festividad del Apóstol San Matias , habiéndose puesto camisas sobre los vestidos á fin de conocerse unos á otros en la obscuridad. El Capitan Salcedo con su compañía de Españoles derribó las paredes del Parque llamado de Mirabel sin ser sentidos de los enemigos , y conducido el exército por aquella parte, se dispuso, y ordenó para la batalla. Entretanto el Rey ansioso de pelear ponia en órden sus tropas, y al salir el sol , y mas tarde de lo que deseaban los Españoles, se diéron vista los dos exércitos. Los Franceses comenzáron á disparar contra los Imperiales que se avanzaban ; pero animados con las voces de los Generales que los exhortaban al combate , hiciéron frente al enemigo. Acometiéron unos y otros con igual ardor : el humo, y el ruido espantoso privaban por largo espacio de la vista y del oido , y la niebla era tan espesa que obs-

curecia el sol. El Rey Francisco y sus Generales no solo mandaban y dirigian las tropas, sino que peleáron ellos mismos en persona con heroyca intrepidez. Hallándose en gran peligro la caballería Imperial, y estrechada por la del Rey que era mucho mas numerosa, acudió Pescara á socorrerla con un valeroso cuerpo de Españoles, los quales con una continuada lluvia de balas debilitáron la ferocidad del enemigo. Leyva con su escogida tropa le acometió por la espalda, y aterrado Alenzon que se hallaba encargado del socorro, se puso en fuga con su caballería, y vino á dar sobre los Suizos, abatiéndolos y desordenándolos de tal manera, que comenzáron á huir, y perdida la vergüenza los siguiéron los Franceses. Toda la fuerza del combate se dirigió contra el Rey, que peleando con extraordinario esfuerzo contra Fernando Castrioto nieto del Grande Escanderbeg, le hirió con su caballo de tal suerte, que derribándole en tierra le dexó muerto de un solo golpe. Los Alemanes peleaban al rededor del Rey con enfurecida saña, y habiendo acudido un caballero á socorrerle, se renovó la pelea por un breve espacio de tiempo. En este parage fué cogido Paliza arrojado por su caballo, pero el Español Vasurto que llegó al mismo tiempo le atravesó con una bala. Cayó muerto Tremovila con dos heridas, y otros principales soldados que intentáron defender al Rey. Viendo Bonivet que todo estaba perdido, y habiéndose esforzado en vano á detener los Coraceros que huian, se arrojó como por una especie de sacrificio en lo mas espeso de los enemigos, y despidió el alma por la boca de una infinidad de heridas. Muertos los Alemanes en gran número, y olvidada la humanidad que permite la guerra, se hallaba el suelo sembrado de armas, caballos, y cadaveres, que formaban un horrendo espectáculo. El Rey Francisco cubierto de su misma sangre y de la agena, y habiéndole muerto su caballo fué hecho prisionero por Urbieta Vizcayno soldado del Esquadron de caballería de Don Diego de Mendoza, como lo afirma Garivay. Acudió Lanoy á besarle la mano,

y se hizo cargo de su persona en nombre del César, miéntras que cada uno de los suyos procuraba ponerse en salvo por donde podia, precipitándose en el rio muchos Franceses, Italianos y Suizos. Enrique que se intitulaba Rey de Navarra se puso tambien en fuga, y le hizo prisionero Rui Gomez soldado veterano. Tambien lo fuéron Francisco hermano del Duque de Lorena, á quien otros cuentan en el número de los muertos, y me parece lo mas cierto: el Conde de San Pol, Luis Duque de Nevers, Chabot, Horanges, y otros muchos que seria largo nombrar; pero de la principal nobleza exceptuando la caballería de Alenzon, no hubo ninguno que volviese las espaldas, y que rehusase seguir voluntariamente la suerte de su Príncipe prisionero.

Trivulcio que tenia sitiada la fortaleza de Milan, luego que tuvo noticia de aquella derrota, se apresuró á regresar á Francia con sus tropas. Algunos fuéron presos, ó muertos por los labradores. Muriéron en el campo ó poco despues, de resultas de sus heridas veinte hombres ilustres, entre los quales se cuentan, Lescun, Renato, Calmont y otros. Luego que Alenzon respiró de su fuga, le causó tanto dolor la infamia de este hecho, que al octavo dia perdió la vida que habia preservado de una muerte honrosa. En esta célebre pelea no puede negarse que los Imperiales se ensangrentáron excesivamente. Pero luego que se aplacó el ardor de los ánimos, fuéron tratados con humanidad los prisioneros; y para que la gente del campo no insultase á los soldados vencidos fuéron enviados en compañías separadas con escolta de caballería. De los Franceses muriéron en la batalla ocho mil; de los Imperiales ochocientos, y de la gente principal solo murió además de Castrioto Don Hugo de Cardona. Saliéron heridos Lanoy, el Marques del Basto y otros muchos: el despojo fué muy grande, y todo se entregó al soldado en premio de su valor. El Rey Francisco fué llevado á la tienda de Lanoy, acompañándole Pescara, Basto, y otros muchos nobles: curáronle con la diligencia y cuidado que cor-

respondia, y le tratáron con magnificencia: y á la verdad los vencedores guardáron al Rey prisionero el mismo respeto que podia esperar de sus propios subditos. Los Historiadores refieren de Borbon muchas cosas, segun el odio ó afecto de cada uno, pero las omitimos por no estar asegurados de su certeza.

CAPITULO VII.

ES CONDUCIDO A MADRID EL REY FRANCISCO. REBELION DE LOS MORISCOS DE VALENCIA.

Luego que se divulgó la derrota del exército Frances, y la prision de su Rey causó grande inquietud en muchas partes, especialmente á los Italianos que ocultamente habian conspirado contra el César, y que quedáron muy aterrados; pero como tan diestros en el arte de disimular, aparentáron la mayor alegria. Enviáron á Lanoy el dinero que en virtud de la anterior alianza debian contribuir, sin embargo de que ántes de esta batalla se negáron á darlo; con cuya suma, y otra que se tomo en España á prestamo de los banqueros Genoveses se pagó á los soldados el estipendio de muchos meses que se les debia. Alegres los Alemanes con los despojos Franceses, se restituyéron á su patria, y se enviáron á Nápoles seiscientos caballos armados. Recibida por los Franceses, tan triste nueva, y no atreviéndose á permanecer en parte alguna, se ponian en fuga sin que nadie los persiguiese. Los que se hallaban en las costas de Génova se apresuráron á volverse á Francia con el Marques de Saluzo. Mayor fué la confusion que hubo en los confines de Nápoles con la derrota del exército del Duque de Albano: y las tropas del de Urbino recibiéron no poco daño de las de los Colonas, apasionadísimos partidarios del César. Juntáronse todos del mejor modo que pudiéron en Civitavechia, y desde allí los conduxo á Francia la armada de Doria. Grande fué el pavor y consterna-

cion que causó en este Reyno tan extraordinaria pérdida; pues eran muy pocos los que no lloraban á su padre, á su hijo, á su amigo, ó á su pariente muerto ó prisionero. El hallar remedio á tantos, y tan graves males era muy dificil, y no habia ninguno á quien no diese muchos zelos la prospera fortuna del César. En medio de tanta perturbacion de los ánimos, recibió el César en Madrid las cartas en que se le noticiaba la victoria; y habiéndolas leido, y sin mudar en manera alguna de semblante con tan extraordinario suceso, pasó inmediatamente á la capilla á rendir á Dios las debidas gracias. El dia siguiente mandó que se hiciese una solemne procesion; pero prohibió todo regocijo público por esta causa; y estuvo tan léjos de hacer ostentacion de su victoria, que dixo, que las victorias ganadas á los christianos no debian celebrarse como triunfos. Manifestó mucha moderacion en su actual fortuna; y poniendo en práctica sus christianas palabras, mandó dexar las armas en todas partes, á fin de que no se agravase con nueva molestia la calamidad que padecia la Francia, amonestando esto mismo por cartas á sus confederados. No hubo cosa alguna en esta victoria que fuese mas brillante y gloriosa que esta moderacion de ánimo.

Por este mismo tiempo se celebráron Cortes en Toledo, en las que se estableciéron muchas cosas útiles al bien público, y se concedió al César una gran suma de dinero por don gratuito para sostener la guerra. Deliberóse tambien sobre el Rey prisionero, porque reflexîonando el César muchas cosas, no hallaba camino para resolverse en un negocio de tanta importancia. Quiso pues oir los dictámenes de los principales Consejeros para que considerado el negocio con madurez, se procurase conciliar lo honesto con lo útil: Don García de Loaysa, Obispo de Osma Confesor que era del Cesar, dixo: „que debian „proponerse al Rey Francisco unas condiciones muy „justas, y que si queria el César conseguir victoria „de sí mismo, le venciese á él con beneficios: que

,, para adquirir una fama inmortal no podia hacer ,, cosa mas excelente que vencer con la grandeza de ,, sus beneficios al que habia vencido en la guerra, ,, para que mas bien se asemejase á Dios por la cle- ,, mencia, que por la elevacion de su excelsa fortuna; ,, que ademas seria muy conveniente al orbe chris- ,, tiano, que sacrificando todo resentimiento convir- ,, tiese al enemigo en amigo; y reuniendo sus fuerzas ,, uno y otro, arrojasen de los confines de la Europa ,, al Otomano, y abatiesen la pertinacia de los Lu- ,, teranos, que trastornaban la Religion Cathólica ,, con sus nuevos dogmas.“ Pero Don Fadrique de Toledo Duque de Alva impugnó un dictámen tan generoso, alegando razones que preferian la utilidad privada del César. Siguiéronle todos los demas, ó porque pensaban como él, o porque considerando el interior del Príncipe deseaban adularle, vicio comun y perpetuo de todos los Cortesanos. Recibió entónces el César cartas del Rey que desde la desgraciada batalla se hallaba encerrado en el fuerte castillo de Pisleon baxo la custodia del Capitan Alarcon: respondióle el César proponiéndole unas condiciones mucho mas duras que las que él se habia imaginado, pues le despojaba de una buena parte de sus dominios. A vista de ellas se irritó gravemente el Rey, afirmando que ántes acabaria su vida prisionero que sufrir una cosa tan perjudicial á su reyno. Pero persuadido de que obtendria del César otro partido mas suave, si le hablase en persona, pidió que para solicitar la paz le llevasen á España. Lanoy tuvo esto por muy conveniente rezeloso de que no habria en Italia lugar bastante seguro para custodiar al Rey; pues en aquellos mismos dias Enrique y el Conde de San Pol se habian escapado de la fortaleza de Pavía, habiendo ganado con dinero á las guardias, y se habian huido á Francia. Así pues aparentando conducirle á Nápoles, y dexando burlados á Pescara y Borbon, lo que despues produxo graves discordias, fué embarcado en Genova el Rey prisionero, y llegó á España en ocho dias á mediados de Junio.

Luego que descansó algun tanto de las molestias de la navegacion, fué conducido á Madrid. Salió á recibirle mucha nobleza de órden del César para hacerle este obsequio, y despues le envió desde Toledo donde se hallaba todavía algunas personas para que le consolasen en su nombre, dándole esperanza de que no estaba muy remota su libertad. Pero el Rey penetrado de dolor por no haber conseguido el deseado coloquio con el César cayó enfermo. El Capitan Alarcon que proseguia custodiándole, avisó al César por cartas la enfermedad de que adolecia el prisionero, y que el remedio mas eficaz seria su presencia. No dilató el César su venida, y desde que visitó al Rey, comenzó este á manifestarse aliviado. Durante su enfermedad llegó á Madrid Madama Margarita su hermana, que habia estado casada con el Duque de Alenzon, y fué á abrazar á su hermano conduciéndola el César á su quarto con los principales de la Corte, y es de admirar lo mucho que el enfermo se alivió con esta visita. Acerca de las condiciones no pudiéron concluir cosa alguna, pues el César no desistia de su intento de recobrar la Borgoña, ni Margarita quiso acceder á las cosas equitativas que pedia, ni tampoco sujetarse á la meditacion del Pontífice. Finalmente persistiendo el César en que nada podia tratarse ántes de la venida de Borbon que se esperaba muy pronto, aceleró Madama Margarita su viage á Francia sin haber adelantado cosa alguna.

Las ciudades de Italia permanecian en la alianza, pero los Venecianos, y el Pontífice se mostraban agenos de ella, siguiendo el impulso de la fortuna: tampoco el Ingles parecia muy constante en ella, estando irritado con el César, porque rehusaba casarse con su hija, y cuidaba solo de coger el fruto de su victoria, sin consideracion á los intereses de su aliado. A esto se juntaba la declarada inclinacion que tenia al Rey de Francia el Cardenal Volseo Arzobispo de York Ministro principal, y el mas favorecido del Rey Enrique, y por cuyo influxo renunció éste á lo que tenia pactado con el César, y ajustó

nueva alianza con Madama Luisa madre del Rey Francisco. Esta pues dio libertad á Moncada, y le envió al César prometiéndole muchas cosas por la libertad de su hijo, y al mismo tiempo solicitaba al Pontífice y á los Venecianos para que juntasen con ella sus armas. Esforcia que estaba obligado al César con tantos beneficios, comenzó á dar sospechas de su fidelidad, porque irritado de la aspereza de Lanoy, y de sus malos tratamientos, habia resuelto apartarse de la esclavitud de los Imperiales luego que se le presentase ocasion, y aunque un autor Frances afirma que incurrió en la nota de traidor el Marques de Pescara, yo lo tengo por falso. Embarcado Borbon para España, quedó aquel con el mando; pero como estaba quejoso de que el César no le trataba conforme á sus méritos, llegando á entenderlo Moron primer Ministro de Esforcia, hombre de gran talento, y de no vulgar eloqüencia, se avistó con él, y le descubrió la proyectada conjuracion de arrojar de Italia á los Españoles. Ponderóle las fuerzas de los conjurados á quienes faltaba General, y le propuso que si queria admitir este cargo le seria dado en premio el reyno de Nápoles, en lo qual estaba convenido el Pontífice, continuando estas, y otras pláticas en muchas conferencias que con él tuvo en varios dias. Entretanto recibió Esforcia la cedula del César, en que le declaraba Duque de Milan, y en otra á Pescara el titulo de General. Los Venecianos solicitados por los Ministros del César para que renovasen el anterior tratado, procuráron dilatarlo y ganar tiempo, persuadidos de que miéntras el Rey de Francia estuviese prisionero, no podria establecerse con solidez ninguna alianza.

Habia comenzado Pescara á hacerse sospechoso á los Españoles en Lombardia, y los Ministros del César extrañaban que no hubiese ántes dado cuenta de lo que pasaba, quando el Príncipe por su natural curiosidad queria que le noticiasen aun las cosas mas pequeñas; pero á este mismo tiempo llegó Juan Bautista Castaldo con cartas de Pescara para el César,

en que le referia todo lo acaecido. En su respuesta le encargó el César que cuidase de que el estado no padeciese detrimento alguno. Inmediatamente encerró á Moron en el castillo de Pavía : y sitió á Esforcia que se hallaba enfermo en la fortaleza de Milan ; pero el mismo Pescara que se hallaba tocado de la thisis, fué víctima de este mal, que en la flor de su edad le conduxo á la sepultura el dia veinte y ocho de Noviembre, habiendo nombrado por heredero al Marques del Basto su tio. Fué llevado su cuerpo á Nápoles, y sepultado en la Iglesia de Santo Domingo en un magnífico túmulo cerca del altar mayor.

Dos años ántes fué tomada Rodas por Soliman con grandes fuerzas, causando esta pérdida universal dolor en el orbe christiano, pues facilmente se hubiera conservado esta isla si los Príncipes hubiesen desistido de sus discordias. Arrojados de allí los caballeros de Jerusalem se establecieron en Italia, pasando por este tiempo Felipe de Villers Gran Maestre de la Orden á pedir socorro al César. Recibiéron los Españoles con extraordinario regocijo á este hombre tan ilustre por la fama de sus hechos. Oyóle el César con mucha atencion, y alabándole como merecia por su heroyco valor, le cedió para siempre las islas de Malta y Gozo cercanas al Promontorio de Paquino ó Capo Passaro en Sicilia, y la ciudad de Tripoli situada en el continente de Africa entre las dos Sirtes, dándole además veinte y cinco mil escudos para los gastos de establecer en Malta el domicilio de la órden.

Despues de esto dirigió su atencion contra la impiedad de los Moros, que habian renunciado en secreto el christianismo, que ántes abrazáron por fuerza. Fué encomendado el negocio de extirpar esta supersticion á Don Gaspar de Avalos Obispo de Guadix. Muchos hombres doctos trabajáron en hacerlos conocer sus errores, pero sin fruto. Por lo qual se mandó por un edicto á todos los Moriscos indistintamente que volviesen á la fe christiana, ó que saliesen de España en todo el mes de Enero del año si-

guiente. En el distrito de Valencia se habia propagado desmesuradamente esta raza de gente, y despreciando el mandato del César, fué preciso recurrir á las armas. Consternados los Moriscos desampar áron sus casas y haciendas, y se refugiáron en gran número en lo mas intrincado de los montes con sus hijos y mugeres. Parte de ellos se pasáron al Africa; pero en los inaccesibles peñascos de la sierra de Espadan se habian fortificado quatro mil con armas. Mandó el César al Duque de Segorve que les hiciese la guerra, y habiendo reclutado prontamente un exército de gente del campo, y de las ciudades con alguna caballería de la nobleza se encaminó al enemigo. Hubo varios ataques de una y otra parte, causándose reciproco daño, pero el enemigo se mantenia inmóvil. Acudió oportunamente al socorro del Duque de Segorve Rocandulfo con una tropa de Alemanes que conducia á Italia, con cuyo auxílio se renovó la guerra con mayor esperanza de sujetar á los rebeldes. Era muy dificil la subida por lo fragoso de aquellos parages, y al principio causaban terror á los soldados las piedras que arrojaban los enemigos desde lo alto del monte. No obstante subiéron á la cumbre, animados por las exhortaciones de sus Capitanes, pero con muerte de los primeros que llegáron. Luego que viniéron á las manos se trabó una atroz pelea, estimulando á unos la ira, y á otros la desesperacion. Los Alemanes no diéron quartel á ninguno: quedáron muertos dos mil Moriscos, y fué muy grande la presa que se les hizo. Los demas que quedáron vivos fuéron reducidos á esclavitud por los Españoles.

Las cosas de Portugal se hallaban en un estado prospero aunque con algunas desgracias. El Rey Don Juan habia casado con Doña Catalina hermana del César, y se celebráron las bodas en Estremoz con extraordinario regocijo el dia cinco de Enero. Fué feliz este matrimonio en su fecundidad, si hubiera vivido la numerosa prole que tuviéron. Siguióse la muerte de Doña Leonor muger de Don Juan el Se-

gundo, despues de una larga viudez empleada en obras de piedad: su caridad para con los miserables, y afligidos fué tan grande, que por voz comun de todos era llamada la buena madre de los pobres.

Continuaban todavía en Flandes las discordias civiles, y Doña Margarita dirigió sus armas contra los Frisios que rehusaban obedecerla, nombrando por Generales de sus tropas á Juan Guassenor, y á Skenkio, los quales sujetáron las ciudades inquietas. Peleáron contra los Gueldrios, y quedáron estos vencidos; pero Guassenor recibió una herida en esta pelea que por haber sido mal curada le costó la vida. Acaeciéron despues nuevos tumultos, y rebeliones contra la autoridad de los Magistrados, y tomáron las armas los pueblos, que quasi siempre se arman para su propia ruina. Aun era mas cruel la peste que desolaba la Alemania, suscitándose á cada paso horribles tumultos, y sublevaciones entre los labradores, y gentes pobres incitados por Tomas Muncero hombre que parecia haber salido del infierno. No se veia otra cosa que maldades y delitos, muertes, rapiñas, incendios, y en fin un general trastorno de todas las cosas. Para ocurrir á tantos males tomáron las armas los Príncipes, entre los quales sobresalió el valor del Duque de Saxonia. Hiciéron una horrible carnicería en aquellos miserables, habiendo sido muertos ciento y cincuenta mil de ellos: con cuya sangre se extinguió el contagio que tanto se habia propagado. Celebróse en Roma el Jubileo con poca concurrencia de gentes, así por la turbacion general que causaba el estruendo de las armas, como por la impiedad de los Hereges que no cesaban de clamar contra las sagradas indulgencias. Murió en Verule el Cardenal Guillelmo Ramon natural de Valencia, que habia sucedido en el Obispado de Barcelona á Don Martin García, y su cuerpo fué llevado á Roma, y sepultado en la Basílica de Santa Cruz. Propuso el César para aquella Mitra á Don Luis Folch de Cardona, quien tomó posesion en los años siguientes. Habiendo fallecido Don Fray Diego Deza, Arzobispo de Sevilla, le su-

cedió Don Alonso Manrique, Obispo de Córdoba; el qual disgustado del gobierno de Don Fernando el Cathólico se habia pasado con otros nobles á Flandes para emplearse en obsequio del Principe Don Cárlos: en premio de este mérito obtuvo entónces el Obispado de Córdova, y ahora fué trasladado á otro mas opulento.

CAPITULO VIII.

EL REY FRANCISCO ES PUESTO EN LIBERTAD. CASAMIENTO DEL CESAR EN SEVILLA CON DOÑA ISABEL HIJA DEL REY DE PORTUGAL. VUELVE A ENCENDERSE LA GUERRA EN ITALIA.

Tratóse en el Consejo del César de las condiciones con que debia darse libertad al Rey Francisco, la qual apresuraba el César con la esperanza de recobrar la Borgoña, que en otro tiempo fué patrimonio de sus mayores. Deseaba tambien con ardor oprimir á los conjurados de Italia, estando irritado especialmente contra Esforcia, que se habia olvidado tan pronto de tantos beneficios; y esperaba que estando quieto el Frances podria conseguir mas facilmente sus designios. Lanoy y los Flamencos tenian los mismos deseos; pero el Canciller Gatinara estaba propenso á favorecer á los Italianos. Finalmente con la venida de Borbon se dedicó á resolver de una vez este negocio. La detencion consistia en las bodas de Doña Leonor, con la qual habia ofrecido casarle, y no podia faltar á su palabra sin desdoro de la magestad. Convenia mucho tratar la cosa con arte, y atender mas á la utilidad que á la fama, y á los juicios que podian formar los hombres, que es el modo mas comun en los Príncipes de conservar, ó extender su imperio. Habiendo pues llamado á Doña Leonor, respondió que jamas habia pensado en dar la mano á un hom-

bre fugitivo. Por lo qual el César imposibilitado de cumplir su promesa, y á fin de aliviar á Borbon el dolor de la repulsa, le confirió el Principado de Milan, quitándosele á Esforcia en castigo de su proyectada conjuracion. Sandoval que es testigo ocular, asegura que la cédula se guarda en el archivo de Simancas. Finalmente el César y el Rey de Francia hiciéron un tratado en Madrid, y lo ratificáron con juramento á mediados de Enero del año de mil quinientos
1526. y veinte y seis. Si fué justo, ó injusto no lo disputaremos aquí. Solo diré que contenia quarenta y quatro artículos; los quales persuadido el Rey de que no podian tener fuerza de ley que le obligase, como exîgidos violentamente á un prisionero, no cuidó en adelante de cumplirlos. Fuéron señalados por rehenes de este contrato el Delfin, y el Duque de Orleans: en caso de que el Rey no pudiese cumplir lo que ofrecia, se obligó á volver prisionero baxo la potestad del César, restituyendo éste los rehenes.

Arregladas de este modo las cosas, y habiéndose concertado la boda de Doña Leonor con el Rey que lo deseaba con ardor, se habláron muchas veces á solas los dos Príncipes, y se paseáron en una misma litera. El Rey en compañía del César visitó á su prometida esposa Doña Leonor, con quien no habia de desposarse hasta que cumpliese las condiciones del tratado. Entretanto no tuvo el Rey ningun alivio en el rigor de su prision; por lo qual creyéron muchos que aquella concordia estaba llena de discordias, y que la amistad de un parentesco conciliado con tan poca libertad seria muy poco durable. Finalmente se puso el Rey en camino para Francia, y el César despues de haberle acompañado algunas leguas, y despedídose de él con muchas señales de benevolencia, partió á Sevilla donde tenia resuelto celebrar sus bodas. Llegó Francisco á Fuenterrabía, y Madama Luisa su madre envió desde Bayona á sus nietos el Delfin, y el Duque de Orleans acompañados de Lautrec, y con una escolta de cincuenta caballos, manifestando con lágrimas copiosas el dolor que le causaba su sepa-

racion. El dia diez y ocho de Marzo se presentó el Rey con Lanoy, y Alarcon, que llevaban igual escolta, á la orilla del rio que separa á España de Francia. En medio de su corriente estaba un navío magníficamente adornado, y habiéndose hecho en él la permuta de los Príncipes, recibió el Condestable Velasco los rehenes, y los conduxo á Castilla. El Rey Francisco montó en un caballo Turco, y lleno de gozo en una sola carrera llegó á San Juan de Luz, y desde allí pasó á Bayona, adonde fué recibido con increible alegría por su madre, y con extraordinario aplauso de sus cortesanos.

Miéntras que esto sucedia en Vizcaya, Don Fernando de Aragon, y Don Alonso de Fonseca Arzobispo de Toledo con un lucido acompañamiento de nobles pasáron á la Villa de Alcántara, situada en los límites de Portugal, y Castilla, á recibir á Doña Isabel hija del Rey Don Manuel, prometida en casamiento al César por medio de sus Embaxadores, habiendo dispensado el Papa el impedimento de consanguinidad que tenian. Los hermanos que la seguian, y acompañaban entregáron con toda solemnidad á Don Fernando de Aragon esta Princesa que era de singular hermosura, y de excelente índole, adornada con un riquísimo vestido esmaltado de piedras preciosas, como convenia á la hija de un Rey; tomó Don Fernando en la mano las riendas del caballo en que iba la Reyna, y declaró que recibia la esposa del César para conducirla á su esposo. Luego que llegó á Sevilla esta comitiva, entró tambien el César baxo de un palio de oro que llevaban los Magistrados. Recibiole el pueblo con las mayores demostraciones de contento, y con muchos vivas y aplausos que resonaban en toda aquella gran ciudad. Encaminóse á la Catedral con pompa triunfal, y despues de haber dado gracias á Dios, pasó al magnífico alojamiento que le tenian prevenido, en el qual los casó el Arzobispo de Toledo. Hiciéronse magníficas fiestas; pero se interrumpiéron, porque en medio de esta alegría vino la triste nueva de la muerte de Doña Isabel hermana del César, que estaba casa-

da con Christierno Rey de Dinamarca. Los nobles Portugueses que habian acompañado hasta Sevilla á su augusta Reyna se volviéron á su patria cargados de dones.

Despues de concluidos los regocijos públicos se trasladó el César á Granada, donde se detuvo algun tiempo para restablecer el órden en las cosas sagradas, y políticas que estaba muy alterado por causa de los Moros. Los Regidores de la ciudad se quejáron en un memorial de las injurias que á cada paso hacian algunos Jueces á aquellos infieles. En su vista mandó el César á Don Gaspar Davalos, Don Antonio de Guevara, y otros hombres de conocida probidad que fuesen por los pueblos á informarse de la verdad; habiendo vuelto de su comision le hiciéron presente que los Moros habian abjurado pérfidamente el christianismo, ostigados de la avaricia y soberbia de sus Curas. Para desarraygar estos abusos tan contrarios á la verdadera piedad, mandó el César que exâminasen este negocio Manrique Arzobispo de Sevilla, y Inquisidor General; Loaysa Obispo de Osma, Fray Pedro de Alba Arzobispo de Granada, Don Diego Villaman de Almería, Don Juan Suarez de Mondoñedo, Don Alonso de Valdés de Orense, y Don García de Padilla teniente de Gran Maestre de Calatrava, con otros varones sabios, y experimentados: los quales en una junta acordáron, que desde Jaen se trasladase á Granada el Tribunal de la Inquisicion, que tuviese cuidado de exâminar de mas cerca la religion, y costumbres de aquellos hombres; lo que fué executado inmediatamente. Además de esto se mandó que los Moros dexasen su trage, y lengua arábiga, y usasen del vestido y del idioma Español; y que á los muchachos se les instruyese con mucha diligencia en la religion christiana. Pero estas y otras saludables disposiciones no tuviéron cumplido efecto porque todo lo corrompia el oro de Africa. Diéron al César ochenta mil escudos, y otra suma á sus cortesanos: y finalmente creciendo la envidia, y emulacion, y disputando entre sí los Jueces sobre el conocimiento de las causas de los Moriscos, aunque las cosas

se habian arreglado en buena forma, de allí á poco padeció todo un general trastorno.

Entretanto el Rey de Francia Francisco pasó desde Bayona á Coignac, donde habia mandado juntar los estados del reyno para deliberar acerca del tratado hecho con el César; pero en realidad no era otro su designio que hacerle la guerra sin el menor respeto á lo que habia jurado. Enviáronle Embaxadores el Ingles, el Pontifice, los Venecianos, y Esforcia: el intento de todos era arrojar á los Españoles de Italia, y recobrar á fuerza de armas los rehenes que habia dado al César el Rey Francisco. Amonestado éste por Lanoy, y Alarcon luego que espiró el término señalado para que cumpliese la palabra baxo la qual habia sido puesto en libertad, descubrió su mala fe diciendo: ,, que no podia determinar cosa alguna acerca de la ,, Borgoña contra la voluntad de los estados del reyno ,, que se oponian á lo que habia pactado con el César. ,, Mas porque esto no estaba en su arbitrio, pedia ,, amigablemente al César se dignase admitir una re- ,, compensa pecuniaria, y que en todas las demas cosas ,, cumpliria fielmente lo prometido." Dió Lanoy aviso al César de la respuesta del Rey, y no puede explicarse el vivo sentimiento que le causó, y la ira que concibió al ver desbaratados sus proyectos por la perfidia Francesa. Consideraba que si queria castigar al Rey apoderándose de la Borgoña, y tomar venganza de los conjurados haciéndoles la guerra, convertia contra sí las armas de todos ellos en un tiempo tan peligroso, y revuelto en que los Milaneses sacudian con tanto esfuerzo el yugo de los Imperiales. Para ocurrir á estos males mandó á Borbon que se dispusiese para pasar á Italia. Dióle cien mil escudos para sueldo de las tropas, y ochocientos Españoles con siete galeras, ofreciéndole que con la mayor presteza le enviaria mayores fuerzas. Moncada fué enviado Embaxador á Roma para que viéndose al paso con Lanoy, y explorada nuevamente la voluntad del Rey Francisco, procurase atraer al Papa á su partido, y no habiendo podido conseguir cosa alguna del Rey, pasó á

ver á Esforcia, y le exhortó á la paz. Pero él se negó á ella, diciendo que no podia alterar nada sin el consentimiento de los demas confederados. Intentó inútilmente ganar á los Venecianos con sus cartas, y finalmente se presentó al Papa, y le prometió que el César haria quanto pudiese por defender la libertad de la Italia, por cuya causa no habia perdonado los gastos ni la sangre de sus súbditos. Al mismo tiempo le recordó los beneficios que habia hecho el César á la casa de los Medicis: pero á pesar de todo nada adelantó con el Pontífice, ni pudo penetrar sus designios. Desde allí se trasladó Moncada á Nápoles, estando resuelto á volver luego á Roma para hacer guerra al Papa.

Miéntras tanto fuéron conducidas las tropas Venecianas, y las del Pontífice, que mandaba el Duque de Urbino, á los confines de la Lombardía, y esperando la llegada de los Suizos que habian tomado á su sueldo, consumiéron inútilmente el tiempo, dexando perecer á Esforcia, que se hallaba sitiado en la fortaleza de Milan, y falto de todas las cosas necesarias. No obstante se apoderáron de Lodi por la traicion de Luis Vistrini, noble Lombardo, habiéndose escapado Fabricio Marramaldo Capitan valeroso con algunos pocos Napolitanos, y los demas fuéron muertos, ó hechos prisioneros. Con este suceso se animáron mas los confederados, que esperaban libertar al sitiado Esforcia. Aumentadas sus tropas con la llegada de los Suizos, intentáron por dos veces tomar á Milan, pero la arribada de Borbon con los Españoles inutilizó sus conatos. Por lo qual Esforcia no pudiendo ya mantener la fortaleza combatida tan largo tiempo por el hambre, la entregó solemnemente á Borbon el dia veinte y quatro de Julio, y desde allí se pasó al campo de los confederados.

Por este tiempo acometió Soliman al reyno de Hungria, y vencio y derroto en una terrible batalla cerca de Mogaz al Rey Luis: el qual habiéndose puesto en fuga cayó de su caballo, y pereció en una

laguna. La Reyna Doña María su muger abandonó á Buda ciudad capital del reyno, y cubierta de luto y tristeza se retiró á Viena de Austria. Despues de la muerte del Rey Luis sin dexar sucesion alguna, y con el consentimiento de los Bohemos, subió Don Fernando al trono de este reyno por derecho hereditario de su muger, y por el que alegaban los Príncipes Austriacos. El de Hungría que se hallaba dividido en facciones, le alcanzó despues con las armas, habiendo vencido y hecho huir á Juan Sepusio que le habia usurpado. Sin embargo duró largo tiempo la guerra, cuya narracion omitimos por ser propia de los Historiadores de aquella nacion.

Aumentábase cada dia con nuevas quejas la antigua enemistad que reynaba entre el Pontífice y el Cardenal Colona. A este pues recibió Moncada baxo de su proteccion por ser muy adicto al César; y deseaba en gran manera estorbar al Papa que tomase parte en la guerra de la Lombardía. Para conseguirlo reclutó prontamente algunas tropas, y las juntó con las de los Colonas, y amenazando á otras ciudades de la campiña de Roma, introduxo de repente su exército en esta capital, y hizo su entrada por la Puerta Lateranense con tanta quietud y órden, que ninguno de los artesanos interrumpió su trabajo, ni padeció el menor agravio de la tropa. Marchó esta en derechura al Vaticano, y estos soldados christianos, mas perversos que los mismos bárbaros, sin tener respeto alguno ni obediencia á sus Capitanes, le saqueáron en un momento, junto con el Sagrario de aquel Templo tan venerado de todo el mundo. El Pontífice no pudo ser cogido porque se escapó felizmente con los Cardenales y su familia, y se encerró en el castillo de San Angel. Desde allí llamó á Moncada, y habiéndole dado rehenes tuviéron una conferencia. Disculpóse éste como pudo de la maldad de su gente, que habia sido executada contra sus órdenes, y quitando al soldado parte de las alhajas que habia robado, las restituyó al Pontífice, quien por su parte se disculpó tambien de haber entrado en la

guerra contra el César. Despues de muchas quejas recíprocas, se convinieron al fin al segundo dia en que las tropas de uno y otro se sacasen del territorio enemigo, y hubiese una suspension de armas, lo qual reclamó Colona que estaba en gran manera irritado contra el Pontífice.

Miéntras tanto fué entregada baxo de ciertas condiciones la Plaza de Cremona, atacada con mucho esfuerzo, y por largo tiempo por los confederados. Pero alternando en el Pontífice la ira y el miedo con la palabra que tenia dada, sacó su exército de la Lombardía como lo prometió, y deseoso de la venganza lo envió contra las tierras de los Colonas baxo el mando de Vitelio, quien lo llevó todo á fuego y sangre. A este mismo tiempo fuéron llamados de Francia Lanoy y Alarcon, y con una armada Española se apoderáron del puerto de Gaeta, habiendo recibido en su navegacion algun daño de la armada de los confederados. Desembarcáron allí siete mil soldados, y acudiendo Lanoy al socorro de los Colonas tan maltratados por el Papa, volvió á encenderse la guerra. Entretanto Jorge Baron de Fronsberg, que era muy adicto al César, introduxo en la Italia un exército de trece mil Alemanes y quinientos caballos. El Duque de Ferrara, que á causa de sus antiguas discordias con el Pontífice habia entrado por este tiempo en la alianza y amistad del César, le ayudó con dinero y artillería. El exército molestaba quanto podia á las tropas de Urbino, y tuviéron freqüentes peleas, en las quales fué muerto por una bala de artillería Juan de Medicis hombre intrépido en la guerra, y de mucho talento, pero venal y de una inconstancia extrema.

Habiendo pasado el Pó el exército Aleman, estableció su campo entre Parma y Plasencia, y allí se le juntó muy á tiempo el Príncipe de Orange, que habiendo alcanzado de los Franceses su libertad con dinero, se habia detenido en Mantua. Este año se pasó mas bien en disponer la guerra que en hacerla; revolviendo entretanto los confederados muchos pro-

yectos. El Ingles que era hombre vano, se arrogaba el título de árbitro de la paz y de la guerra, aunque nada habia aventurado, á excepcion de una corta suma que envió al Pontifice para los gastos. El Rey Francisco se hallaba entregado á los placeres, si hemos de dar crédito á los escritores de su nacion, y olvidado enteramente de los cuidados de la guerra, sin embargo de que á él le importaba mas que á otro alguno. Envió un corto número de galeras á la armada comun de los confederados al mando de Pedro Navarro, y al Marques de Saluzo con un corto número de tropas mal pagadas. Los Venecianos obraban con actividad segun lo pactado en la alianza. Pero el Duque de Urbino, á quien habian conferido el mando de sus tropas, hacia la guerra con mas ostentacion que vigor. Del despojado Esforcia no habia que esperar socorro alguno. El Pontifice tenia mucha falta de dinero, y los Florentinos ya no tenian que darle, por lo qual envió á todas partes Legados hábiles que exhortasen á los confederados á que mirasen por la causa comun. Al mismo tiempo trataba de paz con el César, y rehusó las condiciones que se le enviáron de España. El Duque de Sesa Embaxador del César en Roma, afirmaba que no se podia mudar cosa alguna de ellas. Escribiéronse recíprocamente muchas cartas, enviáronse muchos mensageros, y al fin fuéron desechadas las condiciones. El César y el Papa mudaban de parecer al paso que las cosas mudaban de aspecto, y todo era ficcion, y palabras contrarias á sus designios: entreteníanse uno á otro con vanas esperanzas, para ganar tiempo, y llevar adelante lo que tenian comenzado; y entretanto la miserable Italia, cuya causa se jactaban de defender, padecia la pena de sus discordias.

CAPITULO IX.

PROSIGUE LA GUERRA DE ITALIA. LIGA DEL PONTIFICE Y OTROS PRINCIPES CONTRA EL CESAR. ASALTO DE ROMA POR BORBON.

1527. Siguióse el año veinte y siete de este siglo funesto á la verdad, y horrible por sus muchas calamidades. La Italia fué de tal manera molestada con muertes, destierros, robos, hambre y peste, que jamas padeció tanto en los tiempos anteriores con las incursiones de los Bárbaros. Habiendo Borbon exîgido dinero á los Milaneses con la mayor violencia, compuso un exército muy numeroso y fuerte con los soldados veteranos, y los socorros que recibió de Alemania. Sacó con astucia veinte mil escudos á Moron, amenazándole con la muerte; y atraido despues del ingenio de este hombre, se valió de él para todas sus empresas. Dexó á Leyva en Milan con una mediana guarnicion, y en el mes de Enero puso en marcha sus tropas con el Marques del Basto, y para mantenerlas con mayor abundancia, hizo una invasion en el campo de Bolonia con auxîlio y consejo del Duque de Ferrara. El Pontífice muy confiado en el socorro de los confederados, o arrebatado de la ira, habiendo contravenido á las treguas que ultimamente tenia hechas con Moncada, volvió de nuevo á tomar las armas contra los Colonas con mayor esfuerzo que ántes, y á no haber sido porque en los principios le faltó dinero, ó por la perfidia de sus Capitanes, que mas querian mandar por largo tiempo que vencer, hubiera conseguido la victoria, pero á lo menos puso á Nápoles en gran peligro. Es cierto que Vitelio habia rechazado del sitio de Frusaon á Lanoy con alguna perdida, pero no quiso seguirle

á pesar de las reclamaciones del Legado Pontificio, y finalmente alegando algunos falsos pretextos, se restituyo con las tropas á Piverno. Al mismo tiempo hacia la guerra en el Abruzo Superior con próspero suceso el General Renzo, y habiendo vuelto á Roma, donde era necesaria su presencia, fuéron recobrados Aquila y otros pueblos por Carrafa Conde de Montorio, y puestos en fuga sus hijos, los quales se habian pasado á los confederados. Horacio Baleoni saqueaba impunemente las costas de Nápoles con la armada Veneciana y Pontificia, llevando consigo á Vallemont hermano del Duque de Lorena, llamado por el Papa para promover los antiguos derechos de la casa de Anjou. Tomada Salerno ciudad principal del Principado Citerior, corrió ligeramente Baleoni por las faldas del monte Vesuvio hasta las puertas de Nápoles, òbligando á Moncada que tenia ménos fuerzas, á encerrarse dentro de los muros de la ciudad. Mas como no venian de Francia ningunos socorros parecia mas aquella empresa un tumulto que una guerra. Causaba esto mucha inquietud al Pontífice, y comenzó á desconfiar del feliz suceso, y á implorar el auxîlio de los confederados. A la verdad despues que con tantos esfuerzos, y con tan poco fruto habia acometido al reyno de Nápoles, dexó de ser temido por los Imperiales. Por el contrario temia mucho á Borbon que venia con un exército muy poderoso. Detestaba una guerra tan infausta, y al mismo tiempo no podia avenirse á la paz. Así pues, viéndose en tan estrecho conflicto, acudió segunda vez al refugio de las treguas. Concediòselas Lanoy el dia quince de Marzo, deseoso de alejar la guerra del reyno que estaba á su cargo, y pasó desde Nápoles á Roma para ratificarlas. No podia el Pontífice soportar los gastos de la guerra, y confiado vanamente porque tenia consigo al fiador de las treguas, despidió su exército. Entretanto se iba acercando Borbon: saqueaba y talaba todos los lugares por donde pasaba, infundiendo por todas partes el terror y el espanto, siendo testigo de todo esto el exército de

los confederados, que le seguia, sin procurar la venganza de tantos estragos. El Marques del Basto que conocia la impiedad de Borbon, para no implicarse en su maldad abandonó el campo, y se retiró á Nápoles. No se atrevió Lanoy á enviar mensagero á Borbon con la noticia de las treguas que habia hecho con el Papa, ni tampoco á venir á su campo, temeroso del furor de las tropas irritadas con la esperanza del saqueo, y de que no podria conseguir nada de un hombre tan duro y violento. Este pues arrebatado de la venganza, declaró nulas las treguas por haberse hecho sin órden suya, que era el lugar Teniente del César en Italia. El Duque de Urbino, y el Marques de Saluzo pusiéron su campo en el territorio de Florencia á fin de defender la ciudad. Pero Borbon habiendo amenazado á los Florentinos para encubrir sus intentos, mudó de improviso su marcha, y encaminó su exército ácia Roma. Atónito y amedrantado el Pontífice con esta nueva, encargó á Renzo la defensa de la ciudad. Juntó éste aceleradamente las tropas, mandando tomar las armas á todo género de oficiales y artesanos, y repartió por los muros esta inutil y inexperta milicia, cuyo número dicen algunos que llegaba á seis mil hombres. Presentóse Borbon con su exército á vista de la ciudad, y al dia siguiente los Españoles é Italianos arrimáron las escalas á los muros, y subiéron por ellas exhortándolos Borbon con su voz y con su exemplo, pues fué el primero que subió con valerosa intrepidez. Intentáron los Alemanes derribar las puertas, á fuerza de golpes, y se comenzó una pelea sangrienta y tumultuosa. Cayó Borbon de los primeros, atravesado de una bala por las ingles; pero no se abatió el ánimo de los soldados con la muerte de su General, ántes irritados, con mas ferocidad, peleáron con mayor esfuerzo, y rechazáron y arrolláron quanto se les puso delante. Finalmente ganadas las murallas, y quebrantadas las cerraduras de las puertas, ocupáron una parte de la ciudad con diversas tropas, matando sin distincion á todos los

que encontraban. Despues de esto embistiéron con igual furor la puente del Janículo, y renováron el estrago. Consternado el Pontífice con tan horrible tumulto, y viendo ya al enemigo dentro de Roma, se encerró apresuradamente en el castillo con los Cardenales y los Embaxadores de los confederados. Renzo y otros buscáron el mismo refugio, conociendo ser imposible la defensa de la ciudad.

Cansadas las perversas manos de los soldados de derramar sangre, se convirtiéron al saqueo. Profanáron, incendiáron, y destruyéron las cosas mas sagradas, sin temor, ni miedo de aquel Dios que tenian presente. Echáronse sobre los bienes y riquezas de todos, y todo lo robáron y saqueáron promiscuamente sin distincion, de sagrado ni profano. Su brutalidad desenfrenada no perdonó ni aun el pudor de las vírgenes consagradas á Dios. Los ciudadanos opulentos fuéron atormentados con exquisitos suplicios para que manifestasen sus riquezas, y otros rescatáron sus personas, las de sus mugeres, hijos y casas á costa de enormes sumas. No hay en fin ningun género de contumelia y atrocidad que no cometiese el soldado especialmente los Luteranos Alemanes, que hiciéron los mas crueles insultos á los Obispos y demas personas venerables por su sagrado carácter, sin perdonar su impiedad sacrílega á los templos y casas religiosas, ni á las imágenes de los santos; calamidad espantosa, que hizo derramar al Papa copiosas y amargas lágrimas. Fué tomada Roma, aquella señora del mundo entero, el dia seis de Mayo: y en siete dias fué desolada y aniquilada por el furor militar; habiendo sido muertos quatro mil Romanos, y apénas mil de los Imperiales. El Príncipe de Orange fué saludado General por el exército en lugar de Borbon, cuyo cuerpo enterrado á la entrada de la fortaleza de Gaeta en un sitio profano, careció de los honores fúnebres; grande exemplo de las vicisitudes humanas; pero castigo propio de un hombre que se hallaba herido con el rayo del Vaticano. Su muerte fué muy poco sentida, porque el nombre de transfuga le ha-

bia hecho aborrecido de todos, y como si su sombra detestable anduviese vagando por la familia, excitó de tal suerte contra ella el odio de los Reyes de Francia, que no habia ninguna á quien tanto aborreciesen.

Los Florentinos valiéndose de esta ocasion para reprimir el poder de los Medicis que les era insoportable, se subleváron contra Hipólito y Alexandro, y los arrojáron de la ciudad, y restableciendo la antigua forma de la república, creáron Dictador á Nicolas Coponio, con increible sentimiento del Pontífice que era en extremo apasionado á su familia. Perdió finalmente la esperanza del socorro de sus socios que se estaban quietos en su campo, sin haber hecho la menor cosa para librarle, y fatigado de tantos trabajos, y de un encierro tan cruel, se entregó baxo unas condiciones poco honrosas. Despojado pues el Papa de su tesoro, y de las ciudades fortificadas, le quitó el César la facultad de hacerle mal; pues en sus cartas á Lanoy le previno que no permitiese que el prisionero volviese de nuevo á ser su enemigo. Es cierto que al principio detestó el César la maldad de Borbon; pero se aprovechó del fruto de la victoria, con poco miramiento de su fama, y con mucha indignacion de toda la España, que como todo lo restante del Orbe Christiano se horrorizaba de la maldad atroz y vergonzosa de haber tratado al Sumo Pontífice con tanta impiedad y avaricia. Miéntras que por todas partes se juntaba dinero por buenos y malos medios para pagar el sueldo, y satisfacer la codicia de los soldados, obligando á ello la necesidad, fué entregado el Papa y los Cardenales á Alarcon para que los custodiase en la misma fortaleza, habiendo puesto en libertad á los demas. Entretanto Lanoy fué tocado de la peste que entónces afligia á Roma, y se retiró á Aversa, donde murió, como dice un Historiador Napolitano. Su cuerpo fué llevado á aquella ciudad capital del reyno, y sepultado honoríficamente. El César le habia colmado de muchos y opulentos Principados, y su hijo tomó el

título de Príncipe de Sulmona. Sucedióle en el gobierno de Nápoles Moncada hombre poco grato al Pontífice.

La Lombardía estaba dividida entre Leyva y Esforcia, que mutuamente se hacian la guerra con medianas fuerzas, y mas bien para defenderse que para ofender. Pero Leyva como era tan intrépido y activo, aprovechándose de una ocasion que se le presentó sacó de noche sus tropas de Milan, y al salir el sol acometió con grande ímpetu al campo enemigo, y mató á mas de dos mil, como si estuvieran encerrados en una red, habiéndose escapado muy pocos. En lo mas crudo del invierno fué tomada Novara por Timelo, despues de haber arrojado la guarnicion que allí tenia Esforcia; y el soldado acostumbrado á vivir de rapiñas y robos, hizo muchas presas en todo el pais sin distincion alguna de amigos y enemigos De este modo los Príncipes para defender sus derechos lo trastornan todo. El César habia escrito con mucha sumision al Pontífice disculpándose de lo hecho, y tambien escribió á los demas Príncipes, atribuyendo toda la culpa á Borbon. El Ingles no le dió respuesta alguna; pero habiendo enviado al Arzobispo de York á Amiens, hizo una nueva alianza con el Frances, con el piadoso objeto de poner en libertad al Pontífice, y borrar esta ignominia del nombre christiano. Mas la verdad era que le abrasaba la emulacion de la continua felicidad del César. Los Venecianos atraxéron á esta alianza á los Florentinos, á los quales intentó en vano el César atraer á su partido por medio del Duque de Ferrara.

Arregladas las cosas de España, y establecida una junta de hombres grandes en sabiduría y prudencia, á quienes encomendó el cuidado de defender y conservar el decoro de la Magestad Real, y suscitándose nueva discordia con el Frances; salió el César de Granada, y vino á Valladolid con la Emperatriz que estaba en cinta. Poco despues, á saber el dia veinte y dos de Mayo dió á luz un niño, á quien pusiéron

el nombre de Phelipe en memoria de su abuelo, y fué bautizado por el Arzobispo de Toledo. Toda la España se llenó de extraordinaria alegria, y con este motivo se hiciéron fiestas publicas; pero habiéndose recibido la noticia de la toma y saqueo de la capital del mundo cristiano, fuéron interrumpidas para no agravar con estos regocijos el universal dolor y tristeza, aunque despues fuéron renovados con grande pompa y gastos inmensos. Hubo torneos entre los grandes del reyno, en cuyos combates se aventajó el César, y se halló presente á las corridas de toros; y finalmente no faltó cosa alguna á la pública alegría.

En este mismo tiempo se encendió de nuevo la guerra con mayor esfuerzo, habiendo desechado el César las condiciones que los confederados querian prescribirle con menoscabo de su dignidad Imperial. Fué nombrado Lautrec por Generalísimo á peticion del Ingles; y se hiciéron todos los preparativos necesarios para una larga guerra. Miéntras tanto Lautrec, habiendo pasado los Alpes con un expedito exército acometió á la Lombardía, y tomó á Bosco. Andres Doria estrechaba á Génova, y impedia que la entrase socorro por mar. Fué Lautrec llamado oportunamente, y se apoderó de la Ciudad y de la fortaleza; y habiendo sido arrojados los Adornos, volvió Trivulcio auxîliado de una guarnicion Francesa, y se le confirió el gobierno. Aumentadas despues las tropas de Lautrec, acometió con mucho esfuerzo á Alexandría, cuyos muros batió Navarro con la artillería y con minas subterráneas. Los Imperiales despues de haber dado muchos exemplos de valor en la defensa de esta ciudad, la entregáron al Frances baxo la condicion de quedar salvas sus personas y bienes. Los Embaxadores de los confederados obtuviéron que esta plaza se restituyese á Esforcia, no sin disgusto de Lautrec que deseaba retenerla. Fué tomada tambien Pavía con las mismas condiciones; y Lautrec la preservó de ser reducida á cenizas, como querian sus tropas, teniendo toda-

vía muy vivo el dolor de la anterior derrota. Abstúvose por entónces de invadir el resto de la Lombardía, y se contentó con poner guarnicion en Viagras, para impedir que Leyva no pudiese salir de Milan donde se hallaba encerrado, y para que con este estímulo no le abandonasen Esforcia y los Venecianos hasta concluir la guerra; lo qual les desagradó mucho, pues nada deseaban tanto como el arrojar al enemigo de sus fronteras. Rara vez hay concordia en las guerras de los aliados, pues cada uno de ellos mira solo á su utilidad particular, y los mas poderosos con el deseo de conseguir lo que intentan, ni cuidan del bien de sus socios, ni de su misma fama. Porque al poder acompaña la soberbia, y á ésta sigue muy de cerca el desprecio de los mas débiles. Finalmente juntó el Frances un poderoso exército con las tropas que cada dia le llegaban, y se puso en marcha á Plasencia. Los Suizos caminaban con mucha lentitud, porque repugnaban al principio alejarse tanto de su patria, y al fin pidiéron licencia para retirarse, como lo hiciéron. Para suplir su falta procuró el Rey Francisco reclutar nuevas tropas en Alemania, y entretanto no perdió el tiempo Lautrec delante de Plasencia, pues con ruegos y amenazas atraxo á su partido á los Duques de Ferrara y Mantua.

En este mismo tiempo Fray Francisco Quiñones de los Angeles Ministro General de los Franciscanos, traxo órdenes del César para que sin demora alguna fuese puesto en libertad el Pontífice, con ciertas condiciones. Muchos creyéron que hizo esto para anticiparse á sus adversarios, pues si ellos hubieran libertado al Papa, recaeria sobre el César una eterna infamia, que ninguna cosa seria capaz de borrarla. Deseoso el Pontífice de verse libre, y estando oprimido de deudas, y sin tener de que echar mano para pagar su sueldo á los soldados que lo pedian con insolencia, confirió por dinero los capelos vacantes. Finalmente ajustado el negocio con Moncada envió éste á Roma á Serenon su Secretario, y á los principios

del mes de Diciembre salió disfrazado el Pontífice del castillo por una puerta secreta, á fin de que los Luteranos no le hiciesen ningun insulto, y se trasladó á Orvieto acompañándole Luis Gonzaga con una escolta de Imperiales. Los confederados no hiciéron cosa alguna memorable en los Dominios Pontificios donde estuviéron ociosos, sirviéndole mas de carga que de auxîlio. Los Españoles y los Italianos aviniéndose mal con los Alemanes, se retiráron á las tierras de la Toscana para evitar la peste, pero los Alemanes permaneciéron en Roma con grave daño suyo, porque el contagio hacia en ellos los mayores estragos. La armada de los confederados que se dirigia á Cerdeña padeció una terrible tempestad que la causó gran pérdida, sin que pudiese conseguir la empresa que intentaba.

CAPITULO X.

NEGOCIACIONES INUTILES PARA AJUSTAR LA PAZ. SITIO DE NAPOLES POR LAUTREC.

Hacia Lautrec muy pocos progresos en la guerra, porque esperaba nuevas órdenes del Rey, que por este tiempo tenia gran deseo de hacer la paz. A este fin envió Embaxadores al César, quien tambien por su parte se hallaba dispuesto á ella. Proponia el Rey Francisco que se le entregasen los rehenes pagando al César dos millones de escudos, y que en adelante no se hiciese mencion alguna de la Borgoña. Pero la esperanza de este ajuste se desvaneció por la excesiva prudencia y sagacidad de Gatinara, que ante todas cosas pedia que el Rey sacase su exército de los confines de Italia. No era verisimil que se prestase á hacerlo despues de recobrar sus rehenes, quando hallándose estos retenidos todavía en Espa-

ña, se habia negado á esta condicion. Por el contrario los Embaxadores insistian en que de ningun modo se moveria de allí el exército hasta que entregado el dinero, se recibiesen los rehenes. No pudiendo pues concordarse en lo que recíprocamente solicitaban, y perdida la esperanza de vencer la pertinacia y mutua desconfianza de los Ministros, resolviéron al fin experimentar de nuevo la fortuna de la guerra. A la verdad con las contiendas de semejantes hombres sucede muchas veces que no se busca de buena fe lo que conviene al bien público.

En este mismo tiempo pasó el César á Burgos desde Valladolid á causa de las muchas enfermedades que allí habia. Los Reyes de Armas del Ingles y del Frances se presentáron al César á principios de Enero de este año de mil quinientos y veinte y ocho para desafiarle. Los Embaxadores de los Con- 1528.
federados le declaráron la guerra, y pidiéron se les proveyese de lo necesario para el viage; despues de esto fuéron introducidos en la presencia del César los Reyes de Armas, y le intimáron el desafio. El Frances hizo un largo discurso con poca templanza; pero el César con apacible semblante le respondió: „Que de ninguna manera podia el Rey declarar la „guerra, siendo como era su prisionero, y estan„do sujeto á la potestad agena, y mucho ménos po„dia hacerla prohibiéndoselo el derecho de las gen„tes: que sin embargo pelearia con él cuerpo á cuer„po, con deseo de evitar que se derramase la sangre „christiana, como lo habia significado dos años ántes „en Granada al Embadaxor Calmont, ofendido de „que el Rey Francisco hubiese faltado á su prome„sa“. Añadió á esto otras razones muy picantes, arrebatado sin duda de sus resentimientos, pues por otra parte era Príncipe de singular modestia, y que hablaba muy poco. Al Ingles despreciando su desafio le respondio: „Que procuraria despachar „quanto ántes las tropas que tenia prevenidas“. Fuéron despues arrestados los Embaxadores, y lo mismo se hizo en Francia con Nicolas Perenoto que lo era

del César; pero de allí á poco tiempo se conviniéron los Príncipes en ponerlos en libertad. Envió tambien el César al Rey Francisco un Rey de Armas con un cartel escrito con la mayor acrimonía, pero éste no quiso permitirle que lo leyese en público, si no señalaba ántes el lugar del combate, y aun añade un Autor Frances que le amenazó con la horca, si no se quitaba quanto ántes de su presencia. Estos desafios diéron motivo á muchos discursos, y á la verdad, en aquel tiempo era esto el principal alimento de la fama. De aquí ha nacido tanta variedad entre los Historiadores, y tantas relaciones que deben reputarse por fábulas forjadas para contentar la pasion de los pueblos donde se escribiéron.

Irritados de este modo los ánimos de los Príncipes, se renováron los males del Orbe que de alguna manera parecia haber sido fomentados con la alianza precedente. Hacíase ya la guerra en Italia por mar y por tierra. La armada confederada acometió al paso levemente á Puzol en el Golfo de Bayas, y dirigiéndose desde allí á las costas de Cerdeña, tomó á Sacer, y los Castillos inmediatos. Pero con el miedo de la peste que cundia mucho, y hacia grande estrago en el soldado, y en el marinero, habiendo hecho alguna presa, se retiráron los Comandantes cada uno por su parte. Renzo navego á Liorna con una terrible tormenta. Los Venecianos se volviéron á Corfu isla del mar Jonio, y Doria á la Liguria con mas apacible temporal. En este tiempo habiendo movido Lautrec su campo, introduxo gran número de tropas en el reyno de Nápoles por la Romania, y la marca de Ancona. Navarro ocupó á Aquila con un escogido esquadron, y además se entregáron muchos pueblos y fortalezas, mas por la inconstancia de sus habitantes que por la fuerza de las armas. Finalmente salió á campo raso el exército que por tanto tiempo habia afligido á Roma, habiendo dado el Pontífice despues de ocho meses quarenta mil escudos para sacar de la ciudad á los Alemanes. Pero estaba tan disminuido por la peste y la desercion, que de

treinta mil que habian entrado en Roma, apénas siguiéron las banderas doce mil infantes, y mil y quinientos caballos.

Pusiéron su campo en un sitio elevado cerca de Troya en la Capitanata, y el Frances estableció el suyo no léjos de Teati. El Marques del Basto deseaba presentar batalla al enemigo; pero Alarcon con prudente consejo juzgaba que debia proceder con mas cautela, „ y que no se debia aventurar todo al peli„ gro de una batalla, porque no era igual el premio „ de la victoria entre el exército Frances y el rey„ no de Nápoles". Aprobáron los Generales este dictámen, y despues de algunos leves combates se retiráron de allí á la entrada de la noche, habiendo tomado el consejo de defender á Nápoles y Gaeta. Continuando Navarro sus empresas tomó á Melfi y su fortaleza, con estrago de sus habitantes, y hizo prisionero á Fabricio Carrafa Príncipe de esta ciudad, el qual siguió despues para su ruina el partido de la Francia. Tambien fué tomada la fortaleza de Venota, aunque los Españoles la defendiéron con mucho valor por largo tiempo. Sujetáronse á los Franceses la mayor parte de la Pulla, y la Basilicata, habiéndose preservado solo la ciudad de Siponto que defendian mil Españoles escogidos.

Entretanto llegáron el Marques de Saluzo y Luis Pisani al campo Frances con el último esquadron del exército, habiendo sido llamado el Duque de Urbino de las fronteras de Lombardía. Tambien acudió Baleoni que mandaba las tropas no despreciables de los Florentinos, y á estos se siguiéron algunos pequeños socorros de los Duques de Ferrara y Mantua. Un Historiador Frances asegura que el exército de Lautrec se componia de ochenta mil infantes, y veinte mil caballos; pero la tercera parte solo servia para aumentar el número y no la fuerza, habiendo quedado tres mil Venecianos para que recorriesen las costas. A la llegada del Frances se entregáron las ciudades de Capua, Nola, Acerra, Aversa y otros Pueblos de aquel amenisimo pais. Finalmente fué si-

tiada Nápoles á fin de Abril, acampándose los Franceses en una quinta cercana que era el recreo de Alfonso II. Habia recibido Moncada dentro de la Ciudad á los Españoles y Alemanes, y al Capitan Marramaldo con seiscientos Italianos, y fortificó cuidadosamente el monte de San Martin, que domina á la ciudad. Los mas ricos de los ciudadanos se habian retirado á las islas cercanas con sus mugeres y hijos, á fin de evitar los males de la guerra que los amenazaba. Pero viendo Lautrec que eran inútiles todos sus esfuerzos, y que el expugnar la ciudad era mucho mas dificil de lo que habia pensado, le pareció lo mas conveniente reducirse á sitiarla, y á impedir que la entrasen víveres por mar, ni por tierra, estando cierto de que con la paciencia conseguiria su intento, y que solo con la espada del hambre podria rendir una plaza tan fortalecida por las obras del arte, y por su poderosa guarnicion. Así pues, intentó con gran conato cerrar todas las avenidas de una Ciudad tan grande, y desigual por estar situada en collados, pero por la desidia de los Franceses se interrumpiéron muchas veces los trabajos, y no llegáron á concluirse, lo qual fué causa de su pérdida, y de la salud de los sitiados. Uno de los cuidados de Lautrec era el impedir la comunicacion por el mar, porque á este mismo tiempo combatian los Venecianos las ciudades del mar superior de aquel reyno, para quedarse con ellas segun lo pactado. Doria permanecia quieto en Génova, buscando pretextos para dilatar la salida á causa de que se habia entibiado mucho su afecto á los Franceses. Sin embargo envió á Philipin Doria con ocho galeras que incomodáron en extremo á los cercados, los quales padecian mucho con la falta de víveres.

Para alejar Moncada á un enemigo tan importuno como este, armó ocho galeras en que se embarcó la mas escogida tropa de Españoles, y con poca prudencia quiso él mismo acompañarlos en el peligro, y le siguiéron el Marques del Basto, Ascanio, Colona y otros varones ilustres por sus hazañas y naci-

miento. No ignoraba el Genoves los proyectos del enemigo, y así habiéndole enviado Lautrec para su mayor guarnicion quatrocientos arcabuceros muy diestros con su Capitan Croc, se apostó cerca de Salerno con intento de pelear. Luego que dobló el Cabo de Minerva, y observando que se le acercaba la armada enemiga, mandó á tres galeras que separándose de las demas hiciesen á vela y remo una aparente fuga, y que miéntras se hallase con las restantes en lo mas fuerte de la pelea con el enemigo, le acometiesen por la espalda. Peleáron unos y otros con grande esfuerzo, y con igual peligro, destrozándose mutuamente con la artillería. Pero luego que viniéron á las manos, fué mucho mas horrible el combate, y la mortandad fué grande de una y otra parte. Nada se hacia con órden ni consejo, y la suerte dirigia todas las cosas, impidiendo el humo que se viesen unos ni otros. Hallábanse ya muy próxîmos á ser tomadas dos galeras Genovesas, quando aquellas tres que se habian separado vuelven con grande ímpetu, y acometen á las Imperiales con toda la fuerza de su artillería. Miéntras que Moncada exhortaba á los suyos con su voz y con su exemplo, cayó sobre él el mástil de la galera, y despues acabáron de matarle con una lluvia de piedras y de granadas encendidas. Finalmente despues de una atrocísima pelea, se pusiéron en fuga dos galeras, otras dos quedáron destrozadas, y las demas cayéron en poder de los Genoveses. Fuéron hechos prisioneros Basto, Colona, Serenon y otros de los principales. Pero la victoria fué muy costosa á los vencedores, pues muriéron en el combate la mayor parte de los Franceses y Genoveses, y los demas quedáron heridos. Con la flor del exército Español pereció el Virrey, varon muy valeroso y imtrépido en los peligros. Nació en el territorio de Valencia, y fué su padre Don Pedro Marques de Aytona: en su juventud siguió la milicia de los caballeros de San Juan, y despues pasó al servicio de Cárlos VIII. Rey de Francia, y del Duque de Valentinois. Pero habiéndose suscitado

guerra entre el Rey Don Fernando el Cathólico y Luis XII. fué á servir en los Reales del Gran Capitan Gonzalo de Córdova. Guiciardino dice que su cuerpo fué arrojado al mar; pero es falso, pues consta fué llevado á Valencia, y en el Convento de nuestra Señora del Remedio del Orden de la Santísima Trinidad, donde se escribe esta historia, fué sepultado en un magnífico túmulo de mármol, y su busto está colocado entre los demas de su familia. Habiéndo quedado Philipin por dueño del mar, creció en la ciudad la dificultad de introducir víveres, y la carestía se aliviaba muy poco con los ganados y provisiones que cogian los soldados á los Franceses en las salidas que hacian de la plaza. Por lo qual eran freqüentes las escaramuzas, y casi siempre favorables á los Imperiales, aunque murió en una de ellas Baleoni General de gran nombre y fama entre los Italianos.

En la Basilicata y en la Pulla eran muy felices los sucesos de los confederados, pero muy adversos en la Calabria. Porque habiéndose juntado el Conde de Burela con mil infantes que conduxo de Sicilia, á Alarcon el jóven y á los nobles que estaban por el César, reprimió de tal modo el ímpetu de Simon Romano, que despues de haber impedido á la tropa de éste sus correrias y robos, dispersándola casi toda, le obligó á él mismo á encerrarse en la fortaleza de Cosenza que ántes habia tomado. Los Embaxadores de los confederados instaban en vano al Papa á que entrase en esta guerra; pues aunque era apasionado á novedades, le hacia proceder con timidez la calamidad que recientemente habia padecido, y esperaba el exîto de la presente guerra para tomar su partido. En la Lombardía todo estaba inquieto. Leyva se habia apoderado por asalto de Pavía; y arrojó con leve esfuerzo la guarnicion de Viagras. Despues fué á verse con Enrique de Brunsvik, que habia venido con diez mil Alemanes, y seiscientos caballos, por mandado del César para socorrer á Nápoles. Pero faltando dinero para la paga,

y no pudiendo Leyva socorrerle, pues mantenia á su gente con lo que podian robar en el territorio enemigo, rehusó pasar adelante. No obstante á persuasion suya, y para sacar algun fruto de tan grande exército intentó acometer á Lodi, pero con desgraciado éxîto. Los soldados fuéron afligidos con dañosísimas enfermedades que arrebatáron á muchos. Parte de ellos, aunque no habian recibido la paga, se retiráron á su patria; y obligado de la necesidad levantó el sitio de Lodi, y se volvió á Alemania habiendo dejado á Leyva dos mil infantes para remplazar sus pequeñas tropas.

No decayó de ánimo el Príncipe de Orange sucesor de Moncada en el gobierno de Nápoles, aunque habia perdido la esperanza de recibir socorro; Philipin que estaba muy irritado de la arrogancia de Lautrec porque le habia pedido con ultraje los prisioneros, afloxó mucho en estrechar á la ciudad con grande alivio de los sitiados; y finalmente luego que se le juntáron las galeras Venecianas, que eran veinte y dos, se retiró de allí absolutamente. Andres Doria su tio se habia hecho amigo del César, por la mediacion de Quiñones General de San Francisco, á quien el Pontífice habia conferido el Capelo en premio de sus grandes méritos, y se pasó al servicio del Emperador despues de cumplido el tiempo que habia pactado con el Rey Francisco, devolviéndole el collar de oro del órden de San Miguel, símbolo de la milicia y amistad Francesa. Habiendo cerrado los Venecianos la entrada del Puerto de Nápoles, estrechaba de nuevo el hambre, pero Don Fernando de Gonzaga no ménos ilustre por su sangre que por su pericia militar, no desistia de ponerse muchas veces en gran peligro, á fin de aliviar en lo posible aquella escasez. Robaba en los campos lo que ántes encontraba á costa de heridas, y no perdonaba riesgo, ni fatiga alguna para sustentar la ciudad que se hallaba afligida con muchos males. Habian perecido por la peste un inmenso número de ciudadanos, que segun un Autor nacional llegáron á sesenta mil, y una

gran multitud de soldados, especialmente Alemanes, por la mala calidad de los víveres que comian. Los que quedáron con vida amenazaban que se retirarian si no se les pagaba su estipendio; y el Príncipe de Orange reprimió mas de una vez sus alborotos, con ruegos y con dinero. Era grande la escasez que habia en la ciudad de víveres, y de todas las cosas necesarias; habiéndose consumido casi todo con tan largo asedio. Pero aun era mayor la calamidad que padecian los Franceses con un cruel contagio nacido de la inclemencia del tiempo, y de las aguas podridas que introduxéron temerariamente en la plaza, á fin de hacer mal con ellas á los sitiados. Su campo estaba cubierto de cadáveres, y todas las tiendas llenas de enfermos. Molestábalos tambien la falta de víveres; y el Rey no enviaba dinero alguno para la paga de los soldados; y aunque el Inglés contribuia con lo que habia prometido, era éste un corto auxîlio. Finalmente habiendo venido de Francia en la armada de Barbesio, que sucedió á Doria en el mando del mar, Cárlos de Fox hermano del Príncipe de Navarra con algunos nobles, solo sirvió para agravar el mal. Tambien recibiéron una corta suma de dinero, que para el estado lamentable en que se hallaban, era un socorro muy débil é insuficiente.

En una situacion tan crítica, salió Marramaldo de la ciudad con parte de la guarnicion, y arrojó á los Franceses de Puzol, Capua y Nola. Somma pueblo situado á la falda del Vesuvio fué tomado dos veces, y saqueado por esta tropa Napolitana; habiéndose llevado los caballos, la artillería, y aun la pólvora de la guarnicion que allí tenia puesta Rangoni, porque nunca pudiéron los sitiadores impedir del todo la salida á los sitiados. Encendióse cada dia mas la peste, y llegó á tal extremo, que apénas quedáron á Lautrec mil infantes, y cien caballos voluntarios, y él mismo estaba enfermo. Resistióse obstinadamente este hombre imperioso á las exhortaciones que le hacian para que levantase el sitio, y se retirase á una tierra mas saludable, porque estaba resuelto á mo-

rir en la demanda. El furor de la peste no solo se extendia por el vulgo de los soldados, sino que tambien cundia entre los principales, habiendo fallecido de ella el Legado del Papa, Pisani General de los Venecianos, y el Príncipe Cárlos de Fox hermano de Enrique, con Candalo, y Valdemont, Camilo, Tribulcio, y otros; y los demas, excepto Saluzo, y Rangoni, se hallaban gravemente postrados. Convaleció al fin Lautrec, y apénas habia recobrado las fuerzas recorria su campo, partia centinelas, y extendia sus cuidados á todas partes temeroso de los Imperiales, á quienes la calamidad agena habia infundido audacia, en tanto grado que haciendo salidas vigorosas por aquellos campos, arrebataban á los Franceses todas las provisiones que les venian, y todos los caminos estaban tan infestados que no podian transitar con seguridad desde la armada á su campo, aunque la distancia era tan corta. Pero á pesar de todo, y habiendo recaido Lautrec con calentura, cayó enfermo, y resolvió perder la vida ántes que levantar el sitio. Murió finalmente este varon esclarecido por la multitud, y variedad de sus hazañas, y aunque los escritores Franceses refieren las causas de su obstinacion, no nos detendremos en exponerlas porque nos llaman otras cosas mayores.

En este tiempo conduxo Doria al puerto de Gaeta doce galeras; y habiendo desembarcado allí al Marques del Basto, y otros prisioneros, segun lo tenia pactado con el César, navegó á Nápoles. Con su llegada se alivió mucho la necesidad de víveres, y la ciudad recibió un extraordinario consuelo. Saluzo movió una noche su campo con todo secreto, y se retiraba á Aversa con las reliquias del enfermo exército, á fin de que convaleciese en lugar mas sano entre sus camaradas. Pero habiéndolos sentido los sitiados saliéron de improviso por las puertas, y arremetiéron á los enemigos que estaban recogiendo sus equipages, matáron á unos, hiciéron prisioneros á los que ya estaban en camino, y sitiáron á los que se habian encerrado en Aversa. Recibió Saluzo una

herida que le hizo perder el ánimo quebrantado ya con tantos males, y habiendo despachado á Rangoni se entregó éste baxo de condiciones indecorosas aun hombre valeroso á fin del mes de Agosto, y de allí á poco tiempo murió en Nápoles de su herida. Pedro Navarro fué hecho prisionero en su fuga, y cargado de años y enfermedades fué encerrado en Castelnovo que él mismo habia expugnado en otro tiempo, y hubiera perecido vergonzosamente á manos de un verdugo, sino se le hubiese encontrado muerto en su quarto sin saber cómo: fué hombre verdaderamente memorable no tanto por sus hechos, quanto por las vicisitudes de su fortuna. Tambien quedáron prisioneros todos los Generales y Capitanes, excepto Rangoni á quien se dió libertad en premio de su ignominiosa entrega. Desarmados y despojados los simples soldados, y consumidos de la peste, del hambre, y de los trabajos, se retiráron á donde pudiéron, regresando los Franceses á su patria en la armada de Barbesio. Los vencedores alegres entráron en la ciudad que á tanta costa habian defendido, con los prisioneros, y con los despojos que dejáron los fugitivos, apropiándose cada uno lo que le habia deparado la suerte de la guerra.

CAPITULO XI.

PROSIGUE LA GUERRA CONTRA LA FRANCIA. REVOLUCIONES DE FLANDES. CONTINUACION DE LOS HECHOS DE CORTES, Y DE LOS PORTUGUESES EN LAS INDIAS.

Casi al mismo tiempo y en los mismos dias en que sucediéron estas cosas, mandó el Rey Francisco al Conde de San Pol que marchase prontamente á Italia para impedir de qualquier modo el paso á los socorros de Alemania, que caminaban á Nápoles baxo el mando del Príncipe de Brunsvik, y conduxo á la

Lombardía por los Alpes diez mil infantes y mil coraceros bien armados; pero quando llegó el Conde habian ya salido de allí los Alemanes. Libre ya de este cuidado, proyectó otra empresa que correspondiese á tantos preparativos. Así pues, habiendo conferenciado en Placencia con el Duque de Urbino, determinó juntar con él sus fuerzas, y hacer la guerra con mayor viveza. Hallábase Pavía defendida con pocas tropas, por lo qual resolviéron acometerla. Al mismo tiempo habiendo Doria puesto en fuga la armada de Barbesio; llegó con la suya á Génova que se hallaba afligida con la peste que cundió por casi toda la Italia. Apoderóse Doria de la ciudad, y dió libertad á los ciudadanos que estaban oprimidos con el yugo de Francia, y despues intentó embestir la fortaleza, que defendia Teodoro con su guarnicion. Habiendo tomado y saqueado San Pol á Pavía, y entregádose el castillo baxo de ciertas condiciones, se puso en marcha á Génova para llevar un tardo auxîlio á los Franceses. Pero mudando de parecer se dirigió á Savona para tener á lo ménos sujeta esta ciudad. Mas como contra su esperanza hallase todo aquel pais conmovido con el deseo de recobrar la libertad, y opuesto al dominio Frances, se retiró sin haber hecho nada á tomar quarteles de invierno en Alexandría. Los Genoveses á quienes se entregó su fortaleza la arrasáron y demoliéron, y sacudiendo de este modo el yugo Frances, entráron nuevamente á gozar de sus derechos por el favor del César, y por la virtud y memorable moderacion de Doria su ilustre ciudadano.

En Flandes habia muchas inquietudes que viniéron á parar en una guerra abierta: subleváronse los ciudadanos de Utrech contra el Obispo Enrique de Baviera, fomentados por Cárlos de Güeldres Príncipe de espíritu orgulloso y turbulento. Protegia al Obispo la Gobernadora Doña Margarita, la qual encargó esta guerra al General Conde de Buran, y habiendo tomado algunas ciudades, entráron improvisamente los Imperiales en Utrech estando las centinelas

dormidas con el vino; saqueáron las casas de los sediciosos, no sin daño de los que habian permanecido fieles, y hiciéron mucho estrago en los culpados, de los quales muchos fuéron muertos con varios suplicios. Despues de esto se estableció la paz entre el César y el Príncipe de Güeldres en el mes de Octubre, y aunque la guerra se renovó muchas veces, vino al fin á extinguirse. Recibiéron los ciudadanos de Utrech al Obispo, y de allí adelante permaneciéron baxo el dominio del César, quien nombró por Gobernador de la ciudad á Juan Erremond, y mandó edificar en ella un castillo para su defensa. La Francia no hizo entónces ningun movimiento porque el Ingles no queria que sus súbditos perdiesen las grandes utilidades que sacaban del comercio de Flandes, el qual seria interrumpido con la guerra.

En España reynaba una paz tranquila, habiendo sido removidas las causas de los antiguos tumultos; y se hallaba en un estado floreciente por sus fuerzas, y por la prudencia de los que gobernaban. Obedecia la Nacion con mucho gusto á su Príncipe; estando muy gozosa por el beneficio que Dios le habia hecho en darle sucesion. Por este tiempo habia venido el César con su Augusta Esposa desde Burgos á Madrid para celebrar las Cortes que tenia convocadas. En ellas pues, á proposicion de Don Juan de Tavera Arzobispo de Santiago, el dia diez y nueve de Abril fué jurado por todos los Estados del reyno el niño Don Felipe por sucesor de la Corona de España. Tratóse tambien en ellas de que no se confiriesen á extrangeros las dignidades Eclesiásticas; y así se mandó por una ley con otras cosas útiles al bien público. En el mes de Septiembre falleció en Madrid Don Iñigo Fernandez de Velasco Condestable de Castilla, ilustre por su sangre y esclarecidos hechos, y fué sepultado en el Convento de Santa Clara de Medina de Pomar. Sucedióle en su empleo y dignidad Don Pedro su hijo, cuyo valor y fidelidad sobresaliéron mucho en las turbaciones de los Comuneros de Castilla. Dos años ántes habia muerto Don Juan de Aragon y

Navarra hijo del desgraciadísimo Príncipe de Viana Don Cárlos y Obispo de Huesca en Aragon, lleno de dias, pues llegó á la edad de noventa años, y su cuerpo fué sepultado en la Iglesia Catedral, y puesta sobre el sepúlcro su estátua de mármol: fué varon muy santo en opinion de todos, y de ardiente caridad para con los pobres. Disputáron sobre la sucesion de su Obispado Don Felipe Urrea su coadjutor, Obispo de Philadelphia, y Don Alonso de Castro. Anticipóse éste en recurrir á Roma, y ganó la causa; pero al volver á Huesca murió en el camino, y habiendo sido electo en su lugar Don Diego Cabrera, falleció tambien dentro de breve tiempo. Confirióse despues este Obispado á Lorenzo Campegio, quien le renunció, y finalmente recayó en Gerónimo Doria.

Los presidios de Africa gozaban de tranquilidad, y no eran acometidos por los Moros: pues por este tiempo se volviéron las cimitarras contra los mismos bárbaros. Los Xerifes que eran unos hombres desconocidos y de obscuro nacimiento, causáron una gran turbacion en aquellas partes. Habiendo juntado muchas fuerzas con pretexto de religion, tomó Hamet el título de Rey de Marruecos, y Mahamet el de Rey de Susia. Despues de esto resistiéndose públicamente á reconocer la autoridad de Otazem Rey de Fez, le venciéron en una batalla, en la qual pereció Abdalla Zagoyb último Rey de Granada, que mandaba la vanguardia, Príncipe no ménos desgraciado en su propia causa que en la agena. Duró por mucho tiempo la guerra civil entre los bárbaros; pero despues se suscitó otra entre los dos Xerifes, que al fin vino á dirigirse contra los presidios Portugueses.

En la América se hallaban las cosas en grande alteracion. Envió Cortés una armada contra Christóval de Olid, que se habia substrahido de su autoridad; cuya armada naufragó en el Océano, habiendo perecido quarenta Españoles entre las olas. Los demas con su Capitan Francisco César fuéron hechos prisioneros por Olid, y puestos en buena custodia. Otro tanto hizo con su compañero Dávila, cuya amistad

se habia convertido en discordia. Pero poco despues habiendo roto su prision los cautivos degolláron á Olid, y inmediatamente se volviéron á Cortés, atravesando por Goatemala. Este pues, que ignoraba hasta entónces lo que pasaba, se puso en camino para aquellos paises, á fin de que no quedase sin castigo la perfidia, ni fuese despreciada su autoridad. Seguíanle ciento y cinqüenta caballos, otros tantos infantes, y tres mil Mexicanos escogidos y armados segun su costumbre, y embarcó los víveres en dos navíos. Emprendió su marcha acia el mediodia por unos montes tan ásperos y intrincados, que para no perder el rumbo fué preciso algunas veces usar de la brúxula. Entretanto pereciéron los navíos con los víveres por las discordias de los Españoles, que arrebatados de la ambicion de mandar se matáron unos á otros con recíprocas heridas. De aquí provino una hambre tan cruel, que los que acompañaban á Cortés se viéron obligados á comer las cosas mas asquerosas. Juntóse á esto el deseo que tenian los conjurados de restituir á Guatimocin la libertad y el imperio. Habíale Cortés llevado consigo á este viage, temeroso de que un hombre de tan grande espíritu podia causar alguna revolucion durante su ausencia. Pero habiendo llegado á su noticia lo que se tramaba le condenó al último suplicio junto con otros dos Nobles de la nacion. Así acabó Guatimocin onceno Rey de México, dando este nuevo exemplo de la inconstancia de las cosas humanas. Libre ya Cortés de este cuidado, prosiguió adelante su camino venciendo dificultades increibles, Allanó á fuerza de hacha espesos bosques donde nadie habia penetrado, llenos de fieras desconocidas que les salian al encuentro, y atravesó los rios, y esteros, levantando sobre ellos larguísimas puentes, una de las quales constaba de ocho mil vigas de una admirable magnitud, Descubrió en aquel viage nuevas naciones, y las reduxo á su dominio. En esta expedicion verdaderamente memorable padeciéron los Españoles todo género de peligros, y todos los males que pueden tolerar los hombres; y á la

verdad no conozco nacion alguna que haya resistido los trabajos y peligros con mas constancia, intrepidez y alegría, y con ánimo mas invicto que la Nacion Española. Finalmente habiendo caminado dos mil millas, y perdido setenta caballos, llegó Cortés á Nayarit adonde se habian refugiado los Españoles casi muertos de hambre, despues de la muerte de Olid su Capitan. Peleó muchas veces felizmente con los bárbaros, aunque en uno de estos combates fué herido en una pierna, y habiendo tomado algunos víveres que traxéron por mar los enemigos, socorrió con ellos á sus soldados. Visitó las Colonias, y estableció otras nuevas, para que sirviesen como de freno á las Naciones subyugadas, y despues de haber puesto órden en todo, determinó regresar á México por mar, mandando á Sandoval que se volviese á Guatemala con las tropas.

Durante su ausencia de México se pusiéron las cosas en tan deplorable estado, que jamas corriéron mayor peligro. El deseo de mandar introduxo la discordia entre los que nombró para que gobernasen en su nombre. Suscitáronse grandes turbulencias, prohibiéndose mutuamente el exercicio de su potestad, y al fin se alzáron con la tiranía Gonzalo de Salazar, y Peralmindez Chirinos despues de haber hecho á Cortés las exêquias por haber corrido la voz que era muerto. Su infausto gobierno fué señalado con crueldades, rapiñas, y con todo género de excesos y desordenes. Hiciéron ahorcar á Rodrigo pariente cercano de Cortés, atribuyéndole delitos que no habia cometido. El Licenciado Zuazo á quien Cortés dexó en México para administrar la justicia fué desterrado de todo el continente. Irritándose con tan graves injurias los del partido de Cortés, y dirigidos por Jorge Alvarado tomáron las armas, y entráron con ímpetu en la casa de Salazar, y apoderándose de él despues de haber puesto en fuga á sus guardias, le metiéron en la cárcel. Andres de Tapia se apoderó en Tlascala de la persona de Chirinos, y le hizo llevar á México bien asegurado. Entre tantas discordias

y turbulencias, crecia cada dia mas y mas el odio de los Mexicanos contra los Españoles, y los puso en tan gran peligro, que llegáron alguna vez á tratar de abandonar á México. Los principales entre los bárbaros, cuya audacia tomó nuevo aliento con la ausencia de Cortés, conferenciaban sobre los medios de arrojar de allí á sus huespedes, y vengar sus injurias. Hacíanse muchos sacrificios y oraciones para aplacar á Dios, pues ningun auxîlio humano podia libertarlos de las manos de los bárbaros si llegasen á tomar las armas como se temia á cada momento. A este mismo tiempo desembarcó felizmente Cortés, y emprendió por tierra su marcha á México.

Luego que llegó á la ciudad, acometió á sangre y fuego á los bárbaros que se hallaban tumultuados; muchos de ellos fuéron despedazados por los perros; otros en gran número pereciéron con exquisitos suplicios: otros huyéron; atonitos los demas con el aspecto de tan horrenda carnicería hubiéron de apaciguarse. Sin embargo continuaba Cortés los castigos, no tanto por tomar venganza de los culpados, pues ya estaba bien satisfecha, quanto por disminuir las fuerzas de la multitud, olvidado sin duda de la humanidad por el excesivo deseo de precaverse. Poco ántes de estos tiempos habia Cortés despachado á España tres navíos, en los que envió al César trece mil ochocientas setenta y quatro libras de oro de los despojos de las ciudades tomadas, y casi mil libras de perlas. Codiciosos de esta presa los Piratas Franceses, intentáron invadirla; pero fuéron arrojados por una tempestad á las costas de Andalucía, donde se les hiciéron pedazos cinco navíos, y quedáron hechos prisioneros. De allí á poco llegáron felizmente otros ocho navíos enviados por el mismo Cortés con un cañon de artillería de plata de mucho peso, con una inscripcion elegantísima, y setenta mil marcos de oro, cuyos dones fuéron muy gratos al César.

Sebastian Gaboto navegó entónces desde España á los mares de América con quatro navios, con designio de atravesar el estrecho de Magallanes, y pa-

sar á las islas Molucas; pero habiendo sido llevados por los vientos al rio de la plata, recorrió toda aquella region meridional. Detúvose allí mucho tiempo, habiendo fortificado su campo contra las incursiones de los bárbaros, con los quales habia tenido un combate en que perdió veinte y ocho de sus compañeros. Habiendo sido Loaysa enviado á aquellas partes, se le hizo pedazos un navío en el estrecho, y dispersados los demas por una tormenta, perdió la vida en este contratiempo. Al quarto dia falleció su sucesor Sebastian del Cano varon esclarecido, y de inmortal fama por haber dado el primero la vuelta á todo el orbe, y propagándose mas las enfermedades, muriéron tambien quarenta compañeros suyos. Fué nombrado en su lugar por voto de los soldados Martin Cerquiciano, y despues de haber padecido increibles peligros llegó á Giloló capital de las Molucas. Hizo alianza con los isleños, que deseaban con mucho ardor vengarse de los Portugueses, porque habian construido una fortaleza en Ternate, de la qual era Gobernador García Enriquez. Los Castellanos tenian los mismos designios, y se quejaban de que Antonio Brito les habia tomado el navío llamado Trinidad ricamente cargado de mercadurías orientales, y de que hubiesen sido conducidos presos á Malaca quarenta y ocho de sus compañeros, que venian en la armada que atravesó el estrecho. Los bárbaros además de las antiguas quejas alegaban las nuevas injurias que padecian por haber establecido comercio con los Castellanos. De aquí pues se originó una guerra emprendida con mas ardor que fuerzas, contra la voluntad de los Príncipes, que procuraban componer sus diferencias sin el estrépito de las armas. Diego García sulcó tambien el mar del sur con quatro navíos, y tocó en el Brasil, y habiendo buscado largo tiempo á Gaboto por aquellas costas, le halló al fin en el rio de la plata. Desde allí envió al César una suma de plata traida de lo interior de aquella region que despues fué descubierta por los Españoles, y es abundantísima de este

metal. Levantáron los Castellanos en Tidore una fortaleza con auxîlio de los bárbaros, y fué su Gobernador Francisco de Torres varon de invencible constancia, que despues de la muerte de Cerquiciano le sucedió en el mando. Peleó muchas veces con los Portugueses con varia fortuna, y vino á socorrerle Alvaro de Saavedra enviado por Cortés con tres navíos; de los quales llegó el Almirante con grande alegría de los Castellanos, habiendo dispersado los otros dos una tormenta. En el año siguiente de mil quinientos veinte y ocho emprendió Saavedra navegar á la Nueva España con un navío cargado de especería por unos mares desconocidos donde padeció horribles tempestades que le acabáron la vida. Volvió el navío á Tidore con mucho trabajo, y fué entregado á Torres, como el mismo Saavedra lo habia mandado al tiempo de morir.

En México se estableció una Audiencia Real para que administrase justicia en todo el distrito de la Nueva España, y fuéron nombrados Oidores Martin Matienzo, Alonso Parada, Diego Delgadillo, y Francisco Maldonado. Erigióse tambien en México Silla Episcopal, y fué electo por su primer Obispo Fr. Juan de Zumarraga Vizcaino, del Orden de San Francisco, varon adornado de todo género de virtudes, el qual admitió esta dignidad obligado de sus superiores. Envió el César quarenta Religiosos del Orden de Santo Domingo, y otros tantos de San Francisco, para que instruyesen á los Indios en nuestra santa fe, y les administrasen el Bautismo. A estos siguiéron otros del Orden de San Agustin con grande utilidad, y aumento de la religion christiana. Alvarado navegó á España, y en premio de sus servicios se le confirió el gobierno de Goatemala, provincia fertil y opulenta. Montejo y Narvaez fuéron enviados para sujetar á los bárbaros, aquel á Yucatan, y éste á la Florida. Falleció Figueroa Obispo de la isla Española, y tambien Pedro Mártir de Angleria Abad de la Jamayca, escritor verídico de la Historia de América. Don Miguel Ramirez fué nom-

brado Obispo de Cuba y de Jamayca, y Presidente de la Audiencia de Santo Domingo.

Obedecia á Cortés una vasta region de dos mil millas de longitud, y poseia inmensa cantidad de oro, piedras preciosas, y todas las demas cosas con que los mortales se tienen por felices. Pero siendo tan propio de nuestra naturaleza que las prosperidades vengan mezcladas con desgracias, se movió contra él la envidia, y malevolencia de los hombres ociosos, y para defenderse del crímen de malversacion que le atribuian, se embarcó para España á instancia del Obispo de Osma, Presidente del Consejo de Indias, nuevamente establecido por el César. Y aunque este tribunal se habia manifestado muy contrario á Cortés, salió victorioso con el favor del César, y fué absuelto de los cargos que le hacian, mas en consideracion de su valor, que por el rigor de la justicia. Poco tiempo ántes murió de enfermedad en Montalban cerca de Toledo Don Diego Colon hijo de Christóbal, hallándose en camino para presentarse al César. Su cuerpo fué llevado á Sevilla, y sepultado en el sepulcro de sus padres, habiendo instituido por heredero á su hijo Don Luis.

En el Oriente tenian los Portugueses tan prosperos, sucesos que parecian milagros. Peleáron muchas veces con los Mahometanos y piratas, y les tomáron grandes presas. Meneses llevó la guerra á aquellas partes con una poderosa armada. Tomó y puso fuego á Panane en las costas de Malabar, porque se resistian sus habitantes á restituir lo que habian robado á los Portugueses, y despues hizo otro tanto con Coulan plaza inmediata de mucho comercio, habiendo hecho grande estrago en los bárbaros. Incendióles tambien las naves, y reservó cincuenta y tres para conducir el botin qne habia recogido, en el qual habia trescientos y sesenta cañones de todos calibres, y una gran cantidad de drogas preciosas. En Calecut, que se cree ser el Muciris de Plinio, tenia Juan de Lima una fortaleza con trescientos Portugueses, la qual intentó combatir el Zamorin para

vengar la injuria que habia recibido. Acudió Meneses con una armada de veinte navíos bien equipados, y desembarcando su gente, embistió de improviso al enemigo, y le derrotó con gran perdida. Pero luego que libertó del peligro la fortaleza, la mandó volar por no ser necesaria para la defensa del dominio Portugues. Desde allí pasó con su armada á Cananor, donde acometido de una grave dolencia murió en la flor de su edad, aunque era digno de mas larga vida por sus excelentes prendas de alma y cuerpo, y especialmente por su singular modestia, tan contraria al fausto, y arrogancia de sus compatriotas. Despues de celebradas las exêquias de Meneses, fué declarado por su sucesor en el mando Lope de Sampayo, sin contar con Pedro Mascareñas, que se hallaba Gobernador de Malaca, en quien debia recaer, lo qual ocasionó muchas discordias civiles. Entretanto fué libertada Malaca del peligro que corria, habiendo sido obligados los bárbaros á levantar el sitio que la tenian puesto. Mascareñas, que esperaba un viento favorable para pagarles en la misma moneda, acometió á Bintan, lo que tantas veces habia intentado desgraciadamente, venció, y puso en fuga á Alodino enemigo muy molesto; tomó la ciudad, y arruinó todas sus fortificaciones, y de este modo quitó á los bárbaros la ocasion de incomodar de nuevo á Malaca. Entre la presa que hizo, se apoderó de trescientas piezas de artillería muchas de ellas de bronce; salió de allí con viento prospero, y habiendo navegado el ancho Océano, llegó á Cochin, pero Sampayo contra la palabra que tenia dada, rehusó entregarle el gobierno que exercia; y habiéndose suscitado contienda entre los dos, se dividiéron en facciones los Portugueses, y faltó poco para que no recurriesen á las armas. Sin embargo siguiéron su pleyto por los términos legales; y habiéndose mandado contra todo derecho que Mascareñas se embarcase quanto ántes para Portugal, se adjudicó el gobierno á Sampayo. Pero el Rey vengó despues esta injusticia, habiendo oido las quejas de Mascareñas, y Sampayo

fué condenado en veinte mil escudos, que era la renta que por espació de dos años habia percibido del gobierno, los quales se entregáron á Mascareñas. Por lo demas Sampayo, exceptuando la ambicion de mandar que es comun vicio de todos los hombres, gobernó aquellas provincias con mucha moderacion. Ganó por mar y tierra muchas victorias á los bárbaros, recogió ricos despojos, y vengó las injurias que habian hecho á su nacion. Volvió ahora á florecer el imperio Portugues en el Asia, y parecian renovarse las famosas hazañas de los tiempos änteriores, y la inmensa cantidad de aromas, y mercaderías preciosas de la India que entraban en Portugal, aumentó en gran manera su opulento comercio. Pero volvamos ahora á seguir el hilo de las cosas de Europa.

CAPITULO XII.

SITIO DE MILAN POR LOS VENECIANOS, Y SUCESOS DE LAS ARMAS IMPERIALES Y FRANCESAS. RECONCILIACION DEL CESAR CON EL PAPA. PAZ DE CAMBRAY.

Despues que Nápoles se vió libre de tan formidable sitio, se hiciéron pesquisas, y fuéron condenados como reos de lesa Magestad, y degollados en la plaza pública Federico Cayetano, hijo del Duque de Trayeto, y Enrique Pandonio Duque de Bovio, con otros quatro nobles; y se confiscáron los bienes de muchos, que siguiendo el partido de la Francia se habian puesto en fuga. No se omitia cuidado ni diligencia alguna en juntar dinero para la paga de los soldados, en lo qual trabajó mucho Moron que era el alma y el árbitro de todo quanto se hacia y resolvia, y en premio de sus servicios se le concedió el Principado de Bovio. Despues de esto, y para extinguir las reliquias de la guerra, partiéron de Nápoles el Príncipe de Orange, y el Marques del Basto á la en-

1529. trada de la primavera del año siguiente de mil quinientos veinte y nueve : el de Orange marchó con los Alemanes contra los de la Basilicata ; hízose dueño de Aquila que habia seguido el partido de la Francia , habiéndola hallado desierta por la fuga de la tropa Francesa , y tomó otros muchos pueblos de aquel territorio , multándoles en cien mil escudos , y finalmente arrojó á los enemigos de otros lugares y plazas. Basto con los Españoles se dirigió á la Pulla ; acometió por dos veces á Monópoli ciudad situada en la costa del mar , y habiendo recibido algun daño, levantó el sitio. Fué la guerra mas dificil de lo que habian pensado , porque la armada Veneciana estuvo muy pronta al socorro , con el qual no solo se defendian desde los muros , sino que molestaban á los sitiadores. Intentáron en vano los confederados expugnar la fortaleza de Brindis , y en esta empresa pereció Simon Romano , atravesado de una bala de cañon. Al mismo tiempo no cesaba tampoco la guerra en la Lombardía. Recibió Leyva un fuerte socorro de Españoles , que desembarcáron en Génova habiendose burlado de los Franceses , y Venecianos que tenian sitiados los caminos. Los Venecianos deseaban apoderarse de Milan , y los Franceses de Génova; pero como aquella ciudad estaba tan asegurada con fortificaciones , y con una poderosa guarnicion , no quisiéron embestirla, á fin de no malograr sus esfuerzos, y se contentáron con bloquearla para impedir la entrada de viveres , y estrecharla con el hambre que ya padecia , habiendo puesto presidios en los lugares oportunos. No sabiendo Leyva que hacerse para juntar dinero y pagar á la tropa , agravó mucho la necesidad que afligia á la ciudad , exîgiéndola un intolerable tributo : nueva invencion de mantener la ciudad con el hambre de la ciudad misma. Entretanto caminando el Frances con un grande exército á Génova, donde tenia puestos los ojos , envió delante el primer esquadron ácia Pavía , al que seguia el segundo á largo trecho con la artillería , y demas provisiones. Noticioso Leyva de este intento por medio de

sus espias, salió de Milan en lo mas profundo de la noche con ocho mil soldados encamisados, y camináron con tanto silencio que ántes fuéron vistos que sentidos de los enemigos. Levantando la voz acometen de improviso á los que se hallaban metidos en el lodo para sacar la cureña de un cañon que se habia roto. El Conde de San Pol aunque fué sorprehendido, exhortó á los Alemanes al combate con su exemplo, y sus palabras. El Español que era llevado en una silla de manos por estar enfermo de gota, animaba al soldado con su presencia, y acudiendo á todas partes mandaba, y dirigia sus tropas con gran prudencia, y intrepidez. Rechazados que fuéron los Alemanes, é Italianos, cayó todo el peso de la pelea sobre San Pol, y los Franceses, é intentando aquel saltar una zanja cayó debaxo de su caballo, y fué hecho prisionero con Rangoni, Castillon, y otros de los principales con la artillería, y bagages. Alegre Leyva con la victoria se volvió á Milan, y los Franceses llenos de oprobrio, y privados de su General, regresáron á la otra parte de los Alpes para servir de testigos de su derrota.

El César despues de arregladas las cosas de Castilla, y dexando á la Emperatriz por Gobernadora del reyno, pasó á Zaragoza en el mes de Marzo. Celebró Cortes de Aragon en la villa de Monzon; en las quales á propuesta de Don Fernando de Aragon, se estableció la forma de decidir las competencias de jurisdiccion, que ocurriesen entre sus Jueces; y habiendo sido trasladadas estas Cortes á Zaragoza, se acordáron otras cosas útiles al bien de los pueblos. A este tiempo llegó Cortés del Nuevo Mundo, y la fama de su nombre era tan célebre en España, que todos deseaban verle, y las ciudades enteras le salian al encuentro por donde caminaba. Decidida su causa como ya diximos, fué condecorado por la benignidad del César con el título de Marques del Valle de Guaxaca, habiéndole dado algunos pueblos en otras partes, y grandes posesiones en el territorio de México, que le produxesen quantiosas rentas en premio de sus heroycas hazañas. Además le confirió el gobierno mili-

tar de aquel nuevo reyno, y procuró Cortés que fuesen recompensados sus compañeros, segun los méritos de cada uno, y consiguió tambien una gran suma de dinero para edificar Iglesias. A los Tlascaltecas se les concediéron varios privilegios, é inmunidades en recompensa de su fidelidad á los Españoles, y del auxîlio que les prestáron en la guerra de México. Acompañó Cortés al César hasta Zaragoza, y desde allí se volvió á Sevilla donde contraxo matrimonio con Doña Juana de Zuñiga hija del Conde Aguilar de quien tuvo un hijo llamado Martin, heredero de tantas riquezas. Marchó el César á Barcelona luego que estuviéron hechos los preparativos necesarios para su embarque, y en esta ciudad estableció alianza jurada con el Pontífice, á la qual contribuyó mucho Juan Antonio Muscetula noble Napolitano, sucesor en la Embaxada Pontificia del Duque de Sesa, que habia fallecido. En los artículos de este tratado se arregláron muchos puntos, así políticos como eclesiásticos, y los principales fuéron que la paz habia de ser perpetua: que el César seria confirmado en la posesion del reyno de Nápoles con un leve tributo que pagaria, quedando revocadas las Bulas de otros Pontífices que lo prohibian: que la causa de Esforcia se decidiria por Jueces íntegros: que Margarita hija del César nacida en Flandes de una madre desigual, casaria con Alexandro de Medicis despues de recobrada Florencia, y las ciudades del dominio Pontificio con las armas de ambos; y que el César presentaria veinte y quatro Obispados en el reyno de Nápoles; cuya gracia extendió el Papa algunos años despues á otros Obispados de Cerdeña y Sicilia. Concedió tambien á peticion del César al órden militar de Santiago el permiso de que sus individuos pudiesen testar baxo de ciertas restricciones. Entretanto fuéron restituidos al Papa por mandado del César los rehenes, y pueblos, que le habian sido tomados al tiempo de su prision; despues de lo qual se determinó la guerra de Florencia, baxo el mando del Príncipe de Orange. Hallándose incomodado el César al tiempo de embarcarse con fuertes dolores de

cabeza, se hizo cortar el pelo segun la costumbre de los Romanos, y le imitáron en esto los Grandes, aunque con mucha repugnancia, y de aquí adelante no volviéron á dexarse crecer el cabello. Finalmente se embarcó con un exército de ocho mil Españoles, y mil caballos, y con una navegacion poco favorable llegó á Génova, conduciéndole Doria en una nave muy adornada. Fué recibido, y obsequiado por los Genoveses con gran magnificencia.

Madama Luisa, y Margarita de Austria habian venido á Cambray á fin de conciliar la paz, la que finalmente se ajustó despues de largas, y molestas contiendas, por la mediacion del Arzobispo de Capua legado del Pontífice. Aprobóla el Ingles con mucha complacencia, y lo mismo otros Príncipes que enviáron á este fin sus Embaxadores. Muchos de los capítulos de este tratado quedáron sin efecto alguno; pero sin embargo se ajustáron entónces, ó á lo ménos se sosegáron las mas graves controversias que habia entre el César, y el Rey Francisco. Prometió éste por la libertad de sus hijos dos millones de escudos de oro puro. El César quedó exônerado del título de Feudatario del Frances por la parte que poseía de la Galia Bélgica, donde habitáron en otros tiempos los Menapios. Renunciáron uno y otro sus antiguos derechos, y pretensiones, y principalmente el Frances el que alegaba tener á la Lombardía, y al reyno de Nápoles. Pagóse la deuda del Ingles, y éste restituyó al César el lirio engastado en piedras preciosas, blason de los Príncipes de Borgoña, y alhaja de singular estimacion, de la qual tratan largamente los escritores Españoles; y finalmente se restituyéron á los herederos de Borbon los bienes que se le habian confiscado. Estos y otros fuéron los artículos de este tratado que recibió el César en Génova, y le confirmó, y ratificó con alegría comun, y aplauso de todos los pueblos, excepto de los Italianos confederados que se quejaban altamente del Rey, pues les habia ofrecido que de ninguna manera ajustaria la paz con el César, sin contar con ellos; lo qual no habiéndolo cumplido fué notado de poco fiel

en sus palabras, como dice Busieres historiador Frances. Por tanto no les quedó otro recurso que el de reconciliarse con el César, y así acudiéron á él una gran multitud de Príncipes, y Embaxadores con muchas muestras de alegría, verdadera, ó fingida, siendo los Venecianos los únicos que faltáron. Recibiólos á todos con mucha benignidad, y los hizo amigos suyos, especialmente á los Duques de Mantua, y Ferrara, libertándolos del temor de la guerra. A los Florentinos fué negada la paz hasta que se sujetasen á la obediencia del Pontífice, diciendo el César que si no querian hacerlo, tomaria este negocio á su cuidado. No podian resolverse á esto unos hombres tan amantes de su libertad, aunque los aterraba el peligro que tenian á la vista. Porque entretanto que se juntaban las tropas en Fuligno, el Príncipe de Orange salió de Nápoles, dexando por su teniente al Cardenal Colona, y vino aceleradamente á Roma á principios de Julio para tratar con el Papa sobre los medios de hacer esta guerra.

Partió de allí con dinero, y dió principio á las hostilidades apoderándose en el camino de Espoleto. Juntósele el Marques del Basto con la infantería Española que estaba en la Pulla, y acometió á Hispello donde murió de una herida Juan de Urbina Español valerosísimo que habia hecho muchas campañas. El pueblo se entregó baxo de condiciones, pero fuéron mal observadas por las tropas, y maltratáron á los habitantes en venganza de la muerte de Urbina. Perugia, y Arezo se entregáron voluntariamente, y habiéndose atrevido á hacer resistencia los Cortonenses, fuéron multados en veinte mil escudos de oro. Los Castellonenses cayéron en mayor infortunio, pues fué combatida, y saqueada la ciudad. Aumentaba el terror y espanto el exército Español acampado en Sabona. Otro exército de Alemanes mandado por el General Felix Fustemberg habia atravesado los Alpes por la parte de Trento, y sin embargo aquellos hombres obstinados en el odio que tenian al dominio de la casa de los Medicis, no desistian de sus intentos tan perjudiciales á la patria como á ellos mismos. Envió el César

parte de las tropas para la custodia de Milan, y mandó que le siguiesen las demas, habiendo llamado á Leyva que en aquellos dias habia tomado á Pavía, para que fuese de Capitan de los Españoles que caminaban á Bolonia. Finalmente el César atravesando por Plasencia, Regio, y Modena, y habiéndole preparado el Duque de Ferrara un magnífico hospedage digno de su persona, llegó á Bolonia donde ya se hallaba el Papa que habia ido por otro camino. Fué recibido baxo de un palio de tela de oro, por los doctores de aquella universidad que iban ricamente adornados. De este modo caminó hasta la plaza, montado en un caballo blanco, y armado de cota de malla sin morrion con pompa semejante á un triunfo. Allí le esperaba el Papa vestido de Pontifical sobre un espacioso tablado que figuraba un templo, cubierto de ricas tapicerías, y acompañado de los Cardenales. Luego que llegó el César se apeó del caballo; y seguido de los Grandes y Embaxadores, subió adonde estaba el Pontífice. Arrodillóse delante de él, y levantándole el Papa para darle el osculo, le hizo el César este breve discurso en lengua Española. „Vengo ahora á vuestros pies, san„tísimo Padre, con la misma reverencia y amor que „siempre os he tenido, para que de comun acuerdo „tratemos seriamente de restituir la tranquilidad al „orbe christiano, afligido con tantas calamidades. Por „tanto ruego al Dios todo poderoso que me ha ins„pirado este ánimo, y á quien yo lo atribuyo que „favorezca mis deseos tan saludables como lo espero „al nombre christiano.“ El Pontífice derramando lágrimas de gozo, y alegria le respondió: „doy infi„nitas gracias á nuestro Señor Jesu Christo porque „me ha concedido el gozar de vuestra amable presen„cia, y espero con mucha confianza que con vuestro „auxîlio, y poder será restablecida la paz tan desea„da de todos los buenos, y con imponderable benefi„cio de la christiandad, y la que os atraerá la gra„cia en la tierra, y la gloria en el reyno de los cie„los.“ Despues de esto ofreció el César al Pontífice, diez libras de oro acuñado, y el Papa le acompañó

hasta las puertas del templo. Desde allí despues de haber hecho oracion delante del altar mayor, se retiró á su magnífico hospedage, y el Papa á otro inmediato, y como tenian comunicacion por lo interior, pudiéron muchas veces hablarse á solas. Diéronse mutua satisfaccion de sus ofensas recíprocas, y descubriéndose con sincera franqueza sus mas íntimos secretos, dirigiéron todos sus cuidados al restablecimiento de la paz en Italia. Los Venecianos estaban dispuestos á ella por haber dexado las armas; y muchas veces se trató por sus Embaxadores de las condiciones con que habia de hacerse. Finalmente el César se la concedió con benignidad, y perdonó á Esforcia. A unos, y otros les valió mucho la intercesion del Papa Pontífice. Además estableciéron una alianza, por la que se obligáron á tener todos en comun, y cada uno en particular los mismos amigos y enemigos, y á juntar sus armas para rechazar con ellas qualquiera invasion enemiga. Esforcia se entregó al César, sin haberle pedido ninguna prenda para su seguridad, y esta grandeza de ánimo fué tan grata á aquel Príncipe que le recibió en su amistad; y despues de haberle restituido la Lombardía le prometió casarle con Christina hija de Isabel su hermana. Los Venecianos entregáron inmediatamente las plazas de Rabena, y Cervi, que habian quitado al Pontífice. Restituyéron al César las ciudades que en la próxîma guerra le tomáron en la Pulla, ofreciéndole además trescientos mil escudos. Esforcia prometió pagarle en ciertos plazos novecientos mil que le debia por la anterior alianza, quedando entretanto en prendas las fortalezas de Milan, y Como, que se encargáron á Leyva, el qual fué remunerado con algunos ricos pueblos de la Lombardía, en premio de sus grandes servicios. Ajustó el César como árbitro entre el Pontífice, y el de Ferrara la antigua controversia que tenian sobre la posesion de Regio, y Modena; á la verdad con prudente consejo para que en medio del comun gozo, y alegría no quedase descontento ninguno de ellos, como sucedio despues quando se decidió este pleyto. Nació entónces al César un hi-

jo, á quien puso el nombre de Fernando, pero se aguó en breve esta alegría con su temprana muerte.

Por el mismo tiempo acaeció una desgracia en la isla de Ibiza, pues habiendo Rodrigo Portundo acometido temerariamente á unos piratas Moros quando regresaba de Génova, quedó muerto en el combate, le apresáron quatro galeras, y solo dos se salváron por la fuga. En este verano fué sitiada Viena de Austria por Soliman que habia recibido baxo de su proteccion á Sepusio arrojado del Reyno de Ungría por Don Fernando. Dicese que traxo doscientos mil hombres para esta guerra, temeroso del enorme poder de la casa de Austria que tenia tan cercana. Habiendo hecho minar las murallas porque carecia de artillería gruesa, intentó en vano expugnar aquella ciudad tan fortificada. Acometióla muchas veces con terrible ímpetu, pero siempre con grande estrago de los suyos, de los quales se asegura pereciéron sesenta mil: y despues de tan considerable derrota se volvió Soliman á Constantinopla lleno de ira y despecho. Felipe Palatino obtuvo la mayor gloria en la defensa de esta ciudad. Entre los Españoles auxiliares es celebrado por marmol D. Luis Dávalos noble Andaluz, que despues de haber dado grandes exemplos de valor, y fortaleza en aquel sitio perdió en él la vida. Su cuerpo fué sepultado en un honorífico túmulo en la capilla de los siete Electores.

Por este tiempo comenzáron á turbarse las cosas de Inglaterra, y fue la causa Ana Bolena, á quien miraba el Rey Enrique con lascivos ojos. Este pues con la esperanza de casarse con ella, y habiendo repudiado á su legítima muger la Reyna Doña Catalina de Aragon, solicitó vivamente por medio de sus Embaxadores que el Pontífice diese por nulo su matrimonio. Noticioso el Rey por ellos de que el Papa solo le habia dado buenas palabras, como dice Guichardino, se encendió en ira, la que descargó primeramente en el Cardenal Volseo, quejándose de que con sus artificios le habia engañado, y despojándole de todos sus bienes le desterró á York. De allí á poco tiempo oprimido Volseo del odio comun, y cargado de acusacio-

nes, fué llamado á la Corte para que respondiese sóbre el crímen de Lesa Magestad, pero murió en el camino de una disenteria, y fué sepultado en Leicester: fué varon de extraordinario talento, y de algunas letras, aficionado al fausto, y magnificencia, iracundo, presuntuoso, deshonesto, y disimulado, como dice el P. Edmundo Campiano en su tratado de *Divortio Henrici.* De aquí tuvo su orígen el cruel cisma que destruyó la Religion Cathólica en Inglaterra, de lo que trataremos despues en lugar oportuno.

CAPITULO XIII.

CORONACION DEL CESAR EN BOLONIA. GUERRA DE FLORENCIA, Y RESTABLECIMIENTO DE LA FAMILIA DE MEDICIS EN EL DOMINIO DE TOSCANA.

1530. El año treinta de este siglo comenzó felizmente con la publicacion de la paz, cuya ceremonia se celebró en la Iglesia Catedral de Bolonia dedicada á San Petronio, y no es necesario decir quánta fué la alegría, y gozo de los pueblos, que molestados con hostilidades por espacio de nueve años que duró la guerra Francesa, no deseaban, ni querian otra cosa mas que la paz. Los Florentinos eran los únicos que careciéron miserablemente de esta felicidad, no ménos por la ambicion de los Medicis, que por su propia pertinacia. No habiendo ninguna esperanza de que se sujetasen voluntariamente, aumentó su exército el Príncipe de Orange con las tropas que le envió el César, y cercó la ciudad con dos campamentos. Habíase encargado de su defensa Balconio Malatesta, que aunque pequeño de cuerpo y débil, tenia un ánimo grande, y un esforzado valor al qual se juntó Esteban Colona General muy antiguo, y de gran fama. Sus tropas se componian de nueve mil infantes veteranos, y casi mil y quinientos caballos. Además tomáron las

armas siete mil ciudadanos, incitados del deseo de defender la libertad: grande esfuerzo á la verdad de una ciudad sola que no tuvo el menor auxîlio ageno. Los que acostumbran escudriñar mas con malignidad que con verdad los arcanos de los Príncipes, atribuyéron al Rey de Francia maquinaciones ocultas contra la paz que acababa de establecerse. Pero entretanto que se fortifica la ciudad, y se defienden los Florentinos con la mayor constancia, se preparáron todas las cosas para recibir el César la Corona del Imperio Germánico, señalándose para esta alegre fiesta el dia del Apóstol San Matías.

En Monza cerca de Milan se guarda la Corona de hierro, insignia del reyno Longobardo; y habiéndose traido de allí dos dias ántes la recibió el César á presencia del Pontífice en la capilla privada. Luego que amaneció el deseado dia, se acampó Leyva en la plaza con los Españoles, vueltas las bocas de los cañones contra todas las entradas de las calles, y puestas las banderas en medio. Toda la ciudad se hallaba llena de innumerable multitud de gente que de todas partes habia concurrido á este espectáculo, de tal modo que los texados de las casas de la plaza casi amenazaban ruina por el peso de la gente que habia cargado en ellos. Fué conducido en solemne pompa el Pontífice en silla de manos, acompañado de los Cardenales y los Obispos, desde el palacio á la Catedral por un puente que estaba formado sobre arcos de madera. Despues siguió el César á pie debaxo de un palio hasta la entrada de la Iglesia con lucido acompañamiento de Grandes. Celebró el Pontífice la Misa, y en medio de ella fué ungido el César en los hombros, y en el brazo derecho con el sagrado oleo, y despues le puso su Santidad la Corona de oro, y las demas insignias del Imperio con particularísimas ceremonias. Sentóse despues en una silla de oro, y adornado con el manto Imperial, fué saludado augusto Emperador de los Romanos. Finalmente recibió la sagrada comunion con admirable compostura que indicaba su mucha piedad, y al punto se disparáron los cañones en señal de re-

gocijo, manifestando todos su extraordinaria alegría con las festivas aclamaciones que hacian por la salud, victorias, y prosperidades del César. Concluidos los oficios divinos, montáron á caballo el Pontífice en uno Turco, y el César en otro Español, y fuéron recibidos baxo un rico palio que llevaban los Magistrados de la ciudad adornados con exquisitos vestidos. Seguíanse las banderas del Pontífice y del César, y despues de ellas era conducido baxo de un riquísimo palio el Augusto Sacramento del Altar, colocado en una custodia de cristal sobre la silla de un hermoso caballo con muchas hachas encendidas. Al esquadron de los Grandes, y cortesanos, seguian los Cardenales, y Embaxadores de los Príncipes. Quatro Reyes de Armas llevaban las insignias del Imperio, á saber, el cetro, el globo, ó mundo de oro, la espada desnuda, y la Corona. El tesorero derramaba de trecho en trecho monedas de oro y de plata, acuñadas con la imágen del César coronado: iba éste al lado izquierdo del Pontífice con grande acompañamiento de Prelados y Nobles, y los Guardias de Corps cerraban la comitiva. Habiendo caminado esta pompa por las calles principales, que estaban adornadascon ramos, y todo género de colgaduras, se separó el César del Pontífice, y vino á la Iglesia de Santo Domingo. Recibiéronle en su comunidad los Canónigos Lateranenses, y despues de concluidas las ceremonias se restituyó al palacio. Desnudóse de las vestiduras Imperiales, y despues de un rato de descanso le sirviéron la comida. Sentóse solo en la mesa, en la qual estaban colocadas las insignias del Imperio. Los que las habian llevado comiéron en una mesa, que se hallaba al pie de las gradas de la del César, y los Grandes en otro aposento inmediato. En la plaza corrian dos fuentes de vino blanco y tinto, y además se arrojáron al pueblo otras muchas cosas. Finalmente fué asado un buey entero en una máquina, y relleno de otros animales, se ofreció por manjar á los soldados, segun la antigua costumbre. No pudo Esforcia asistir á esta funcion por hallarse enfermo, ni tampoco los Duques

de Ferrara y Mantua por ciertas causas. Regresó entónces á Portugal Rodrigo de Lima, que habia sido Embaxador en la Abisinia, trayendo consigo á Zagabo que enviaba el Rey de Etiopia por su Embaxador al Rey Don Juan. Francisco Alvarez compañero de Lima en esta embaxada, vino á Bolonia con cartas y regalos para el Pontifice, á quien los presentó á nombre del Rey de Ethiopia, que le reconocia por Vicario de Christo en la tierra, y le prometia obediencia. El Rey de Persia envió al mismo tiempo Embaxadores al poderosísimo César pidiéndole la paz y su amistad, la qual le concedió, dándole tambien esperanzas de que le socorreria contra el Otomano enemigo comun de ambos.

En Alemania causaban grandes turbulencias los Luteranos, y para proteger la Religion Cathólica que se hallaba tan combatida, creyó el César que debia apresurarse á celebrar la Dieta que habia convocado lo que en gran manera deseaban los Cathólicos. Por lo qual habiendo nombrado los Grandes que habian de volverse á España, y los que debian acompañarle, se puso en camino para Alemania á la entrada de la primavera.

Los Florentinos estaban cada dia mas obstinados en sostener el gobierno popular, y por consiguiente estaban mas expuestos á precipitarse en su ruina. La pérdida de Pistoya y otras ciudades, que se habian entregado unas por fuerza, y otras voluntariamente, los habia puesto en mayor apuro. Enviáron una embaxada al Pontífice; pero siendo compuesta de hombres baxos y obscuros, y sin facultades ningunas para capitular, fué despreciada con escarnio de la Corte Romana. Para vengar el pueblo esta injuria, obligó á Malatesta á acometer á los Españoles á fin de que derrotados los que tenian mas fama de valerosos y endurecidos en tantas guerras, fuese segura la victoria de los demas. Pero fuéron vanos sus esfuerzos, y recayó el mal sobre la cabeza de los que lo intentaban. De los Españoles de algun nombre solo pereció Barragan, y de los enemigos los

mas intrépidos con diez de sus Capitanes. Entretanto fué tomada Empoli por los Españoles mandados por el Marques del Basto, y se abstuviéron de derramar sangre. Marramaldo comenzó desgraciadamente á combatir á Volterra, cuyos habitantes estaban sublevados. Hállase la ciudad situada en un lugar áspero y muy fortalecido por el arte y la naturaleza. Habiendo venido el Marques á socorrerle con sus tropas, intentó entrar por la brecha que abrió en las murallas, peró fué muchas veces rechazado con pérdida. Sarmiento quedó muerto de una bala. Machicao fué libertado con mucho trabajo de las manos de los enemigos, despues de haber recibido muchas heridas, y muriéron no pocos soldados. Desesperando por entónces de tomar la ciudad se volvió Basto al campo, y Marramaldo á Pistoya para velar sobre los movimientos de los enemigos. Cada dia eran mas desgraciados los esfuerzos que hacian los sitiados Florentinos. Colona con la esperanza de oprimir á los Alemanes que creia sumergidos en vino, porque aquel dia se habia llevado gran cantidad al campo, hizo una salida con sus tropas encamisadas para que pudiesen distinguirse, y atravesó las trincheras á media noche; pero le salió su empresa muy contraria de lo que habia pensado, pues los halló prevenidos, y despiertos. No pudiendo sostener el ímpetu de los que peleaban valerosamente animados por su Capitan Londronio, abandonó la pelea despues de consumidas sus fuerzas y ardides, y se precipitó de lo alto de la trinchera, habiendo recibido dos heridas. Rechazados de allí los enemigos fué preciso acelerar el paso á la ciudad, para no verse cortado por la caballería que habia acudido con presteza.

Ademas de los otros males que trae la guerra, era grande la escasez de víveres que tenian los sitiados, y el hambre los afligia de tal modo que se viéron obligados á alimentarse de cosas muy repugnantes y nocivas. Mas no por esto se abatia su ánimo inflamado por la obstinacion de los Magistrados: porque á los que se hallan poseidos de un perverso y

y excesivo deseo de dominar, ni la paz ni la abundancia, ni ninguna otra felicidad puede agradarles si les falta la autoridad y el mando. Y á la verdad ademas del particular odio que tenian á los Medicis, querian mas morir y ser sepultados baxo las ruinas de su patria, que deponer las insignias de la Magistratura, y renunciar el gobierno para salvarla. Uno de estos era Rafael Gerónimo que habia sucedido á Carducho en la Dictadura, no ménos que en la ferocidad. Por disposicion suya fué llamado de Volterra Francisco Ferruci con las tropas, mas para fomentar la guerra que para defender la libertad. El Príncipe de Orange se apresuró á salirle al encuentro con un valeroso esquadron, y se trabó cerca de San Marcelo un combate cruel y sangriento. Al primer choque desampararon á Orange muchos de los corazas, y ardiendo en ira por la cobardia de los suyos, embistió contra el enemigo con los pocos que le quedáron. Pero pagó con la muerte su temeridad, habiendo sido atravesado con dos balas, y despojado arrebatadamente de sus vestidos, estuvo algun tiempo sin ser conocido. Sobreviniendo á este tiempo Marramaldo y Vitelio, que seguian á Ferruci, acometiéron contra la ciudad, y renováron la pelea. Corriéron arroyos de sangre por las calles y las plazas, y se cubriéron de cadáveres. Ferruci y Pablo hijo de Renzo, estrechados de todas partes por los Imperiales, y desconfiados de sus fuerzas, pusiéron su esperanza en las paredes de las casas; pero no pudiéron permanecer mucho tiempo escondidos; y al fin fuéron hechos prisioneros. Ferruci pereció á manos de Marramaldo en venganza de la muerte de Orange, y Pablo consiguió su libertad á costa de quatro mil escudos de oro. Pereciéron en la pelea y de las heridas dos mil soldados de una y otra parte. El Príncipe de Orange envuelto en una manta vieja, y atravesado en un caballo con los brazos y piernas colgando, presentó un horrible espectáculo de la humana miseria, y de esta suerte fué llevado á Pistoya, donde se le dió sepultura. Así fué arrebatado aquel hijo de Marte en

medio de sus victorias, con gran dolor del César. Los vencedores se volviéron á su campo muy tristes por la pérdida de su General, y en su lugar tomó el mando del exército Don Fernando Gonzaga por ausencia del Marques del Basto.

Introduxose la discordia en la ciudad sitiada entre los Militares y Magistrados, y se pusiéron las cosas en el mayor peligro. Irritada la plebe con la funesta noticia de la derrota de la guarnicion y de su General, y deseosa de la venganza mandó acometer contra los enemigos. Malatesta se opuso á esto con fuertes razones, especialmente por la poca gente que tenian; mas no pudiendo persuadir á aquellos hombres inconsiderados, pedian obstinadamente que el soldado les obedeciese sin tardanza; pues para mantenerle no habian perdonado, ni aun las alhajas de los Templos. De esto se origináron sospechas, calumnias y amenazas. Quitáron á Malatesta el mando del exército, y el Senador Nicolino que le intimó el decreto, fué herido con un puñal por este hombre iracundo: el Dictador no procedia con mas cordura, pues rehusando la tropa obedecerle, montó á caballo, y queria hacer una salida con la plebe armada para acabar de perder la ciudad y sus habitantes. Nunca en realidad fué ménos libre la república de Florencia que quando defendia su misma libertad, porque ningun ciudadano de providad se atrevia á decir libremente lo que convenia al publico, sin exponerse al furor de la cruel y desenfrenada plebe. Pero al fin desistió el Dictador de su intento, convencido por Tosingo hombre de buen carácter. Luego que se aplacó esta discordia, fué dada á Malatesta facultad para ajustar á su arbitrio la paz; y habiendo enviado al campo de Gonzaga á Cesio Strabon, le hizo entender que los Florentinos se hallaban inclinados á entrar en composicion. Para llevarla adelante, y vencida ya la obstinacion de los Magistrados, pasáron al campo por comun acuerdo los nobles ciudadanos Altovito, Strozi, Portinario y Moreli, los quales con su prudencia concluyéron en breve el negocio. Entregóse al

César la república para que la arreglase á su arbitrio: ofreciéron aprontar ochenta mil escudos para la paga del exército, que inmediatamente habia de despedirse; y finalmente se aseguró la conservacion de las personas y bienes de todos los ciudadanos. Tales fuéron en substancia los capítulos del tratado que se firmó en el campo el dia veinte y nueve de Julio, y habiéndose publicado en la ciudad, pusiéron fin á una cruelísima guerra que habia durado por espacio de once meses. Despues de esto por disposicion del César fué restablecida en Florencia con dominio estable, y permanente la familia de los Medicis, que tantas veces habia sido desterrada de ella. Alexandro hijo de Lorenzo y yerno del César, obtuvo el Príncipado de la Toscana, y se confirmáron á los Florentinos sus privilegios, é inmunidades. Mas el Pontífice por medio de unos hombres adictos á él, manchó con la sangre de algunos ciudadanos una victoria tan benigna, instigado de un deseo de venganza muy ageno de la dignidad, y carácter de su persona.

Entretanto invadió Aradino la roca de Argel fortificada por su situacion, y por el arte, la qual hasta entónces de nadie habia sido ocupada, y quanto daño en lo sucesivo haya causado á las costas de España nadie lo ignora, ni es necesario decirlo. Fué herido, y hecho prisionero el Capitan Martin de Vargas con algunos pocos soldados, habiendo sido muertos los demas en la cruel expugnacion. Esta fortaleza que habia sido treinta y un años ántes tomada por Pedro Navarro de órden del Rey Don Fernando para contener á los piratas, fué arrasada por el bárbaro hasta los cimientos. De sus ruinas arrojadas al mar se formó una especie de muelle para seguridad de los navíos en aquel parage tan peligroso. Despues de esto, habiendo sido Vargas solicitado en vano para que abrazase la perversa secta de Mahoma, fué muerto por los Moros con cruelísimos suplicios. Amenazó despues el bárbaro á la plaza de Cádiz con una poderosa armada, atraido de una presa tan opulenta: pero fué desvanecido este peligro por el valor de Do-

ria, habiendo derrotado la mitad de la armada enemiga en Sargel no léjos de Argel. Las cosas habian sucedido á medida del deseo; si la fortuna que siempre acostumbra burlarse de los mortales, y mezclar las prosperidades con las desgracias, no hubiese convertido en llanto la alegría de la victoria con un triste suceso. El pirata Hali Caraman, que despues de haber perdido sus naves se habia refugiado al castillo de Sargel, hizo una salida repentina sobre los soldados de Doria, que á pesar de sus órdenes se habian derramado por el pueblo para saquearle, y los pasó á cuchillo. Los que pudiéron escaparse se precipitaban unos sobre otros en el mar, pereciendo todos con diversos géneros de muerte. Muriéron cerca de quatrocientos, y quedáron prisioneros sesenta con Jorge Palavicino noble alferez. Esta pérdida fué recompensada con la libertad de dos mil Christianos que padecian en las galeras una miserable esclavitud. Fuéron tomadas dos de ellas con otros muchos buques, y á los demas se les pegó fuego. La mayor ventaja de esta empresa fué la conservacion de Cádiz, porque despojado el pirata de una parte de su armada, se dedicó á pequeños robos.

Casi por este tiempo fuéron restituidos sus hijos al Rey de Francia que los deseaba con mucho ardor. Habian sido encerrados en la fortaleza de Pedraza, donde fuéron tratados con poco decoro, no sin mengua del César, que mandó los tuviesen con buena custodia, temeroso de la astucia Francesa, hasta que por mandado de la Emperatriz fué aliviada su desgracia con mas suave tratamiento. Encargó el César este negocio al Condestable Velasco. Los Franceses procediéron de mala fe, mas no pudiéron engañar á los hombres de probidad, y el fraude fué descubierto con infamia de sus autores. Todas las monedas fuéron exâminadas por un platero Español, y habiendo declarado que el oro no era de ley, hubo largas disputas entre una y otra parte. Los Escritores Franceses atribuyen la culpa á la avaricia del Canciller Prat, y afirman que el Rey estaba inocente, lo que

juzgo verdadero. Finalmente se descubrió que faltaban quarenta mil escudos á la suma contratada, y habiendo sido completados, se entregáron los regios jóvenes con toda solemnidad en el rio Vidasoa á Mommoranci Presidente del Parlamento de París, enviado por el Rey á este fin con amplios poderes. Tambien fué entregada Doña Leonor con magnífica pompa para que fuese conducida á su esposo Francisco con doscientos mil escudos de dote; pero con la condicion de que los hijos que de ella naciesen habian de poseer la Borgoña por derecho de patrimonio.

A principios de este año murió en Valencia Don Fray Gilberto Martin del Orden de San Gerónimo, Obispo de Segorve; y fué sepultado en su Iglesia, baxo del altar mayor en el sepulcro que edificó para sí y sus sucesores. Trabajó con gran zelo en apaciguar las sediciones de este reyno, lo qual le adquirió mucha fama. En el siguiente año fué electo para aquel Obispado Don Gaspar Gotofredo Valenciano, biznieto de Doña Juana de Borja hermana de Alexandro VI. De allí á poco tiempo falleció tambien Don Pedro de Cardona Catalan, de la ilustre familia de Folch, Arzobispo de Tarragona, varon de mucha virtud, y digno de la memoria de la posteridad por el fervor con que se dedicó á desarraygar los abusos, y restablecer la disciplina eclesiástica. Su liberalidad enriqueció á aquella Iglesia con posesiones muy pingües. Sucedióle Don Luis su sobrino, hijo de su hermano, trasladado de la Sede Episcopal de Barcelona, y entró en la ciudad el dia doce de Mayo del año siguiente.

CAPITULO XIV.

VIAGE DEL CESAR A ALEMANIA. LIGA DE LOS PRINCIPES LUTERANOS EN SMALCALDA. ELECCION DE DON FERNANDO HERMANO DEL CESAR EN REY DE ROMANOS.

Habiéndose puesto el César en camino para Alemania, fué recibido con mucha pompa en Mantua por Federico Gonzaga, á quien habia conferido el título de Duque, y le obsequió con extraordinaria alegría; y pasando por el territorio de Venecia, le dió el Senado las mas expresivas señales de veneracion y respeto. Llegó á Inspruk en los confines de Alemania, y salió á recibirle su hermano Don Fernando con un lucido acompañamiento de nobleza, y se abrazáron mutuamente con mucho amor. Desde allí acompañado del Duque Guillelmo atravesó por la Baviera, y vino á Ausburg donde tenia convocada una Dieta, habiendo salido á recibirle toda la ciudad con el mayor regocijo. El dia siguiente, que era el del Santísimo Corpus Christi, asistió el César y los Príncipes Cathólicos con velas encendidas á la Procesion con exemplar piedad; rehusándolo con grave ofensa del César los que estaban inficionados de las nuevas heregías, entre los quales se distinguian Juan Federico Duque de Saxonia; Jorge de Brandemburgo; Alberto su hermano Maestre del Orden Teutonico, y el que la extinguió en la Prusia; Arnaldo de Luneburg; Phelipe Langrave de Hesse; y Volfango de Anhalt Príncipes ilustres de Alemania. Congregóse despues la Dieta en la que tomando la palabra Phelipe Conde Palatino, se trató de defender la antigua y Apostólica Religion, y de apaciguar las turbulencias de la Alemania y otras controversias. Leyóse en ella el compendio ó con-

fesion de la doctrina de la secta Luterana compuesto por Phelipe Melancton excelente profesor de letras humanas, pero hombre muy enamorado de su ingenio: su obra se entregó á Juan Cochleo, uno de los mas sabios Teólogos de Alemania para que la refutase. Despues de muchas disputas de una y otra parte, se disolvió la Dieta sin haberse sacado fruto alguno por la contumacia de los Hereges; porque la perfidia obstinada nunca se da por vencida, ni cede á ningunas razones, ni se sujeta á ninguna autoridad. Así pues, el César ordenó en plena Dieta con general consentimiento, que no se hiciese novedad alguna en la antigua Religion; y que se debia perseverar constantemente en la creencia de los antepasados. Contra este decreto protestáron los Príncipes que habian abrazado la heregía, y las ciudades libres, como fuéron las de Strasburgo, Nuremberga, Ulma, Constancia, y otras contagiadas de la misma peste. De aquí tomáron el nombre de Protestantes, que otros derivan de la Dieta de Spira celebrada el año anterior. Finalmente viendo el César la pertinacia con que los Hereges se burlaban del Derecho Divino y Humano, recurrió á la sagrada áncora del Concilio Ecuménico, á cuyo fin pidió al Papa por medio de su Mayordomo Mayor Don Pedro de la Cueva que procurase congregarle quanto ántes. Pero habiéndose negado el Pontífice á esta peticion, quedáron frustrados los deseos del César.

El dia treinta de Noviembre murió en Malinas de edad de cincuenta y un años Doña Margarita de Austria, que habia casado con Don Juan Fernando hijo del Rey Cathólico: su cuerpo fué llevado á España, y el corazon se depositó en la misma ciudad en el sepulcro de su madre. Celebradas las exêquias con regia magnificencia, nombró el César en su lugar por Gobernadora de Flandes á Doña María su hermana, muger que fué de Luis Rey de Ungría. Las cabezas de la secta Luterana formáron el año anterior la famosa liga de Smalcalda, en la qual los siete Príncipes y veinte y quatro ciudades estable-

ciéron varios artículos perjudiciales al César y al Imperio, que algun dia habian de llegar á ser perniciosos á sus mismos autores. Y porque no confiaban bastantemente en sus fuerzas, enviáron Embaxadores al Rey de Francia, y al de Inglaterra pidiéndoles socorros. El Ingles ofreció darlos con tal que se le juntase el Frances, y este émulo perpetuo del César deseaba entrar en aquella liga, pero le retuvo el pudor de quebrantar la concordia que acababa de hacer, en la que se obligó á no contraher alianzas algunas en Alemania sin el consentimiento del César, y se contentó con darles buenas palabras. Mas al fin estando su ánimo inquieto y fluctuante, se declaró por la liga, ofreciendo prestados cien mil escudos.

Desde Augsburg pasó el César á Colonia donde convocó una Dieta, ó por mejor decir, trasladó allí la anterior, á fin de establecer con mas solidez el Imperio en la familia Austriaca. Habiendo entrado en la Junta, trató en ella de la eleccion de sucesor, y concluyó en estos términos: „Haced finalmente, Príncipes, lo que os parezca mas útil y honroso, y señalad un sucesor á vuestro Emperador, que conserve la libertad, y sea el apoyo de la Magestad Romana". Dicho esto se salió el César á otra pieza segun la costumbre, y á breve rato por unánime voto de todos fué declarado Rey de Romanos Don Fernando su hermano el dia trece de
1531. Enero de mil quinientos treinta y uno, reclamando en vano contra esta eleccion los Duques de Saxonia, y de Brandemburgo, que decian ser nula por haber sido corrompidos los votos con regalos y promesas. Ni tampoco dexó de sentirlo el de Baviera, que se habia declarado pretendiente de esta dignidad. Decia pues: „que no se debia tolerar que se arraygase el Imperio en la Casa de Austria, cerrando el camino á los demas Príncipes que aspiraban á este honor con igual lustre". Pero despreciadas estas y otras quejas semejantes, pasáron á Aquisgran, y á los seis dias fué jurado y proclamado por todos Rey de Romanos,

habiéndole puesto sobre su cabeza la corona de plata de Cárlo Magno que allí se guarda. Concluida esta funcion, se marchó cada uno por su parte, Don Fernando á Lintz, y el César con Doña María á Flandes.

Toda la Alemania ardia en tumultos, fomentando la llama el heresiarca Lutero, hombre de malvado ingenio, y detestables costumbres, que en sus escritos no perdonaba á nadie, ni era perdonado de ninguno. Impugnáron vigorosamente sus errores Juan Ekio, Desiderio Erasmo, Jodoco Clitoveo, y otros, pero aquella cabeza incurable se precipitaba cada dia en nuevos delirios. Abandonó con la vergüenza el hábito de religioso; contraxo un sacrílego matrimonio con Catalina Borea, de quien dicen muchas cosas los Historiadores, y abolió la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa; pero retuvo el Sacramento de la Eucaristía, declarando con erróneo juicio que la divina víctima exîstia sin sacrificio. Por todas partes volaban sus discípulos, cuyo número era muy crecido, causando infinitas turbulencias. Muchos de ellos desertáron de sus dogmas, y cada qual forjaba nuevos sueños, á fin de adquirir nombre y fama. Ulrico Zuinglio, que había corrompido á los Suizos con su perversa doctrina, era su mayor adversario, aunque en algunas cosas convenia con él. Este hombre deshonestísimo, y sentina hedionda de todos los vicios, encendió la guerra en la Suiza con sus feroces declamaciones. Sus sequaces fuéron muchas veces derrotados por los Cathólicos en el mes de Octubre, y quedáron en el campo cinco mil muertos. El mismo Zuinglio peleando á la frente del primer esquadron recibió una herida mortal, y su cuerpo fué arrojado al fuego. Finalmente por la mediacion de los Magistrados se sosegó la guerra civil, y desde entónces se estableció entre los Suizos la heregía. Christierno II propagó la peste Luterana en Dinamarca y los reynos confinantes, aunque no sin castigo; porque habiendo sido despojado del reyno, y preso por la perfidia de Federico Duque de Holsacia su tio, fué encerrado en la fortaleza de Sineburg,

donde acabó en este año su vida y su prision. Murió entónces Madama Luisa madre del Rey Francisco de Francia, hermana de Cárlos de Saboya, muger ambiciosa é iracunda, de la qual dicen muchos males los Historiadores Franceses. Y en este mismo año, ó mas bien en el siguiente, falleció tambien Juan Federico Duque de Saxonia fautor y protector de Lutero, padre de Juan Federico su sucesor, ó tio, como dice Ferroni.

Peleó Doria felizmente con los Piratas, y habiéndoles apresado una galera, derrotó y incendió otras tres en las costas de Africa, y puso en libertad á los Christianos que estaban condenados al remo. En el mes de Noviembre se levantó en el Océano una cruelísima tempestad que arruinó y sumergió muchos pueblos de Flandes con muerte de innumerables personas. Precediéronla por espacio de tres dias copiosísimas lluvias, horrorosos truenos, y continuos terremotos con furiosos torbellinos, causando tan extraordinario terror en todos, que creian habia llegado ya el fin del mundo. Esta misma calamidad afligió á Portugal, que en todo lo demas gozaba de prosperidad. A principios de este año de treinta y uno, tembló horriblemente la tierra en Lisboa, y quedáron muchos sepultados entre las ruinas de los edificios. Tragóse el mar hinchado gran número de navios; y rechazado con fuerte ímpetu el rio Tajo, se derramáron sus aguas por ambas riberas, y quedó en seco su madre con increible espanto de los que lo veian. Fué grande el temor, y no menor el peligro, pues á cada instante se arruinaban las casas. El Rey se vió forzado á salir á campo raso con la Reyna, siendo infinito el número de los que abandonáron sus habitaciones para no perecer en ellas.

Divulgóse entónces la voz de que Soliman instigado por Sepusio disponia hacer guerra á Don Fernando. Conmovido el César con esta noticia escribió á la Emperatriz que este nuevo cuidado le impedia volver á España como tenia pensado; y asegurado despues por los Venecianos de que eran

ciertos los preparativos del Otomano, comenzó él tambien á disponer lo necesario á fin de salir al encuentro al bárbaro en las fronteras de Alemania. Para cuidar desde mas cerca de las cosas que requeria la guerra, marchó en medio del invierno desde Bruselas á Ratisbona, donde habia convocado la Dieta. Despues de haber tratado sobre los medios de destruir la secta de Lutero, que no podia tolerar se extendiese en Alemania, y de arreglar otros negocios públicos, anunció que Soliman habia salido de Constantinopla con un poderoso exército. Para ocurrir á tan gran peligro, y dexando á otro tiempo todos los demas negocios, mandó que á ninguno se le inquietase por causa de religion, pues no queria irritar los ánimos con una intempestiva severidad; porque fluctuando el César entre dos males, juzgó mas conveniente suspender por entónces las controversias religiosas, que exponer todo el Imperio á ser presa de tan formidable enemigo. Grande fué la actividad con que los Alemanes hiciéron los preparativos de la guerra, segun la antigua costumbre del Imperio Romano; porque el César habia declarado que iria en persona á mandarla. Puso todo su cuidado y diligencia en juntar tropas, y hizo venir de Italia las mas escogidas con los Generales mas experimentados. Los Españoles é Italianos llegáron á cerca de veinte y dos mil. De Flandes y Borgoña le vino una lucida caballería. Tambien acudiéron los veteranos, y la nobleza mas aguerrida de España. Mandó alistar con nombre de compañías pretorianas doce mil Alemanes de los que militáron en la guerra de Italia, y eran los mas fuertes para pelear á pie firme. Hizo además juntar víveres en abundancia, y todas las cosas que eran necesarias en una guerra tan complicada.

Para entretener las fuerzas navales del enemigo mandó el César á Doria que con una poderosa armada cruzase en los mares de la Grecia, dándole amplias facultades para hacer lo que mas conviniese. El Pontífice ayudó con todo lo que le fué posible para

esta guerra christiana, enviando las tropas veteranas que tenia, y tomó á su sueldo ocho mil caballos Hungaros, á cuyo fin envió con una gran suma de dinero al Cardenal Hipólito de Médicis. Los Bohemos, Moravos, Polacos, y otras Naciones acudiéron en gran número, persuadidos de que serian culpables si faltasen á esta sagrada empresa. Toda la Europa estaba en movimiento contra el comun enemigo, permaneciendo tranquilos los Reyes de Francia y Inglaterra, á pesar de las exhortaciones que les hizo el César por medio de sus Embaxadores para que concurriesen á tan piadosa guerra. Marchó el César á Lintz donde se juntáron muchas tropas, á cuyo tiempo pasó Soliman á la Ungría por la Misia despues de haber atravesado el rio Savo. Su exército se componia de trescientos mil hombres segun dicen algunos Historiadores, y el del César de noventa mil Infantes, y treinta mil caballos. Dexó el bárbaro el Danubio á la derecha, y invadió la Ungría inferior, y la provincia confinante de Estiria, talando y desolando todo el territorio por donde pasaba. Habíase adelantado Cazano General intrépido de la caballería Turca, con quince mil hombres con órden de hacer correrías entre el Danuvio y los Alpes. Entretanto Ibrahim Teniente de Soliman embistió con lo mejor de sus fuerzas á Guinz ciudad pequeña y no muy fuerte; pero fué valerosamente defendida por Nicolas Taresic con pocas tropas, y mucha alabanza suya. Cazano llegó cerca de Lintz, y lo llenó todo de terror y espanto; pero noticioso de que los Imperiales le tenian cogidos los caminos, para escaparse con mas presteza mandó con bárbara ferocidad degollar quatro mil cautivos que tenia. Ferricio otro de los Generales Turcos se retiró por sendas desconocidas, y espesos bosques al campo de Soliman con parte de sus tropas. El Conde Palatino encontró cerca de Staremburg á Cazano, y le derrotó con el mayor número de su gente. El resto de los fugitivos pereció casi todo, habiéndolos seguido el alcance Londronio, y el Croato Gaznier. Los pocos que habian queda-

do cayéron en manos de los Hungaros Pontificios, y de los labradores que se habian derramado á saquear, y de este modo de ocho mil caballos apénas se escapó uno que llevase la noticia de la pérdida. Hallábase Soliman en Gratz ciudad de la Estiria, y el César cerca de Viena, y ni aquel sentaba su campo, ni este movia el suyo. Amenazó el bárbaro que ántes de tres años volveria al Austria con mayores fuerzas, y no falta quien dice que desde Constantinopla escribió al César desafiándole á pelear cuerpo á cuerpo. Pero se quedó en palabras la arrogancia de Soliman, porque ó amedrantado con los preparativos de sus enemigos, ó como quieren otros porque el Frances le exhortó en sus cartas que no contrarrestase la fortuna del César, evitó entrar en batalla, y habiendo llenado de un vano terror á los confinantes, se volvió lleno de ignominia á Constantinopla sin que hubiese hecho cosa alguna memorable fuera de latrocinios. No ofreciéndose al César despues de la partida de Soliman ocasion alguna de pelear, despidió el exército, y se apresuró á volver á Italia para embarcarse á España, acompañándole muchos nobles con dos legiones de Alemanes y Españoles. De este modo fué preservada la Alemania, que el Otomano habia intentado invadir, y quedó libre la christiandad del peligro que la amenazaba, con grande alabanza, y gloria del César.

CAPITULO XV.

EXPEDICION DE DORIA CONTRA LOS TURCOS. SUCESOS DE NUEVA ESPAÑA, Y DEMAS PARTES DE AMERICA.

Entretanto Doria para cumplir las órdenes del César juntó quarenta y quatro galeras, en cuyo número se contaban las del Pontífice, y las de Malta, y treinta y cinco navíos de carga de extraordinaria grandeza, á los que seguian otros de menor porte, y se dirigió al Puerto de Mecina. Tomó allí los viveres y

la artillería necesaria para batir murallas, y navegó al Archipiélago. En la Isla de Zante le hizo muchos obsequios Capeli General de la armada Veneciana, á los que correspondió Doria, y habiendo ofrecido á éste todas sus facultades, excepto el ayudarle contra los Turcos, porque se lo impedia el tratado que con ellos tenia hecho su república, le dió muchas gracias Doria, y prosiguió su navegacion sin que nadie se lo estorbase, porque Himeral General de la armada Turca que se hallaba en el golfo de Larta con setenta galeras para defender las costas de la Grecia, se puso inmediatamente en fuga. El primer ímpetu de la guerra cayó sobre Coron ciudad de la Morea, la qual fué tomada á viva fuerza y saqueada, y quedó para su custodia Don Gerónimo de Mendoza Capitan veterano con una buena guarnicion Española. Los Italianos se apoderáron de Patras, que abandonáron los Turcos poniéndose en fuga. Comenzó luego la artillería á batir el castillo situado en un lugar elevado, pero en breve se desanimáron los bárbaros, permitiéndoseles transmigrar á la Etolia con sus hijos y mugeres, y un vestido cada uno. Desde allí por tierra, y por mar se encamináron al estrecho del Golfo de Lepanto que está dominado de dos castillos. El uno situado en la Acaya fué tomado sin derramar ninguna sangre, por la cobardía de su Gobernador, y entregado al saqueo. El otro en la Locrida fué tambien expugnado aunque con mucho trabajo, porque la guarnicion se obstinó en morir ántes que entregarle. Recogida la presa en la qual habia un gran número de cañones de artillería, se volviéron á Coron. Entretanto que Doria juntaba en esta ciudad muchos viveres, y todo lo demas necesario para la guerra, recorrió Salviati con las galeras de Malta hasta el Istmo de Corintho infundiendo en todas partes terror y espanto. Concluida esta expedicion, y esperanzados los Españoles de que en breve recibirian socorro, se hizo á la vela Doria, y regresó con feliz viage á Italia.

En España se hallaban las cosas tranquilas, y los Magistrados exercian libremente su autoridad. Flore-

cia el estudio de las letras en las Universidades que por este tiempo se estableciéron ó renováron, trasladándolas á lugares mas oportunos, de las que saliéron muchos hombres ilustres en santidad y doctrina, de que haremos mencion mas adelante. En los años anteriores habia decidido el César en Zaragoza la controversia suscitada entre el Arzobispo Don Alonso de Aragon, y Lanuza Teniente de Justicia Mayor, hombre inflexîble y tenaz. Para evitar toda ocasion de discordia mandó la Emperatriz al Arzobispo que viniese á su presencia, y á Lanuza que no se entrometiese en lo que no le tocaba, y habiendo obedecido el Arzobispo, murió en Madrid el año de mil quinientos veinte y nueve. Su cuerpo fué llevado á Zaragoza, y sepultado en la Iglesia de Santa Engracia cerca del Altar mayor. Sucedióle Don Fadrique de Portugal descendiente de los Reyes de Portugal que obtuvo ántes los Obispados de Calahorra, Segovia y Sigüenza, y se hallaba de Virrey de Cataluña quando fué trasladado á Zaragoza el dia doce de Abril de este año. Habiendo pasado, como ya diximos, á la Iglesia de Tarragona Don Luis de Córdova, fué electo por su sucesor en la de Barcelona Don Juan de la misma familia de Folch, y tomó posesion de su Obispado el dia diez y ocho de Agosto de treinta y uno. Por su muerte acaecida en breve le sucedió en esta Diócesis Don Gerónimo Doria Genoves, que se hallaba ausente, y no vino á su Iglesia hasta dos años despues el dia seis de Julio. Falleció tambien Don Antonio Fonseca Arzobispo de Burgos, y fué sepultado en la Capilla que él mismo hizo edificar en Coca. Sucedióle Don Antonio Roxo, que solo vivió siete meses, y á este Don Iñigo de Mendoza trasladado de la Iglesia de Coria, y nombrado despues Cardenal por Clemente VII. Gil Gonzalez Davila pone á Roxo en su Catálogo por primer Patriarca de las Indias; pero Don Pedro de Mendoza, Arzobispo de Granada le pone en segundo lugar. Lo cierto es que este Patriarcado fué instituido por el Papa Clemente el año veinte y qua-

tro de este siglo como lo afirma Chacon. Aun es mas de admirar que Dávila omitiendo á Don Gabriel Merino, señalase á Don Fernando de Guevara por segundo Patriarca; á Don Antonio Fonseca por tercero; á Don Juan de Guzman por quarto, y despues á otros. Pero Rodrigo de Silva dice positivamente que Merino fué el primero, Roxo el segundo, y Guevara el tercero. Fué electo sucesor de Roxo en la Iglesia de Granada Don Pedro Portocarrero que murió en el mismo año. Siguiéron despues Don Francisco Herrera, y Don Ramiro de Riba que falleciéron en breve tiempo. A estos sucedió Don Gaspar de Davalos que vivió muchos años; edificó dos Colegios con rentas competentes, y dotó la Universidad, y desde Granada fué trasladado al Arzobispado de Santiago.

En Nueva España hubo muchas turbulencias por culpa de Nuño de Guzman que abusaba enormemente de su potestad. Hallábase de Gobernador en el rio de Panuco, y habiendo movido disputa á Cortés ántes de su venida á España sobre los límites de su gobierno, se origináron entre los dos graves enemistades. Entretanto habiendo sido hecho Presidente de la Audiencia de México, procuró durante la ausencia de Cortés satisfacer por todos medios el odio que le tenia. Ante todas cosas le confiscó los bienes forjándole á este fin una causa; persiguió de mil maneras á sus familiares y amigos; y finalmente puso todo en inquietud con su precipitada conducta. Quejóse Cortés al César, y ofendido de estos desórdenes removió de México á este hombre soberbio, y á sus Colegas que le apoyaban en sus excesos, y puso otros en su lugar, nombrando por Presidente á Don Sebastian Ramirez Arzobispo de Santo Domingo, donde se habia hecho célebre por su virtud y probidad. A este mismo tiempo regresó Cortés á la América, despues de haber perdido en España á Sandoval su amigo fidelísimo, compañero perpetuo en sus trabajos, á quien traxo consigo á estos reynos, y murió de enfermedad. Desembarcó en Vera-Cruz el dia quince de Julio del año de treinta, y fué recibido con ex-

traordinario regocijo porque todos deseaban vivamente su venida. Casó á las hijas de Motezuma con nobles Españoles, señalándolas en dote grandes posesiones con autoridad del César, para que se mantuviesen con el decoro que les correspondia.

Deseoso Guzman de evitar la presencia de Cortés juntó un cuerpo de tropas de ciento y cincuenta caballos, otros tantos infantes Españoles, y ocho mil Mexicanos con doce piezas de artillería, y se puso en marcha para sujetar á los Indios Chichimecas. Descubrió una region llamada por los bárbaros Xalisco, á la qual dió el nombre de Nueva Galicia, y edificó las ciudades de Compostela, San Miguel, el Espíritu Santo, y Guadalaxara, capital de la provincia en memoria de su patria. Su Teniente Lope de Mendoza fundó tambien la ciudad de San Luis. Peleó muchas veces con aquellos bárbaros que eran ferocísimos, y los venció valerosamente. Habiendo enviado Cortés dos navíos para descubrir por aquellos mares una navegacion mas breve á las Molucas, no pudo adelantar cosa alguna. Porque habiéndose suscitado una horrible discordia entre los pasageros, y soldados pereciéron ambos navíos en diversos tiempos y lugares, habiendo sido muertos los Españoles con su Capitan por los bárbaros irritados con la guerra que les habia hecho Guzman. Entró Ramirez en la Presidencia de México el año de treinta y uno: procuró aplacar á Cortés que estaba irritado de los injustos procedimientos de Guzman, y trató con el mayor decoro á este hombre tan benemérito. Corrigió muchos excesos que habia causado la temeridad de su antecesor. Reprimió á los Ministros Reales que abusaban de su autoridad, y se entremetian en muchas cosas que no les pertenecian. Cuidó mucho de que hubiese abundancia de agua en la ciudad, la adornó con edificios, y promovió las letras, y mandó establecer escuelas para los Indios. Fué defensor acerrimo de su libertad, y publicó la ley renovada por el César, en que los declaraba libres, y que fuesen tratados con la mayor suavidad. Fundó

la Puebla de los Angeles Colonia de Españoles á la mitad del camino entre México, y Vera-Cruz, y hizo otras cosas magníficas y esclarecidas.

Por este tiempo se comenzó á cultivar la cria de los gusanos, y los frutos, y semillas de Europa que producian con admirable abundancia. Parece increible y fabuloso lo que se refiere de la fertilidad de estas tierras, de la de sus árboles, fieras, aves, y animales de todo género. Los árboles son tan altos que no puede alcanzar á su cima una saeta disparada, tan gruesos que no los pueden abrazar quatro hombres. De cada uno de ellos hacen una barca para navegar, y en algunas caben treinta hombres. Los juncos se hacen tan corpulentos que sirven de bastones. Los campos estan llenos de unas cañas muy gruesas, que en el hueco de sus nudos contienen un licor muy frio y abundante, con que apagan la sed los naturales. Y es cosa admirable la virtud medicinal que tienen los frutos, las yerbas y otras muchas cosas, sobre lo qual puede verse la obra que escribió Monardes; pero todas estas producciones, ya sea por la influencia del cielo, como dice Plinio en igual caso, ó ya por no llevarlas el suelo, pierden su vigor si se trasplantan á otros paises. Nuestro trigo da dos cosechas al año, y en los principios la excesiva lozanía de las plantas impedia que cuajase el grano, hasta que fué domada, y cultivada la tierra por los Colonos. Los Indios tienen al año muchas cosechas de sus frutos, de los quales hacen pan, y vino juntamente. De solas dos ovejas se dice que produxéron á Diego Camargo quarenta mil al cabo de diez años. Finalmente es bien notorio el prodigioso aumento, y propagacion que tuvo en aquellos paises el ganado vacuno. Fuéron nombrados entónces Obispos ilustres en doctrina y en santidad. Para Truxillo en Honduras Fr. Juan de Talavera Religioso Gerónimo: para Santa Marta Torres: para Nicaragua Don Diego Osorio: para el Darien Fr. Tomas Berlanga, sucesor de Peraza ambos Dominicos, y Fr. Juan Garcés natural de Aragon del Orden de San Francisco fué

electo primer Obispo de la Iglesia de Tlascala. Con sus heroycos trabajos se propagó, y extendió admirablemente la Religion Christiana; y al mismo tiempo Fr. Tomas de Villanueva Provincial de los Agustinos de Castilla, envió Religiosos de su Orden baxo la direccion de Fr. Francisco Ximenez, los que se dice edificáron quarenta Conventos en aquellas provincias.

En el año de treinta y uno fundó Don Pedro de Heredia á Cartagena, y fué la primera ciudad que se fortificó con murallas en América, despues de vencidos los bárbaros que eran muy belicosos. Está situada á diez grados del equador ácia el septentrion en una arenosa península del mar del Norte, cuyo puerto y su entrada se asemeja mucho al de la ciudad que tiene el mismo nombre en España. En una de las batallas que tuviéron los Indios se dice que una jóven que apénas tenia diez y ocho años mató á ocho Españoles con flechas envenenadas. Esta ciudad se hizo muy opulenta, así por la abundancia de sus frutos, como por su comercio marítimo. Su Obispo Don Tomas Toro procuraba aliviar con todo género de socorros á los naturales oprimidos por los Españoles, y de aquí resultó que Don Pedro, y su hermano fuéron enviados presos á España para responder á los cargos que les hacian, como lo atestigua Gomara.

Despues que Sebastian Gaboto pasó cinco años en el rio de la plata ocupado en civilizar á aquellos hombres tan feroces, y no viniéndole socorro alguno de gente, regresó á España con el único navío que le habia quedado. Renovóse despues la guerra con mas furor, por haberse irritado los Indios con la insolencia de los soldados, que habia llevado García. Concedió el César á los Velseros de Ausburg en premio de sus grandes méritos la provincia de Venezuela llamada así por la semejanza que tiene uno de sus pueblos con la ciudad de Venecia. Su primera ciudad es Coro. Los naturales de uno y otro sexô son muy apasionados á la guerra, y usan de flechas envenenadas, que

disparan con no ménos valor que destreza. La mayor parte de ellos fué destruida, porque los Alemanes pusiéron mas cuidado en sacar riquezas, que en domesticar á una gente tan bárbara. Intentáron unos Piratas Franceses acometer á Cubagua isla abundantísima en grandes perlas; pero les costó muy caro su audacia, pues arrojados de allí con mucha pérdida, acabáron de derrotarlos los Españoles cerca de la Isla de Santo Domingo, y se dice que pereciéron en el Océano, habiéndoseles hecho pedazos el navío, y quanto llevaban con la multitud de balazos.

Los habitantes de las Molucas estaban divididos entre los Castellanos y Portugueses, y tenian estos freqüentes combates, en los quales consumiéron unos, y otros la mayor parte de sus fuerzas, llegando á un estado deplorable. Conviniéronse al fin en que abandonando Torres la fortaleza de Tidore se retirase con su gente á Camafo puerto de la isla de Giloló, donde habia desembarcado á su llegada, y se le prohibió tener parte alguna en el comercio de la especería. Permaneció en aquel lugar con invencible constancia, creyendo que era indecoroso para él alejarse de allí sin órden del César, que le habia enviado con el mando. Pero habiendo tenido seguras noticias de haberse transigido con dinero la disputa entre los dos Príncipes sobre la posesion de estas islas, pidió pasaporte á Nuño de Acuña Teniente de Virrey de la India, y se embarcó con diez y siete compañeros que eran los únicos que le habian quedado, y despues de haber dado vuelta á todo el mundo arribó á la Andalucía en los años siguientes.

Encendióse en Honduras la guerra entre los mismos Españoles, instigados de su avaricia y ambicion perversa. Con este motivo intentáron los bárbaros recobrar la libertad perdida, y hacerse dueños de sus señores, pero con infeliz éxîto. De esto se origináron nuevas guerras, que fuéron causa de muchas calamidades. Diego de Ordaz soldado que adquirió mucha fama en la guerra de México, recorrió con increibles trabajos la costa de Paria por espacio de

ochenta millas con el fin de establecer colonias, y se le estrelláron dos navíos en que pereciéron muchos soldados ahogados. Los demas se retiráron á Cubagua, y al continente inmediato, habiendo perdido lo poco que tenian. Ordaz se embarcó para España, y murió en el viage de una enfermedad. Mucho mas triste fué la suerte de Narvaez, á quien fuéron en gran manera adversas las expediciones de América. Intentó entrar en la Florida con infeliz principio, y con desgraciado suceso. Naufragó en Cuba y perdió dos navíos, sesenta compañeros, y veinte caballos. Desde allí pasó á tierra firme, y despues de haber reconocido el rio de las Palomas, se encaminó con trescientos infantes, y quarenta caballos por una dilatada region desconocida, con una corta porcion de víveres que apénas bastarian para tres dias. Consumidos estos se alimentáron los hombres, y los caballos de palmitos, fruto que espontáneamente produce la tierra. Esta region situada al Norte es muy fria, aspera, é inculta, y el carácter de sus habitantes es muy semejante al clima que los domina. Andan siempre desnudos del todo, y son de extraordinaria corpulencia: sus fuerzas son correspondientes á la magnitud de sus miembros, y corren con admirable velocidad: el sonido de su voz es horrible, y mas parece que rechinan los dientes, que no el que hablan. Quando llegáron á tratar con los Españoles sirviéron de palabras las señas y los movimientos del cuerpo. Son muy diestros en tirar, y traen pendientes de sus hombros enormes arcos y flechas, con las que traspasan hasta el hierro. Hallanse espantosos bosques de una extension inmensa, con árboles corpulentísimos tan antiguos como el mundo, y páramos horribles. Sin embargo no se desanimó la española gente á la vista de tantos peligros, y ansiosa de pasar siempre mas adelante, despues de haber caminado muchos dias por precipicios, y intrincadas selvas, llegáron por fin á Apalache. No halláron en el pueblo cosa alguna de las que la mentirosa fama habia publicado, á excepcion de maiz que es el man-

tenimiento de los bárbaros, con los quales peleáron muchas veces no sin pérdida. En nueve dias de camino llegáron á Auten, cuyo pueblo incendiáron sus habitantes, á fin de arrojar de él á los huespedes. Estos pues abominando de una region tan aspera, inculta, y esteril, y condenada por la naturaleza, y las costumbres de aquellos bárbaros tan degenerados de la especie humana, se retiráron de allí para buscar otros paises mas benignos. Habiendo regresado al mar, y no pudiendo embarcarse porque les faltaban sus navíos que habian sido llevados á otra parte, fabricáron en breve tiempo otros cinco. Entretanto vivian de la carne de los caballos, y de lo que podian robar á los bárbaros que continuamente salian de los bosques á acometerlos; pero con un género de vida tan trabajoso, y con unos alimentos tan repugnantes comenzáron á caer enfermos. Finalmente estando resueltos á entregarse al mar, hiciéron de las camisas velas para sus buques, y convirtiéron las crines de los caballos en cordage, suministrando el hierro necesario, los estribos, y las armas. Dispuestas ya todas las cosas, se aventuraron al mar con infeliz fortuna; pues arrojados por las tempestades á aquellas desiertas playas, pereciéron casi todos por la sed, el hambre, el frio, y las asechanzas de los bárbaros. Sobreviviéron unicamente Alvar Nuñez Cabeza de Baca, y tres compañeros que habiendo sido presos por los Indios, fuéron increibles los trabajos, y calamidades que padeciéron en su miserable y larga esclavitud. Libertáronse con admirable industria, y despues de haber atravesado inmensas regiones entre gentes bárbaras y fieras, consumidos enteramente, sin vestidos, y alimentados con frutos silvestres llegáron al fin á la Nueva España, y desde allí al cabo de diez años se restituyéron á Europa, dando á la posteridad un grande exemplo de sufrimiento en los mas espantosos males. Los que habian quedado en los navíos despues de andar errantes cerca de un año por aquellas costas buscando en vano á sus compañeros, llenos de tristeza se hiciéron á la vela para Nueva España.

Casi al mismo tiempo en que el infeliz Narvaez pasó á la Florida, Francisco Montejo soldado intrépido de Cortés entró con igual desgracia en Yucatan, península dilatada de la Nueva España, que se extiende ácia el oriente con mas apacible cielo, y tierra mas fértil y que produce algun oro. La gente es muy belicosa y de color obscuro: anda siempre desnuda, y se pintan el cuerpo unas veces de negro, y otras de encarnado. Del mismo modo acostumbraban pintarse las gentes bárbaras de nuestro emisferio como lo testifican César y Plinio, y por la misma causa de parecer mas horribles á sus enemigos en la batalla: usan las mismas armas que los Mexicanos: traen colgadas al cuello láminas de oro, y piedras preciosas pendientes de las orejas y narices, (esto es comun en todos los Americanos, y algunos se esmaltan con piedras el cuerpo, las mexillas, la nariz, y los labios), y se adornan la cabeza con plumas de aves; y en suma mas bien pueden llamarse fieras que hombres. Llegó Montejo á esta provincia con quatrocientos infantes, y pocos caballos; y indignados los bárbaros con semejantes huespedes tomáron las armas, y saliéron aceleradamente contra ellos, creyendo derrotar con facilidad una tropa tan pequeña. La noche hizo cesar la pelea que fué atroz y sangrienta: renovóse el dia siguiente al amanecer, y duró hasta el medio dia, y entónces empezó á aflo-xar la pertinacia de los bárbaros, que se pusiéron en fuga á los montes y á los bosques. En estos encuentros apénas sirviéron de cosa alguna los caballos, porque el parage era muy áspero y pedregoso. Pereciéron mas de mil y doscientos de los enemigos, á costa de alguna sangre de los Españoles. Despues de estos sucesos, y mostrándose mas suaves, y quietos con una especie de paz fingida, intentó Montejo agasajarlos, y domesticarlos, para ver si quitándoles el miedo podia reducirlos á servidumbre. Viendo que no se movian, envió á Alonso Dávila con algunos pocos armados para que explorase los parages mas interiores; pero los bárbaros le acometiéron, y le fa-

tigáron con muchos combates, aunque para su propio daño. El mayor peso de la guerra recayó contra Montejo, que habiendo perdido en una sola batalla ciento y cincuenta compañeros, y quedado los mas heridos, los sacó por la noche del peligro, y los conduxo á los navíos, dexando burlados á los enemigos aunque tenian cogidos los caminos que se dirigian al mar. Desde allí navegó á la Nueva España á fin de juntar tropas para renovar la guerra. Permaneció Dávila por espacio de algunos meses sin saber de Montejo, á causa de que los enemigos tenian de tal suerte tomadas todas las sendas, que no podia enviar ni un solo mensagero, ni recibir noticia alguna de su Capitan, por lo qual procuró apoderarse de las canoas de los bárbaros, y en ellas navegó con su gente al socorro de Honduras. No convienen entre sí los autores sobre el tiempo en que los Españoles saliéron de Yucatan.

CAPITULO XVI.

NAVEGACIONES DE PIZARRO Y ALMAGRO, Y DESCUBRIMIENTO DEL PERU. PRISION DE ATAHUALPA EN CAJAMALCA.

En los años precedentes se habia descubierto otra inmensa region de la América, presentándose en ella grande número de heroycas victorias á la nacion Española, no ménos codiciosa de peligros que de riquezas. No convienen los autores sobre quien fué el primero que descubrió las costas meridionales de aquel nuevo mundo. El Inca Garcilaso, autor muy verídico y diligente en esta materia lo atribuye á los compañeros de Balboa, que baxo de sus auspicios navegáron el año quince de este siglo, en cuyo tiempo reynaba Huainacap, Inca XII, nombre que usáron los Reyes del Cuzco desde el establecimiento de su imperio. Los Españoles diéron sin fundamento á esta region el

nombre de Perú, así como equivocáron los de otras muchas ciudades y provincias del nuevo mundo por entender mal, y pronunciar peor las voces de los bárbaros. Pero no hay necesidad de que sobre esto abusemos de la paciencia de nuestros lectores. En la parte que mira al Océano son escasas las lluvias, pero la riegan las muchas aguas que baxan de los montes, los quales son tan elevados, que se ocultan en las nubes, y forman una cordillera continua por el oriente y el septentrion. Todo lo demas está dividido en amenísimos valles. La populosa ciudad de Quito se halla situada debaxo de la línea, y todo el terreno inmediato á las montañas abunda de inagotables minas de oro y plata. Dícese que Huainacap habia anunciado al tiempo de morir que vendrian unas gentes barbadas (porque los Americanos no tienen pelo en ninguna parte de su cuerpo) que arruinarian el imperio, y que el sol su padre benigno lo habia pronosticado con muchas señales; sucedió á Huainacap en el imperio su hijo legítimo llamado Huascar, que habia tenido en su hermana segun la costumbre de la nacion. Atahualpa su hermano habia nacido de una hija del Cacique de Quito, y en memoria de su padre dió Huascar el nuevo exemplo de dividir el imperio con él; pero Atahualpa le movió guerra, y le hizo prisionero, despojándole del reyno. Hizo además quitar la vida á todos los de la familia Real, escapándose muy pocos por compasion de los verdugos. Era Atahualpa soberbio, cruel, artificioso, y en nada parecia á los Reyes que le precediéron.

En este tiempo en que los Españoles subyugaban á su costa las provincias, y naciones Americanas para agregarlas al dominio Real, como lo hiciéron los Romanos en *Sutrio*, Francisco Pizarro, y Diego de Almagro, vecinos de Panama hiciéron compañía para descubrir nuevas regiones, exhortándolos á esta empresa el Sacerdote Luque. Embarcóse primero Pizarro en un navío con ciento y doce compañeros en el mes de Noviembre del año veinte y quatro de este siglo, y habiendo recorrido un inmenso piélago

entre el oriente y medio-dia arribó á tierra, y peleó desgraciadamente con los Indios, pues él mismo recibió siete heridas. Llegó despues Almagro con otra nave, y vino á dar en manos de los mismos bárbaros que habian derrotado á Pizarro. Pusiéronse en órden de batalla unos setenta Españoles, y habiendo trabado una sangrienta pelea, consiguiéron estos la victoria, aunque á costa de muchas heridas, y perdiendo un ojo su Capitan, y incendiáron el pueblo. Despues buscó Almagro á Pizarro por largo tiempo, y no hallándole, volvió á embarcarse, y le encontró en el puerto de Cucama, donde se estaba curando sus heridas. Habiendo juntado sus fuerzas, y sin desanimarlos las calamidades anteriores que les habian hecho perder ciento y treinta compañeros, volviéron á embarcarse con otros ciento y diez. Anduviéron vagando por el mar por espacio de tres años, viviendo de lo que podian robar, y no habiendo hecho cosa alguna memorable, se detuvo Pizarro en el rio de San Juan con cincuenta soldados, pues los demas habian perecido de hambre y de enfermedades crueles. Fué una peste para ellos el haber mudado de clima, y la falta de víveres los obligó á sustentarse con cueros. Entretanto que una de las naves reconocia las costas, no sin algun fruto, pues recogió oro, plata, y ropas de las que usaban los Indios, Almagro conduxo de Panamá en otro navío soldados, caballos y viveres. Pusiéronse en camino formando un solo cuerpo para explorar lo interior de aquella region, y sus habitantes los recibiéron con mucha humanidad, proveyéndolos abundantemente de comida y de todo lo demas. Reconociéronlo todo con gran cuidado, y desde allí navegáron á la isla del Gallo, á fin de prevenir mayores fuerzas para sujetar á los bárbaros con la guerra. Pero resistiéndose la mayor parte de los soldados á tolerar una milicia tan trabajosa, desconcertáron su vasta empresa, y quedáron solos diez y seis hombres valerosos, que siguiéron la fortuna de Pizarro. Perseveráron en aquel lugar por espacio de cinco meses padeciendo suma escasez

de todas las cosas necesarias, y habiéndoles llegado el navio con víveres, se embarcáron con mucha alegría, y navegáron quatrocientas millas mas allá de la costa que ya tenian reconocida, en cuya expedicion adquiriéron algun oro, y plata que los bárbáros les diéron voluntariamente. Regresáron finalmente á Panamá á causa de haberse cumplido el tiempo que para esta navegacion les habia concedido Pedro Arias Gobernador de aquella Plaza; y no habiéndoles permitido emprenderla de nuevo, se dispersó toda la gente. Pero Pizarro, cuyo ánimo habia crecido con el deseo de apoderarse de las riquezas de los bárbaros, pidió dinero prestado á sus amigos, y vino á España á solicitar el mando de la region que habia descubierto, y habiendoselo concedido la Emperatriz que gobernaba en ausencia del César, pasó á Truxillo ciudad de Estremadura, en donde habia nacido y se habia criado; y llevándose consigo á sus hermanos Fernando, Gonzalo y Juan, á Martin Alcantara su hermano de madre, y algunos pocos compañeros, arribó prosperamente al puerto de Nombre de Dios, y desde allí por tierra á Panamá. Almagro que habia gastado quasi todos sus bienes en preparar aquella expedicion, llevó muy á mal que Pizarro hubiese obtenido el gobierno para sí sin haber hecho mencion alguna de su compañero y amigo. Mas aplacado por los de ámbos, y por la blandura de Pizarro, desistió con grande ánimo de la empresa comenzada, aunque estaba cargado de deudas.

En el mes de Febrero del año de treinta y uno embarcó Pizarro en tres navíos ciento y ochenta infantes, y treinta y siete caballos, y habiendo navegado con viento muy favorable, llegó á los quince dias al puerto de San Matheo. Sacó á tierra toda su gente, y se puso en marcha contra los bárbaros que se hallaban consternados. Apoderóse por un ardid de Coachen, pueblo grande situado debaxo de la línea, y sin haber derramado sangre alguna recogió en él quince mil escudos de oro, y setecientas cincuenta libras de plata, y algunas esmeraldas. Desde allí envió los navíos á

Panamá para conducir el oro, y retornáron con treinta infantes, y veinte y seis caballos. Sujetó aquellas gentes á la obediencia del César por los medios mas suaves, valiéndose por interprete de un Indio de la misma nacion, llamado Philipillo, á quien habia hecho prisionero en su primer viage, y le habia traido consigo á España para que aprendiese la lengua. Desde el continente pasó á una isla llamada Puna por los naturales, que está separada de tierra firme por un pequeño canal, y á la qual los Españoles diéron nombre de Santiago; tiene esta isla de circuito quarenta y cinco millas; y en ella fué recibido Pizarro por los bárbaros con humanidad y paz, y tratado con esplendidez segun su costumbre; pero habiendo sabido que le armaban asechanzas los ganó por la mano haciéndoles la guerra: hizo prisionero á su Cacique, y á los principales: derrotó en batalla á los pérfidos; y trató con crueldad á los cautivos. Dió libertad al Cacique despues de haberle ofrecido que le seria fiel, y sumiso en adelante. Desde allí repasó á Tumbez, y castigó la mala fe de sus habitantes que habian muerto á tres Españoles, pero perdonó al Cacique porque aquella traicion se hizo sin su noticia. Habiendo pasado mas adelante sujetó á otros pueblos con las armas, y condenó á muerte á un Cacique que le habia armado una emboscada. Recibió con humanidad á los que se le entregáron voluntariamente, y mandó á los soldados baxo de graves penas que no les hiciesen daño, ni injuria alguna. Estableció una Colonia, á la que dió el nombre de San Miguel, y dexando en ella sus equipages con alguna guarnicion, prosiguió adelante su camino con ciento y dos infantes, y sesenta y dos caballos. Los Negros y los Indios que venian para el servicio del exército conducian la artillería de campaña, y los víveres, y otras cosas de menor peso las llevaban sobre sus espaldas. Llegó á Piura donde se detuvo diez dias para prevenir las cosas necesarias para la guerra, porque cada dia crecia mas y mas la fama de la grandeza del Imperio del Cuzco, y el poder de su Rey Atahualpa.

Desde allí continuó su marcha con gran cuidado por temor de asechanzas; y á pocos dias llegáron mensageros del Rey que traian á Pizarro algunos regalillos, á los que correspondió con otros semejantes. Este mensage parecia dirigido mas á explorar que á otra cosa; y lo mismo hizo el Español por medio de un Cacique de su confianza. Volvió Atahualpa á enviarle otros nuevos mensageros, que exâgeráron á Pizarro las victorias de su Rey, sus inmensas riquezas, y las fuerzas de su exército, creyendo que con estos vanos terrores desanimarian á los Españoles, y los arrojarian de sus tierras. Pero estos por el contrario ostentaban la velocidad y fuerza de sus caballos, el estruendo de sus armas fulminantes, y el valor de sus soldados. De este modo con señales exteriores de recíproca amistad se ponian asechanzas unos á otros, y se hacian la guerra con unos mismos ardides. Estaban los caminos muy bien guarnecidos, y cercados de árboles por una y otra parte para defensa del calor. Estos Indios nada tenian de bárbaros; usaban vestidos de algodon, ó de lana muy fina de ciertos animales, y las mugeres llevaban ropa talar. El principal cuidado de los Incas fué extender y dilatar los términos de su imperio, é inclinar aquellos hombres feroces á la cultura y humanidad, tal vez por disposicion divina, que preparaba suavemente las cosas para que la doctrina del christianismo los hallase mejor dispuestos. Finalmente despues de muchos dias de camino llegó Pizarro el dia quince de Noviembre á Caxamalca, donde halló muy poca gente porque quasi todos sus habitantes se hallaban en el campo de Atahualpa que se venia acercando. Envióle Pizarro en calidad de mensagero á Fernando de Soto, jóven muy valeroso, con veinte caballos; y le siguió con otros tantos su hermano Fernando para socorrerle en caso que llegasen á tomar las armas. Habiendo dexado Soto á sus compañeros á la orilla de un rio inmediato, se encaminó solo por medio del campo enemigo, y llegó hasta donde se hallaba Atahualpa sentado en su Trono. Rodeábanle sus mugeres y muchos de los principales Indios. Soto ha-

bia aderezado de tal suerte su caballo, que con la respiracion de las narices meneaba las borlas de la guarnicion de grana que le colgaba de la frente. Pero el bárbaro no mostró la menor admiracion á la vista de un espectáculo tan nuevo, y con los ojos inclinados á tierra oyó al mensagero que le pedia tuviese una conferencia con su Capitan. Respondióle uno de los que se hallaban presentes, porque el Rey ni aun levantó los ojos para mirar al que le hablaba, manifestando en su gravedad y compostura de cuerpo un excesivo orgullo, y soberbia. Miéntras tanto llegó Fernando, dexando tambien á sus compañeros cerca del rio, y trayendo á Philipillo á las ancas de su caballo. Instruido el Rey por Soto de que aquel era hermano del Capitan, se dignó poner la vista en él, y le habló de esta manera. „ Tengo noticia por mi soldado que go„ bierna los confines de mi imperio, que vosotros ha„ beis tratado mal á los Caciques, que en nada os han „ ofendido, y que habiendo él mismo trabado una pe„ lea, habia muerto á tres de los vuestros, y un ca„ ballo: no obstante mañana pasaré á hablar con vues„ tro Capitan, porque me parece que es hombre de „ providad.“ Rechazó Fernando la arrogancia del bárbaro, diciéndole: „ tu soldado es un hombre malvado „ y mentiroso, porque uno solo de los nuestros sin mas „ arma que una espada embotada hubiera acabado con „ él y con su exército compuesto de hombres tan co„ bardes y despreciables. Nosotros no hacemos daño „ á nadie, si primero no somos provocados. Tratamos „ con fidelidad, y favorecemos á los amigos, pero so„ mos inexôrables con los enemigos. Si quieres valer„ te de nuestro auxîlio contra los tuyos, que tanto te „ molestan, conocerás entónces como te ha engañado „ tu soldado. A lo qual replicó Atahualpa: pues ahora „ se presenta una ocasion oportuna, porque estoy en „ guerra con un Cacique rebelde, y así marchad con „ mis tropas, y molestadle con todo género de males. „ Respondióle el Español: no hay necesidad de tantas „ fuerzas para tan pequeña empresa. Diez solos caba„ llos aunque tenga muchas tropas son suficientes para

,, destruirlas, y dispersarlas así como el viento disper-
,, sa las hojas." Al oir estas arrogancias no pudo ménos de reirse Atahualpa, y mandó que les diesen de beber. Inmediatamente traxéron las mugeres en copas de oro vino compuesto de maiz, que los bárbaros llaman azua; y rehusando ellos beber, los obligó con mucha urbanidad á que lo bebiesen, y de este modo se retiráron de allí, admirándose todos de la audacia de aquellos hombres.

Al dia siguiente para cumplir el bárbaro su palabra se encaminó con su gente á Caxamalca, y Pizarro habiendo ocultado sus soldados, mandó á Pedro Candia que se quedase en una fortaleza que dominaba la plaza con solo nueve hombres armados de arcabuces, y quatro cañones de campaña, y dispuestas en órden todas las demas cosas, se dice que habló de esta manera á los suyos: ,,á ninguno de los mortales, compañeros mios,
,, se ha mostrado la fortuna mas propicia que á noso-
,, tros, pues nos pone á la vista unos premios opulen-
,, tísimos, pero solo dignos de los que se atrevan á
,, vencer. Todo quanto los bárbaros han recogido en
,, muchos años, y les ha dado pródigamente la natu-
,, raleza de este suelo, todo esto nos lo ofrece la for-
,, tuna con los mismos dueños que lo poseen para ha-
,, cernos felices en lo venidero si ahora obramos con
,, valor. Este Rey poderosísimo, pero ignorante del
,, valor español por la providencia de aquel Ser Di-
,, vino que nos ha conducido á esta tierra, será presa
,, nuestra (no temo ser falso profeta) con su dilatadí-
,, simo imperio, y su grande opulencia. Cobrad ánimo,
,, y esfuerzo, compañeros mios, y no olvideis que sois
,, Españoles. Ya se acerca el fin de los trabajos y
,, peligros, mostraos valerosos aunque solo sea por la
,, necesidad que tenemos de vencer: pues fuera de la
,, tierra que pisamos todo lo demas lo posee el enemi-
,, go. Fáltanos el socorro de los navíos en que pudie-
,, ramos escaparnos por mar, y nos hemos alejado tan-
,, to de las costas, que nos es imposible volver á ellas
,, sin ser vencedores. Sean cobardes los enemigos que
,, tienen ciudades fuertes, y lugares seguros donde re-
,, tirarse; nosotros no tenemos otra cosa que las ma-

„ nos, y las armas, pero en ellas lo tenemos todo.
„ Haced que vuestro ánimo sea igual al peligro en que
„ nos hallamos, para que quando yo os diese la señal,
„ acometais de tal modo contra la multitud que teneis
„ á la vista, como que es necesario el morir, ó el
„ vencer: " oyéron los soldados con increible alegría la exhortacion del Capitan, y obedeciéron sus órdenes, impacientes de la dilacion con la esperanza de la victoria.

Al ponerse el sol se halló ocupada la plaza con una multitud de bárbaros tan brillantes con el oro, y la plata, como con las armas. Otro esquadron rodeaba la ciudad para que por ninguna parte se escapasen los Españoles, y se creyó que el número de los enemigos llegaria á cincuenta mil. Era conducido Atahualpa en una litera dorada, adornada con admirables texidos de plumas, llevándola en sus hombros los principales de la nacion, y persuadiéndose que los Españoles estaban escondidos dentro de las casas, aterrados de la multitud de los suyos, quando le salió al encuentro Fray Vicente Valverde del órden de Santo Domingo, acompañado de un intérprete con la Cruz en una mano, y en la otra la sagrada Biblia, y comenzó á anunciar el verdadero Dios, Criador de todas las cosas, cuyos orácuios se contenian en aquel libro. Creyendo el Rey que le hablaria el libro, le tomó en la mano, y comenzó á ojearle con admiracion; pero frustrado de su esperanza, le arrojó con desprecio en medio de la multitud de los suyos, y con rostro airado reprehendió las rapiñas de los huéspedes, mandándoles que inmediatamente restituyesen con fidelidad las cosas que habian robado. A los clamores de Valverde, que acusaba al Rey de impiedad por haber arrojado el libro, se irritó Pizarro, y siguiéndole quatro de sus compañeros, cogió á Atahualpa de un brazo. Dió de improviso la señal de acometer, y aterrados los bárbaros con el horroroso estruendo de la artillería, con el sonido de las trompetas, con el clamor de los soldados, y con el ímpetu de los caballos, atónitos, y como fuera de sí, se arrojáron los unos sobre los

otros, y se pusiéron en precipitada fuga; pero viniendo á dar con grande violencia en la cerca que rodeaba la plaza, padeciéron un horrible estrago, y mas pudo llamarse carnicería que batalla, pues ninguno se resistia á los que los herian, y todos volvian las espaldas. Quedáron muertos al rededor del Rey los que le acompañaban en literas, y los que los llevaban, entre los quales se halló el Cacique de la ciudad. El mismo Atahualpa se vió abandonado en tierra, habiendo sido cortadas las manos á los que le conducian, y corria gran peligro de perecer, si no le hubiese preservado Pizarro. Llevóle éste bien asegurado á la casa donde él habitaba, y por medio de intérprete comenzó á aplacar á aquel Príncipe irritado con el dolor de tan grave calamidad, recordándole que habia hecho prisioneros á muchos Caciques, y que habiéndolos dado libertad poseian pacificamente sus tierras: que por su culpa habia sido vencido y preso, pues habia tratado como enemigos, contra todo derecho y justicia, á unos huéspedes que no le habian hecho daño alguno. Disculpóse Atahualpa lo mejor que pudo echando la culpa á sus consejeros, por cuyas instigaciones habia movido la guerra; pero añadió que se reia de la fortuna, y de verse hecho prisionero por quien habia pensado prender, siendo vencido con sus mismas armas. Entre tanto continuaba la mortandad por todas partes, y la plaza, y todas sus cercanías estaban llenas de cadáveres. Ninguno de los Españoles fué muerto ni herido en este lance. Temeroso Pizarro de las tinieblas de la noche en una region desconocida de los suyos, mandó tocar á recoger. Volviéron los Españoles cansados de matar, trayendo delante de sí una multitud de cautivos como un rebaño de ovejas. Cenó el bárbaro aquella noche con el Capitan Español, y descansó en su mismo aposento. Al dia siguiente se recogió el botin, que se componia de ochenta mil castellanos de oro, cincuenta y seis mil onzas de plata, con algunas pocas esmeraldas, y vestidos, y además gran copia de ganados del pais: á todos los cautivos se les dió libertad, excepto los que fuéron destinados

para llevar las cargas. Fué hecho prisionero Atahualpa el sábado dia diez y seis de Noviembre del año de mil quinientos treinta y dos, y no el dia de la Cruz de Mayo del siguiente, como escribió Herrera; pero yo sigo la relacion de los que se halláron presentes á estos sucesos, que á no ser por estar apoyados en tantos testigos, se tendrian por fabulosos.

CAPITULO XVII.

SUCESOS DE LOS PORTUGUESES EN LA INDIA. CONFERENCIA DE BOLONIA ENTRE EL PAPA Y EL CESAR. VUELVE ESTE A ESPAÑA.

Los Portugueses no hiciéron por estos tiempos en Africa cosa alguna digna de memoria, pues casi se veian libres del peligro de los Moros por hallarse estos ocupados en discordias civiles. Las cosas del oriente se hallaban agitadas con una guerra continua; el dominio del mar, las fortalezas levantadas, y la imposicion de tributos irritaba á aquella gente soberbia, poco sufrida, y acostumbrada á dominar. De esto pues se originaban cada dia nuevas causas para pelear y conseguir victorias. Tampoco faltáron calamidades, con que no pocas veces se viéron afligidos los Portugueses, pues como Marte es comun de todos, mezcla freqüentemente las desgracias con los sucesos prósperos. Nuño de Acuña, que salió del Puerto de Lisboa con once naves muy grandes, tuvo una navegacion desgraciada, y habiendo perdido con los infortunios del mar una buena parte de su armada, se vió precisado á arribar á las costas de Africa, donde saqueó la ciudad de Mombaza, abandonada por sus habitantes que se habian puesto en fuga. Desde allí navegó á Ormuz, y inmediatamente tomó posesion del mando. Depuso á algunos de sus empleos, y á otros envió á Portugal como reos de malversacion de la hacienda Real. Mandó á Simon de Acuña que navegase á Baharen, isla

del mismo golfo, para castigar á Barbadin, que fugitivo de Ormuz se habia fortificado en un castillo. Pero se desgració esta empresa, y regresó Simon con mucha ignominia y pérdida. Por el contrario Antonio de Miranda, acompañado de Christóval de Mello, peleó prósperamente en la costa de Malabar; recogió un botin considerable, y apresó un navío de Calicut de extraordinaria grandeza cargado de ricas mercaderías. Luego que el Virrey Acuña desembarcó en Goa, puso en prision á Sampayo su Teniente, y le remitió á Portugal con buena custodia; siendo luego condenado á destierro del reyno, despues de pagar una gran suma de dinero. A los tres Silveiras les encargó la guerra en diversos lugares; Antonio la hizo en Cambaya, y retornó con alguna presa; Diego acometió al Zamorin en castigo de su inconstancia y mala fe, y incendió una gran parte de la ciudad de Calicut; y habiendo saqueado la costa de Narsinga, causó mucha confusion en el comercio de los Mahometanos. Recogió una rica presa, y incendió á Mangalor, plaza célebre de comercio con los navíos que se hallaban en el puerto. Hector Silveira, hombre valeroso, y de singular talento, obró tan particulares hazañas que parecen increibles. En el Cabo Guardafú persiguió á los enemigos con su armada, y tomó á los Mahometanos algunos navíos aunque no sin derramar sangre.

El Sultan de Aden, ciudad situada en la costa de Arabia, se hallaba sitiado por los Turcos, que se tenian por señores del mar, y le libertó Hector del peligro haciéndole su tributario. Pero el bárbaro despues de haberse retirado Hector, pagó aquel beneficio con una perfidia, haciendo asesinar á los Portugueses que habian quedado en la ciudad para comerciar. Habiendo juntado el Virrey una armada poderosa navegó con ella á Bethelen, isla cercana á Diu, y mandada fortificar por el Rey de Cambaya. Pidiéron los bárbaros que se les permitiese salir de allí libremente, y negándoselo el Portugues, se irritáron de tal modo, que prefiriendo setecientos guerreros una honrosa muerte á una vida ignominiosa, se obstináron en

una valerosa resistencia. Lo primero que hiciéron fué arrojar en una grande hoguera á sus mugeres, hijos, y todo lo mas precioso, para que no fuesen presa del enemigo. Y como si estuviesen agitados de las furias, sin esperar la luz del dia comenzáron á disparar desde lo alto contra los Portugueses. La pelea fué atroz y cruel, y era tal la rabia de los bárbaros, que deseoso uno de ellos de herir á un Portugues, se metió por la punta de su lanza, y atravesados con mutuas heridas cayéron muertos el uno sobre el otro. Muriéron diez y siete Portugueses valerosísimos, entre los quales fué uno Hector de Silveyra, varon esclarecidísimo por sus hechos y nobleza. Quedáron heridos ciento y veinte, y de estos muriéron luego algunos. Destruidas las fortificaciones, y habiendo embarcado el Virrey setenta piezas de artillería en sus navíos, vino á Diu para tomar aquella plaza por ardid si se le presentase ocasion oportuna. Pero habiéndose pasado esta, despues de haber arrojado una lluvia de balas, se retiró de allí, causando al enemigo mas terror que daño. Dexó á Antonio de Saldaña con parte de la armada para asolar las costas de Cambaya, lo qual executó valerosamente. Arruinó á Madrefabato, Goga, y otros pueblos, y destrozó gran número de navíos, derrotando á sus defensores, y llevó á Goa una rica presa.

Entretanto se hallaban perturbadas mas que nunca las cosas de las Molucas. Antonio de Brito, que habia llegado allí despues de Serrano obtuvo permiso de la Reyna viuda del difunto Regulo Boleif, y de Aroen tutor de su hijo, para edificar una fortaleza en Ternate. Pero sospechando despues la Reyna que con el favor de los Portugueses y con la muerte de sus hijos aspiraba el tutor á apoderarse del reyno, puso asechanzas á los huespedes para arrojarlos de la isla. Llegó Brito á entender esta perfidia, y habiendo acometido al palacio real, se llevó consigo á los pupilos. La Reyna se escapó en medio del tumulto y confusion, y se huyó á Almanzor su padre Regulo de Tidore. El tutor quitó la vida con veneno al ma-

yor de los hijos llamado Boahates. En este estado se hallaban las cosas, quando sucedió á Brito en el gobierno García Enriquez hombre cruel y dispuesto á emprender qualquiera maldad. Este pues, contra toda ley y justicia trató muy mal á los Régulos. Mató á Almanzor con veneno, molestó á los Isleños con todo género de injurias, con las quales irritados se disponian á la venganza, y esperaban para ello tiempo oportuno. Entretanto fué nombrado por sucesor de Enriquez Jorge de Meneses hombre de carácter perverso, y en extremo cruel. Suscitáronse entre los dos tan furiosas discordias, que estuviéron á pique de perderse todos los Portugueses; pero al fin se aplacáron con la salida de Enriquez. Volvió la Reyna á la ciudad, y temerosa de la crueldad de Meneses, se puso segunda vez en fuga con los principales de la nobleza, y impidió que se llevasen víveres á los Portugueses. Habia intentado en vano por medio de sus Embaxadores que los Portugueses la restituyesen á su hijo Ayalo sucesor del reyno, y á Tabaria su hermano menor, que los tenian encerrados en la fortaleza. Sentian ya los Portugueses el hambre, y la falta de todas las cosas mas precisas, quando llegó por sucesor de Meneses Gonzalo Pereyra. Este pues de órden del Virrey envió preso á su antecesor á la India. Procuró Pereyra refrenar á los soldados, prohibiéndoles el comercio de la especería, y ablandar á los bárbaros con todo género de caricias; pero sin embargo, habiéndoles ofrecido restituir los cautivos, faltó á su palabra, y vino á pagarlo en los años siguientes.

En Europa florecia la paz; mas los Españoles que perseveraban en Italia servian de estorbo para que no fuese durable. El Rey de Francia por medio de sus Embaxadores los Cardenales Acromonte, y Tournon se obligó á no hacer movimiento alguno siempre que los Españoles saliesen de Italia. Del mismo parecer era el Pontífice á quien siempre causó inquietud el gran poder del César en aquel pais. Tratábase esto en Bolonia á principios de este año de mil 1533.
quinientos treinta y tres, y allí habian concurrido el

Pontífice y el César para conferenciar sobre sus negocios. Los Venecianos rehusaban ligarse con nueva alianza ; porque temian que oprimido el poder de una de las partes, se hiciese la otra mas poderosa, y así no querian abandonar del todo al Rey, ni ponian mucho cuidado en complacer al César. Los Príncipes, y Repúblicas de Italia despues de haber padecido tantos males con la guerra deseaban el descanso, además que si volvia á moverse no tenian fuerzas para hacer resistencia á no estar protegidos por otro mas poderoso. El Pontífice disimulaba la ira que habia concebido contra el César por la sentencia en que este adjudicó al Duque de Ferrara el Principado de Regio, y Modena, que ántes era parte del Estado Eclesiástico. No ignoraba esto el César ; pero no obstante procediendo con suavidad, porque se resistia á sacar los Españoles de Italia, dispuso las cosas de tal modo, que se renovó la alianza por año y medio. Las condiciones fuéron que á costa de todos, y con un comun exército se procurase alejar la guerra movida á la Italia ; y que miéntras durase la paz contribuyesen los confederados todos los meses con veinte y cinco mil ducados para pagar la gente, cuya suma se habia de distribuir al arbitrio de Leyva, á quien eligiéron por General del exército, y defensor de la paz, y le mandáron pasar á Milan.

Establecido este convenio saliéron los Españoles de la Lombardia, y fuéron distribuidos en los presidios de los confines de Italia, para resistir á los Turcos que continuamente molestaban aquellas costas, habiendo sido pocos los que volviéron á España por el amor de su patria. Los Franceses aunque en su interior se alegraban de la salida de los Españoles, les dolia mucho el verse excluidos de Italia por la conjuracion de los Príncipes de ella. Mas al fin desistiéron de sus quejas, habiéndoles hecho presente el Papa: „que „ habian sido rotas las cadenas de Italia con haber sa„ cado de los Alpes á los Españoles, lo qual no hu„ biera podido conseguirse sin aquella alianza hecha „ por tan breve tiempo ; y que miéntras se propor-

„cionaba ocasion de llevar adelante sus proyectos, era „ preciso proceder con el mayor disimulo, para que „ no se perdiese todo por una intempestiva diligen- „ cia.“ De este modo el Pontífice temiendo al uno, y ganando al otro, se aseguraba por ambas partes, y suplia con el arte la falta de fuerzas. Entretanto que se disponia la armada en Génova, vino el César á la entrada de la primavera á Pavía con deseo de reconocer por sus mismos ojos el campo de la insigne victoria, ganada allí por sus armas. Mostróle Basto el lugar por donde rompió el exército Imperial, el sitio de la batalla, el parage donde fué hecho prisionero el Rey, y todos los demas en que sucedió alguna cosa notable, elogiando al mismo tiempo á los que mas se habian distinguido en esta memorable accion. Desde allí se encaminó á Milan, donde le obsequió Esforcia con gran magnificencia; y habiéndose entretenido algunos dias en la caza, vino á Génova, y se hospedó en el palacio de Doria, adornado con regia opulencia. Hizo allí el César espléndidos regalos á las personas ilustres; y embarcándose con temporal fuerte, llegó felizmente á fin de Abril á Barcelona, donde fué recibido por la Emperatriz y los Grandes con la mayor alegría, y con increible regocijo de todos los ciudadanos.

Pasó el César á Castilla, y habiendo recibido cartas de Mendoza en que le avisaba que la ciudad de Coron se hallaba en gran peligro, por haberla sitiado los Turcos por mar y tierra, mandó á Doria que se partiese con la armada para hacer levantar el sitio. Partió al momento á Nápoles, donde tomó á los Españoles que poco ántes habian sido enviados de la Lombardía con el capitan Rodrigo Machicao, y los víveres, y municiones necesarias: se hizo á la vela con viento próspero, y arribó felizmente á Coron, despues de haber tenido un pequeño combate con la armada Otomana cerca de la entrada del puerto. La venida de Doria excitó un gran tumulto en el campo de los enemigos; y habiendo hecho Mendoza una salida, los puso en fuga, y les tomó tres cañones, y algunas

otras cosas. Despues de esta victoria desembarcó Doria los soldados, y los víveres en la ciudad, dexando por Gobernador á Machicao, y se volvió á Mecina con el antiguo exército. Casi en los mismos dias el Almirante de la Armada Española Don Alvaro de Bazan tomó á los Moros la ciudad de One en la costa de Africa entre Oran y Melilla. Los bárbaros que se habian refugiado en el castillo, desconfiados de sus fuerzas, y de la seguridad de aquel puesto, se escapáron todos por un postigo que casualmente no se hallaba sitiado; y habiéndolos derrotado, y saqueado la ciudad, y el castillo, se restituyó á la Andalucía mas gozoso con la victoria que con el fruto de ella.

Falleció el Cardenal Colona que gobernaba á Nápoles, y fué nombrado en su lugar Don Pedro de Toledo Marques de Villafranca, cuyo gobierno mezclado de sucesos alegres, y adversos toleráron los Napolitanos por espacio de veinte y dos años. Miéntras tanto el Pontífice y el Rey de Francia tuviéron secretas conferencias en Niza, de las quales se divulgáron muchas cosas, pero no produxéron efecto alguno. Catalina hija de Lorenzo de Médicis, habida en Magdalena de Torres, casó con Enrique Duque de Orleans uno de los hijos del Rey Francisco, y llevó en dote cien mil escudos. Despues á peticion suya creó el Papa quatro Cardenales. Si además de esto acordáron algo en secreto acerca de los negocios públicos de sus dominios, nunca pudo saberse. Mas el César que conocia bien el carácter del Pontífice, sospechó algun fraude, y procuró asegurarse en Italia para que no le acometiesen descuidado. En primer lugar atraxo á sí al Duque de Urbino restituyéndole la ciudad de Sora que rescató de los herederos de Gesvres, para que en caso de hacer guerra al Pontífice, le auxîliase este Príncipe tan enemigo de los Médicis. Por otra parte las tropas Napolitanas, y las de Colona amenazaban al Pontífice, á quien aborrecian con odio implacable por sus antiguas discordias. Génova, el Duque de Ferrara, y el de Mantua estaban por el César: y de este modo no podia temer á nadie, án-

tes por el contrario ninguno podia moverse contra él sin manifiesto peligro de su ruina, hallándose asegurado con las fuerzas de tantos Príncipes. De esta suerte descansando las armas, peleaban con sus discursos, y se burlaban recíprocamente de unos artificios con otros. Finalmente para desvanecer el César la sospecha de que deseaba apoderarse de la Italia, á principios del año de mil quinientos y treinta y quatro aceleró las bodas de Christina, que habia prometido á Esforcia, para que los hijos que de ella tuviera sucediesen en el Principado de Milan, que era la causa de todos los males. 1534.

Por este tiempo llegáron los Españoles en Coron á las últimas extremidades del hambre, porque los Turcos se habian apoderado de todos los contornos, habiendo puesto una guarnicion permanente en Andrusa. Tuviéron consejo de guerra, y determináron hacer una salida contra el enemigo con el mayor secreto para cogerle desprevenido. Pusiéronlo en execucion en el silencio de la noche, causando gran confusion por haberse desordenado la caballería que se encaminaba al arrabal de Andrusa, donde hiciéron no poco daño, quemando las casas; mas no pudiéron tomar el pueblo porque al momento acudió la guarnicion al muro. Miéntras que los Españoles intentaban en vano al rayar el dia hacer pedazos las puertas, cayó Machicao herido en la frente por una bala, y con él algunos de los mas intrépidos. Muerto el capitan hombre valeroso, y muy perito en el arte militar, y habiéndose pasado el tiempo propio para la empresa, se retiráron de allí en el mejor órden. La caballería enemiga los siguió para vengar de alguna manera el daño recibido; pero la muerte de su Comandante, que cayó del caballo atravesado de un balazo, puso fin á la comenzada pelea. Juntábase al hambre la peste, que hacia en todos horrible estrago, quando llegáron cartas del Virrey de Sicilia, en que les mandaba á nombre del César que partiesen de allí quanto ántes. Con efecto á la entrada del mes de Abril, habiendo embarcado algunos Griegos en las naves con toda la ar-

tillería, y demas cosas que podian transportarse, regresáron á Italia, abandonando la ciudad de Coron, que era de poca utilidad, y no podia conservarse sino á costa de mucha tropa y dinero.

Por este tiempo ardian en guerras civiles los Moros de Tunez incitados del odio que tenian á Muley-Assen. Este pues, segun la inveterada costumbre de los bárbaros, habia subido al trono quitando la vida á sus hermanos, y dominaba con tanta crueldad, que sublevándose contra él sus súbditos, adornáron con las insignias regias á su hermano Roscetes que se habia escapado de la muerte, ofreciendo ponerle en posesion del reyno. Juntó luego un exército, y poniéndose en marcha, peleó con Muley-Assen al pie de las mismas murallas de Tunez. Quedó la victoria por los sublevados, habiendo obligado á Muley á encerrarse en la ciudad. Pero como en ésta no se suscitase tumulto alguno por los ciudadanos segun estaba proyectado, ni tampoco fuese posible el tomarla por fuerza, pasó Roscetes á Argel á solicitar de Aradino que le diese auxîlio contra su hermano; á cuyo tiempo conmovido Soliman con la fama de aquel pirata, le hizo llamar para que rechazase á Doria, prometiéndole el mando de la armada Otomana. Así pues, se embarcó Aradino para Constantinopla, llevándose consigo á Roscetes, á quien dió esperanzas de que con el auxîlio de Soliman arrojaria á su hermano, y seria él puesto en el trono, pero estas promesas fuéron falsas. Porque habiendo conseguido del Sultan que le hiciese General de su armada, dexó burlado en Constantinopla al regio jóven, y se volvió al Africa con ochenta galeras, causando en su viage muchos daños en las costas de Italia. Luego que llegó á Tunez, hizo correr la voz de que traia á Roscetes en la armada para ponerle con sus fuerzas en posesion del reyno. Fué recibido por los Tunecinos con extraordinario regocijo, pero en breve se descubrió el fraude, y tomando estos las armas, llamáron á Muley-Assen, que por miedo de Aradino se habia puesto en fuga. Peleáron en las calles, y en las plazas con gran desórden, y obstinacion: mas habiendo sido

vencidos los Tunecinos, y obligados á retirarse dentro de las casas por los Turcos que eran mas valerosos que ellos, se escapó segunda vez Muley-Assen con algunos pocos que con lealtad constante seguian su fortuna. Al dia siguiente se les concedió á los de Tunez la paz que pedian, y juráron obediencia á Soliman. Penetró vivamente el ánimo del César la maldad de Aradino, conociendo quan terrible tormenta amenazaba á la Christiandad si el Imperio Otomano se extendiese hasta el Africa. Para desvanecerla, y perseguir con el mayor esfuerzo á este pirata, tan orgulloso con el apoyo de Soliman, comenzó á disponer con la mayor diligencia todo lo necesario á este fin. Miéntras hacia estos preparativos, el Pontífice afligido de una grave, y prolixa enfermedad, pasó de esta vida á la otra el dia veinte y cinco de Septiembre. En todo su Pontificado se vió agitado de muchas inquietudes, por haberse entremetido mas de lo que convenia en los negocios temporales, trastornándole sus consejos la fortuna, ú otra fuerza superior. Excomulgó á Enrique Rey de Inglaterra porque habia repudiado á su legítima esposa la Reyna Catalina para casarse con la famosa Ana Bolena, á fin de reducirle á su deber con este terrible castigo. Pero este medio que se creyó saludable, solo sirvió para agravar el mal, porque aquel hombre soberbio, despreciando la religion que debia contenerle, se precipitó á sí mismo y á su reyno en el partido de la heregía que habia combatido; y finalmente habiendo abolido en todos sus dominios la autoridad Pontificia, se la apropió á sí mismo, y dió principio á la monstruosa, y cruel tragedia que ha costado tantas lágrimas al Orbe Christiano.

CONTINUACION DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA:

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

ELECCION DEL PAPA PAULO III. EXPEDICION DEL CESAR A TUNEZ. TOMA DEL CASTILLO DE LA GOLETA Y DE LA CIUDAD.

Despues de concluido el novenario de las exêquias del Papa Clemente VII. se juntáron en cónclave los Cardenales el dia nueve de Octubre para crear sucesor. Ya de unánime consentimiento habian destinado para esta suprema dignidad al Cardenal Alexandro Farnesio varon amado de todos; y á los dos dias, sin haber intervenido ningun vicio ni solicitud de su parte, fué declarado Sumo Pontífice, y se coronó el dia seis de Noviembre. En su exâltacion tomó el nombre de Paulo III. y no habiendo sido ántes parcial de ninguno de los Príncipes, conservó en su Pontificado la misma integridad con loable y piadoso exemplo, y muy propio del Padre comun de todos los fieles. Aplicose desde luego con sumo cuidado á apaciguar los ánimos de los Príncipes Christianos, que se resentian todavía de sus anteriores discordias, para que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la Religion.

Por este tiempo juntaba el César de todas partes tropas, armas, caballos y todos los demas aprestos

de guerra, sin perdonar gasto alguno para arrojar de Tunez á Aradino. Pero como las grandes empresas necesitan de grandes auxîlios, exhortó á los otros Príncipes por medio de sus Embaxadores á que se uniesen con él. El primero que acudió con su auxîlio fué el Pontífice, habiendo concedido al Rey Francisco y al César el diezmo de las rentas eclesiásticas. Pero el Rey de Francia despues de recibir tan gran don, se mantuvo tranquilo expectador de la guerra, en lo qual fué muy vituperado de todos. El Papa además de esta gracia, y para que no se creyese que solo era liberal con lo ageno, armó á su costa doce galeras cuyo mando confirió á Virginio Ursino. A estas se juntáron las de Malta con un selecto esquadron de caballeros. El Rey de Portugal envió á Barcelona una ármada de veinte y siete navíos á las órdenes de Antonio de Saldaña hombre muy experimentado en las cosas del mar. Tambien vino por tierra Don Luis hermano de la Emperatriz, teniendo por cosa indigna el faltar á tan piadosa empresa. Llegáron las armadas de Flandes y España, y la de Doria bien provistas de todo lo necesario.
El dia treinta y uno de Mayo de mil quinientos trein- 1535.
ta y cinco, habiéndose embarcado el exército y oido Misa el César, subió con su cuñado Don Luis á la Almiranta de Doria que estaba magníficamente adornada, y se hiciéron á la vela en Barcelona con las banderas y flámulas desplegadas, que formaban una maravillosa vista, disparando toda la artillería, y resonando al mismo tiempo los clarines y trompetas. En breve tiempo llegó esta armada á las islas de Mallorca y Menorca, y desde allí, aunque con borrasca, navegó á Cerdeña donde el Marques del Basto habia conducido la de Italia, en la que iban embarcadas muchas compañías de Españoles, Alemanes é Italianos. Desde el puerto de Cagliari atravesáron al Africa, y se hizo el desembarco de las tropas y artillería en el Golfo de Cartago con mucho órden.

Entretanto que se ponian en armas, atacó Doria las fortalezas que dominaban aquellas costas, y Bas-

to con un expedito esquadron salió á explorar los lugares inmediatos. Tuviéron freqüentes peleas con los bárbaros que les salian al encuentro, y algunas veces con peligro del César, que sin aterrarle la multitud de Moros que volaban por todas partes, era el primero que se adelantaba á registrarlo todo, y á exâminar donde se hallaban, y quantas eran las tropas de los enemigos, y quales eran sus movimientos. El modo de pelear que acostumbran los Moros, es ceder el puesto si se ven estrechados; y en tal caso no tienen por ignominia el ponerse en fuga: despues vuelven á comenzar la pelea con increible ligereza, hiriendo y matando; y finalmente las mas veces causan al enemigo mas terror que daño. No obstante matáron á algunos en estos encuentros, entre los quales pereció Federico Careto Marques del Final Capitan de la Compañía de Italianos, y fué herido el Marques de Mondejar varon de la primera nobleza de España, y otros caballeros. En este tiempo arribáron algunos navíos que se habian separado de los demas en la navegacion; sobre cuyo número, y el de las tropas de tierra no convienen entre sí los Historiadores. Lo mas cierto es, que las naves eran quinientas; y treinta mil los soldados, sin contar los Nobles que militaban á su costa, y los criados y demas gentes de servicio que componia un gran número. Estableciose el campo en las mismas ruinas de Cartago, y luego se dispuso que lo guarneciesen los Marineros. Aunque Aradino despreciaba altamente las fuerzas christianas, se dice que quedó muy consternado á vista de la armada y del exército; aumentándole el terror la presencia del César, pues no creia se hubiera expuesto á la inconstancia y peligros del mar, si no quisiera dar una batalla decisiva. Pero disimuló su miedo, y habiendo fortificado con gran cuidado el castillo de la Goleta, encargó su defensa á Sinan natural de Smirna Pirata muy valiente, dándole á este fin quatro mil Turcos escogidos. Los demas los encerró en Tunez, para ocurrir con ellos á qualquier lance.

Al rededor de la Ciudad tenia una gran multitud de tropas de á pie y de á caballo, cuyo número se aumentó despues prodigiosamente. Entre Tunez y la Goleta se extiende un lago desde el Mediodia al Septentrion, y en la garganta por donde desemboca en el mar está el castillo, que por el lugar de su situacion se llama de la Goleta. Por esta embocadura y á costa de increible trabajo de los cautivos habia introducido Aradino sus galeras en el lago para librarlas del peligro. Levantábase con suma alegría y esfuerzo la trinchera para combatir el castillo, y el Conde de Savini, esclarecido en la guerra Napolitana y en la de Grecia, habia pedido la honra de defender su frente. Pero le costó muy cara su audacia, pues habiendo hecho una salida los Turcos mandados por Salec, quedó muerto con Belingero su pariente capitan de una compañía. En aquel puesto fuéron despues substituidos los veteranos que habian vuelto de Coron, y eran muy esforzados; y contra ellos acometiéron los enemigos con mayor ímpetu el dia siguiente al amanecer, que era el de la Natividad de San Juan Bautista: tiempo en que por el calor de las noches se goza el mas tranquilo sueño. Dispertados con el tumulto y las heridas corriéron á las armas con gran presencia de ánimo, y se trabó un cruel combate en que cayéron muchos de una y otra parte, entre los quales peleando valerosamente Don Luis de Mendoza quedó muerto, atravesado de innumerables heridas, junto con el Alferez Sebastian de Lara, y Alonso de Liñan natural de Zaragoza. Arrebatáron los Bárbaros la insignia militar que era un sarmiento, y se hallaba colocada en lo mas alto de la trinchera. Del vulgo de los soldados muriéron quarenta y nueve, y muchos mas quedáron heridos. Arrojados de allí los enemigos, y deseosos los nuestros de acabar con ellos, y de borrar la ignominia de haber perdido su bandera, los persiguiéron hasta el castillo; y habiendo entrado algunos temerariamente mezclados con los enemigos, fuéron al punto pasados á cuchillo. Los demas al tiempo de re-

tirarse padeciéron mucho por la lluvia de tiros que les disparáron desde los muros.

Por consejo de Alarcon hombre muy experimentado en la milicia, que por este tiempo habia llegado con muchos nobles Españoles y Napolitanos, fuéron levantadas nuevas fortificaciones para resguardo de los soldados; lo qual fué muy grato al César, que deseaba concluir lo comenzado mas con el trabajo que con la pérdida de los suyos. Entretanto arribáron de España algunos navíos con grande provision de víveres, y viniéron en ellos no pocos nobles con armas y caballos. Llegó la noticia de que la Emperatriz habia parido una hija, y fué grande la alegría y regocijo que hubo en todo el campo. A esto se siguió una horrorosa tormenta con vientos tan impetuosos, que derribó todas las tiendas de campaña, rompiendo las cuerdas con que estaban amarradas. Los truenos y relámpagos consternaban á los hombres; y la arena arrebatada del viento los cegaba, moviéndola además los enemigos con palas para que les cayese mas espesa en los ojos. Entretanto los Turcos se aventuráron á dar un combate, pero fuéron rechazados al castillo con pérdida.

Al dia siguiente llegó Muley-Assen al campo del César, acompañado de trescientos caballos, y habiéndole besado en el hombro, le dió gracias por medio de su Intérprete, y le aseguró que miéntras viviese tendria siempre en la memoria tan grande beneficio. Dióle el César esperanzas de que le restituiria á su reyno, y exhortándole á que permaneciese fiel, le despidió despues de haberle regalado con regia liberalidad. Pero no obstante se perdió el dinero empleado en atraher á estos bárbaros, porque despues de haberlo recibido, faltáron á su palabra. Eran freqüentes las peleas en diversos parages, haciendo continuas salidas los Turcos y los Moros, y de tal manera molestaban al campo con sus correrías, que no podian los soldados ir á hacer provision de agua ni leña, sin que tuviesen encuentros y heridas. Fuéron muertos ó heridos al-

gunos nobles y capitanes; y en una de estas peleas se vió Alarcon en grave peligro. De los enemigos pereciéron muchos con Guiafer capitan valeroso de los Turcos.

Concluidas que fuéron las obras, y guarnecidas con quarenta y dos cañones, arrimáron las galeras ántes de salir el sol, y comenzáron á batir las murallas con horrendo estrépito y estrago. Acerca del mediodia fué derribada una gran torre que era la principal defensa del castillo, y el César exhortando en pocas palabras á los soldados á obrar valerosamente, dió la señal del asalto. Al punto subiéron con escalas á la parte del muro que aun estaba en pie; y entre los innumerables tiros que les disparaban de todas partes, peleáron á pie firme con el enemigo, que se hallaba en las mismas murallas, y se encamináron en batalla á la plaza del castillo. Despues de mucha carnicería fuéron arrojados los Turcos de todos los puestos, y se pusiéron en fuga, siguiendo á su caudillo que fué el primero que se escapó á la ciudad por un puente de madera que atravesaba la garganta del lago. Dícese que en este dia pereciéron mil y quinientos de los enemigos; y de los Imperiales solos treinta, si no se engañan los Historiadores. No era muy considerable la presa que hiciéron, en la qual se contáron quarenta cañones. Fué apresada en el lago la armada de Aradino, que se componia de quarenta y dos galeras con todos sus pertrechos.

Despues de esta empresa se trató en una junta sobre si convenia llevar adelante la guerra. Algunos eran de dictámen „que habiéndose tomado la Go-„leta y la armada enemiga, quedaba satisfecho „abundantemente el honor del César, y la utilidad „pública. Que no se debia pelear por mas tiempo „con una multitud tan grande de enemigos, y con „toda la naturaleza, en un suelo estéril, seco y en-„fermo, sin mas fruto que el de substituir un ene-„migo á otro en el reyno de Tunez. Que además; „¿cómo podia convenir con tanto peligro propio, y

,, solo para utilidad agena exponerse de nuevo á la ,, fortuna de la guerra, que siempre acostumbra mez- ,, clar alternativamente las cosas prósperas con las ,, adversas? Pero aun quando fuese favorable, y se ,, consiguiese ganar á Tunez, ¿cómo podria conser- ,, varse en medio de tan bárbaras y feroces naciones, ,, y tan enemigas del nombre Christiano? ¿Se envia- ,, rán acaso, decian, colonos para exponerlos á que ,, luego sean pasados á cuchillo, ó reducidos á escla- ,, vitud? ¿Qué ciudades amigas tenemos cerca, y que ,, Reyes confederados podrian socorrerlos en qual- ,, quiera peligro? Por estas mismas causas, y ater- ,, rados de los muchos gastos, nos vimos precisados ,, á abandonar á Coron, cuya fortaleza nadie negará ,, que era la mas oportuna para refrenar á los Oto- ,, manos; á no ser que queramos perder aquí con ,, ignominia y estrago lo que ganamos á costa de ,, inmensos trabajos y dispendios". Pero moviéron mas al César las razones del Príncipe de Portugal y del Duque de Alba, á quienes oia con gusto. ,, Decian estos, que con grave daño y mayor pe- ,, ligro de la Christiandad habia sido invadido el ,, reyno de Tunez por un tirano, deseoso de intro- ,, ducir en el Occidente las armas Otomanas. Que ,, habia mucha diferencia en que reynase en aque- ,, llas partes un Príncipe tributario y obediente al ,, César, ó un Pirata implacable, que tanto daño ha- ,, cia en las costas de los Christianos. Que si se le ,, permitia extender sus armas y sus fuerzas en Afri- ,, ca, ¿á quánto peligro no se expondria la inmediata ,, isla de Sicilia, subyugada en otros tiempos mise- ,, rablemente por las armas de los Cartagineses, y ,, despues por las de los Arabes que tambien salié- ,, ron del Africa? ¿Qué seria de toda la Italia ro- ,, deada con las armas Otomanas? Y finalmente ¿Qué ,, seria de España separada del Africa por un corto ,, estrecho de mar, afligida tantas veces por aque- ,, lla parte por enemigos externos, y ahora con otros ,, internos?" Demas de esto movia al César la calamidad que padecian veinte mil cautivos, y el deseo

de despojar de aquella presa al Pirata, que con tanta freqüencia invadia nuestras costas. Ni tampoco le parecia decoroso ni honesto abandonar torpemente á Muley-Assen despues de haberle ofrecido restituirle en el reyno: y añadia que el Rey de España y Emperador de Alemania no habia pasado al Africa con tan crecido número de tropas para infundir un vano temor en los enemigos, sino para disipar la cruel tempestad que amenazaba á todo el Orbe Christiano. De este modo el César, mas cuidadoso del empeño que habia contrahido que de la fama, despreció los vanos rumores, y lo que de él pudiesen juzgar otros; precepto y exemplo saludable para los grandes Príncipes, que deben preferir su obligacion á los juicios y censuras de los hombres.

Estando pues resuelto á perseguir al tirano con el mayor esfuerzo, y dexando á Doria en la armada, para cuidar del restablecimiento de las fortificaciones de la Goleta con los materiales que se habian traido de Sicilia, se puso en marcha acia Tunez. En todo el camino habia continuas escaramuzas con el enemigo, que andaba vagando, y que á cada paso acometia la retaguardia en que mandaba el Duque de Alba. Padeciéron tan gran necesidad de agua en aquel pais árido, que la sed les abrasaba las bocas y las entrañas. Instruidos los soldados por Muley, y otros hombres prácticos de aquella tierra, habian hecho provision de agua llevándola en pellejos y cubas, la qual les alivió por algun tiempo; pero creciendo el calor, volviéron á la misma fatiga. Añadíase á esto el cansancio de caminar entre montes de arena, en que á cada paso se les hundian los pies. El ardor del sol la tenia tan encendida, que todo lo abrasaba como si fuera un continuo fuego. Despues de tolerados con invencible constancia todos estos males, llegáron finalmente á tiro de la ciudad. Hallábase acampado el tirano á tres millas de distancia con un exército de cien mil infantes, y treinta mil caballos, mas confiado en la multitud que en el valor de los suyos.

Dada que fué la señal de la pelea, los acometié-

ron los Imperiales mandados por Basto, no como quien va contra hombres armados, sino como quien iba á degollar un rebaño de ovejas. En efecto la victoria no fué dudosa ni dificil, porque á la primera lluvia de balas volviéron las espaldas los Africanos. Despues de esto, habiendo entrado en la accion los Alemanes armados de lanzas, y con espantosa gritería, se puso el tirano en fuga á uña de caballo, y se metió dentro de la ciudad con los Turcos que le acompañaban. Al momento toda aquella innumerable multitud se dispersó y derramó por todos los campos inmediatos. No quiso el soldado perseguir á los fugitivos, porque habiendo encontrado unos pozos de agua dulce, tenia mas deseo de apagar la sed, que de recoger la presa. Dícese que algunos pereciéron por el excesivo calor y la falta de agua. Entretanto el tirano ardiendo en ira, resolvió volar con polvora el castillo de Tunez llamado la Alcazaba, donde estaba encerrado un gran número de cautivos, y lo hubiera puesto en execucion á no haberselo disuadido Sinan con sus ruegos. Llegó esta noticia á oidos de los cautivos, y miéntras que Aradino recogia las tropas y exhortaba en vano á los ciudadanos á la defensa de la patria, se pusiéron intrepidamente en libertad para pelear por su vida, ayudándolos Medellin Español, y Catareo Dalmata libertos del tirano que no se habian olvidado del todo de su antigua religion. Viéndose libres de las cadenas, se apoderáron de la armería y del castillo, arrojando al Gobernador y á la guarnicion que en él habia; y con el humo y las banderas desplegadas hiciéron la señal de la victoria que habian ganado. Intentó inutilmente el tirano recuperar el castillo, y temeroso de que no le quedaba parte alguna donde pudiese estar seguro, se puso con los Turcos en acelerada fuga. Persiguiéronle los Moros, prefiriendo la presa á la fidelidad, y le despojáron de una parte de sus bagages; y en tan miserable estado llegó á Bona ciudad célebre por haber sido silla Episcopal de San Agustin, donde habia dexado catorce galeras para qual-

quier lance adverso que pudiera sucederle. Noticioso el César del suceso de los cautivos, hizo marchar el exército á la ciudad el dia siguiente.

Saliéron á recibirle los Magistrados y el Pueblo, presentándole las llaves de las puertas en señal de una solemne entrega. Pero la alegría de haber sido arrojado de ella el tirano, la hizo funesta la precipitada indignacion de los soldados, los quales, diciendo el César que debia perdonarse á los entregados en obsequio de Muley Assen, respondiéron con grandes clamores: „Han de engañarnos impunemente los Mo„ros, socios siempre infieles, y enemigos siempre mo„lestos?" Dicho esto, y como si fuera la señal del combate, corriéron en tropas á saquear la ciudad, pudiendo mas en ellos el furor y la avaricia que el mandato de su Príncipe. No se veia por todas partes sino muertes, robos y confusion, á pesar de los edictos que el César hizo publicar por voz de pregoneros, porque la multitud enfurecida nada oia ni atendia. Los que hiciéron mayor estrago fuéron los Alemanes; y se dice que pasó de diez mil el número de los muertos. Fuéron hechos cautivos diez y ocho mil; pero la mayor parte de ellos consiguió libertad por una corta suma. Cogió Basto una rica presa de treinta mil escudos que se halláron en una cisterna del castillo, y los descubrió un esclavo, con los que le gratificó benignamente el César. Medellin y Catareo fuéron tambien premiados largamente por el auxîlio que habian dado. A los que con su propio valor se pusiéron en libertad, les fué adjudicada toda la presa del castillo, y además se les distribuyó dinero. Halláronse ochenta y un Franceses cautivos, y se entregáron al Embaxador de esta nacion. El numero de los que fuéron puestos en libertad llegó acerca de veinte mil, entre los quales se contaban tres mil mugeres, y quatro mil doncellas; y el César les dió á todos liberalmente navíos y víveres para restituirse á su patria. Muchos de ellos se alistáron en las banderas del César, con cuyo socorro se supliéron las compañías que se habian disminuido. Entretanto se escapó

Aradino por el descuido ó cobardía del Capitan Adan que habia sido enviado á Bona con parte de la armada. Siguióle Doria aunque tarde con el resto de los navíos; pero habiendo perdido la esperanza de hacerle prisionero, tomó la ciudad y arruinó sus muros. Entregó la fortaleza á Alvaro Zagal con seiscientos soldados de guarnicion, y despues fué abandonada y destruida por órden del César. Habiendo hecho su tributario á Muley Assen, le entregó el reyno de Tunez, y Don Bernardino de Mendoza, hombre muy sabio en el arte de la milicia naval y terrestre, fué nombrado Gobernador del castillo de la Goleta, dándole para su custodia mil presidiarios y diez galeras. Despues de esto despidió á su cuñado Don Luis, manifestándole su mucho agradecimiento: mandó que las armadas se hiciesen á la vela, y él se embarcó en la de Italia. Arribó á Trepani echado por vientos contrarios, y desde allí pasó por tierra á Palermo y Mecina con grande regocijo y alegría de todos. Concediéronle los Sicilianos ciento y cincuenta mil escudos por donativo gratuito, y habiendo celebrado cortes, les confirmó sus privilegios é inmunidades. Nombró á Don Fernando de Gonzaga por Virrey de la isla; y embarcándose despues llegó con las galeras á Rijoles. Atravesó los pueblos de la Calabria, donde le obsequió magníficamente San Severino Príncipe de Visignano; y finalmente entró con toda felicidad y alegría en Nápoles á fin de Noviembre.

CAPITULO II.

TOMA ARADINO LA ISLA DE MENORCA. MUERTE DE ESFORCIA. PRETENSIONES DEL REY DE FRANCIA SOBRE EL ESTADO DE MILAN Y LA SABOYA. GUERRA CON ESTE MOTIVO.

La alegría de la victoria de Tunez fué turbada segun la inconstancia de las cosas humanas, con la desgracia acaecida en el puerto de Mahon. Habiéndose escapado de Bona el pirata Aradino, conduxo su armada á Argel, y despues de haberla reparado, navegó con ella á la isla de Mallorca. Intentó inutilmente invadirla, y pasó á la de Menorca. Uno de los navíos de la armada de Portugal que mandaba Gonzalo Pereyra fué arrojado por una tormenta al puerto de Mahon, y se apoderó de él Aradino, aunque no sin estrago de los suyos, matando á toda la gente que conducia. Inmediatamente determinó batir con su artillería la ciudad, que está situada en la extremidad del puerto. Aterrado el Gobernador luego que vió derribada una parte del muro, hizo la entrega, capitulando su libertad y la de su familia; y por la accion indigna de este hombre cobarde fuéron llevados cautivos ochocientos Mahoneses. Aunque con efecto le puso en libertad Aradino, pagó no obstante su maldad con un cruel suplicio por mandado de Don Martin de Gurrea Virrey de aquellas islas. Cargó el bárbaro sus navíos con la presa, y retornó aceleradamente á Argel; y despreciando los peligros del mar que amenazan en el Otoño, navegó á Constantinopla, donde fué recibido por Soliman como vencedor, para que no desesperase de recuperarse de su desgracia.

El año antecedente falleció en Alcalá de Henares Don Antonio de Fonseca Arzobispo de Toledo, y

su cuerpo fué llevado á Salamanca, y sepultado honoríficamente en la capilla que él mismó habia edificado. Fundó dos Colegios, el uno en Santiago de Galicia, y el otro en Salamanca su patria, dotándolos con grandes rentas. Sucedióle Don Juan de Tavera natural de Toro, Arzobispo de Santiago y Cardenal, y ántes Obispo de otras Iglesias. En la de Santiago tuvo por sucesor á Don Pedro Sarmiento, que poco despues fué creado Cardenal á peticion del César. Murió tambien en el mismo año el Cardenal Echavord, que como escribe Chacon fué el vigésimo quinto en el número de los Obispos de Tortosa. Fué electo en su lugar Fr. Antonio Calcena del Orden de San Francisco, y tomó posesion de aquella Iglesia el dia cinco de Octubre del año de treinta y siete. Don Martin Gurrea sucedió á Doria en la Iglesia de Huesca, y no pudo entrar en posesion de ella por varias dificultades que ocurriéron, hasta el dia diez de Mayo de este año.

A fines de él falleció Francisco Esforcia sin haber dexado hijo alguno; y en su testamento nombró al César heredero del Principado de Milan. Inmediatamente Leyva cuidadoso de los intereses de su Señor, enarboló la bandera Austriaca, y se apoderó del castillo y de otros lugares fortificados del territorio. El César mandó hacer en Nápoles magníficas exêquias al difunto; pero ocultaba cuidadosamente lo que pensaba disponer acerca de aquel Principado; el que al fin adjudicó á la corona de España, apoyado para ello en poderosas razones. El dia ocho de Enero del
1536. año siguiente de mil quinientos y treinta y seis celebró las cortes que tenia convocadas en Nápoles, en las que concedió liberalmente á sus habitantes muchos privilegios é inmunidades, y ellos le ofreciéron por donativo gratuito millon y medio de ducados, que habian de pagar en ciertos plazos. En los dias de carnestolendas celebró el César las bodas de Margarita su hija, que habia tenido en Flandes ántes de su matrimonio, con Alexandro de Medicis, y hubo en ellas magníficos banquetes, juegos, y todo gé-

nero de regocijos con mucha pompa y aparato. Al mismo tiempo Lanoy Príncipe de Salmona se desposó con Isabel Colona, hija de Vespasiano y nieta de Prospero.

Pero entre estas alegrías y festejos no se olvidaba el César de los cuidados del gobierno, pues renovó entónces la alianza con los Venecianos. Ajustó con los Suizos que en caso que se suscitase la guerra en Italia, no permitirian que sus tropas sirviesen en ella. Recogió mucho dinero: hizo venir las legiones de Alemania, y completó las compañías veteranas con Españoles. La inquietud de los Franceses dió motivo á estos preparativos hechos con tanta diligencia, porque habiendo fallecido Francisco Esforcia sin hijos, pretendia el Rey de Francia que le pertenecia el Principado de Milan por parte de Valentina, de quien era biznieta Claudia su muger. Pero como no habia podido mantener con las armas este Principado quando se apoderó de él, y despues habia intentado en vano muchas veces recuperarle, se persuadió que nunca llegaria á conseguirlo si no reducia á su dominio la Saboya, que estaba intermedia, y se abria camino por aquella parte; por lo qual con justicia ó sin ella acometió á Cárlos Duque de Saboya con intento de despojarle de su Estado. Luego que Francisco tuvo noticia de la muerte de Esforcia envió á Cárlos, que ya lo esperaba, á Guillelmo Pojet, Presidente del Parlamento de Aix, pidiendo que le restituyese el Principado de Saboya que pertenecia á Madama Luisa su madre, como hermana mayor del mismo Cárlos; y porque en las primeras nupcias de Felipe de Saboya con Madama Margarita de Borbon se estipuló, que los hijos de uno y otro sexô que de ella naciesen sucediesen en el dominio de su padre; y que siendo Cárlos hijo de Claudia, con quien habia casado Felipe despues de la muerte de Madama Margarita, era manifiesto que ocupaba sin derecho el dominio de Saboya, que debió recaer en Madama Luisa hija de Margarita, y finalmente en Francisco su nieto. Alegaba tambien otros derechos imaginarios y

despreciables, derivados de Renato Duque de Anjou que habia unido á la corona de Francia la Provincia de Marsella, nombrando por su heredero á Luis XI. Respondió Cárlos que no habia ninguna ley ni costumbre en Saboya que prefiriese las hembras á los varones para suceder en el Principado; y que ántes por el contrario eran excluidas de la sucesion como en Francia: que no era de ningun modo verosímil que hubiese querido Felipe su padre despojar del Principado á su familia, y traspasarle á otra extraña, no habiendo causa alguna que le obligase á hacerlo; y que finalmente que si habian de valer los antiguos derechos, deberia la nacion Francesa restituir al Imperio Romano las Galias, que le habian usurpado Faramundo, Meroveo y sus sucesores. Viendo Pojet rebatida con estas y otras razones la peticion de Francisco, se dice que replicó: así lo quiere el Rey, que es la suprema ley quando por qualquier motivo se trata de extender ó conservar el imperio. De las palabras viniéron al fin á las armas.

Por este tiempo los ciudadanos de Ginebra inficionados de muchas heregías arrojáron de la ciudad á Pedro Baume su Obispo, hombre de vida santísima, y tomando las armas se habian substraido del dominio de Saboya, fomentando esta rebelion el Frances Rangonio, como lo refiere Duvelay su compatriota. Habiendo pues ajustado alianza con los Suizos en daño del Saboyano, envió el Rey de Francia con un exército á Chabot Almirante del Reyno, para que despojase á Cárlos de su dominio, y al mismo tiempo reclamaba por medio de Embaxadores el Principado de Milan. Uno y otro causó mucha indignacion al César, no ignorando quales eran los intentos del Frances, que vencido y hecho prisionero, y despues de haber renunciado muchas veces sus derechos, reclamaba sin pudor la Lombardía, que era el premio del vencedor, y la que con derecho Imperial habia adjudicado á la Corona de España. Acometido Cárlos de Saboya á un mismo tiempo por los Franceses, y los rebeldes Ginebrinos, y destitui-

do de humano socorro, porque todavía se hallaba el César en Africa, se pasó á Verceli ciudad muy fuerte, y despues á Niza, con su muger y su hijo Philiberto.

Persuadido vanamente Francisco de que sin tomar las armas podria concluir el negocio de Milan, envió á Juan Cardenal de Lorena, con amplísimos poderes para que tratase con el César, y en el camino mandó á Chabot en nombre del Rey, que sostuviese la guerra, para evitar que irritado mas el animo del César, se perdiese la ocasion de concluir felizmente el asunto. Pero Leyva con un fuerte esquadron se opuso á los intentos del enemigo, y habiéndole enviado el César nuevas tropas, reprimió su furor, y le impidió llevar adelante sus estragos. Habia mandado tambien el César á Doña María Gobernadora de Flandes, que enviase un poderoso exército á las fronteras del enemigo para entretenerle, y dividir sus fuerzas.

En la primavera de este año vinó el César á Roma con el exército veterano, y setecientas corazas; y fué recibido con pompa triunfal. Despues de haber adorado al Pontífice, que se hallaba sentado á la puerta del Templo Vaticano, se retiró al palacio que le estaba prevenido con gran magnificencia, donde muchas veces habló á solas con el Papa sobre los gravísimos negocios del Estado. Empleó quatro dias en visitar la ciudad, y la víspera de su partida hizo un discurso grave y vehemente á presencia del Pontífice, de los Cardenales, Grandes y Embaxadores, usando de la lengua Española como mas cercana á la Romana: en él manifestó su indignacion contra el Frances, y los sentimientos que agitaban su ánimo. Refirió primero los antiguos motivos de queja: la usurpacion de la Borgoña: el repudiado matrimonio de Cárlos VIII. con Margarita; y la repetida violacion de los tratados hechos con la casa de Austria. Despues de esto declamó fuertemente contra Francisco, quejándose de su ingratitud y falta de fidelidad; pues habiéndole él dado libertad, le recompensaba con todo

género de agravios, y no cumplia cosa alguna de lo que le habia prometido. Demostró con poderosas razones quánto mas sólidos eran sus derechos al Principado de Milan que los de Francisco. Y arrebatado de la ira al proferir estas y otras cosas, levantó mas la voz, y con semblante severo y magestuoso dixo:
„Cómo Francisco y sus Embaxadores tienen la des-
„ vergüenza de asegurar públicamente que yo he pro-
„ metido á los Franceses el Ducado de Milan? Acaso
„ creen que soy tan loco, que he de entregar á un
„ enemigo pernicioso lo que manifiestamente me per-
„ tenece? Quién ignora la envidia con que ha proce-
„ dido, excitando contra mí á todo el orbe? Quién
„ ignora su alianza con los Turcos, y todas las de-
„ mas tentativas que ha hecho para perderme? Ahora
„ acaba de ocupar á fuerza de armas una parte del
„ dominio de su tio Cárlos de Saboya, para invadir
„ el Principado de Milan, que ha recaido en mí con
„ legítimo y cesareo derecho, y apoderarse despues
„ del resto de la Italia, combatida tantas veces des-
„ graciadamente. Verá pues Francisco, y verá todo
„ el universo, que en breve vengaré con guerra justa
„ y piadosa mis injurias, y las del Duque de Sabo-
„ ya que se halla baxo la proteccion del Imperio Ro-
„ mano. Y para que no se queje de que le acometo
„ desprevenido, y con repentina invasion, desde aho-
„ ra le declaro la guerra: y confio que los Santos que
„ fuéron testigos de las alianzas, serán tambien ven-
„ gadores de la palabra que ha quebrantado.“ Un Autor afirma que el César concluyó su discurso desafiando á Francisco; pero todos los demas omiten esta circunstancia. Un Escritor Frances dice, que al dia siguiente retractó el César lo que habia dicho, lo que no puedo creer de un Príncipe tan afortunado y victorioso. Para no negar todo crédito á este Autor, tengo por cierto, que despues fué impugnado el discurso por un hombre docto. Mas sea de esto lo que fuere, luego que acabó de hablar el César, le abrazó el Pontífice con mucho amor, rogándole que no se dexase arrebatar de la ira, aunque no mal fundada,

y que se acordase que su humanidad y clemencia le habia adquirido la fama de Príncipe grande y óptimo. Los Embaxadores del Rey comenzáron á replicarle, pero les impuso silencio, para que no se desvaneciese del todo la esperanza de la paz ; mas no pudo disuadir de su propósito al César que se hallaba inclinado á la venganza.

Al dia siguiente partió para la Toscana, y llegó á Florencia ciudad adornada con todo género de ciencias y cultura, donde fué obsequiado magníficamente por su yerno. Desde allí pasó á Luca, y habiendo atravesado el monte Apenino, llegó á Plasencia, donde le esperaban Beatriz de Saboya, y Christina viuda de Esforcia, á las quales consoló con mucha humanidad, asegurándolas que corrian á su cuidado. Siguióse en breve la muerte de Beatriz, que colmó las penas del Saboyano. Entretanto Leyva recuperó á viva fuerza la plaza de Fossano, que poco ántes habia sido tomada por los Franceses, y atraxo al partido del César á Francisco Marques de Saluzo, que se habia disgustado del Frances, porque no le trataba segun merecian sus servicios, lo que contribuyó mucho para sostener esta guerra. Habiéndose reunido las tropas en la Lombardía, se trató en un Consejo de guerra sobre el modo con que habia de hacerse. Basto con algunos otros Capitanes era de parecer que se encaminasen todas las tropas á Turin para apoderarse de todo el territorio que se extiende al pie de los Alpes. Pero á todos los demas, y con especialidad á los Duques de Alba y Benavente, les agradó el dictámen de Leyva, quien dixo que las fieras se cogian mas fácilmente en sus cuevas, por lo qual convenia llevar la guerra á lo interior de Francia, y lo aprobó el César por la autoridad de aquel hombre que se habia hecho tan ilustre por sus hazañas. El César pues, siguiendo un proyecto que tenia mas de brillante que de sólido, mandó á Saluzo que con escogida tropa sitiase á Turin que se hallaba ocupada por los Franceses, y él penetró en la Francia con lo mas fuerte del exército. Al mismo tiempo recorria Doria las costas

con la armada; y habiendo desembarcado en tierra las compañías Italianas mandadas por el Duque de Salerno, al primer ímpetu tomáron á Antibo, y la saqueáron aunque á costa de alguna sangre. Apoderáronse tambien de muchos pueblos de la Provincia Narbonense. Todos los habitantes se dispersáron por aquellos campos, llenos de terror, y todos los lugares, haciendas y heredades, que estaban muy provistas de todo, fuéron entregadas al saqueo. Doria expugnó á Tolon para tener un puerto cómodo. En Bruñola pueblo del territorio de Frejus, peleó prósperamente Fernando Gonzaga. Montejano, y Borsi hijo de Gaufero, Capitanes de caballería, fuéron hechos prisioneros, junto con Samnipetro Corso que mandaba la infantería; y apénas escapó uno solo que llevase la nueva de esta pérdida. Con el mismo ímpetu fué tomada y saqueada Bruñola. Desde entónces no se atrevió el enemigo á ponerse á la vista, permaneciendo siempre encerrado dentro de un fortificado campo, en el que hacia frente al exército vencedor.

CAPITULO III.

ENTRA EL CESAR CON SU EXERCITO EN FRANCIA. SITIO DE MARSELLA. VIAGE DEL CESAR A ESPAÑA.

Las armas Flamencas que por este tiempo entráron por las fronteras de Francia, como lo habia mandado el César, causáron mas terror que daño. Era Generalísimo de ellas el Príncipe de Nasau hombre muy experimentado, y intrépido en la guerra. Este pues, habiendo tomado á Braya, expugnó á Guisa, y destruyó enteramente su guarnicion, con lo qual se le entregó inmediatamente la fortaleza. Despues, habiendo hecho talar todos los campos, y obligado á los Franceses á retirarse á lás ciudades fortificadas, dirigió su exército contra Perona. No dexó el Flamenco

de poner en práctica todos los medios posibles que inspira la fuerza y el arte para tomar la ciudad; la qual defendian los ciudadanos mezclados con los soldados con una constancia mas que francesa, y con ánimo tan obstinado, que movido el General del peligro á que se exponian los que se acercaban á los muros, mandó alguna vez tocar la retirada, para que á la derrota no se añadiese la ignominia. Despues de esto determinó incendiar la ciudad, para abrir con el fuego el camino que no habia podido abrirse con el hierro. Las llamas causáron mas temor á los sitiados que una batalla; pero habiendo sobrevenido una repentina y copiosa lluvia, quedó burlado el enemigo; y los Peroneses hiciéron publicas procesiones en accion de gracias por la conservacion de la ciudad. Finalmente dirigió Nasau sus fuerzas contra la fortaleza, aunque no con mejor fortuna. Consiguió volar con una mina una alta torre, en cuya ruina quedáron sepultados el Gobernador Damartin, y muchos de los suyos; pero aunque intentáron los Flamencos acometer por aquella parte, fuéron rechazados con tanto brio por los Franceses, que manifestáron muy bien, que su principal auxîlio mas consistia en sus armas y en su valor, que en las murallas. Empleadas inútilmente las fuerzas y el arte, levantó el Flamenco su campo una noche, á fin de ocultar su ignominia, y se retiró con su exército dentro de los confines de Flandes.

Pero volvamos al César que por este tiempo habia trasladado su campo á Aix, deseoso de invadir á Marsella ciudad opulenta, la qual, habiendo penetrado el Rey su designio, procuró de antemano guarnecerla con mayores fuerzas. Acercóse un dia el César á ella con un escogido esquadron á reconocer por su persona las fortificaciones, y corrió un gran peligro, pues habiéndole disparado una bala de cañon, mató al Conde de Horn que estaba á su lado. Basto con la caballeria penetró hasta Arlés para exâminar las fortificaciones de esta ciudad, y á su regreso exhortó al César á que se abstuviese de invadir unas ciudades tan fuertes y tan bien guarnecidas, si no queria im-

plicarse en graves dificultades en un pais enemigo, donde cada dia creceria el número de sus adversarios. Oido esto por el César mudó de parecer, y se volvió al campo, donde entre otras necesidades era grande la escasez que se padecia de víveres. Mommoranci á quien el Rey habia confiado el mando de sus tropas, fortificó su campo cerca de Cabaillon, entre los rios Rodano y Duranza, persuadido de que mas daño podria hacer á un enemigo fuerte con el hambre, que con las armas. Hallábanse talados todos los campos inmediatos, para que el enemigo no pudiese sacar de ellos fruto alguno. Los labradores mezclados con los soldados aumentaban la necesidad, robando continuamente los víveres y provisiones que desde Tolon se conducian al campo del César. En tales angustias se hallaban los Imperiales, quando Leyva atormentado con los dolores de la gota, y con los cuidados, falleció en Aix el dia quince de Setiembre: hombre esclarecido en la guerra, que por su valor y admirable talento ascendió á los supremos grados de la milicia, y adquirió grandes riquezas, las quales dexó á sus descendientes junto con el Principado de Ascoli. Aventajóse en la fidelidad al César, y le fué muy útil en las empresas mas árduas y peligrosas, habiendo contribuido mucho á la fortuna de este Príncipe con su intrepidez y audacia.

Entretanto Rangoni habiendo juntado un exército en la Mirandola para unirle con el de Anebaldo que defendia el territorio del Piamonte, incitado con las ofertas de los desterrados Genoveses, determinó apoderarse al paso de esta ciudad. Pero Sornacio Corso de nacion, se huyó á Génova, y descubrió por menor toda la trama de Rangoni. Desde allí pasó aceleradamente en busca de Doria, y le avisó del peligro que corria la ciudad. Este pues creyó que no debia perder momento, y habiendo embarcado en las galeras setecientos soldados baxo la conducta de Agustin Espinola, mandó á Antonio Doria su pariente que volase al socorro de su patria. Ya los enemigos arrimando las escalas por la puerta de Santo Tomas, ha-

bian subido al muro y colocado sus banderas, quando llegó Espinola como si fuese enviado del cielo: con cuyo socorro, ayudándole valerosamente los ciudadanos, fuéron arrojados con mucho estrago los Franceses, y se halló libre la ciudad del peligro. Rechazado Rangoni de los muros de Génova, se puso en camino para Turin, y hizo levantar el sitio que con poca fortuna habian puesto los Imperiales, y tomó al mismo tiempo algunos pueblos, con lo qual recobró algun lustre la fama del nombre Francès, que estaba muy decaida.

Hallábase todavía el César en Aix, y cada dia se hacia mas dificil la guerra por las enfermedades que se habian introducido en el exército. Los Alemanes con especialidad fuéron acometidos de calenturas pútridas, y de una mortal disenteria causada del mosto que bebian recien exprimido de las uvas. No por esto aquella gente, que tanto ama el vino, dexaba de beber con exceso, sin que la aterrase el peligro ni el estrago que hacia en sus camaradas. Hallábase enferma la quarta parte de las tropas, y la mortandad era grande, aumentándose mas y mas cada dia por ser el tiempo de otoño, quando el César viendo que el Frances no le presentaba ocasion alguna de pelear, y persuadido de que el permanecer por mas tiempo en pais enemigo, con tanta pérdida de su gente, era una obstinacion indecorosa é inútil, se retiró de Francia por los Alpes marítimos, por donde habia entrado, sin haber hecho cosa alguna de importancia. En el camino perdió á Garci-Laso de la Vega Poeta muy célebre, que combatiendo con mas intrepidez que precaucion la torre de Muey, fué herido de una piedra en la cabeza, y murió luego este jóven tan grande en el valor, como esclarecido por su ingenio. Los Españoles para vengar su muerte, despues de haber expugnado la torre, hiciéron ahorcar á todos los que en ella se habian encerrado. Dícese que acudiéron á alistarse en las banderas del Rey Francisco veinte mil Suizos voluntarios atraidos por el oro Frances. Finalmente vino el Rey al campo movido del rumor que se habia

divulgado de que el César deseaba darle batalla. Pero no llevó un exército fuerte y robusto para aprovecharse de la calamidad del enemigo. Los Capitanes, segun afirma Busieres, le disuadiéron eficazmente, y le rogáron con muchas súplicas que no se acercase al enemigo, porque les aterraba la memoria de la derrota de Pavía.

El César, habiendo conferido á Basto el Gobierno de la Lombardía, y entregadole el exército, se puso en camino para Génova. Fué hospedado en los Palacios de Doria, y festejado con todo género de obsequios. En este intermedio falleciéron dos ilustres personas, cuya pérdida causó un dolor muy vivo á uno y otro Príncipe. Doña Catalina Reyna de Inglaterra, célebre por sus virtudes y trabajos, acabó sus dias, dexando una hija llamada María de gran piedad y hermosura, la que despues casó con Don Felipe hijo del César, cuyo matrimonio fué poco feliz, pues careció de sucesion. La muerte de Doña Catalina fué vengada con el suplicio de Ana Bolena, que habiendo sido convencida de incesto y adulterio, pagó poco despues con la cabeza sus maldades, y el regio tálamo de que habia despojado á Doña Catalina le dexó vacío para Semeya su competidora. Francisco Delfin de Francia, jóven de índole magnánima, cayó enfermo en Tournon por haber bebido agua de nieve estando muy acalorado, y al quarto dia le arrebató la calentura. Fué acusado Sebastian Montecuculi de que habia dado veneno al Delfin, y se le condenó en Leon á ser desquartizado vivo por quatro caballos; siendo víctima funesta del dolor paternal, aunque tal vez moriria inocente.

Adjudicó el César el Principado de Monferrato al Duque de Mantua, sentenciando á su favor el pleyto que sobre él tenia con el Duque de Saboya, y el Marques de Saluzo. Su ciudad capital situada donde comienza la mayor profundidad del rio Pó, y á la que los Romanos llamáron Industria, y los modernos Casal, fué ocupada por Buria General Frances, llamado por los habitantes que rehusaban sujetarse á su nue-

vo Príncipe. Hallábase allí Don Alvaro de Luna enviado del César para dar la posesion á los Embaxadores del Duque de Mantua; y habiendo oido el tumulto se refugió con los Embaxadores á la fortaleza, que custodiaba Juan Pesquera hombre de conocida fidelidad, y dió aviso á Basto del peligro que corrian. Este pues, como era tan diligente, acudió al momento con las compañías Españolas en que confiaba mucho, y llegó al pie de la fortaleza al salir el sol. Habiendo quemado los Franceses el puente de madera, le era imposible acometer á la ciudad; por lo qual mandó que le echasen unas escalas desde la fortaleza. Con ellas subió al muro, y entrando con los suyos en la ciudad derrotó la guarnicion enemiga. Buria con algunos pocos fué hecho prisionero. De los Españoles muriéron Don Gerónimo de Mendoza esclarecido por su nacimiento, y por sus hechos en la guerra, y el hijo de Don Hugo de Moncada, jóven de mucho valor, con algunos soldados. La contumacia de los Casalenses les costó muy cara, pues la tropa victoriosa no los dexó libres hasta haberlos despojado de quanto tenian, especialmente á los del partido de los Guelfos que fuéron los autores de la sublevacion. Escarmentáron al fin aunque tarde, y de comun acuerdo de todos fué recibido el Duque de Mantua.

Entretanto el César se hizo á la vela para España en la armada de Doria, y llegó á Barcelona el dia diez de Diciembre. En su ausencia gobernaba la Emperatriz con el consejo del Arzobispo de Toledo, y de otros varones sabios y prudentes, y la España estaba libre de toda inquietud interior y exterior al mismo tiempo que continuaba la guerra en Flandes y en el Piamonte. Las discordias suscitadas con los Portugueses sobre la navegacion á las Indias se habian terminado amigablemente por los dos Príncipes deseosos de la paz. Las cosas de Portugal florecian con tanta prosperidad, que la fortuna excesivamente benigna convirtió en un gran bien un fraude tramado con mucho artificio, para castigar los crímenes contra la verdadera piedad. Nombráron en aquel Reyno Inqui-

sidores, tan formidables á los impíos, con tanto aplauso de todos, que no pudiéron estorbarlo como hasta entónces las representaciones y oposicion de los demas Magistrados. El autor de esta obra fué Juan de Saavedra natural de Jaen y de una noble familia. Este pues fingió una Bula Pontificia con los sellos que habia quitado á otra que vino á sus manos. Partió de Sevilla á Portugal, vestido magníficamente de Cardenal, como si fuese un verdadero Legado del Papa, y luego que llegó á la frontera, envió al Rey D. Juan un mensagero que le anunciase su venida y la causa de ella, y despues se puso en camino á Lisboa en medio de infinito concurso de gentes que de todas partes concurrian á verle. Fué recibido espléndidamente por el Rey, que tanto deseaba el establecimiento de aquel Tribunal, y le hizo grandes regalos. Finalmente habiendo manifestado la Bula del Pontífice, expuso sus mandatos en un discurso no mal ordenado, y todos le obedeciéron, sin que ninguno se atreviese á contradecirle en nada. Despues de lo qual estableció en la Corte, y en Coimbra Tribunales fixos de Inquisicion, sin apelacion de sus sentencias, habiendo elegido para este ministerio á unos hombres recomendables por su sabiduría y piedad. Nombró por Inquisidor General á Don Diego de Silva Obispo de Ceuta, que de allí á tres años tuvo por sucesor al Cardenal Enrique hermano del Rey. Pero este insigne impostor que por espacio de tres meses habia sostenido admirablemente esta máquina, fué al fin descubierto, y habiéndole puesto en prision, le enviáron á Castilla bien asegurado, y despues de haberle impuesto un leve castigo el Inquisidor General Tavera, le mandó poner en libertad (1). El fruto de este engaño fué el castigo de los judíos, que habiendo abjurado su ley, habian vuelto á abrazarla: muchos de ellos se huyéron ocultamente á Castilla, de donde habian sido ántes expelidos por el Rey Don Fernando: y despues se estableció solem-

(1) *Ya no hay quien no tenga por fabuloso este orígen y establecimiento del Tribunal de la Inquisicion en Portugal.*

nemente el Tribunal de la Inquisicion. En Africa fué combatida Safy vigorosamente por los Moros, pero no pudiéron tomarla: lo mismo habian hecho ántes con Santa Cruz ciudad situada en el Promontorio de Guer, de la que finalmente, atacada con mayores fuerzas por otro Xerife, se apoderó de ella con muerte de la mayor parte de la guarnicion, y el resto que se habia encerrado en la torre se entregó, y fué hecho esclavo, siendo comprehendido en esta desgracia el Gobernador Gutierre de Monroy con sus hijos. Mencía su hija, que era de singular hermosura, casó con Mahometo Rey de Turudante que fué el expugnador de la ciudad; y despues tuvo guerra con su hermano, que queria tener parte en la presa. Por este tiempo combatiéron muchas veces los Portugueses y Moros con varia fortuna; pero no acaeció en estas peleas cosa digna de memoria.

CAPITULO IV.

EXPEDICIONES MARITIMAS DE CORTES. DESCUBRIMIENTOS EN VARIAS PARTES DE AMERICA. SUCESOS DEL PERU. MUERTE DE ATAHUALPA.

La serie de los tiempos, y la abundancia de extraordinarios sucesos nos obliga á volver á la América. En ella pues se hallaban los Españoles acometidos de grandes peligros y dificultades, entre las inmensas riquezas que gozaban; porque la naturaleza no les daba gratuitamente cosa alguna, del mismo modo que lo hace con los demas mortales. Dispuso Cortés otra expedicion por mar con dos navíos, pero con igual desgracia que las anteriores; y se descubrió entónces la isla de Santo Tomé situada mas de veinte grados sobre el Equador. En el navío Almirante fué cometida la atroz maldad de haber asesinado el Piloto Fortun Ximenez al Capi-

tan Fernando de Grijalva. Pero en breve pagó la pena de su delito, porque habiendo desembarcado en la nueva Galicia para explorar lo interior del pais, fué muerto por los bárbaros con todos sus compañeros. Apoderóse de la nave Guzman, á fin de molestar á Cortés, á quien aborrecia en extremo; y la otra volvió la proa y se restituyó á Acapulco. Simon de Alcozava Portugues atravesó el estrecho de Magallanes, habiéndole mandado el César navegar el mar del Sur para reconocer las costas del Perú. Arrojado de allí por una horrible tormenta, despues de varios sucesos fué degollado por conspiracion de su misma gente. Vengáron su muerte los bárbaros del Brasil, matando cruelmente á los asesinos, que habian sido arrojados á sus costas por un naufragio, y de sus cuerpos hiciéron un gran banquete. De todos ellos solo pudiéron libertarse diez y siete, que, habiéndose apoderado de la lancha, abordáron al otro navío, y se volviéron en él á la isla Española. Los Brasileños son tenidos entre todos los bárbaros por los mas anthropóphagos, y no hay duda que son muy codiciosos de la carne humana. Viven á la manera de los Cyclopes, y donde se les acaba el dia allí pasan la noche. Comen medio asados á los que hacen prisioneros en los combates, siendo esto el principal motivo de sus guerras. Las mugeres, despues que han parido, acostumbran servir á sus maridos, que en lugar de ellas guardan la cama; costumbre que en otros tiempos reynó en la Cantabria. Esta region dilatadísima se extiende desde el Septentrion al Mediodia, y se llamó en los principios Santa Cruz, por una alta Cruz que en señal del dominio Portugues levantó Fernando Cabral su descubridor; y esta misma ceremonia hacian los Españoles en todas las nuevas tierras que descubrian. Despues tomó el nombre de Brasil de un palo roxo, que allí es muy abundante, y sirve mucho para los tintes. No es molestada del frio ni del calor excesivo, aunque solo dista un grado del Equador ácia el Austro; mas sin embargo sus habitantes están tos-

tados del sol. Abunda ahora este pais de azúcar y algodon, de otros muchos frutos propios y de Europa, y de mucha caza así de fieras como de aves. Arrojados los naturales de las costas, las ocupáron los Portugueses, y estableciéron colonias. Los primeros que penetráron en lo interior de esta region para predicar el Evangelio fuéron los Religiosos de San Francisco, y derramáron su sangre á manos de los bárbaros. Despues han sido doctrinados por los Jesuítas, y con extraordinario cuidado y paciencia los han enseñado á vivir como hombres y como Christianos. Pero volvamos á continuar lo que dexamos pendiente.

Viendo Cortés que adelantaba poco por medio de sus tenientes, y persuadido de que les faltaba el zelo ó la fortuna, determinó embarcarse él mismo con tres navíos bien equipados. Partió de Acapulco donde habia establecido su astillero, para descubrir nuevos mundos y llenarlos de sus victorias. Pero el cielo se mostró contrario á sus empresas con furiosas tempestades, y horribles truenos y rayos, que parecia iban á incendiar sus naves. Por tanto le fué preciso restituirse al puerto despues de haber recogido los buques que se habian dispersado, y padecido mucho con las tormentas. Por este tiempo llegó á México su primer Virey Don Antonio de Mendoza hermano del Marques de Mondejar, hombre prudente, y de carácter muy amable. El Presidente de la Audiencia Ramirez, en premio de su arreglado y equitativo gobierno, fué condecorado con el Obispado de Tuy, y despues con los de Leon y Cuenca sucesivamente, y con otros empleos distinguidos en la Corte. Erigióse Guaxaca en Silla Episcopal, y fué su primer Obispo Don Juan de Zarate. En la de Guatemala fué nombrado Fr. Francisco Marroquin del Orden de Santo Domingo; y en la de Santa Marta adonde pasó de Gobernador Don Pedro de Lugo, Don Juan de Angulo. Su teniente Gonzalo de Quesada natural de Granada peleó con mil y doscientos soldados contra los bárbaros, que eran muy fe-

roces, y en el primer encuentro padeció alguna pérdida. Despues de esto salió Quesada de Santa Marta con seiscientos infantes y cien caballos, y por las orillas del rio del mismo nombre penetró en lo interior de aquella region, y habiendo caminado seiscientas millas, invernó en un parage que llamó Quatro Brazos, á causa de que atraviesan por él otros tantos rios. Los Españoles derrotáron valerosamente por dos veces al Cacique Bogotá, y socorridos con víveres por otro Cacique enemigo suyo, aliviáron el hambre que padecian. La tierra es muy fértil y abunda mucho de oro, y pareció muy oportuno para establecer colonias.

Despues de haber regresado Sebastian Gaboto á España, fué enviado al rio de la Plata Pedro de Mendoza con once navíos, y ochocientos soldados, y hizo su navegacion felizmente. En la orilla meridional de este rio edificó una ciudad que llamó Buenos Ayres. Venció en batalla á los bárbaros que le saliéron al encuentro; pero no obstante faltó poco para que no pereciese de hambre; y se vió con los suyos reducido á comer las cosas mas repugnantes. Las mismas miserias padeciéron los que por aquel tiempo arribáron á Veragua con el capitan Phelipe Gutierrez; los quales sustentáron la vida con manjares no ménos abominables. ¿Pero á qué no obliga la horrible hambre? Socorrió á los necesitados que casi estaban consumidos de la miseria Juan de Ayolas, que habiendo navegado aquel rio les llevó víveres para alimentarse. Mendoza que no habia escarmentado suficientemente con sus anteriores calamidades, introduxo sus tropas en lo mas interior de la region, á fin de descubrir nuevas gentes. Muriéronsele doscientos soldados por la fuerza del hambre, y hallándose él enfermo conduxo los demas muy maltratados á Buenos Ayres, dexando á Alvarado con algunos pocos en Buena Esperanza pueblo que él habia fundado. Navegó Ayolas rio arriba, y se le hizo pedazos un navío, pero se salvó la gente. Atrahidos los bárbaros con el

trueque de las mercaderías, les proveian de víveres con bastante humanidad; y habiendo navegado quatrocientas millas arribó al Paraguay, cuya nacion toma su nombre del mismo rio.

Despues de la expedicion de Diego de Ordáz, pasó á explorar la costa de Paria Gerónimo Artal noble Aragones, el qual hizo muchas cosas ilustres para sujetar á los bárbaros, y fundó el pueblo de San Miguel sobre el rio Nevero, donde estableció colonos. Habiendo marchado su teniente Agustin Delgado con parte de las tropas, peleó con próspera fortuna, y volvió con muchas presas de los bárbaros. Al mismo tiempo otros capitanes en diversos lugares sujetaban por la fuerza á aquellas gentes contumaces, y mas semejantes á las fieras que á los hombres. Caminó Artal en busca de la casa y mesa del sol, fábulas muy validas en aquellos tiempos; y perdió en el viage á Delgado hombre muy prudente en la guerra, habiéndole clavado los bárbaros una flecha en un ojo. Parte de los soldados se separó de él para descubrir otras tierras, y con los restantes navegó á Cubagua. Murió Osorio Obispo de Nicaragua, que apaciguaba las discordias suscitadas entre Rodrigo de Contreras y Bartolomé de las Casas. Aquel, segun la comun costumbre de los Gobernadores, trataba con crueldad y avaricia á los naturales; y éste defendia su libertad conforme á las órdenes del César, y los instruia en el christianismo, á cuyo ministerio se dedicó con mucho zelo habiendo entrado en la Religion de Santo Domingo. Pero como nada adelantase con sus clamores, navegó á España para defender la causa de aquellos hombres miserables, y trabajó en ella con infatigable constancia. No puede negarse que el César, cuidadoso siempre de lo recto y de lo justo, habia dado las mejores providencias para establecer la policía civil y christiana de los Indios; pero la avaricia lo inutilizaba y corrompia todo. Alcanzó del Pontífice facultad para que los Obispos dispensasen los grados de parentesco para celebrar

los matrimonios, y otros impedimentos canónicos, con grande comodidad de los nuevos fieles. Despues se les concedió por dos años el privilegio de la Bula de la Santa Cruzada, á causa de la distancia de aquellos dominios; y los Sumos Pontífices dispensáron benignamente otras muchas gracias desde el principio del descubrimiento de este nuevo mundo. La mas memorable de todas es la de Alexandro VI en el primer año de este siglo, en que concedió á Don Fernando el Cathólico los diezmos y primicias de los frutos, con la condicion de que erigiese templos y los dotase, y proveyese al sustento de sus ministros; de la qual solo se reserváron los Reyes para sí los novenos en señal del derecho de patronato. El Papa Julio II concedió tambien al mismo Rey Don Fernando y Doña Juana su hija el derecho de patronato, y el de presentar personas idóneas para las Iglesias Metropolitanas y Catedrales, así establecidas como en las que se estableciesen en qualquier tiempo, y para todos los demas beneficios eclesiásticos. Tambien los Reyes concediéron á los Indios muchos privilegios. Pero de esto basta lo dicho.

En el Perú reynaba esplendidamente Pizarro con los Españoles, afortunados con tanta abundancia de oro y plata. Añadíase á las riquezas la alta estimacion que de ellos hacian; porque despues de la prision de Atahualpa los tuviéron por unos grandes dioses, y así los llamaban los bárbaros, hasta que con sus vicios diéron á conocer su fragil y caduca naturaleza. Habia ofrecido el cautivo por su libertad una sala llena de oro, que tenia veinte y cinco pies de largo, y diez y siete de ancho, y de alto como la estatura y media de un hombre, y doble cantidad de plata. Es quasi imposible referir la opulencia del bárbaro. Las paredes y pavimentos de los templos estaban cubiertos de láminas de oro; y habia en ellos ofrendas de inestimable valor, recogidas desde los tiempos mas antiguos. Su padre al tiempo de morir habia dexado tres casas llenas de oro,

y cinco de plata. Las mantas con que se cubrian, segun costumbre, eran texidas de oro. Las estatuas, urnas, cantaros, ollas, tinajas, ladrillos, y todos los demas vasos del uso doméstico, eran del mismo metal. De tan extraordinarias riquezas tuvo orígen entre los Españoles el proverbio de *los tesoros de Atahualpa*. Fué traida del Cuzco, ciudad regia, de Pachacama donde estaba el gran templo tan celebrado por la supersticion de los Indios, y de otros lugares, una cantidad inmensa de uno y otro metal, á costa de increible fatiga de los Indios. Una buena parte fué fundida inmediatamente para repartirla á los soldados. Reservóse al César el quinto que ascendia á ocho mil ochocientos y ochenta castellanos de oro puro; habiéndose dado á cada hombre de á caballo ciento y ochenta y una libras de plata, y la mitad á cada infante. Las esmeraldas y otras piedras preciosas se repartiéron por añadidura. Almagro que por este tiempo habia venido como amigo, y socio con el socorro de doscientos hombres armados, llevó tambien su justa parte; y otra fué enviada á San Miguel para distribuirla entre sus colonos. Los marineros que habian conducido á Almagro, y los mercaderes que con él viniéron, lográron igualmente parte en la presa, porque con tanta opulencia habia para contentar á todos. El precio en que se vendian las cosas era muy excesivo. Daban por un caballo mil y quinientos castellanos, sesenta por un quartillo de vino, cincuenta por una espada Española, y así todo lo demas. ¿Qué mas diremos? Por falta de hierro se hiciéron herraduras de oro á los caballos. El oro era entre todas las cosas la mas vil para unos hombres que poco ántes mendigaban. De los vestidos y otras cosas de valor no se hacia caso alguno.

Entretanto habiendo sido puesto Atahualpa en libre custodia, mandó degollar á su hermano Huascar Rey del Cuzco, á quien tenia preso; para que con el favor de los Españoles no vengase la injuria recibida, como se dixo que lo habia proferido algunas

veces en medio de sus tristes lamentos. Sintió mucho Pizarro esta crueldad, y comenzó á rezelarse del grande espíritu de Atahualpa; pero no obstante le declaró libre, á fin de que no pareciese que faltaba á la palabra que le tenia dada: mas no le perdió de vista temiendo los peligros que amenazaban de la libertad de este hombre. Llevólo muy á mal el bárbaro, y ardiendo en el deseo de vengar la injuria, comenzó á tramar muchas asechanzas contra los Españoles, que en breve habian de recaer sobre su cabeza. Descubrióse todo al momento por aviso que dió cierto Cacique, y se confirmó con el testimonio de otros muchos. Por tanto mandó el Español que fuese custodiado con mas vigilancia; que los caballos estuviesen enfrenados, y que el soldado se hallase siempre en armas de dia y de noche, no ignorando lo que el bárbaro maquinaba ocultamente. El engaño proyectado fué éste. Viniéron de noche sus capitanes cerca del pueblo con muchas tropas para arrojar fuego á los tejados de las casas, á fin de que quando los Españoles saliesen sobresaltados con el miedo de las llamas, fuesen oprimidos por la multitud que los rodeaba; y que si este designio no se les cumpliese del todo, á lo ménos hiciese una acometida para poner en libertad al cautivo Rey: teniendo esperanza de que con su multitud acabarian facilmente con tan corto número de hombres. Prevenidas todas las cosas para esta empresa, y estando ya á punto de acometer, y no pudiendo arrojar ocultamente las antorchas encendidas, porque se lo impedia la vigilancia de los Españoles, les faltó enteramente el ánimo de tal suerte, que sin atreverse á cosa alguna, se retiráron con mucho silencio. Averiguado que fué todo esto, aunque al bárbaro se le hizo cargo, lo negó con mucha constancia. Al dia siguiente formó Pizarro una junta donde hizo relacion del suceso y fué condenado Atahualpa. Esto es lo que dicen los que se halláron presentes; pero los demas escritores aseguran, que convenia condenarle, para que con su muerte se acabase la guerra: por lo qual

le atribuyéron muchas cosas falsas: que despues vengó el cielo esta maldad, porque ninguno de los que interviniéron en su suplicio sobrevivió mucho tiempo, ni acabáron con muerte natural; y que el intérprete Philipillo, á quien hacen autor de la trama, temeroso del Rey porque habia intentado corromper á una de sus concubinas, se ahorcó de un árbol. Pero dexemos estas cosas para que otros las disputen. Entregado al suplicio Atahualpa pidió con muchas instancias que le bautizasen, á lo que acudió con mucha diligencia Valverde, y pudo conseguir que no le quemasen vivo. Finalmente le ahorcáron sin haber manifestado señal alguna de dolor. Parte de sus vestidos fué pasada por el fuego, para que se cumpliese la sentencia. Antes de morir encomendó sus hijos á Pizarro. Esta execucion se hizo un sábado al ponerse el sol, en el verano del año de treinta y tres. Estos eran los años que al parecer tenia Atahualpa. Era de grande estatura, sus labios gruesos, sus ojos feroces y su aspecto terrible. Al dia siguiente fué sepultado allí mismo con christianas ceremonias, acompañando el funeral los Españoles con magnífica pompa militar.

CAPITULO V.

SUCEDE A ATAHUALPA SU HERMANO. HACE PIZARRO ELEGIR REY DEL CUZCO A MANGO CAPAC. VIAGE DE VELALCAZAR, ALMAGRO Y ALVARADO A QUITO. FUNDACION DE LIMA.

Despues de la muerte de Atahualpa, y para que no se disolviese el imperio de los Incas, procuró Pizarro que fuese elegido para sucederle un hermano suyo que tenia su mismo nombre, y le hizo jurar obediencia al César. Algunos de sus compañeros que estaban ya cargados de años, y eran inútiles para la guerra, deseáron volver á su patria, y habiéndo-

les provisto Pizarro de todo lo necesario, siguiéron á su hermano Fernando que conducia á España el tesoro Real. Embarcáronse en quatro navíos de extraordinaria magnitud, y arribáron con felicidad á Sevilla. Desde Caxamalca al Cuzco hay quarenta dias de camino, y le anduvo Pizarro con sus tropas, habiendo sufrido en este viage grandes trabajos, aunque recogió mucho oro y plata, y ganó muchas victorias á los Quiteños. Llegó á Xauxa ciudad opulenta situada en un amenísimo valle, y casi arruinada por haberla incendiado el enemigo, á quien arrojó de todo aquel territorio acometiéndole con la caballería. Estableció allí una Colonia; á cuyo tiempo murió de enfermedad el nuevo Rey, que era en extremo adicto á los Españoles. Dividiéronse en partidos los Quiteños y Cuzqueños. Aquellos intentaban restituir á los hijos de Atahualpa el imperio que habian invadido pocos años ántes; y estos querian que se eligiese un sucesor legítimo de la antigua familia de los Incas; de cuya discordia se aprovechó prudentemente el Español para oprimir á los de uno y otro partido. Auxilió con sus fuerzas á los Cuzqueños como mas obedientes, para arrojar de aquellas Provincias á los de Quito, que sin embargo de haber sido vencidos tantas veces, y de la prision y muerte de su Rey Huascar, permanecian obstinados en hacer resistencia.

Habiendo dexado Pizarro en Xauxa sus bagages y el oro con el Tesorero Alfonso de Alvarado, y una pequeña guarnicion, continuó su marcha para el Cuzco. Envió delante sesenta caballos baxo el mando de Soto; los quales tuviéron freqüentes choques con los bárbaros que les salian al encuentro, y siempre quedáron victoriosos. Peleando una vez en un parage fragoso, quedó muerto un caballo y dos heridos, y hasta entónces habian creido los bárbaros que aquellos animales no podian morir. Cortáron la cola al caballo, y llevándola por bandera les infundia nuevo aliento; pero no por eso les fué mas propicia la fortuna. Entre los cautivos se distinguia Chilicuchima Generalísimo de los Quiteños. Corria la voz de que él habia

sido el que los incitó á tomar las armas; y averiguada la certeza de este hecho por deposicion de muchos testigos, le hizo Pizarro atar á un palo y quemarle vivo, sin que de ningun modo pudiesen reducirlo á que se bautizase. Al mismo tiempo Mango hijo de Huaina Capac, temeroso de las asechanzas de los Quiteños, vino por sendas extraviadas á ponerse baxo la proteccion de Pizarro. Recibióle benignamente, y le siguió al Cuzco adonde caminaba á toda prisa para impedir que no fuese incendiada aquella ciudad por el enemigo. En el camino peleó con los Quiteños; pero el primer clamor y encuentro decidió la victoria, y el Español los persiguió vivamente en su fuga. El dia siguiente entró en la ciudad á mediados del mes de Noviembre, y al inmediato fué Mango proclamado Rey del Cuzco. A la verdad convenia hacer esto prontamente, para que no se escapasen los Caciques que con aquella sombra de imperio se mantenian concordes y obedientes. En el dia de la Natividad de Jesu-Christo, despues de celebrados los oficios divinos, Mango Inca juró solemnemente al César en la plaza de la ciudad, y enarboló la bandera desplegada. Lo mismo hiciéron los Caciques, bebiendo en copas de oro segun la costumbre de la Nacion.

Entretanto hubo en Xauxa varias peleas con los Quiteños. El tesorero Alvarado fué derribado de una pedrada, y cayó del caballo sin sentido; pero habiéndole defendido la infanteria, volvió en sí y tornó á montar; mas con otra pedrada rompiéron un brazo al caballo. Sin embargo no pudiéron sostener el ímpetu de los Españoles, y habiendo vuelto las espaldas, se refugiáron en los lugares mas elevados, de donde tambien fuéron arrojados, y finalmente de todo aquel campo ántes que llegasen los socorros enviados del Cuzco. Eran estos cincuenta caballos y quatro mil Cuzqueños, los quales siguiéron al enemigo, que procuraba refugiarse en los parages mas seguros con su Capitan Quisquis. Acuñóse en el Cuzco una inmensa cantidad de oro y de plata; y solo del quinto se aplicáron al tesoro Real ciento diez y seis mil quatro-

cientos y sesenta escudos, y mas de diez y siete mil y quinientas libras de plata. Lo demas se lo adjudicó Pizarro para sí, y para sus compañeros, inclusos los que habian quedado en Caxamalca. Tambien repartió á los soldados una gran cantidad de plata mezclada con otros metales. Era Pizarro liberal de la presa, y sus dones iban acompañados de mucha afabilidad; con lo qual infundia en los soldados grande ánimo para acometer qualesquiera peligros y trabajos.

En la entrada del verano del año de treinta y quatro estableció en el Cuzco una colonia de Españoles, y quiso que se llamase noble y gran ciudad. A la fama de las riquezas acudiéron de todas partes los Españoles, dexando desiertas de habitantes las islas y muchos parages del continente. De una sola vez llegáron mas de doscientos á San Miguel; de los quales pasáron treinta caballos á juntarse con Pizarro, que habia regresado á Xauxa. Los demas siguiéron á Sebastian Belalcazar que marchaba aceleradamente á Quito para adelantarse á Pedro de Alvarado, que era fama se encaminaba á la misma provincia á grandes jornadas. Habiendo trabado batalla con los bárbaros, se separáron sin haberse declarado la victoria por una ni otra parte. Claváron una estacada previendo el parage por donde habian de acometer los caballos, y volviéron otra vez á la pelea; pero se evitó el peligro con el aviso que dió un Indio desertor. Aunque fuéron vencidos y derrotados muchas veces, no por esto se abatia su ferocidad; pero inútilmente se esforzáron en impedir que entrase en la ciudad un esquadron tan pequeño. Belalcazar procuró en vano inquirir de los bárbaros las riquezas que habian sacado de allí; mas para satisfacer de algun modo su codicia, le presentáron algunos vasos de oro y de plata. A este tiempo llegó Almagro enviado por Pizarro para que procurase evitar el peligro que amenazaba la arribada de Alvarado á aquellas costas. Este pues, habiendo desembarcado doscientos veinte y siete caballos, y quinientos infantes, con grande número de Guatemaltecas y Negros, se puso en mar-

cha para Quito; pero como no habia explorado ántes los caminos, se extravió en unos montes muy asperos y parages desiertos, donde las altas nieves y yelos cubren perpetuamente la tierra, de tal modo que no se descubria ni aun vestigios de ave ni de fiera alguna: cosa admirable por cierto en una region situada debaxo de la línea, y que seria increible á los antiguos. La extraordinaria fuerza del frio dexó helados á muchos de ellos; y á esto se juntaba el cansancio y el hambre. Los que estaban acostumbrados á un clima calido se entorpecian mucho mas; y los que se echaban en tierra los sobrecogia de tal suerte el frio que no podian volver á levantarse. Quedaban abandonadas las cargas y el oro que en ellas venia, pues apénas los que las conducian podian moverse aun sin llevar nada sobre sí. Tambien tocó alguna parte del estrago á los caballos, de los quales pereciéron algunos, y ántes que llegasen al campo de Almagro habian muerto ochenta Españoles, y dos mil esclavos. Para colmo de tantos males amenazaba una guerra civil, porque Alvarado mandó á Almagro que saliese de aquellas tierras, sin tener para esto otro derecho que el de ser mas fuerte. Pero despues de muchas contiendas de una parte y otra, y por la mediacion de los principales, se conviniéron al fin en que recibidos ciento veinte mil escudos, se retirase Alvarado, entregando su exército y sus naves. Cumplióse puntualmente uno y otro, y Almagro con sus nuevas tropas se puso en marcha al Cuzco para encargarse del gobierno.

Por este tiempo fundaba Pizarro á Lima cerca del mar, y la dió el nombre de ciudad de los Reyes, á causa de que comenzáron á abrirse los cimientos de ella el dia de la Epiphanía, quando volvió de España Fernando Pizarro acompañado de muchos nobles, que atraia la fama de las riquezas de aquella region. Concedió el César á Almagro con título de gobierno todo lo descubierto hasta el territorio del Perú, que en los principios habia señalado á Pizarro, en recompensa de lo mucho que habia contribuido para esta

empresa. A Valverde se le confirió el nuevo Obispado del Cuzco en premio de sus trabajos apostólicos; y al mismo tiempo fué nombrado primer Obispo de Guazacoalco Fr. Francisco Ximenez del Orden de San Francisco. Lleváron muy á mal los Pizarros el dividir su mando con Almagro, porque ya no cabian en todo el Perú: y de aquí se originó la emulacion, y despues las contiendas sobre los límites del territorio de cada uno. Intentó Soto conciliar los ánimos por el deseo que tenia de la paz, pero faltó poco para que todo se perdiese enteramente. El Obispo de Panama Don Tomas de Berlanga pasó de órden del César á deslindar las provincias; pero no lo hizo, ó porque favorecia á Pizarro como corria la voz, ó porque estando ya reconciliados y hechos amigos, le parecia inútil su comision. Finalmente el no haber cumplido el mandato del César fué causa de gravísimos males, y como si adivinase Soto las calamidades que amenazaban á los Españoles por la falta de concordia de sus Gobernadores, recogió su tesoro, y acompañó al Obispo que volvia á Panama, y desde allí se restituyó á España con otros nobles que se habian hecho ricos con la presa. Procuró Pizarro establecer colonias en lugares oportunos, que sirviesen como fortalezas para refrenar á los bárbaros; de las quales fué una Truxillo, dedicada á la memoria de su patria. Belalcazar reducia á los Indios de Quito al imperio del César. Lo mismo hacia en otras partes Alonso de Alvarado, mas con su prudencia y suavidad de trato, que con el terror de las armas.

Encendióse en Almagro el deseo de recorrer hasta la extremidad de aquellas costas; empresa que parecia superior á toda humana esperanza. Así pues, determinó explorar la dilatada region de Chile, que se extiende ácia el medio dia; y á este fin distribuyó entre los soldados muchos millares de libras de oro; porque era hombre liberal, ó por mejor decir pródigo. Seguia el esquadron de gente armada un gran número de mochileros y criados, y le acompañaban muchos nobles del Cuzco con Pablo hermano de

Mango Capac, para que los Chileños se sujetasen á la obediencia mas por la autoridad de tales hombres, que por la fuerza de las armas. Hállanse en medio las montañas de los Andes, tan elevadas que parece amenazan al Cielo, las quales se dividen en muchos ramos, y perpetuamente estan cubiertas de nieve, siendo todas un horroroso desierto. Caminaban por ellas con mucha dificultad, y á esto se añadió una tempestad, y la inmensa copia de nieve que sin cesar les caia dia y noche. Este infeliz esquadron padeció en su marcha quantos males pueden imaginarse: hambre, frio, cansancio, y desesperacion. No se veia otra cosa que una horrorosa soledad sin vestigio alguno de cultura humana. A cada paso se quedaban los hombres tendidos por el camino; porque entorpeciéndoseles los nervios con el yelo, apénas podian moverse. Fuéron muchos los que pereciéron por el extraordinario frio; á algunos se les quemáron los pies; á otros se les caian los dedos sin sentirlo; y algunos que se arrimáron á los troncos de los árboles, los desamparó el calor vital, dexándolos inmobles; y sus cuerpos se halláron enteros despues de algunos años, á causa de la grande sequedad y sutileza del ayre. Esta calamidad hizo poco estrago en los soldados, como endurecidos con todo género de trabajos; pero consumió la mayor parte de los esclavos. Todo esto acaeció á fines del año.

A este tiempo se suscitó una cruel guerra en el Cuzco por la imprudencia de Fernando Pizarro. Custodiaba aquella ciudad Juan su hermano con una ligera guarnicion, y puso en prision á Mango, á quien habia cogido en su fuga. Deseoso Fernando de instruirse de este suceso, se apresuró á volver al Cuzco; y habiendo hablado con el bárbaro, le dió éste esperanza de descubrirle un secreto tesoro, si le ponia en libertad, la que con efecto le concedió. Pero de allí á poco se armó Mango contra su libertador, y le acometió con muchas tropas, y habiéndole salido Fernando al encuentro con la caballería, le obligó Mango á retroceder dentro de los muros, y le puso

sitio. Dícese que tenia el bárbaro doscientos mil hombres armados. La guarnicion de los soldados Españoles se componia de ciento y setenta; á los quales se juntáron mil Cuzqueños que permaneciéron fieles. Habia ocupado la fortaleza, que era de admirable arquitectura, y estaba rodeada de tres muros, Vilehoma sumo Sacerdote de aquella gente, que se escapó ocultamente del campo de Almagro para participar de los peligros de sus compatriotas. Peleáron muchas veces con el mayor encarnizamiento, porque á los bárbaros les incitaba el deseo de su antigua felicidad, y á los Españoles la insaciable ambicion del mando y de las riquezas, que ha sido siempre la causa de todas las guerras. Combatian pues los bárbaros por la libertad, y los Españoles por el dominio. Unas veces eran rechazados los Indios á la fortaleza, y otras lo eran los Españoles á la ciudad, haciéndose mutuamente terribles los unos á los otros. Habiendo arrojado fuego sobre los tejados de las casas, pereciéron muchas de ellas. Acometiéron por fin los Españoles valerosamente á la fortaleza, y arrojáron de allí al enemigo; y en esta accion, peleando Juan Pizarro con heroyco esfuerzo, quedó muerto atravesado de muchas heridas. Despues de un sitio de diez meses, en que se consumiéron quasi todas las provisiones necesarias á la vida, intentó en vano Fernando alejar á los bárbaros para recoger víveres en el campo; pero no consiguió otra cosa que heridas. Los de Lima se hallaban al mismo tiempo en igual peligro, sitiados por otro exército, y impedidos por consiguiente de dar socorro alguno á sus compañeros, que tanto padecian en el Cuzco. Pero no duró mucho la constancia de los bárbaros; porque despues de haber infundido un vano terror en los colonos Españoles, se retiráron sin haber hecho cosa alguna memorable. Despues de la retirada de los enemigos envió Francisco á Fernando un socorro de gente armada, el qual habiendo caido en una emboscada de los bárbaros, pereció casi todo; lo que fué tanto mas sensible, quanto era tan corto el número de los soldados. Hiciéron despues los sitiados algunas salidas

con mas felicidad, y viviendo de lo que podian apresar, se burlaban de todos los esfuerzos de los enemigos, que estaban persuadidos de que podrian vencer por hambre á los que no tenian otra cosa que lo que robaban. Estas victorias las ganaban siempre los caballos, cuyo ímpetu temian mucho los bárbaros. Mas con todo, ni con la fuerza, ni con los ardides pudiéron conseguir los Españoles que levantasen el sitio.

En el Oriente gozaban de prosperidad los Portugueses con las muchas victorias y opulentas presas que ganáron de sus enemigos, habiendo enriquecido con ellas el tesoro público. Pasó el Virrey con una armada á Ciale situada á seis millas de Calecut, y levantó una fortaleza en un parage oportuno para reprimir los esfuerzos del Zamorin: en esta puso por Gobernador á Diego Pereyra, y á Manuel de Sousa le dió el mando de una armadilla para que defendiese las costas. Despues de esto navegó á Bazain con la armada grande, y habiendo desembarcado sus tropas no léjos de la ciudad, las conduxo al enemigo que se hallaba puesto en órden de batalla. No fué muy dificil la victoria: los que guarnecian la fortaleza la desampararon al ver que la multitud de los suyos se habia puesto en fuga. Tomóla el Portugues, y la saqueó y arrasó, y fuéron parte de la presa ciento y cinco cañones grandes de artillería sacados de la ciudad y de la fortaleza. Esteban de Gama Gobernador de Malaca, tuvo tambien una feliz empresa en la toma y saqueo de la ciudad, y fortaleza de Unget.

Partió de Portugal Martin de Sousa condecorado con el empleo de Almirante de la India, y luego que llegó le hizo el Virrey entrega de la armada. Ganó por asalto la fortaleza de Daman, y la arrasó y destruyó su guarnicion. Badur tirano de Cambaya obligado de sus pérdidas pidió la paz; la que le fué concedida como acostumbraba el vencedor, agregándose al dominio Portugues la ciudad y territorio de Bazain, con las islas situadas en frente, y solo separadas del continente por un pequeño estrecho. Despues de esto,

vencido y derrotado por Omahum Rey poderosísimo del Mogol, con quien tenia guerra, y despojado de su campo, y de la mayor parte de su reyno, imploró el socorro de los Portugueses, concediéndoles en agradecimiento el permiso de levantar una fortaleza en Diu. Acudiéron allí prontamente Sousa y Acuña con una armada, y habiendo renovado solemnemente la alianza por escrito, diéron principio á la obra echando los cimientos de una hermosa y grande fortaleza en el cabo que domina al puerto; y se trabajó en ella con tanta actividad, que en quarenta y nueve dias quedó concluida. Fué puesta allí una guarnicion de ochocientos soldados, con sesenta cañones, y mucha abundancia de todos los víveres y cosas necesarias; y nombró el Virrey por Gobernador de ella á Manuel de Sousa hombre valeroso y experimentado en la milicia. Arregladas estas cosas, y reforzado el Rey de Cambaya con el socorro de los Portugueses, tomó á los enemigos una fortaleza que domina á todo el rio Indo. Miéntras que se disponia á pasar mas adelante para coronar la victoria, se retiró el Mogol con su exército á quarteles de invierno, cargado con los opulentos despojos que habia recogido. Noticioso de esto el Virrey, y diciendo que con la toma de aquella fortaleza habia satisfecho á la alianza, se volvió á Goa; lo que irritó en extremo al bárbaro. Acusaba la mala fe del Portugues, y se culpaba asimismo de haberse fiado en él. Reclamaba la alianza escrita, y comenzó á maquinar la venganza, y de aquí se encendió una guerra sangrienta y funesta.

En las Molucas se hallaban cada dia las cosas en peor estado, por la perversa conducta de los Gobernadores, y desenfreno de los soldados. Habiendo entrado los bárbaros conjurados en la fortaleza con el favor de la guarnicion, asesináron á Pereyra que estaba durmiendo la siesta, porque habia faltado á la palabra de restituir á la Reyna sus hijos. En su lugar fué puesto por eleccion militar Vicente Fonseca, habiéndole sacado de la cárcel donde le tenia Pereyra por su contumacia. No hizo cosa alguna memorable,

á excepcion de haber puesto en libertad á los hijos de la Reyna, con deseo de atraerla á su partido. Tabaria uno de ellos arrojó del trono á Ayalo con el auxîlio de Fonseca, que se hallaba irritado contra este intruso, por haber muerto á algunos Portugueses que sorprehendió descuidados. No tardó mucho en llegar Tristan de Ataide nuevo Gobernador, el qual envió preso á Fonseca á la India, juntamente con Tabaria acusado de tiranía; pero habiendo sido absuelto por el Virrey, recibió el sagrado Bautismo, y murió en breve tiempo de una enfermedad que le sobrevino. Ataide que no era mejor que sus predecesores, excitó con mas acrimonía contra sí, y contra el nombre Portugues la indignacion de los Isleños. Habiendo nombrado Rey á Cacil hermano bastardo de Tabaria, su madre que era natural de Java, procuraba aterrar al muchacho para que no se expusiera á los peligros de tan infausta sucesion. Estando un dia hablando con él de estas cosas, acometiéron repentinamente los Portugueses al Palacio Real, se apoderáron del muchacho, y arrebatados de un furor fanático arrojáron por una ventana á su madre, que se lamentaba con grandes clamores. Exâsperados mas y mas los Ternatenses con un hecho tan indigno, desampararon la ciudad y se retiráron con la multitud indefensa á unos bosques inaccesibles, á fin de expeler de su patria por el hambre á aquella gente soberbia y iracunda, que no podian vencer con las armas. Subleváronse inmediatamente las islas, y en venganza del delito fuéron asesinados á cada paso los Portugueses que estaban dispersos por ellas ocupados en sus negociaciones. En Momoya pueblo opulento de la isla del Moro, nuevamente reducido al christianismo por el zelo de Gonzalo Velloso, descargó su ira Catabruno por el odio que tenia á nuestra religion. Este pues, habiendo despojado al Sultan de Giloló, se apoderó del reyno, y obligaba con el terror á los recien convertidos á abjurar el christianismo. Pero el Sultan, que habia tomado el nombre de Juan, tenia tan grabados en su corazon los documentos de la Religion, que con imprudente y cruel piedad habia de-

gollado á su muger y á sus hijos para que no volviesen á los antiguos errores. Intentó despues matarse á sí mismo, pero se lo impidiéron sus domésticos; y habiendo sido entregado á Catabruno, estando ya próxîmo á morir por su constancia en la fe christiana, le perdonó el tirano por los ruegos de sus amigos. La fortaleza de Ternate estaba ya muy cercana á ser expugnada por hambre, quando los Portugueses que estaban encerrados en ella, fuéron socorridos por Simon Sodred, y Juan Pinto, que llegáron con víveres y algunos soldados. Hiciéron una salida de la fortaleza, y saqueáron varios castillos, recogiendo la presa y víveres que encontráron. Consumidos estos, volviéron segunda vez á padecer la misma necesidad, y se aventuráron á salir al mar, pero con desgraciado suceso, pues fuéron vencidos dos veces por los Tidorenses, lo que nunca habia acaecido. Arrojados de su territorio, fuéron sosteniéndose hasta la llegada de Antonio Galvan. Estas son las cosas sucedidas en las partes mas remotas del orbe hasta fin de este año. Volvamos ahora á continuar la narracion de las de Europa.

CAPITULO VI.

GUERRAS DE FLANDES, Y DEL PIAMONTE. INVASION DEL TURCO EN LAS COSTAS DE ITALIA. TREGUAS DEL CESAR CON EL REY DE FRANCIA.

Habiendo partido el César de Barcelona, celebró cortes en Monzon á principios del año siguiente
1537. de mil quinientos y treinta y siete. Confirmó en ellas los privilegios é inmunidades del reyno de Aragon, y especialmente el que les fué concedido en las anteriores cortes del año de treinta y tres, de que los extrangeros no pudiesen obtener las Prelacías, segun los antiguos estatutos de los Reyes de Aragon. Concluidas las cortes, y habiendo hecho al César un donativo,

como era costumbre, se puso en camino para Castilla donde era muy deseado. El Rey Francisco para resarcir las pérdidas que habia sufrido en Flandes, juntó un poderoso exército, y se apresuró á invadir sus fronteras. Tomó á Alce, Hesdin, San Pol, Liliers, y San Venancio, aunque no sin derramar sangre. Alegre el Rey con estos felices sucesos, que recompensaban sus anteriores desgracias, despues de haber fortificado á San Pol, mandó regresar el exército á Dulens, y le despidió. Los Flamencos por su turno emprendiéron la guerra baxo la conducta de los Generales Reux, y el Conde de Bura. Combatiéron á viva fuerza la recien fortificada plaza de San Pol, y pasáron á cuchillo su guarnicion; pero conserváron la vida al Gobernador Villebon, á Bellay, y á otros. Montreval fué entregada por Conopleo baxo de ciertas condiciones. No faltó mucho para que los Flamencos tomasen á Teruana ciudad opulenta de la Picardía; pero por su desgracia la defendió Anebaldo General intrépido, con los víveres y soldados que habia podido introducir en ella. Porque viéndose obligado á pelear por la imprudente audacia de la noble juventud, fué derrotada y puesta en fuga la guarnicion por Bura, y quedó prisionero Anebaldo, con Pienna, Villars, y el Epirota Capuzmadio. Los Franceses consiguiéron la libertad á trueque de oro y de prisioneros; mas el Epirota pagó con la cabeza el delito de haber desertado de las banderas del César. Sin embargo los Flamencos continuaban estrechando la ciudad, que rodeáron con sus tropas. Pero al tiempo que el Delfin Enrique, y Monmorenci se pusiéron en camino con muchas fuerzas para libertarla del peligro, se publicó una tregua y suspension de armas. El Rey de Francia habia oido con gusto las proposiciones que le hizo Doña María Gobernadora de Flandes, por medio del Duque de Arescot, para componer sus discordias. Por lo qual á fines del mes de Julio fuéron pactadas treguas entre los Franceses y Flamencos con equitativas condiciones, y con la esperanza de conciliar una paz sólida, hallándose inclinado á ella el ánimo del César.

Ardia la guerra en el Piamonte desde lo mas crudo del invierno anterior. Los Franceses habian tomado por asalto á Bargia, y se apoderáron una noche de Ranconissa con cierto ardid. Pero fuéron rechazados del pequeño castillo de Busca, defendido por Pedro Sanchez con una guarnicion de sesenta Españoles, mas fuertes por su valor que por su número. Anibal Conde de Novelara intentó escalar de noche sus muros, y cayó á tierra muerto por una bala disparada de un cañon pequeño, con grave sentimiento de los Franceses. Pero alternando la fortuna sus desgracias, pereció del mismo modo el Marques de Saluzo. Habia tomado este á Cereci, pasando á cuchillo su guarnicion, que se componia de mil soldados, y se apoderó despues de Carmañola al principio de la primavera; mas al tiempo que combatia la fortaleza fué atravesado de una bala que le quitó la vida. Fué varon verdaderamente insigne en valor y prudencia, y que debe ser colocado en el número de los grandes Capitanes. Acudió inmediatamente Basto, y habiendo expugnado la fortaleza, hizo ahorcar al Gobernador en venganza de la muerte de Saluzo. Entretanto envió el Rey á Humery con nuevas tropas que causáron mucho terror á los confinantes. Pero como no hiciese ninguna hazaña correspondiente á tantas fuerzas, vino en breve á ser despreciado. Los soldados que llevaban muy á mal la floxedad y desidia de su General, estuviéron muy próxîmos á abandonarle; murmuraban de él con grande insolencia en sus corrillos, y lo que es peor que todo en la milicia, apénas obedecian sus órdenes. Finalmente para que no se dixese que no hacia nada, dirigió sus tropas ácia Aste, cuya Plaza defendia Don Antonio de Aragon. Pero se retiró de allí sin haberse acercado siquiera á las murallas, habiendo recibido algun daño en la retaguardia, y se atrincheró cerca de Alba. Por este tiempo se juntáron al Marques del Basto, que caminaba á Aste, dos Brigadas Alemanas mandadas por Federico de Fustemberg, con cuya llegada quedó tan aterrado el Frances, que trasladó parte de sus tropas á los lugares fortificados, para que estuvie-

sen mas seguras; y colmado de ignominia marchó con las demas á Francia, pareciendo mas bien que huia, que no que se retiraba. No perdió Basto la ocasion oportuna que se le venia á las manos, y tomó por asalto á Quieri, aunque estaba cuidadosamente fortificada, y provista de todo lo necesario por su Gobernador Azalio, pasando á cuchillo á quasi toda la guarnicion. Sacáron de su ignominioso escondrijo al Gobernador, el qual se presentó delante de Basto con mucha burla y risa de los vencedores, y cargado de afrenta fué puesto en libertad á costa de una gran suma. Despues de esto se apoderó de Quierasco y Alba, que entregáron sus Gobernadores Fregoso y Ursino, despues que uno y otro sostuviéron un reñido combate. Habiendo tomado estas tres Plazas en el espacio de veinte y ocho dias, bloqueó Basto á Turin, y Piñerol, impidiendo que pudiesen recibir víveres algunos, á fin de reducirlos á entregarse por hambre.

Miéntras que el Rey se divertia en el exercicio de la caza, llegó la noticia del mal estado en que se hallaban las cosas en el Piamonte. Quedó atónito por un rato, y volviendo en sí dió un gran suspiro. Despues llamó á Monmorenci, y desde el caballo le advirtió individualmente todo lo que debia prevenirse para la guerra; las tropas y víveres que se necesitaban, las Provincias de donde debian sacarse, los caminos por donde podian llegar con mas presteza, el de la navegacion, y todo lo demas, con tan admirable memoria, como si lo recitase por escrito. En lo qual se aventajaba Francisco á todos los Príncipes de su tiempo. Así pues, habiendo juntado un poderoso exército penetró en la Italia por los Alpes. A la fama de su venida se retiró Basto de Piñerol á Moncaller, enviando delante á Massio Capitan Napolitano con un escogido esquadron de Infantería, para que en las gargantas de Susa levantase trincheras que impidiesen á los Franceses la entrada. Pero Monmorenci que mandaba el primer cuerpo, habiendo explorado diligentemente aquellos parages, tomó cierto rodeo, y por lo mas fragoso de los peñascos hizo subir quatro mil hom-

bres armados, que se dexáron ver sobre las trincheras enemigas en lo mas elevado de los montes. Los Imperiales que estaban muy agenos de que los Franceses pudiesen acometerlos por aquella parte, aterrados con su repentina venida, y para evitar el peligro que les amenazaba, desamparáron aquel puesto, y se retiráron adonde se hallaba Basto. El Frances habiéndose abierto de este modo el camino sin derramar sangre, socorrió á Turin con provisiones, y la libertó del sitio. Desde allí partió para Viliana, y expugnó una torre que estaba situada en el camino, á fin de allanar todos los pasos al Rey que le seguia con la mayor fuerza de las tropas. Trató severamente á los prisioneros, porque siendo pocos en número, y contra las leyes de la guerra, habian intentado defender un puesto de poca importancia; mas al Capitan que era Napolitano le alistó entre sus tropas. Ocupó despues varios pueblos destituidos de guarnicion, pero muy provistos de todas las cosas necesarias. La guerra se iba encendiendo mas y mas, y estando tan inmediatos uno de otro los dos campos, parecia estar muy próxîma una batalla decisiva, quando llegáron cartas de Flandes con la noticia de haberse renovado las treguas por tres meses, á solicitud de la Reyna Doña Leonor, y Doña Margarita que se llamaba Reyna de Navarra, las quales habian pasado á visitar á la Gobernadora Doña María con el deseo de apagar tambien la guerra en Italia, cuyas vanas causas detestaban, y de restablecer la paz, aprovechando para esto el tiempo de las treguas. Monmorenci dió noticia de ellas á Basto á nombre del Rey Francisco, y no pudo recibir una nueva mas agradable ni mas deseada, pues se hallaba en grande aprieto por las dificultades que tenia en continuar la guerra por la falta de dinero, y de todas las demas cosas. Inmediatamente se puso en camino para hablar al Rey que estaba cerca de Carmañola, y fué recibido por él con mucha humanidad, haciéndole grandes honras, porque sabia apreciar el valor aun en el enemigo. Arreglados los negocios del Piamonte, se volvió el uno á Milan, y

el otro á Francia, quedando con el mando Montejano, que poco ántes habia sido puesto en libertad.

En este verano lleváron los Turcos la guerra á la extremidad de la Italia, con gran peligro de la christiandad, y con mayor infamia del Rey de Francia, que habia pactado con Soliman juntar con él sus armas para invadir á un mismo tiempo la Italia. La causa no la ignoráron entónces los que procuráron averiguarla; y ciertamente un Autor que me parece libre de todo espíritu de partido, afirma que el Rey de Francia movió sus armas contra el Duque de Saboya, con el mismo designio que tenia el Otomano en acometer al centro del orbe christiano. Así lo dice este escritor contra Du-Belay, á quien siguiendo todos los demas Franceses, refieren este hecho mas conforme á su pasion que á la verdad. Porque no pudiendo Francisco sufrir la paz, por el deseo que tenia de recobrar la Lombardía, y borrar la ignominia de su pérdida, procuraba suscitar enemigos al César en todo el mundo.

Por este tiempo instigaba al Otomano Troylo Piñateli, que irritado contra el Virrey Toledo por haber condenado á su hermano Andres al último suplicio, se habia pasado á Constantinopla. Añadíase á esto el carácter feroz del bárbaro, y su deseo de gloria, y de vengarse del César por la invasion de la Morea. Agitado con estos estímulos se puso repentinamente en las costas de Macedonia, cerca de Aulon con doscientos mil hombres; y en breve llegó al mismo parage una armada poderosísima, compuesta de cerca de quinientos navíos de todos géneros, mandados por Aradino y Luftibey. Este pues, habiendo navegado con parte de la armada el mar Adriático, y sin tocar á Brindis y Otranto, ciudades muy fuertes y bien guarnecidas, se acercó á Castro que estaba muy mal fortificada, y sin tropas. A la llegada de la armada perdiéron el ánimo los habitantes, é hiciéron entrega de la Plaza luego que se les intimó la rendicion, prometiéndoles Troylo que no sufririan ninguno de los males que suelen padecer los vencidos. Así lo creyéron

ellos; pero en breve pagáron la pena de su necia credulidad, pues derramados por el pueblo los bárbaros, sin respeto alguno á la palabra dada, lo saqueáron y destruyéron, y á todos sin faltar uno los encerráron en las galeras. Al mismo tiempo las tropas de caballería hacian correrías y presas por todas partes, llenándolo todo de terror y confusion. Alexandro Contareno, y Gerónimo Pesaro Generales Venecianos, socorriéron algun tanto á los afligidos de Otranto. Porque ofendidos de la incivilidad de los Turcos, que habian pasado junto á ellos sin saludarlos con los acostumbrados cañonazos, acometiéndolos el uno con sus galeras, les apresó dos de las suyas, y las demas huyéron dispersadas; y el otro en diverso parage y tiempo persiguió á otras tantas, y las obligó á retirarse á sus costas. Habiendo salido Doria de Mecina para el Archipiélago con veinte y cinco galeras, y hecho un largo crucero, encontró trece buques cargados de víveres, y despues de haberlos saqueado, los incendió; y lo mismo hizo con aquellas galeras que puso en fuga Pesaro. Cerca de Corfú trabó una noche un combate sangriento con doce galeras que conducian un valeroso cuerpo de Genízaros, y los derrotó y pasó á cuchillo. Perdió Doria doscientos y cincuenta soldados, y muchos mas quedáron heridos; y el Príncipe Antonio Doria que sobresalió en la pelea, lo fué en la pierna izquierda. Concluida esta expedicion se volvió prontamente á Mecina con la presa, sin dar á los bárbaros tiempo alguno para perseguirle, lo que sintiéron en extremo.

Alejada la guerra del pais de Otranto, la convirtiéron contra sí los Generales Venecianos con sus hazañas. Porque persuadido Soliman de que los Venecianos habian conspirado contra él, uniéndose con los Imperiales, y que por esto le habian provocado con aquellos insultos, dirigió todo el peso de la guerra contra el territorio de Venecia, dexando á los de Otranto en quienes habia hallado mas resistencia de la que esperaba; pues habiéndose derramado la caballería Turca para saquear, fué rechazada y derrotada por Sci-

pion Someo, valeroso Gobernador de la Calabria; y además se habia divulgado que el Virrey Toledo venia de Nápoles con un poderoso exército. Tambien le retrahia de continuar esta guerra la infiel conducta del Frances, pues apénas habia entrado en Italia el exército Turco, quando ajustó treguas con el comun enemigo, y le dexó burlado volviéndose á Francia. Por lo qual habiendo llamado á Aradino, que con parte de la armada infestaba las costas de la Pulla, resolvió combatir á Corfu. Los habitantes de Castro, buscados con mucha diligencia á instancias de Troylo, fuéron restituidos á su patria, y condenados á muerte los autores de su esclavitud, con fidelidad muy agena de un bárbaro. En vano combatiéron los Turcos la ciudad de Corfú por espacio de diez dias, porque Pesaro temeroso de la tempestad que le amenazaba, la fortificó mucho con los soldados de la armada, y con gran provision de víveres. Perdiendo pues Soliman la esperanza de tomarla, mandó levantar el sitio, y que se destruyese la isla á fuego y sangre, á fin de que no quedase sin castigo el insulto hecho por los Venecianos. Además de los daños causados á las otras islas, conduxéron los Turcos en su armada diez y seis mil cautivos, y Soliman se restituyó por tierra á Constantinopla. Por este tiempo peleáron desgraciadamente los Alemanes cerca de Essequio, ciudad de la Ungría. No hay ningun género de crueldad que no exerciesen los Turcos con los vencidos; y la culpa de esta derrota se atribuyó á la estólida audacia de Gaznier que mandaba el exército. Pero los hombres piadosos creyéron que el cielo tomaba venganza de Fernando, por haber faltado al tratado de paz que tenia hecho con Soliman.

CAPITULO VII.

LIGA CONTRA EL TURCO. JUNTANSE EN NIZA EL CESAR, EL REY DE FRANCIA, Y EL PAPA, Y AJUSTAN TREGUAS POR NUEVE AÑOS. CORTES DE TOLEDO. MUERTE DE LA EMPERATRIZ.

Consternado el Pontífice con el peligro de la Italia, hacia los mas vivos esfuerzos para juntar las armas de los fieles, á fin de alejar de aquellas costas á un enemigo tan pernicioso. El Frances rehusaba contribuir en comun con sus auxîlios, negando ser posible que hiciesen alianza los que tenian ánimos tan discordes. El César por el contrario contribuia gustoso con todo su poder á la causa comun de la christiandad, que era la suya. Los Venecianos que habian recibido muchos daños, y temian otros mayores, luego que se divulgó la guerra Otomana se apresuráron á buscar socorros; y para aliviarlos procuró el Pontífice que sus tropas, y las del César se juntasen con las de aquella República. Contratóse la alianza el dia ocho de Febrero del año de mil quinientos y treinta
1538. y ocho, para prevenir con tiempo lo necesario á la guerra, y aun adelantarse al enemigo. Por parte del César concurrió el Marques de Aguilar; por los Venecianos Marco Antonio Contareno, y el Pontífice firmó de su propia mano el tratado en el Vaticano donde se celebró. El contenido de la alianza era: que se hiciese la guerra al Otomano con las armas de todos tres en comun; el César ofreció ochenta galeras, los Venecianos otras tantas, y el Pontífice treinta y seis, y se repartiéron los gastos con igualdad, segun las facultades de cada uno: se acordó que Doria fuese General de las fuerzas de mar, y Gonzaga de las de tierra; y que los pueblos que se tomasen á los enemigos se adjudicasen al dominio de Venecia.

Despues de esto empleó el Pontífice todos sus cuidados en restablecer la paz entre el Rey de Francia, y el César. Estos Príncipes manifestaban desearla, ya porque estuviesen cansados de una guerra tan larga, ya por evitar que la fama atribuyese á su perversa ambicion las calamidades públicas. El uno no daba oidos á condiciones algunas, si no se le restituia en la posesion de la Lombardía; y el otro se obstinaba en exponerse ántes á perderlo todo, que ser arrojado de ella. Consentia el César en trasladar su derecho en el Duque de Orleans, hijo del Rey de Francia, y le prometia la hija de su hermano Don Fernando, que aun era muy pequeña. Pedia el Rey que se le restituyesen inmediatamente las ciudades fortificadas; y el César se resistia á entregarlas ántes que se verificase el matrimonio. Finalmente conviniéron uno y otro en la conferencia personal, que por medio de sus Embaxadores habia solicitado el Pontífice; y señaláron á Niza para juntarse. Llegó el César al Puerto de Monaco con favorable navegacion, conducido por Doria en la armada; y habiendo el Pontífice caminado por tierra hasta Sabona, fué conducido desde allí á Niza en las Galeras de Doria. El Rey de Francia vino el último por la Provenza á Villafranca, y finalmente pasáron uno y otro á Niza, hospedándose en diversas casas. Tributó cada uno separadamente sus christianos obsequios al Sumo Pontífice; quien se lamentó mucho de que no podia reducirlos á que en su presencia se abrazasen y conferenciasen sus asuntos. Pero los Príncipes se excusáron á esto con varias razones. Decíase que la verdadera causa era, que el Pontífice queria mezclar con los negocios públicos sus particulares intereses: y que entre otras cosas habia puesto la mira en la Lombardía, pidiéndola para uno de sus sobrinos, como medio prudente de poner fin á las discordias; mas esto no pudo conseguirlo. Las treguas que últimamente se habian hecho por la mediacion de las Reynas, fuéron prorogadas por el término de nueve años, y se publicáron allí el dia diez y ocho de Junio. Por consideracion al Pontífice,

á quien deseaba complacer, prometió el César á Octavio Farnesio, niño de pocos años, hijo de su hermano Pedro, su hija Margarita, que habia estado casada con Medicis, á quien habia asesinado Lorenzo su primo hermano; este enlace era de mucho lustre y conveniencia para la casa Farnesia. Hallóse tambien en Niza la Reyna Doña Leonor, acompañada del Cardenal de Lorena, y de Monmorenci, y visitó al César su hermano con Margarita su hijastra, por cuyo medio avisó el César al Rey que tratarian despacio sus cosas en Marsella, sin testigos, y sin séquito alguno de Consejeros. Despues de esto se retiró el Rey de Niza. El César acompañó al Pontífice hasta Génova, y volviendo la proa arribó con temporal contrario á Aguas muertas.

Acudió allí prontamente el Rey con sus hijos, y fué recibido por el César con mucha magnificencia en la Capitana. Abrazáronse mutuamente, y se saludáron el uno al otro, dándose las manos con grande alegría y regocijo de todos los que se hallaban presentes á tan insigne espectáculo. El Rey á peticion del César permitió que Doria le besase la mano, aunque le manifestó un semblante poco agradable. Fuéron y viniéron repetidas veces desde la ciudad á la armada, y desde la armada á la ciudad, y hubo convites de una parte á otra con admirable complacencia. Pero todas estas señales de amor y amistad no produxéron el deseado efecto, y saliéron vanos los deseos de los que creian que iba á establecerse una paz perpetua, fundada en una amistad tan sincera. Todo fué una mera apariencia, buenas palabras, y afabilidad tanto mas estudiada, quanto con ella se ocultaban con mayor disimulo los verdaderos sentimientos. Finalmente el César se hizo á la vela en el Puerto de Marsella, y se restituyó á Barcelona con feliz navegacion.

Entretanto se suscitáron algunas sediciones militares contra los Capitanes, por la falta de paga. Los Españoles molestaban con vexaciones la Lombardía, y el Marques del Basto para impedir sus violencias, pareciéndole que los remedios fuertes producirian ma-

yores daños, impuso una contribucion extraordinaria á los habitantes, que detestaban con todo género de exêcraciones la guerra y los soldados. Despues que les hubo pagado su estipendio, volviéron á su deber los sediciosos, de los quales la mayor parte fué destinada á la armada que se disponia en las costas de Génova, al mando de Don Francisco Sarmiento, y los demas marcháron á Ungría con el Capitan Morales. Al mismo tiempo se hallaba inquietada la Sicilia con otra sedicion, siendo autores de ella los soldados que Don Bernardino de Mendoza habia despedido de la Goleta. Viendo el Virrey Gonzaga que era inútil la fuerza, se valió del arte, y aplacó facilmente la sedicion, ofreciendo con juramento á los diputados de los sediciosos que no los castigaria, y que les pagaria su sueldo si fuesen obedientes. Pero despreciando con horrible impiedad la religion del juramento, distribuyó por los presidios á los que se creian seguros con este sagrado, y se vengó haciendo en ellos una cruel carnicería. De los seis mil que eran, mandó pasar á cuchillo la quarta parte, ya porque era un hombre de carácter duro, é inclinado á la severidad, ya por el odio que tenia á la gente Española, como se dixo entónces. Otros disminuyen el número de los muertos. Los demas fuéron divididos en dos partes, la una fué enviada á la armada, y la otra á España con el sueldo de un mes, y con la nota de infamia.

Habiendo Aradino procurado en vano invadir la isla de Candia por diversos parages con ciento y treinta galeras, se apresuró á conducir esta armada al Golfo de Larta, á fin de no verse obligado á pelear contra su voluntad. La Veneciana estaba en Corfú para servir de defensa á las demas islas; y habiéndose juntado Gonzaga con Doria, navegáron al mismo destino. Allí pues tratáron en una junta sobre el modo de hacer la guerra; y conviniéron en admitir el combate si el enemigo le presentaba. Desde Corfú pasáron á la embocadura del Golfo de Larta de donde poco ántes se habian retirado los Venecianos, despues de haber combatido desgraciadamente á Prevesa, presidio

bien guarnecido, donde estuvo en otros tiempos la antigua Nicópolis, y habiéndose ordenado en batalla la armada confederada, esperó al enemigo, ya para alejarle de aquellos mares si rehusaba la pelea, ó para combatirle si la admitia. Salió finalmente Aradino incitado por las injurias de los suyos, á tiempo que Doria, perdida la esperanza de pelear, se dirigia ácia Lepanto, habiendo mandado á los otros Generales que le pedian con instancia la pelea, que le siguiesen, y les haria saber á tiempo oportuno lo que debian hacer. Estaba el mar en perfecta calma, y como convidando sus olas á la batalla, y Doria perdia el tiempo en varios giros y rodeos en ademan de hacer alguna cosa grande para oprimir de repente al enemigo descuidado. Ya iba el sol á ocultarse, y el soldado maldecia horriblemente la lentitud del General, quando el pirata Dragut con algunas galeras acometió con increible audacia á la grande y bien equipada nave del Veneciano Bondelmero, á tres Españolas, y á otros buques de carga. El Vizcaino Munguia y Bocanegra, que estaban separados de los demas, reanimáron su valor, y habiendo destrozado con la artillería á tres galeras enemigas, se volviéron á Corfu con Bondelmero que pudo felizmente evadirse. La nave de Figueroa combatida acérrimamente por muchas de los bárbaros, y muerta la mayor parte de su tripulacion, fué al fin apresada. Dos buques de carga, el uno Veneciano, y el otro Cretense, pereciéron abrasados, y otros dos navíos Venecianos fuéron apresados al amanecer con toda su gente. Entretanto habiéndose levantado una terrible tormenta, se recogió á Corfú toda la armada, sin haber hecho cosa alguna de valor, echándose la culpa los unos á los otros, como sucede comunmente en las empresas desgraciadas. Ciertamente que Doria General de tanto nombre y fama, en este dia nada hizo; pues siendo superior al enemigo en naves y tropas, apagadas las luces se retiró de su presencia como fugitivo, quando hubiera vencido, si se hubiese atrevido á vencer. No me detendré en impugnar á Sigonio, que para minorar la culpa, aglome-

ra en la vida de Doria muchas impertinencias, y para adularle intenta en vano oponerse á la evidencia de los hechos, y al testimonio unánime de todos los Autores. El bárbaro se volvió al golfo de donde habia salido muy ufano con la afrenta y pérdida de los enemigos. Para borrar esta ignominia, expugnáron los confederados la ciudad y fortaleza de Castel-novo en la Dalmacia, con muerte de Bocanegra, Capitan de experimentado valor. Intentó Aradino oponerse á esta empresa de los confederados, pero se lo impidió una recia tempestad que estrelló parte de su armada en los escollos Acroceraunios, segun se divulgó entónces por la fama, que muchas veces exâgera las cosas. Finalmente despues de saqueada la ciudad, y hechos cautivos mil y seiscientos hombres, fué puesta en ella una guarnicion de quatro mil Españoles con su Capitan Francisco Sarmiento. Lleváron esto á mal los Venecianos, á quienes segun la alianza debia entregarse la ciudad, y irritados de este agravio quisiéron mas hacer una paz poco ventajosa, que continuar una guerra desgraciada baxo de un mando extraño. Despreció Doria altamente los rumores que contra él corrian, y habiendo repartido la presa en los navíos, conduxo su armada con feliz navegacion á las costas de Génova.

Casi en el mismo dia en que sucediéron estas cosas, habiendo el César convocado Cortes en Toledo, para tratar sobre los medios de ocurrir á la escasez del Erario Real, pidió se exîgiese una sisa de las cosas que se vendian. Esta proposicion fué disputada con mucho ardor por los Grandes; y se acordó comunicarla con los Procuradores de las ciudades, pues de este modo se podria resolver con mas facilidad este negocio. Pero el César se resistió á esto, sin que se pudiese saber el motivo que para ello tenia. Volviéron de nuevo los Grandes á conferenciar, y no pudiendo convenirse entre sí, el Condestable Velasco, sin temor de perder la gracia del César afirmó: „que „ no convenia al bien público recargar las cosas ven„ dibles, y que estos tributos comunes á todos eran

,, en menoscabo de la dignidad de los Nobles: que por ,, otros medios mas cómodos y justos se podia ocur- ,, rir á la necesidad pública; y que este negocio de- ,, bia tratarse por todas las órdenes del Estado, de- ,, xando á todos que votasen libremente." Abrazáron los mas este dictamen, y resentido el César de su obstinacion, disolvió las Cortes sin haber determinado cosa alguna, otros muchos disgustos toleró y disimuló este prudentísimo Príncipe, á fin de no disgustar y enagenar de sí los ánimos de aquellos hombres fuertes, á quienes con su blandura mantenia con admirable constancia en la lealtad y obsequio que le debian. Esto se confirmó con el suceso del Duque del Infantado; el qual volviendo de un torneo que se habia hecho en la vega de Toledo, dió una cuchillada en la cabeza á un alguacil, porque con la vara que llevaba en la mano, segun costumbre, para apartar el gentío, habia tocado á su caballo en las ancas. El alguacil cubierto de sangre se volvió al César, y con voz lastimera se quejó de la injuria. Al punto se acercó al Duque el Alcalde Ronquillo que iba á caballo, y le notificó con mucha urbanidad de órden del César que se diese preso. Acudió prontamente el Condestable Velasco, que es el Justicia mayor de los Grandes, y mandó al alguacil que se fuese de allí, y que si no obedecia, le amenazaba una desgracia; y sin hablar mas palabra se retiró aquel hombre temiendo nuevas heridas. Velasco acompañó al Duque hasta su casa, siguiéndole los demas Grandes dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza. Disimuló el César el agravio hecho á su persona y á las leyes; y envió á decir al Duque, que mandase castigar al alguacil herido segun lo merecia. Penetrando el Duque, á quien con la sal de estas palabras le reprehendia el César su exceso, le dió gracias por su benignidad, y mandó que el alguacil fuese curado con todo esmero á costa suya, y despues le regaló quinientos ducados.

Finalmente á estas molestias se agregó la mayor de todas, que causó al César un cruelísimo dolor, y fué la muerte de la Emperatriz en la flor de su edad.

El dia primero de Mayo de mil quinientos y treinta y nueve parió en Toledo un niño muerto, y al mismo tiempo perdió ella la vida, dexando tres hijos, Don Felipe, Doña María y Doña Juana. No es posible explicar la terrible pena que causó al César esta desgracia. Pero despues que reconcentró en su interior una afliccion tan grande, acordándose de los justos juicios de Dios, volvió en sí, y toleró aquel trabajo con singular constancia y paciencia. Mandó hacer á la Emperatriz las exêquias con aparato Real, y verdaderamente magnífico: y su cuerpo fué llevado con gran pompa al Panteon de Granada, acompañando el funeral el Duque de Gandía Don Francisco de Borja, y otros muchos hombres ilustres. Al tiempo de hacer la entrega del cadáver se abrió la caxa de plomo en que iba, y pedido juramento á Borja, á quien se habia entregado con toda solemnidad, respondió que de ningun modo podia asegurar, sin temor de faltar á la verdad, que aquel que miraba fuese el cuerpo de la Emperatriz, pues le veia tan mudado de aquella grande hermosura y belleza que habia tenido en vida. Atónito en gran manera con este espectáculo de la fragilidad y miseria humana, hizo firme propósito de renunciar quanto ántes pudiese toda su grandeza y fausto, y dedicarse enteramente á Dios y á su servicio. Es digna de alabanza la noble índole del Rey Francisco, que habiendo recibido la triste nueva de la muerte de la Emperatriz, la hizo celebrar en París unas exêquias con la mayor sumptuosidad. Pocos dias ántes de su muerte se vió un cometa ácia el occidente, que parecia amenazar á Portugal. Con semejantes señales creen vulgarmente los hombres que son pronosticadas las muertes de los Reyes, como si su vida dependiese de las estrellas; pero como muchos han fallecido en nuestros tiempos sin estos pronósticos tan futiles, no debemos interrumpir el hilo de la historia para refutar los delirios astrológicos. 1539.

En España y en otras partes de Europa se padecio entónces hambre, á la que se siguiéron enfer-

medades pestilenciales que hiciéron mucho estrago. En este año murió el Almirante Don Fadrique Enriquez, hombre ilustre y grande así en nacimiento como en valor: su cuerpo fué sepultado en Rioseco, en la Iglesia del Convento que habia edificado á los Religiosos de San Francisco. No dexó sucesion alguna, y le heredó Don Fernando Enriquez, que despues fué condecorado por el César con el título de Duque de Medina de Rioseco. En el año antecedente tomó posesion del Obispado de Jaen Don Francisco de Mendoza hermano del Marques de Mondejar, que sucedió al Cardenal Merino que habia fallecido en Roma tres años ántes, á los sesenta y tres de su edad: fué varon verdaderamente ilustre en virtudes, y especialmente en la caridad para con los pobres, á quienes distribuia sus quantiosas rentas, y muy amado del César, del qual obtuvo los mayores empleos. Su cuerpo fué sepultado en la Iglesia de Santiago de los Españoles cerca del altar mayor en un túmulo de mármol adornado con su efigie. La piedra del sepulcro de su madre Doña Mayor testifica que habia sido Patriarca de las Indias. Juan Luis Vives natural de Valencia murió tambien el año anterior en Brujas ciudad de Flandes. Publicó muchos libros excelentes en que se manifiesta su mucha sabiduría y erudicion. Los Escritores mas célebres le han dado grandes alabanzas, por lo qual me parece mejor abstenerme de elogiarle, que debilitar sus elogios con mi pluma. En el mismo año antecedente murió en Sevilla Don Alonso Manrique, y le sucedió en el Arzobispado Don Fr. García de Loaysa del Orden de Santo Domingo Obispo de Sigüenza. El dia nueve de Junio murió en Roma Don Iñigo de Mendoza Arzobispo de Burgos y Cardenal, hijo del Conde de Miranda, á quien Marineo Sículo llama Theólogo y Predicador insigne, y excelente Poeta. Escribió muchas obras, y entre ellas la vida de Christo en verso castellano. Su cuerpo fué traido á España, le sucedió Don Juan de Toledo, que fué trasladado de la Iglesia de Córdova. El dia veinte y siete de Febrero habia

fallecido en Lieja Erhardo Markan Arzobispo de Valencia, habiéndose pasado ciento y diez años, diez meses, y veinte y seis dias sin que ninguno de los Arzobispos de esta ciudad residiese en ella. Por aquel tiempo se administraban los Obispados por Vicarios, y servian mas de lucro que de carga; cosa á la verdad la mas detestable en un Obispo. Los extrangeros á quienes se conferian nuestras Sillas Episcopales, retenidos por el amor de su patria, se excusaban de cumplir personalmente su ministerio con grave daño de sus Iglesias, y peor exemplo. Fué elegido para la de Valencia Jorge de Austria hijo natural del César Maxîmiliano, y sus súbditos tuviéron el consuelo de gozar de su presencia. Trabajó con gran zelo en atraer al Christianismo á los Moros, que aun perseveraban en su obstinacion. Pasados quatro años volvió á Flandes, permutando el Arzobispado de Valencia por el Obispado de Lieja; y habiendo sido hecho prisionero en el camino por los Franceses, que consternados tomáron repentinamente las armas, pagó el César treinta mil escudos por su libertad. El Cardenal Cesarino fué trasladado al Obispado de Cuenca, y le sucedió en el de Pamplona Don Juan Remia Veneciano Obispo de Alguer en Cerdeña, el qual falleció poco despues en Toledo. Su cuerpo fué llevado á Pamplona, en cuya Silla tuvo por sucesor á Don Pedro Pacheco Obispo de Ciudad Rodrigo.

CAPITULO VIII.

PRINCIPIOS DE LA HEREGIA DE CALVINO EN FRANCIA. SITIO Y TOMA DE CASTEL-NOVO POR ARADINO GENERAL DE LA ARMADA TURCA.

Por este tiempo comenzó la Francia á ser agitada con las nuevas opiniones y antiguos errores, renovados por Juan Calvino hombre abominable, nacido para la ruina de su patria, el qual fomentó una cruel guerra religiosa, que habia de sumergirla en las mayores calamidades. Propagaba por todo el reyno los perversos dogmas que le habia enseñado un Aleman, que los aprendió en la inmunda escuela de Lutero. Los principales eran, que en la Eucaristía no exîstia el cuerpo de Christo, cuyo error publicado por el detestable Berengario, y fomentado por Leutherico Arzobispo de Sens su protector, vino á parar en una declarada heregía á principios del siglo undécimo: que á las Imágenes de Jesu Christo nuestro Salvador y de los Santos (las quales comparaba con los ídolos) no debia darse ninguna veneracion ó culto, renovando el error de Leon Isaurico, y otros de su tiempo, condenado por tantos Concilios, no ménos que el de Berengario. Lo mas ridículo es, que defendiendo tenazmente los Iconoclastas que en la Eucaristía está el verdadero cuerpo de Christo, y no su imágen, apoyándose en las palabras del mismo Jesu-Christo, este impostor mucho mas impio que aquellos, abrazaba la falsedad que enseñaban acerca de las imágenes, y combatia la verdad que defendian sobre la presencia real de Jesu Christo. Negaba además que las almas de los difuntos fuesen purificadas con el fuego del Purgatorio; y por consiguiente enseñaba que era una cosa inútil y necia hacer oraciones y sufragios por ellos, á pesar de confirmarlo la Escritu-

ra sagrada, y aun la profana, y la costumbre observada en la Iglesia desde sus principios. Llamaba al Papa Anti-Christo, y combatia de todas maneras la autoridad que el mismo Jesu-Christo confirió á San Pedro y á todos sus sucesores. Finalmente enseñaba otros muchos errores, y trastornaba la religion, y las santas y antiguas ceremonias del christianismo con increible insolencia y desenfreno. Es digno de admiracion que este monstruo escapase impune de las manos del Rey Francisco que era inexôrable con los reos de heregía. Pero al mismo tiempo que algunos Príncipes poderosos y pios procuraban quitar de en medio á estos hombres tan contagiosos, no faltaban otros que sin temor de la infamia ni de su conciencia, los protegian y admitian en sus dominios, para que coadyuvasen á sus desórdenes, trastornando la religion de arriba abaxo.

Mas entretanto que estos hombres perversos intentaban con el mayor esfuerzo destruir las imágenes sagradas, en el mismo año las confirmó Dios con un insigne milagro. Pedro y Andres de Medina mercaderes Valencianos habian pasado á Argel á comerciar, y juntamente á rescatar unas parientas suyas que allí padecian esclavitud. Miéntras permaneciéron en aquel Puerto ocupados en sus negocios, intentáron unos Piratas quemar una imágen de Jesu-Christo crucificado; pero el cielo se opuso á su perverso designio. Consternado el corazon de los hermanos Medinas con tan triste noticia, acudiéron prontamente, é inflamados con el fuego de una heroyca piedad, rogáron y suplicáron á los bárbaros que se abstuviesen de aquella injuria, lo que al fin consiguiéron. Los bárbaros les dixéron que se la entregarian á peso de dinero, y los hermanos admitiéron la condicion, aunque era mucho lo que les pedian; y finalmente se conviniéron en pagar otra tanta plata como pesase la imágen. Pero aunque esta era del tamaño del natural, y se añadia el peso de la cruz, no quiso el Señor que se vendiese su simulacro en mas alto precio, que aquel en que fué comprado el original. Así pues

habiendo sido puesta la imágen en una balanza, pareció de muy leve peso, y los mercaderes á vista de mucha gente comenzáron á rebaxar de la otra balanza la plata que en ella habian puesto, hasta que se halláron iguales las balanzas con solo el peso de treinta monedas de plata. Irritados de esto los bárbaros se resistiéron á cumplir lo pactado; y habiéndose dado cuenta á su Rey, quiso hallarse presente para exâminar el negocio. Volviéron segunda vez á pesarle, y del mismo modo se igualáron las balanzas con los treinta dineros. Movido el Rey de una cosa tan extraordinaria y milagrosa, mandó entregar fielmente la imágen á los mercaderes conforme á lo pactado, y que los piratas se retirasen de su presencia con aquella poca plata, diciéndoles que Mahoma estaba enojado con ellos. Pusiéron el Crucifixo en una nave, y aunque las velas se hallaban llenas de un favorable viento, permaneció inmóvil como una roca. Atónitos los conductores con el nuevo milagro, les ocurrió el registrar toda la imágen, y advirtiéron que le faltaba el dedo pequeño de la mano izquierda. Salió Andres á buscarle por todas partes y habiéndole encontrado, le puso en su lugar, pegándole únicamente con saliva, y no obstante quedó unido con la mayor firmeza: al punto salió la nave del puerto, y con felicísima navegacion arribó al de Valencia. Desde allí fué llevada á nuestra Señora del Remedio; y finalmente con grande y magnifica pompa, á que asistiéron el Arzobispo Don Jorge, y el Virrey Don Fernando con todos los demas Magistrados, se colocó la sagrada y triunfante imágen de Christo en la Iglesia de las monjas de San Joseph, las quales habiendo pasado despues á otro domicilio, fué trasladado el Crucifixo á Santa Tecla, que en otros tiempos fué cárcel, donde murió San Vicente mártir. Todo esto se halla atestiguado por muchos Autores de aquel tiempo, y por los documentos públicos que se conservan en los archivos.

En este verano fué Castel-novo combatida por mar y tierra por Aradino y Ulaman Persa con mu-

chas tropas y artillería. Los Presidiarios, acordándose de la honra del nombre Español, la defendian valerosamente. Ochocientos de ellos acometiéron al puesto que ocupaban los Genizaros, y habiendo sido recibidos por estos bárbaros con igual ardor, se trabó un sangriento combate con gran daño y espanto de los enemigos, de los quales muriéron mil, y otros tantos fuéron heridos, y la demas multitud fué rechazada á los navíos, con muy poca pérdida de los vencedores. Finalmente habiendo establecido su campo con las tropas de tierra y mar, que componian ochenta mil hombres armados, segun afirma Ferroni, derribáron con su artillería una parte del muro. Pero inmediatamente se levantó otro nuevo en lugar del caido, y los soldados que lo defendian estaban tan firmes como la mas fuerte muralla. Mas con la continua batería de nueve dias seguidos, fué echado á tierra todo lo que impedia la entrada. Embistiéron por la brecha los bárbaros confiados en su multitud y en sus fuerzas, y resistiéron los Españoles con heroyco ánimo y valor, peleando cada uno en su puesto sin respirar ni mover los ojos. La batalla estuvo indecisa por largo tiempo, y habiendo hecho inutilmente grandes esfuerzos para romper, debilitados ya los enemigos con el calor y la fatiga, comenzáron á decaer de su ferocidad: lo qual luego que fué advertido por los Españoles levantáron el grito, y cobrando nuevo aliento, consiguiéron arrojarlos de los muros. No contentos con esto, se exhortáron mutuamente unos á otros, y por medio de las ruinas y cadáveres saliéron seiscientos de los mas intrépidos, y matáron y persiguiéron á los fugitivos hasta su mismo campo. Deslumbrados los Turcos con el miedo, y derramados con ignominiosa fuga, tropezaban en sus mismas tiendas, y á cada paso las derribaban; entre las quales cayó á tierra el hermosísimo pabellon de Aradino junto con la bandera de Soliman. En este dia muriéron seis mil de los enemigos, y solos cincuenta Españoles, si hemos de dar crédito á Sandoval que exâgera excesivamente las hazañas de los suyos.

Convencido Aradino de que no podria apoderarse de la ciudad, sin haber tomado ántes la fortaleza que la dominaba, batió sus muros de dia y de noche por espacio de cinco dias con mayor número de cañones; y habiéndolos arruinado pusiéron los sitiados por muralla sus mismos cuerpos armados. Peleaban de una y otra parte con todas sus fuerzas sobre las mismas ruinas como si fuera en un campo abierto; y rechazados los bárbaros, renováron el combate para borrar las anteriores ignominias. A los fatigados sucedian otros de refresco, y se esforzaban vivamente á ganar la victoria, no dexando respirar á los Españoles, que estaban ya desfallecidos con la fatiga y las heridas. Finalmente oprimidos con el número de los enemigos, desampáraron la arruinada fortaleza, y habiendo pasado á la inferior los enfermos y los heridos, se dispusiéron á pelear de nuevo: porque los Turcos orgullosos con el feliz suceso, acometiéron inmediatamente á la ciudad, para dar la última mano á la victoria, y habiendo llegado á costa de innumerables muertes y heridas á apoderarse de la torre, enarboláron en ella su bandera, para aterrar con su vista á los Españoles. Ulaman por otra parte con un escogido esquadron, entró por el camino que habia abierto con nuevo estrago, y arrollaba y destrozaba quanto se le ponia delante. No pudiendo ya los Españoles sostener el ímpetu de los enemigos, que se aumentaban á cada instante unos sobre otros, se reuniéron y aglomeráron en la plaza peleando hasta la muerte, desesperados ya de conseguir la victoria. Sarmiento aunque gravemente herido animaba á los suyos con la voz y con la mano; y sus últimas palabras fuéron: ,,Tomad exemplo de mí, para que los ,, enemigos no se lleven de balde la victoria: ani- ,, maos y en este último combate reunid todas vues- ,, tras fuerzas; y conozcan los bárbaros qué hombres ,, sois los Españoles, y con qué esperanza os arrojais ,, á la muerte.“ Con esto volvió á renovarse la pelea con increible furor echando mano á las espadas y á las picas, porque apagadas las mechas con una re-

pentina lluvia, no podian servirse de los arcabuces; y combatiéron con tanto ardor que los que caian cubrian el lugar que ocupaban miéntras peleaban. Sarmiento despues de haber dado innumerables exemplos de valor, atravesado el cuerpo con una infinidad de heridas que recibió de frente, aumentó el número de los muertos. Conocida que fué la derrota de los Españoles, algunos pocos caballeros griegos que habian quedado enfermos de las heridas en la fortaleza inferior, y Mungia con otros cabos muy esforzados se apresuráron á entregarse á los enemigos que lleváron cautivos mas de setecientos hombres de todos estados con Jeremías su Obispo. Habiendo solicitado en vano Aradino persuadir á Mungia que abrazase la superstición Mahometana, le mandó cortar la cabeza con una bárbara cimitarra en la proa de la galera. La victoria costó á los Turcos mucha sangre, pues todos los Historiadores convienen en que perdiéron diez y seis mil hombres; y añade Ferroni que los Españoles peleáron con tanto valor como se podia esperar de unos hombres fuertes reducidos á la última extremidad. El sitio de la ciudad duró por espacio de veinte y dos dias, pero al fin cayó en poder de los enemigos el siete de Agosto.

La tranquilidad que gozaba Flandes fué alterada con una sedicion, á que dió motivo la pertinacia de los vecinos de Gante. Para ocurrir á los gastos de la guerra con los Franceses, habia pedido la Infanta Gobernadora Doña María á los Flamencos una contribucion extraordinaria; pero alegando los de Gante sus pretensas inmunidades, negáron que se les pudiese obligar á esta nueva contribucion. Sobre esto se enviáron Diputados al César, quien respondió que debian obedecer á la Gobernadora; pero que si sobre ello se originaba alguna controversia la decidiese el Senado de Malinas; y que si los de Gante obrasen de otro modo se les tendria por inobedientes al Príncipe. Consternados con esta amenaza, y con la decision del Senado, que declaró debian contribuir con la suma pedida, acudiéron á las armas y despreciá-

ron la autoridad de los Magistrados, olvidándose de que se deben obedecer los mandatos de los Príncipes aunque parezcan gravosos, porque tienen fuerza de ley, y porque el resistirlos es un crimen. Finalmente arrebatados con la ira, imploráron la proteccion del Rey Francisco, la que de ningun modo pudiéron conseguir, aunque le habian ofrecido que se sujetarian á su dominio, ántes por el contrario habiendo el Rey desechado semejante propuesta, dio noticia al César de esta perversa trama, y le remitió las cartas que le habian escrito los de Gante, deseoso de conciliarse por este medio su amistad, y de conseguir con este obsequio lo que no habia podido con las armas. Agradeciósela el César, así por el candor con que procedia Francisco, como por haber evitado por este medio el motivo de renovar aquella guerra. Era Embaxador del Rey en la Corte del César Don Antonio Obispo de Tarbes; y porque el asunto no sufria dilacion, preguntó por medio de éste á Monmorenci si agradaria al Rey que el César pasase por Francia á Gante? Trató pues con el Embaxador á fin de que el Rey le convidase á hacer el viage por Francia; y creido Monmorenci de que seria útil á los negocios públicos que los dos Príncipes se viesen, lo persuadió así al Rey Francisco; y hallándose éste por aquel tiempo enfermo, envió hasta Bayona á Enrique y Cárlos sus hijos para recibir al huesped, acompañándolos Monmorenci para colmo de su magnificencia.

Dispuestas en España todas las cosas, envió el César delante á Nicolas Perenoto Borgoñon, que habia sucedido á Gatinara en el principal Ministerio, y dexando por Gobernador del reyno á Don Juan de Tabera Arzobispo de Toledo, se puso en camino con las acostumbradas guardias de su Persona. Al mismo tiempo el Marques del Basto y Annebaldo Embaxadores del Rey y del César en Venecia, solicitáron en el Senado á nombre de sus Príncipes, que hiciesen comun alianza contra el Turco. Esta propuesta fué recibida por los Senadores con poco agrado, conociendo los astutos designios de los dos Reyes; y

aquellos hombres prudentísimos juzgáron por el contrario que debian apresurarse á ajustar la paz con Soliman, á fin de impedir que los Príncipes se burlasen de ellos en el negocio que mas les importaba: porque el César se hallaba inclinado á hacer esta guerra por su causa y la de su hermano, mas con el peligro ageno que con el suyo propio; pues separando al Frances de la amistad del Turco, recaeria todo el peso sobre el dominio Veneciano. El Frances tenia otras miras, á saber, dar al César buenas palabras, y apoderarse de Milan, habiéndole esperanzado Monmorenci de que lo conseguiria por medios blandos y suaves; y finalmente ajustar en secreto la paz con Soliman por medio de su antiguo Embaxador Guillelmo Pellicerio, persuadiendo á los Venecianos que hiciesen otro tanto sin detenerse en tan especiosa embaxada. Con efecto ajustáron en breve la paz los Venecianos, mas el deseo de acelerarla les hizo admitir unas condiciones indecorosas y perjudiciales, pues entregáron á Soliman las Plazas de Nápoles en la costa de la Morea y Ragusa. Ya es antigua la costumbre de engañarse y sorprehenderse mutuamente los Príncipes, y de sacar utilidad á costa del mal ageno, quando se trata de extender ó conservar el imperio, sin reparar en que sean buenos ó malos los medios que se emplean. Pero volvamos ahora al César, el qual aunque iba á la ligera, fué recibido magnificamente por el Rey, que aun no estaba convalecido, y habiéndole conducido á París, le honró con todo género de obsequios. Desde allí le acompañó hasta San Quintin, y sus hijos hasta Valencienes ciudad de la provincia de Hainault. Acudió luego Don Fernando hermano del César con las tropas Alemanas, y habiéndose juntado á ellas la caballería Flamenca en el dia y lugar que habia señalado, las envió delante de sí á Gante, cuyos ciudadanos consternados con el temor, mudáron luego de parecer; y desesperando de poder cosa alguna contra el Príncipe, saliéron á recibirle fuera de las puertas con gran pompa y muchas señales de regocijo y alegría. A fines

de Febrero del año de mil quinientos y quarenta entró el César en la ciudad, mostrando grande indignacion en su semblante; y para satisfacerla mandó hacer pesquisas de los culpados. Esta causa fué muy lastimosa. El número de los reos era grande; y muchos de ellos vestidos de una túnica de lienzo, otros cubiertos con solo un saco negro, descalzos, con la cabeza descubierta, y con una soga al cuello, se postráron á sus pies con grandes lamentos, y gemidos pidiéndole los perdonase su delito. A estos pues alcanzó la venia. Veinte y seis fomentadores del tumulto fuéron declarados reos de lesa Magestad, y habiéndolos sacado de la cárcel, sufriéron la pena capital en medio de la plaza. Otros fuéron condenados á destierro, y todos multados con penas pecuniarias, y además se les impuso una contribucion anual. Anuló el César por un edicto sus leyes é inmunidades: prohibió sus juntas, y aun los privó de la facultad de elegir sus Magistrados municipales. Finalmente para contener en su deber á la ciudad, se levantó una fortaleza en el Monasterio de San Babon con el dinero que habian producido las multas. No se puede negar que fué un castigo extremamente severo, y tanto que parecia vengar con él el César sus propias injurias, y las que en otro tiempo habian hecho los de Gante á Maxîmiliano su abuelo. Casi igual venganza exerció en los ciudadanos de Oudenarda que habian incurrido en igual culpa. Despues de esto condenó á muerte á Reynero Señor de Brederodo, por haber hecho alianza con el Frances, y hallarse acusado de haber querido hacerse dueño de la Holanda. Mas aplacado el César con los ruegos y súplicas de los nobles del pais, le perdonó la pena de muerte; y mas adelante habiendo renunciado Reynero á la alianza, le restituyó benignamente los bienes que se le habian confiscado.

CAPITULO IX.

CONFIRMA EL PONTIFICE LA COMPAÑIA DE JESUS. MUERTE DE ALGUNAS PERSONAS ILUSTRES. VICTORIA NAVAL GANADA POR LOS ESPAÑOLES A LOS PIRATAS MOROS.

Dos años ántes habia fallecido Cárlos Egmont sin haber dexado ningun hijo legítimo; y en su testamento nombró á Guillelmo Markan Duque de Cleves por heredero de Güeldres y Zutphen, con perjuicio de los derechos que tenia el César. Inmediatamente tomó el Duque posesion de la herencia, y guarneció con tropas los lugares fortificados, que fué lo mismo que sembrar la semilla de una funestísima guerra. Pero á fin de evitarla, vino á Bruselas, adonde habia pasado el César con Don Fernando, para litigar en su presencia el derecho á aquellas Provincias. Exâminóse el negocio en el Senado, y fué pronunciada sentencia á favor del César, como que tenia mas sólido derecho. Destituido de esta esperanza, se partió á Francia, sin pedir licencia alguna, á fin de implorar el socorro y auxîlio del Rey en defensa de sus derechos, dexándose arrebatar como jóven de su natural ardiente, y de su ánimo inquieto; lo que finalmente acarreó su ruina.

Mayor inquietud daba á todos el Principado de Milan, el que codiciaba vivamente el Frances, y el que habia adjudicado el César al dominio de España, á fin de tener por allí un paso seguro para Alemania, siempre que lo exîgiesen sus negocios, y para que sirviese de defensa á lo demas de la Italia, como un baluarte puesto en su entrada. Así pues, para apartar al Rey de aquel designio, y mostrarse agradecido del beneficio que poco ántes habia recibido de él, le ofreció por medio de sus

Embaxadores que le daria la Flandes á título de dote para el Duque de Orleans, y que le casaria con su hija, concediéndole tambien la dignidad real. Conmovido el Rey, y irritado en extremo, como sucede á los que les salen fallidas sus esperanzas, hizo saber al César que no era tan insolente que quisiese despojarle de la herencia de sus mayores, y del pais mismo en que habia nacido: que solo reclamaba la Lombardía, de que le habia desposeido á fuerza de armas; y que si no se la restituia, no tenia que hablar de composicion. El dolor de la repulsa le hizo prorumpir en muchas quejas, y volvió su ira contra Monmorenci, que le habia entretenido con magníficas promesas de que se le restituiria aquel Principado, dexándole perder la ocasion de obligar á ello al César, como se lo aconsejaba el Cardenal Francisco de Turnon, quando transitó tan descuidado por la Francia. Mandó pues que saliese Monmorenci de la Corte, y se apartase de su presencia en castigo del honesto consejo, que con libre ingenuidad le habia dado de que procurase obtener del César por medios amistosos la deseada Lombardía, y miéntras vivió no volvió á admitirle á su gracia.

El César habiendo convocado para el año siguiente una Dieta en Wormes, para terminar en ella las controversias de religion, envió al Austria á mediados del mes de Mayo á Don Fernando su hermano, para que cuidase de la quietud y tranquilidad de Alemania. Falleció en este año Jorge Duque de Saxonia enemigo jurado de Lutero; y la religion Cathólica que habia conservado íntegra en todo su dominio, fué trastornada por Enrique su hermano y sucesor, que como Luterano estableció en Saxonia esta secta. En Hungría con la muerte de Juan Sepussio se aumentáron las turbulencias; porque habiendo Soliman admitido la tutela de Esteban su hijo, que aun se hallaba en la cuna, ocupó una parte del reyno, y causó grandes calamidades con la cruelísima y larga guerra que hizo á Don Fernando; cuya

1540.

narracion dexo á los Historiadores de aquella nacion.

Ignacio de Loyola noble Vizcayno, se presentó por este tiempo al Papa con sus socios; recibióle benignamente, y exâminado el piadoso y prudente Instituto que habia formado en París, donde echó los primeros cimientos de su órden, le confirmó y aprobó con autoridad Apostólica. Saliéron de esta compañía, como de un castillo de sabiduría y verdadera piedad, varones admirables en todo género de virtudes, que habiendo recorrido uno y otro orbe con grandes trabajos, colmáron la Iglesia Cathólica de abundantes frutos por medio de la palabra de Dios que anunciaban. Dispensó el Pontífice á los Caballeros del Orden de Calatrava el voto de continencia, permitiéndoles contraher matrimonio, lo qual les prohibia su antiguo instituto. Este indulto fué ménos reparable con el exemplo de otras Ordenes Militares de Portugal, á quienes habia concedido la misma facultad el Papa Alexandro VI. Y como todas las cosas humanas van siempre en decadencia, las pingües encomiendas que antiguamente se daban á soldados valerosos despues de muchos trabajos y fatigas, las disfrutan hoy unos hombres ociosos y afeminados que jamás han salido de la sombra de sus casas. El fundador de este Orden Militar fué Raymundo Serra Abad de Fitero, que en nuestros dias ha sido beatificado por el Sumo Pontífice Clemente XI. Los Autores antiguos no expresan su orígen ni patria; y un moderno que le hace Aragones y natural de Tarazona, no lo prueba con documento alguno. Los demas que han escrito en estos últimos tiempos convienen en que fué natural de Barcelona.

En Portugal por concesion del Pontífice, y á peticion del Rey fué erigido en Arzobispado el Obispado de Ebora. Su primer Arzobispo fué Enrique, despues Cardenal y Rey. Murió en Zaragoza Don Fadrique de Portugal, y su cuerpo fué llevado á Sigüenza á un magnífico sepulcro que él mismo habia hecho edificar. Sucedióle Fr. Fernando de Aragon hijo

de Alfonso, que habia profesado en la Religion de Bernardo, y fué muy célebre por su exemplar vida y virtudes. En Veroli falleció Don Francisco de Quiñones hijo del Conde de Luna, Cardenal y Obispo de Palestrina. Su cuerpo fué llevado á Roma y enterrado en la Iglesia de Santa Praxedes en un honorífico sepulcro.

Hallándose España tranquila y libre de guerras, diéron materia á una célebre victoria los piratas, que infestaban todo el mar. Caraman y Ali-Amet, eran los mas famosos por los muchos daños que hiciéron en las costas de Andalucía. Habiendo acometido de improviso á Gibraltar ántes de amanecer, saqueáron todo quanto encontráron; y excitados los habitantes con el tumulto y confusion, acudiéron á tomar las armas. Trabose en las calles una sangrienta pelea, y corriendo entretanto los viejos, niños y mugeres á la fortaleza, cayéron en manos de otra tropa de piratas. Muchos fuéron hechos cautivos; pero con la llegada de la gente del campo, arrojáron de allí á los enemigos, y les quitáron parte de la presa que habian recogido. Finalmente despues de haber hecho otros daños en los campos, pasáron el Estrecho, y llegando á Tánger repartiéron la presa. El Marques de Mondejar que gobernaba la costa de Granada, procuró inmediatamente dar noticia de la maldad de los piratas, á su hermano Don Bernardino de Mendoza, para que no quedasen los bárbaros sin castigo. Este pues, con las galeras Españolas que estaban á su mando, dió la vuelta á buscarlos á las costas de Africa, y á fin de que no pudiesen ocultarsele, tomó una pequeña isla, desde la qual registraba bien una y otra costa. En el dia primero de Octubre dió vista á la armada enemiga, y despues de haberse prevenido, levantó anclas de la isla. No rehusáron los bárbaros la pelea; porque habiendo echado suertes, segun la supersticion de aquella gente, se la pronosticaban próspera; y por otra parte sus fuerzas no eran inferiores. Mandó Don Bernardino quitar las cadenas á

los que estaban condenados al remo, y que tomasen las armas, habiéndoles prometido la libertad si peleasen con valor. Despues exhortó á todos á que se portasen con intrepidez, y prohibió que correspondiesen á los bárbaros que tiraban desde léjos. Pero luego que se acercáron y se pusiéron á tiro, mandó disparar toda la artillería, que causó en ellos un grande estrago. La capitana Española embistió á la capitana enemiga, y habiéndose juntado una á otra con garfios de hierro, peleaban á pie firme acérrimamente con las picas y espadas como si fuese en tierra, sirviendo de mucho auxilio los remeros armados; y lo mismo se hizo en los otros buques con igual ardor de ánimo y deseo de vencer. Duró este sangriento combate por espacio de una hora, y al fin se declaró la victoria por los Españoles. Fuéron muertos setecientos enemigos, y uno de sus capitanes; y quinientos con el otro quedáron prisioneros, habiéndoles apresado nueve barcos largos, y la galera capitana; y las seis restantes se escapáron, quedando muertos la mayor parte de los que las defendian. Sacó Don Bernardino una herida en la cabeza, porque hizo á un mismo tiempo el oficio de excelente General, y de intrépido soldado. Muriéron doscientos de los suyos con quatro capitanes, y fuéron heridos cerca de quinientos. Puso en libertad á setecientos y cincuenta Christianos que los Moros tenian al remo en sus galeras, y tambien se la dió á los galeotes que la habian merecido con su valor, poniendo en su lugar á los Moros que quedáron cautivos. Hiciéronse piadosas procesiones por los vencedores en accion de gracias de esta victoria, así en Granada, como en todo lo demas de la Andalucía.

Dos años ántes habian robado los piratas Moros en el pueblo llamado Torres cerca de Sacer en Cerdeña, el templo dedicado á los Santos Mártires Gavino, Proto y Januario, ántes que pudiesen acudir los Christianos á impedirlo. Pero sucedió una cosa maravillosa, porque teniendo vientos favora-

bles, y remando con todo esfuerzo para salir á alta mar, fuéron vanos todos sus conatos, y se quedáron las galeras inmobles como peñascos. Atónitos los Moros con el prodigio sacáron de los buques toda la presa, y la dexáron en la playa en satisfaccion de su delito. Despues de esto huyéron de allí á toda vela, mirándolo desde lo alto de los montes los naturales del pais, los quales restituyéron al templo las sagradas alhajas. El Virrey de Cerdeña Don Antonio de Cardona envió al César una relacion puntual de este suceso; y desde allí adelante se aumentó y confirmó en gran manera la devocion á estos Santos Mártires, y se celebró su fiesta con mayor culto y pompa, habiendo concedido el Pontífice que en ella se llevase delante el estandarte con sus imágenes, como consta de su Bula.

Hallándose el Rey de Tunez en grande apuro por la rebelion de sus súbditos, llegáron Doria y Gonzaga con su armada á las costas del Africa para darle auxilio. Tomáron á los Moros las ciudades de Mahometa, los Alfaques, Trípoli el viejo, y otras que se habian sujetado al Xeque de Cydearso. Este pues, orgulloso con el favor de los Turcos, habiéndose apoderado de Calipia ciudad ilustre por el destierro de San Cypriano, hacia la guerra á Muley-Assen con pretexto de religion, que es el mas especioso para engañar á los hombres: pero en realidad su designio era formarse un reyno con la ruina del de Tunez. No cesaba de predicar que Muley habia cometido delito para ser tratado como enemigo, pues contraviniendo á la ley, habia hecho alianza con los Christianos, y que en pena de su prevaricacion debia ser destronado. Sin embargo fué refrenada la audacia de este soberbio tirano por el valor de los Españoles que obráron hazañas ilustres en esta guerra. Habiendo dexado los Generales de la armada dos mil y quinientos soldados á las órdenes del Capitan Alvaro de Sande, para que protegiesen á Muley-Assen, peleáron muchas veces con

los rebeldes, y siempre con feliz suceso, de tal modo que no se desdeñó la victoria de mostrarse propicia aun con las mugeres de los Españoles; pues habiendo en cierta ocasion invadido repentinamente quinientos Alarabes los bagages que iban en la retaguardia, María Montano muger de ánimo varonil, les hizo una vigorosa resistencia. Exhortó á trescientos mochileros y criados del exército á que tomasen las armas que llevaban en las cargas y la siguiesen; y poniéndose ella á su frente con una lanza en la mano, rechazó y auyentó al enemigo, peleando con él valerosamente, y con una constancia digna del mayor elogio. Despues de lo qual se concedió á esta muger el sueldo militar, pues con su noble exemplo habia enseñado á los hombres á vencer. Nuestros Escritores dexan en duda el año en que acaeció este suceso; pero damos mayor crédito á la Historia de Malta de Funes, que afirma positivamente haber sucedido en el año de mil qui- 1540.
nientos y quarenta.

CAPITULO X.

DISCORDIAS ENTRE EL VIRREY DE MEXICO Y CORTES. GUERRA CIVIL EN EL PERU. VIAGE DE ORELLANA POR EL RIO DE LAS AMAZONAS.

Por estos tiempos acaeciéron en América sucesos ilustres por su número y variedad, los que referiremos ahora segun el órden que nos hemos propuesto para no fastidiar á los lectores. El Virrey de México Don Antonio de Mendoza, administraba los negocios civiles con mucha atencion y vigilancia. Comenzó la Justicia á exercer su debida autoridad, y á ser castigados los delitos, que se cometian con gran freqüencia en muchas partes al abrigo de la confusion y del desórden inevitable.

Con el consejo y parecer de la Audiencia Real mandó hacer pesquisa de las violencias y malversaciones cometidas, enviando á todas partes comisionados para castigar los agravios hechos á aquellos naturales, y colonos por la soberbia y avaricia de sus Gobernadores. Muchos de estos, que mas bien podian llamarse harpias, estimulados de su mala conciencia, y temerosos de la pena que les esperaba si llegaban á dar cuenta de su conducta, se pusiéron en salvo por medio de la fuga. Alvarado que estaba persuadido de que al paso que tenia mas poder, podia obrar con mas impunidad y independencia, y de que sus cosas mejorarian de semblante en España, así por la fama de sus hechos, como por su mucho oro, que es el protector mas poderoso, se embarcó en un navío y arribó á Sevilla. Fué puesto en prision Nuño de Guzman como culpado de muchas maldades, y despues de haber padecido un largo encierro, fué remitido á España con buena custodia. Habíase suscitado una gravísima discordia entre el Virrey y Cortés, originada de la emulacion que recíprocamente se tenian. Este pues, habia dispuesto hacer una expedicion á los mares mas remotos para descubrir el paso á la India, conforme al mandato del César: el Virrey sostenia que esto le pertenecia á él por su empleo; y entre estas quejas y reconvenciones se usurpáron uno á otro su respectiva potestad. Pero Cortés envió á Francisco Ulloa con tres navíos, en cuya construccion habia gastado doscientos mil pesos, y se puso en marcha á España para defender su propia causa. A instancia suya fué pronunciada por el Consejo de Indias una terrible sentencia contra Guzman. No obstante se le perdonó la vida, habiendo sido condenado á una gruesa cantidad de dinero; y notado de infamia acabó miserablemente sus dias en Valladolid. Comenzó Ulloa su navegacion con mal presagio, pues apénas entró en alta mar perdió un navío con toda su gente. Los otros dos agitados de recias tempestades arribáron á la isla de los Cedros,

situada á treinta grados sobre el Equador. Desde allí, haciendo mucha agua otro de los navíos, se volvió á Nueva España al cabo de diez meses; y habiéndose obstinado en navegar otra vez con el único navio que le habia quedado, perecio sin duda en el mar, pues no se tuvo de él mas noticia. Movido al mismo tiempo el Virrey con la fama de la ciudad de Cevola, mas grande que México, segun la fábulosa relacion de Fr. Marcos de Niza Religioso Franciscano, que habia sido enviado á descubrirla, mandó á Vasco Coronado Gobernador de la Nueva Galicia, que pasase á reconocer aquella region con mayor diligencia. Este pues, habiendo caminado ácia el Nordeste, siguiéndole un esquadron de trescientos y cincuenta caballos é infantes, y muchos Mexicanos con provision de ganados, recorrió el espacio de mil y doscientas millas, sufriendo en este viage increibles trabajos y fatigas. Finalmente llegó á Cevola llamada así por los bárbaros, no la ciudad sino la provincia, que toda ella se dividia en siete pueblos. Despues de haber subyugado con las armas á los naturales, dió al pueblo mas principal el nombre de Granada. Contábanse en él doscientas casas, cuyos frontispicios se hallaban adornados con piedras pequeñas embutidas en ellos: costumbre que en otros tiempos floreció entre los Arabes. La region es desierta y fria: los habitantes son de un ingenio no del todo bárbaro: se mantienen de maíz y legumbres, y se visten de pieles. Adoran al agua como los antiguos Egypcios, y por la misma causa; y aprecian el oro, la plata, y las piedras de diversos colores, mas para adornarse con ellas, que para otro ningun uso. Esto es lo que refirió en su carta el mismo Vasco al Virrey. Entretanto recorria las costas Fernando de Alarcon con tres navíos. Pasó con ellos quatro grados mas allá de lo que habia navegado Cortés, y reconoció otras tierras mas remotas, cuyos habitantes le tratáron benéficamente, y él los correspondió tambien con benignidad. Detúvose con ellos algunos dias,

y levantó allí cruces en señal del dominio Español. No le fué posible penetrar por tierra á Cevola donde permanecia Coronado, porque lo resistiéron sus compañeros; y no queriendo detenerse por mas tiempo en aquella tierra tan pobre, despues de haber explorado las costas, se volvió por donde habia venido, con su armada salva.

En la parte meridional recorrió Quesada el inmenso pais que se extiende entre los célebres rios de Santa Marta y la Magdalena; y habiendo sujetado á los bárbaros mas con la persuasion que con la fuerza, le puso el nombre de Nuevo Reyno de Granada, cuya longitud es de mil y doscientas millas, y poco ménos de latitud. Edificó allí la ciudad capital de Santa Fe de Bogotá, y distribuyó entre los soldados muchos millares de escudos, y una inmensa cantidad de esmeraldas, de que hay abundantes minas en aquel reyno. Por este tiempo murió Lugo de quien era teniente Quesada, y prosiguiendo adelante sus descubrimientos, se encontró con Nicolas Federman teniente de los Velseros de Venezuela, y por la parte del Perú con Velalcazar, juntándose los tres capitanes cada uno con diversas tropas. Compitiéron entre sí con modestia, y no con imperio ni á fuerza de armas, cosa muy rara en tales gentes, habiéndose convenido en que las provincias de cada uno de ellos las señalaria el César á su arbitrio. Juan Sedeño que era mas ambicioso, intentó turbarlo todo; mas como no pudiese sujetar la isla de la Trinidad, por haber perdido en un combate cincuenta de sus compañeros, invadió la provincia que gobernaba Artál. Tuvo muchas batallas con los bárbaros, en que salió victorioso, y los soldados heridos con flechas envenenadas se curaban las heridas aplicando fuego á ellas. Habiendo enviado la Audiencia de Santo Domingo un comisionado para prender á Sedeño, prendió éste al comisionado y le cargó de cadenas, tomando de otros este mal exemplo, que despues fué muy comun, despreciando la autoridad de los Magistrados; pero

de allí á poco tiempo murió, y sus soldados se dispersáron por varias partes.

Regresaba Mendoza desde el rio de la Plata á España, y falleció en el viage de una enfermedad. Despues llegáron tres navíos á Buenos Ayres, con cuyo socorro recibiéron mucho alivio aquellos colonos. Navegáron en ellos seis Religiosos Franciscanos para instruir y catequizar á los naturales del pais que abrazaban la ley christiana. Pero no obstante, muchos Españoles perecian en las emboscadas que les armaban los bárbaros; y receloso Ayolas que era el Gobernador, desamparó á Buenos Ayres, y se pasó con sus compañeros á la colonia de la Asumpcion situada á veinte y cinco grados y medio mas arriba del Equador, y distante mil y doscientas millas de la embocadura del rio, para que reunidas las fuerzas, sujetasen á los bárbaros.

En el Perú se declaró al fin la guerra civil que mucho tiempo ántes amenazaba; y fué orígen y principio de espantosas calamidades. Volvió Almagro por otro camino de la expedicion de Chile, habiendo atravesado doscientas y setenta millas de arenales con increible sed y fatiga. Los bárbaros sitiaban todavía al Cuzco, y habiendo sido derrotados parte de ellos, y levantado los demas el dilatado sitio, entró Almagro en la ciudad, que pretendia comprehenderse dentro de los límites de su provincia; y Fernando Pizarro sostenia por el contrario que pertenecia á la suya. Almagro que tenia mayores fuerzas, puso en prision á los dos hermanos Fernando y Diego. Entretanto con la fama de que el Perú se habia levantado, acudian á Francisco Pizarro auxîlios de todas partes, y aun Cortés le envió dos navíos; y juntando quatrocientos Españoles entre caballos é infantes, se puso con ellos en camino para libertar á sus hermanos: pero fué derrotado este exército por Almagro, y quedó preso Alonso de Alvarado teniente de Pizarro, que habia ido á socorrer á los encarcelados. Habiéndose vuelto á Lima, procuró componer aquella discordia por medio de

algunos árbitros, para que no se empeorase con una funesta guerra. Pedro Ordoñez teniente de Almagro, despues de la victoria marchó contra Mango, y habiendo trabado combate, derrotó á los bárbaros con mucho estrago. Este pues no desistia de exhortar á Almagro que hiciese morir á los Pizarros, que nunca se olvidarian de la ofensa. Pero se oponia á esto su hermano Diego, íntimo amigo de Almagro, obligado de la generosidad del preso Fernando, que habiéndole ganado en un juego ochenta mil pesos, no quiso recibirselos, y se los perdonó. Al mismo tiempo Diego Pizarro y Alonso de Alvarado, miéntras que Almagro marchaba á Lima para conferenciar personalmente con Francisco, se escapáron de la prision, y por sendas y caminos extraviados llegáron á Lima ántes que Almagro. Fué nombrado Juez árbitro entre los dos competidores Fr. Francisco de Bobadilla del Orden de la Merced, y se le censuró que con poca sinceridad habia sentenciado á favor de Pizarro. Finalmente habiendo conferenciado los dos, y renovado su antigua amistad, convino Pizarro en que conservase Almagro la ciudad del Cuzco miéntras que el César no dispusiese otra cosa. Hecha pues, y jurada la paz, mandó Almagro poner en libertad á Fernando Pizarro, el qual inmediatamente se vino á Lima; y Almagro se apresuró á volver al Cuzco muy contento de haber concluido tan felizmente sus cosas. Mas faltando los Pizarros al juramento, determináron perseguir á Almagro con guerra declarada, ya que habian sido en vano las asechanzas con que procuráron perderle. Juntó Fernando un exército, y á largas jornadas marchó al Cuzco para borrar la ignominia de su prision. A su llegada puso Almagro en órden sus tropas. Pablo hermano de Mango, desde el punto en que se hizo amigo de los Españoles les guardó una inviolable fidelidad, y como enemigo de su hermano, les ayudaba contra él. Los bárbaros se hallaban entre sí no ménos discordes que los Españoles; pero Mango se habia hecho enemigo de

todos; y Pablo seguia la fortuna de Almagro. Los dos exércitos se avistáron no léjos de la ciudad, y tenian uno y otro casi igual numero de gente armada; pues los Indios que mandaba Pablo no se contaban por nada. Habiéndose dado la señal de pelear, combatiéron todos con aquella atrocidad propia de las guerras civiles; mas la victoria quedó por Pizarro á costa de poca sangre de los suyos, y con muerte de ciento y veinte de los contrarios, entre los quales pereció Ordoñez. Viendo Almagro la batalla en mal estado, se habia retirado de su exército llevándole en hombros los Indios á causa de su poca salud; pero no pudo evitar el ser hecho prisionero por Alonso de Alvarado. Esta victoria tan lastimosa, como ganada á los mismos compatriotas, la hiciéron mucho mas detestable los vencedores, habiendo pasado á cuchillo en el saqueo de la ciudad á muchos de los enemigos.

Concedió Fernando permiso para descubrir nuevas regiones á los que se lo pedian, así por haberse concluido la guerra, como para separar y tener ocupada aquella gente feroz, que tanto tiempo habia estado con las armas en la mano, temeroso de que si estuviese ociosa, no dexaria de causarle inquietud. Pedro de Candía marchó con trescientos caballos é infantes, los mas de ellos del partido de Almagro; y Pedro de Vergara y Alonso Mercadillo capitanes veteranos, saliéron tambien con otras tropas. Fernando Pízarro que estaba inexôrable contra Almagro, aceleró su suplicio ántes que llegase Francisco que habia partido de Lima para el Cuzco, y habiéndole hecho ahorcar en la cárcel, se le cortó la cabeza en medio de la plaza. Su cuerpo fué enterrado en la Iglesia de los Mercenarios con grande dolor y lágrimas de todos. Sucedióle en el gobierno Diego su hijo, el qual tuvo en una India, y en su testamento nombró por heredero al César. De la familia de Almagro no se sabe cosa alguna con certeza, y él mismo ignoraba quien fuese su padre, aunque procuró averiguarlo con mucha dili-

gencia despues que habia adquirido grandes riquezas. Su muerte acaeció en el año sesenta y tres de su vida, y en el treinta y ocho de este siglo.

Corria entónces la fama de algunas regiones muy abundantes de todo género de riquezas. La mas celebrada era la provincia de la Canela, llamada así por los Españoles, por un árbol que producia unas agallas olorosas, y no era otra cosa que unos bosques inútiles. Tambien fué muy famosa la provincia del Dorado, que tomó este nombre de la opulencia de su Príncipe, de quien se decia que todos los dias se ponia distinto vestido de oro; y finalmente la ciudad de Manoa (que mejor debe llamarse Mania) con sus montes mazizos de oro: todo lo qual es digno de contarse entre las fábulas de los Poetas. Miéntras que los Españoles investigaban con mucha inquietud estos imaginados tesoros, y despreciaban los que ya poseian, segun el comun vicio de los hombres, padeciéron gravísimos trabajos recorriendo desiertos y precipicios, y careciendo de todas las cosas por la excesiva ambicion que tenian á una sola: volaban divididos en muchos esquadrones por diversas gentes y tierras, nunca satisfechos de oro, ignorando de tal suerte los caminos, que muchas veces se guiaban por las estrellas, como si estuviesen en el mar. Peleaban á cada paso con los bárbaros, ganaban victorias, y recogian opulentas presas, desenterrando de los sepulcros grandes cantidades de oro. Francisco César sacó de uno solo treinta mil pesos. Tanta era la rabia y codicia de adquirir, que ni aun dexaban descansar á los muertos. La provincia de Popayan, que es muy grande, y situada debaxo de la línea, se vió casi despoblada por la peste y el hambre; porque los bárbaros habian dexado de cultivar los campos, á fin de que unos huespedes tan violentos no permaneciesen en su pais. Ellos se alimentaban con todo género de comidas, y aun les servian de manjar los cadáveres de los que perecian. Cuéntase que fuéron devorados cincuenta mil cuerpos muertos, y

que pereciéron quinientos mil; tan feroces eran aquellos hombres, que excediendo en crueldad á las mismas fieras, querian mas encarnizarse contra sí mismos que sufrir el yugo. Viendo Candía frustrada su comenzada empresa, se retiró con su exército muy derrotado con la fatiga y el hambre. No trató la fortuna con mas indulgencia á los otros capitanes; pero la calamidad de Pedro Anzures fué la mas funesta de todas. Habiendo caminado por regiones solitarias y empeñándose con pertinacia en proseguir adelante, comenzó á extraviarse. No encontraba ningun rastro ni vestigio humano, ni tenia esperanza de salir de allí. Consumido ya todo quanto podia servir de alimento, mancháron sus entrañas con la funesta comida de los cadáveres; pero el hambre implacable les obligó todavía á otras cosas mas horribles, que estremece solo el referirlas. Agitados algunos de la rabia, se comiéron á bocados sus mismos brazos para perecer al fin con muerte mas cruel: hecho jamás oido en los siglos precedentes. Mas yo no creo todo lo que refiero. La cruel hambre consumió ciento y treinta Españoles: muriéron quatro mil Indios y Negros que iban para el servicio del exército; y doscientos y veinte caballos adquiridos á mucha costa, sirviéron de grande auxilio para que no pereciesen todos los hombres. El oro se perdió juntamente con las bestias que lo conducian; y quando apénas se hallaban ya con fuerzas para tener las armas en la mano, escondiéron en tierra los vasos destinados al culto divino. Finalmente los que quedáron con vida edificáron en la provincia de Charcas, abundante en minas de plata, la ciudad llamada de la Plata, que despues se hizo muy opulenta. Mango que no perdia ocasion de molestar á los Españoles, destrozó á Villadiego con su gente, de la qual solo escapáron seis hombres. Pero habiendo sido derrotado en una gran batalla por Pablo su hermano y Gonzalo Pizarro, apénas pudo libertar su persona con la fuga.

Envió el César al Perú á Vasco Nuñez Vela con

una armada muy fuerte, y volvió á España con grandes riquezas sacadas de aquellas regiones, libertándolas de que cayesen en manos de los piratas Franceses, que hacian todos sus esfuerzos para apoderarse de semejantes presas. Hay en el Perú una grande Villa llamada Atabillos, la qual concedió el César á Francisco Pizarro, honrándole con el título de Marques en premio de sus grandes hazañas. Poseia opulentas riquezas, y no habia ninguno que le igualase en esplendor. Gonzalo Pizarro hombre de ánimo grande, y de cuerpo endurecido con la tolerancia de todo género de trabajos, fué uno de aquellos que buscáron los fabulosos tesoros que exâgeraba la fama. Este pues, habiendo atravesado con algunas tropas las montañas de los Andes, y vagado por ellas largo tiempo, no encontró cosa alguna que fuese digna de tantas fatigas. Comenzó á sentir el hambre, y para buscar víveres envió á Francisco Orellana con cincuenta soldados, los quales habiéndose puesto en marcha en lo mas fuerte del invierno del año de quarenta, no es necesario decir la extremada necesidad que padeciéron Gonzalo y los suyos, pues no perdonáron ni aun las correas y pellejos. Embarcóse Orellana con su gente en unas canoas en un rio, cuyas margenes estaban tan desiertas que no se veia la menor señal ni vestigio de cultura humana; y desesperando de volver á juntarse con Gonzalo y sus compañeros, por no serle posible navegar rio arriba, se determinó á seguir la corriente, aunque del todo desconocida, y salir adonde le llevase la fortuna, sin que le aterrasen los peligros que tenia á la vista. En el mes de Enero del año siguiente saliéron á un pequeño pueblo situado no léjos del rio, donde fabricáron una galera. En las chozas y cabañas de los bárbaros encontráron algunas alhajas de oro; y habiendo embarcado en sus navichuelos todos los víveres que pudiéron recoger, volviéron otra vez á seguir su navegacion. Llegáron cerca del solsticio á la provincia de las Amazonas, á la qual no sin motivo diéron este nombre, porque las mugeres peleaban mezcladas con los hombres, y de aquellas matáron siete en un

combate. Sus naturales son de grande estatura, y mucho mas blancos que los demas Indios. Desde entónces tomó el rio el nombre de las Amazonas, y tambien se llamó Orellana, en memoria del Capitan. Acometiéron los bárbaros una vez á los soldados que habian salido á buscar forrages, y les disparáron una nube de flechas, y habiendo alcanzado una á Fray Gaspar de Carvajal Religioso Dominico, le sacó un ojo. Derrotados los bárbaros con estrago, y recogidos algunos víveres, volviéron á seguir su navegacion; pero como no tenian otra cosa para vivir sino lo que podian robar, hacian freqüentes desembarcos en una y otra ribera. Sus habitantes eran de una ferocidad libre, pero en lo demas no se diferencian en nada de los otros. Unas veces recibian de ellos maiz, gansos, papagayos, tortugas, y todo género de pesca, y otras les quitaban los Españoles, á costa de heridas, todo lo que tenian recogido para su mantenimiento, y el de sus hijos. Las altas riberas del rio les impedian algunas veces salir á tierra, y otras se lo estorbaban los bárbaros armados que les salian al encuentro. Arrostráron grandes peligros; viéron cosas estupendas, y en estas regiones desiertas é incultas padeciéron inmensos trabajos, cuya narracion excede á toda creencia. En un parage se estrecha de tal modo la madre del rio por los escollos que le ciñen, que no parece corren sus aguas, sino que se precipitan con extraordinaria violencia, y es cosa admirable, que habiendo dexado correr los barcos por aquel despeñadero, venciéron felizmente este peligro, y llegáron á lo ancho con leve detrimento de sus cortos equipages. Aplacada despues la violencia de las aguas, se extiende el rio tan maravillosamente, que presentando á la vista un ancho mar, no se descubren por una ni otra parte sus riberas. Entran en él por todas partes otros muchos rios: tiene su orígen en la falda de los Andes; y aunque al principio es pequeño y angosto, crece despues extraordinariamente con las muchas aguas que va recibiendo en su carrera. Por la ribera izquierda le entra un rio, cuyas aguas son muy negras, y no se mezclan con las

del Orellana, caminando separadas por espacio de ochenta millas, y conservando su ímpetu y color. Despues de una larga y trabajosa navegacion, saliéron los Españoles al mar en el mes de Agosto, habiendo navegado rio abaxo siete mil y doscientas millas: la desembocadura de este rio tiene de ancho doscientas y quarenta millas; y navegando á izquierda por el mar del Norte, sin bruxula ni carta de marear, arribáron finalmente á Cubagua el dia once de Setiembre. Pero Gonzalo Pizarro, que esperaba en vano la vuelta de Orellana con los víveres, despues de haber comido mas de cien caballos se restituyó á Quito. Seguíanle noventa y tres compañeros tan flacos, que apénas podian tenerse en pie, habiendo consumido el hambre á ochenta y siete; y en medio de tanta calamidad y miseria no sacó el menor fruto de esta empresa. Entretanto Jorge Robledo atravesó el celebrado rio de la Magdalena, y edificó la Villa de Santa Ana, y la ciudad de Cartago, habiendo sujetado en parte á los bárbaros. Fernando Pizarro navegó á España á responder de la muerte de Almagro, y padeció una larga prision. Don García Arias fué nombrado primer Obispo de Quito; y en Honduras sucedió á Talavera D. Christóval Pedraza. A Hernando de Soto se le encargó el sujetar la Florida, empresa que tantas veces habian intentado desgraciadamente los Españoles, y á fin de que pudiese disponer desde cerca las cosas necesarias á esta guerra, se le confirió el Gobierno de Cuba. Pero mas adelante referiremos todos los sucesos de la expedicion que tuvo principio en este tiempo.

CAPITULO XI.

SUCESOS DE LOS PORTUGUESES EN LA INDIA, Y EN LAS ISLAS MOLUCAS. SITIO DE LA FORTALEZA DE DIU.

Habian obligado los Portugueses al Zamorin, al Rey de Cambaya, y á los demas Príncipes de aquellas pequeñas naciones de la India á que se les sujetasen, intimidándoles con el terror de la guerra. Sobre todo estaban irritados contra el de Cambaya, y no tardó mucho el Virrey en tomar venganza, á cuyo fin navegó á Diu con una armada, y executó una maldad indigna y vergonzosa. Habiéndose fingido enfermo, pasó el bárbaro en una barca á visitarle en el navío Almirante, y fué recibido y obsequiado con extraordinaria afabilidad, pero al tiempo que se retiraba le acometiéron los Portugueses, que se hallaban prevenidos, y le matáron despues de un reñido combate. Para disculpar la perfidia hiciéron correr la voz de que el bárbaro habia proyectado asesinar al Virrey. Inmediatamente se apoderó éste de la isla, y habiendo dexado á Antonio Silveira para defender la fortaleza, se volvió á Goa. Despues de su partida fué recobrada por los bárbaros la isla, que no podian conservar los Portugueses con tan pequeñas fuerzas, y fuéron obligados á encerrarse en la fortaleza, provocados por los Cambayanos que deseaban vengar la muerte de su Rey. Por este tiempo Soliman codicioso de las riquezas de la India, disponia una armada para arrojar de allí á los Portugueses, movido segun se decia, por las continuas instancias que le habia hecho el Rey de Cambaya, lo qual le aceleró la muerte.

Entretanto Antonio Galvan, hombre de gran modestia y probidad, restableció el buen órden en las Molucas, donde los Portugueses se hallaban en el mayor conflicto. Al tiempo de su llegada se habian conjurado ocho Reyezuelos para arrojarlos de aquellas

islas, y vengar las injurias que habian recibido; y no encontrando Galvan ningun medio de aplacarlos, fué necesario recurrir á la fuerza. Llamó en su auxîlio á la prudencia, y acometiendo primero á Tidore, tomó y incendió la ciudad y la fortaleza; quedando muerto Ayalo, que se hallaba allí desterrado desde que los de Ternate le arrojáron del reyno por sus maldades, habiéndose atrevido á presentar batalla á Galvan con unas tropas muy débiles. Consternados con esta derrota los conjurados, se retiró cada uno á sus propios dominios. Pero este hombre excelente tuvo mucho mas que pelear contra la contumacia de sus soldados, que contra la perfidia de sus enemigos. Llegó á tanto el desórden que habiéndose sublevado muchos de ellos, y sin que los contuviese el pudor, recogiéron gran cantidad de clavo de especia, y abandonando á su Capitan se embarcáron para la India. Mas no por eso decaeció el ánimo de Galvan, pues con su blandura y buenas razones se ganó el afecto de algunos Reyezuelos, y con un corto número de navíos derrotó la armada de los que despreciaban su amistad; y finalmente ya de grado, ya por fuerza todos se le sujetáron.

Tranquilizadas que fuéron las cosas dirigió sus cuidados á la propagacion del christianismo: y como era un varon exemplar aprovechaba mucho, y hacia gran fruto con sus buenas costumbres, mas poderosas muchas veces para persuadir, que las palabras mas eloqüentes. Bautizóse infinito número de Isleños, y procuró reducir al gremio de la Iglesia á muchos que por miedo habian renunciado á Jesu-Christo. Estableció un Seminario para enseñar é instruir á los muchachos en la policía civil y christiana, y fué el primero que hubo en estas regiones. Con la grande autoridad que tenia sobre los Reyezuelos, era el árbitro y pacificador de todas sus discordias, y contraxo amistad con muchos de ellos. Trató los negocios de su Rey con admirable pureza: enseñó á los Isleños el modo de edificar sus casas, y cultivar sus campos; y habiéndolos civilizado los colmó de todo género de bienes, de tal suer-

te que era tenido y venerado de todos como padre. Me causa vergüenza referir el miserable fin que tuvo Galvan, habiendo vuelto á Portugal á recibir el premio de sus muchos trabajos : pues reducido á una extrema pobreza, porque abandonó sus intereses propios, por cuidar de los del Rey, vivió algun tiempo de limosna en un Hospital, y murió en él sin habersele dado la menor recompensa á tantos méritos.

Mandó el Otomano por estos tiempos armar y prevenir en el puerto de Suez, (llamado por los antiguos de los Héroes, ó de Arsinoe) situado en el mar Bermejo, una armada de ochenta navíos, los mas de ellos galeras, y nombró por General de ella á Soliman Griego renegado natural de la Morea, que era Gobernador de Egypto. Este pues recorrió las costas, y dió muchos exemplos de crueldad, habiendo muerto con asechanzas á algunos Reyezuelos, y saqueado sus ciudades. Noticioso Silveira de la venida de los Turcos; como era hombre de grande ánimo, y talento, comenzó á prevenir con admirable presteza todas las cosas necesarias á una guerra tan formidable, y por sus cartas pidió al Virrey que le socorriese. Habiéndose juntado en el mes de Setiembre las tropas de Soliman con las de Cambaya, mandadas por Coge Cofar, hombre de valor intrépido, se dispusiéron á acometer por mar y tierra la fortaleza de Diu, defendida solamente por setecientos Portugueses. Colocáron en los navíos una máquina de madera para batir los muros, y levantáron en tierra una trinchera tan alta como la fortaleza, segun la costumbre de los Turcos. La máquina fué abrasada una noche por un ardid de los Portugueses, y las galeras pereciéron en diversos tiempos, unas destrozadas por la artillería, y otras barrenadas y echadas á fondo. Tambien los Turcos causáron daño á los Portugueses, tomándoles el castillo de Rumai que estaba separado de la fortaleza, entregándole Pacheco con la ignominiosa condicion de su libertad. Despues de esto recayó todo el peso de la guerra sobre la fortaleza, la qual fué acometida con cañones tan enormes, que disparaban balas de noventa libras de peso

cada una. Padeciéron los muros grande estrago; pero los Portugueses reparáron y fortificáron sus ruinas y brechas aceleradamente con todo género de materiales. No podia tener entrada en ellos la cobardía ni la pereza: rechazaban á los enemigos que intentaban escalar los parages mas árduos, y peleaban atrozmente con ellos sobre las mismas ruinas; porque los bárbaros, aunque repelidos y arrojados muchas veces, repetian sus asaltos con pertinaz empeño. Mas de una vez intentáron en vano escalar los muros desde el mar, y desde tierra, pero siempre con infeliz suceso, y con muerte de su mas intrépida gente.

Viendo inutilizados todos sus esfuerzos, se dedicáron á minar la fortaleza, pero no tuviéron mejor fortuna; pues aunque no se interrumpian sus trabajos, los inutilizaba á cada paso el valor de los sitiados, y los reducian á la desesperacion. No estaban en mejor situacion las cosas de los Portugueses: su número se hallaba tan disminuido, que no eran suficientes para ocurrir á lo mas preciso y urgente de las fatigas, y casi la tercera parte de los soldados eran voluntarios. Tampoco era grande la cantidad que tenian de víveres, y en breve tiempo les hubieran faltado, si se hubiese prolongado el sitio. En este estado tan crítico llegó de Portugal García de Noroña con una armada para suceder á Nuño en el mando; y habiendo dispuesto llevar socorro á los sitiados, hizo embarcar en diez y seis fragatas doscientos y quarenta soldados veteranos, y todas las provisiones necesarias, y mandó que acelerasen su viage á vela y remo. Pero miéntras hiciéron esta navegacion llegáron los sitiados á verse en el mas extremo peligro; porque determinados los bárbaros á hacer el último esfuerzo, acometiéron una mañana al amanecer por diversas partes del arruinado muro, subiendo intrépidamente por las escalas. Resistiéron los Portugueses con ánimo superior á sus fuerzas, y arrojáron sobre los que subian bigas, barriles, tinajas, y todo lo demas que tenian á la mano; y con lanzas, alabardas, broqueles, y otras armas derribaban á los que ya habian llegado á lo alto: las voces

de los que exhortaban, y los clamores de los que caian, causaban un horrible ruido, y el combate cada vez se hacia mas atroz y sangriento. Por otra parte se acercáron catorce galeras á la fortaleza para molestar con la artillería á sus defensores; pero sus conatos fuéron inútiles, y no quedáron sin castigo, pues dos fuéron quasi sumergidas con la fuerza de los tiros que volaban de los muros.

Rechazados los enemigos de la torre casi arruinada, volviéron á renovar el asalto con mucha gritería, y con efecto subiéron á los muros habiendo hecho retroceder á treinta Portugueses: ya se veian en lo mas elevado quatro banderas de los bárbaros, y ya peleaban á pie firme en la plaza de la fortaleza, quando acompañado Silveira de veinte nobles, acudió al socorro, y habiéndolos exhortado á combatir valerosamente, se arrojó en lo mas espeso de los enemigos. Excitados los soldados con su voz, y con su exemplo, recobráron las fuerzas, y combatiéron mas atrozmente sin cuidado alguno de la vida. Juan Rodriguez hombre muy robusto, cogió un barril de pólvora, y aplicándole una mecha encendida le arrojó en medio de los enemigos. Fué grande el estrago que hizo en ellos, extendiéndose rápidamente la llama entre su inmensa multitud. Entónces levantando el grito los Portugueses, hiciéron nuevo esfuerzo, y arrojáron al enemigo, que ya se disponia á la fuga. Al mismo tiempo la artillería disparada oportunamente por el costado, arrebataba compañías enteras: caian las banderas enarboladas con sus alfereces, y los demas se precipitaban unos sobre otros en el foso, confundiéndose los sanos con los heridos, y los vivos con los muertos. Duró la pelea por espacio de cinco horas continuas con gran mortandad de los enemigos: de los Portugueses solos quarenta quedáron sin heridas; y las mugeres mezcladas con los hombres hiciéron durante todo el sitio heroycas hazañas. Presentábanse armadas en las murallas para que el enemigo no cobrase ánimo á vista de los pocos defensores que tenia la fortaleza. La noche siguiente llegáron las fragatas, y diéron fondo en el

Puerto de Madrefabato: habian encendido los Portugueses en cada una quatro faroles, que aparentaban una numerosa armada, con cuya insigne estratagema engañados los enemigos, que por otra parte estaban llenos de miedo y desesperacion, se embarcáron aceleradamente en sus naves, y maldiciendo una guerra tan cruel, navegáron á la Arabia el dia primero de Noviembre. No hubo cosa mas agradable para los Portugueses que el dia siguiente en que desapareciéron todos sus enemigos. Pasóse al mismo tiempo Cofar á la tierra firme con las tropas de la India, siendo tan grande el terror y espanto que se derramó en su campo, que con el deseo de escapar quanto ántes, se dexáron quinientos heridos, y una buena parte de la artillería. El Virrey Noroña que navegaba á Diu con una armada de ciento y cincuenta velas, recibió la noticia del feliz suceso de los suyos, y determinó seguir al enemigo fugitivo ácia el mar Bermejo. Pacheco y sus treinta compañeros que entregáron el castillo de Rumai, como ya diximos, recibiéron de Soliman el digno premio que merecian, habiéndolos condenado á remar perpetuamente en las galeras.

Despues de haber obtenido Nuño con general aceptacion por espacio de diez años el Virreynato de la India, se hizo á la vela para Portugal, y murió de enfermedad en el cabo de Buena Esperanza con gran dolor de los Portugueses, que le amaban verdaderamente; y su cuerpo fué arrojado al mar, como él mismo lo habia mandado. Persiguió Noroña inútilmente á los Turcos, por lo qual dirigió sus fuerzas y cuidados á restablecer las cosas de Diu. Hizo paces con Mahamed hijo de una hermana del difunto Badur Rey de Cambaya, á quien habia sucedido en el reyno segun la costumbre de aquella gente. Nombró por Gobernador de la fortaleza á Diego de Sousa en lugar de Silveira (tan celebrado en todo el orbe por la anterior victoria) habiéndole dado quinientos soldados para su defensa. El Zamorin movió guerra al Rey de Ceilan amigo de los Portugueses, y le reprimió Miguel Ferreira, derrotándole su armada con muerte de

su General. Ocupado Noroña en tan graves negocios le acometió la última enfermedad, y murió á los ocho meses y diez dias de su gobierno. Abrióse la Real Cédula enviada á prevencion para este caso, y en ella se declaraba Virrey á Esteban de Gama hijo del famoso Vasco, y esclarecido por sus propias hazañas. Estos son los principales sucesos acaecidos en aquellas remotísimas partes del orbe, cuya narracion nos parece ser suficiente para no apartarnos de la brevedad que nos hemos propuesto.

CAPITULO XII.

DIETA DE VVORMES, Y OTROS SUCESOS. VIAGE DEL CESAR A ITALIA. SUS PREPARATIVOS PARA LA GUERRA DE ARGEL, Y EXITO DESGRACIADO DE ESTA EMPRESA.

A principios del año de mil quinientos quarenta y uno habiendo el César arreglado las cosas de Flandes, pasó á Wormes para celebrar la Dieta que tenia convocada. En ella hubo una acérrima disputa entre Juan Eckio célebre Theólogo Cathólico, y Melantchon sequaz de la doctrina de Lutero, pero no produxo fruto alguno. Despues por ciertas causas se trasladó la Dieta á Ratisbona, y continuáron las disputas sobre muchos dogmas de la Religion christiana: cuya relacion escribió con eloqüencia Alberto Pighio, dedicándola al Sumo Pontífice Paulo III; y despues se tratáron y decidiéron las causas y negocios civiles. Habia venido á esta Dieta Cárlos de Saboya á solicitar auxílios, y por su mérito se le concedió la proteccion del Imperio Romano. Por el contrario el Duque de Cleves fué declarado enemigo en pública Dieta, porque habia hecho alianza con el Frances contra el César; pues habiendo divulgado la voz de que inmediatamente vendria á Wormes, mudó de viage, y

marchó con presteza á visitar al Rey Francisco, que se hallaba en Amboysa, y que le prometió en casamiento á Juana hija de Enrique de Navarra en señal de una estrecha alianza. El Rey conciliador de estas bodas, aunque se oponian á ellas los parientes de la esposa, las celebró aquel dia con un espléndido convite; pero no se juntáron los consortes por no tener la doncella la edad competente. El César hizo otro tanto, casando á Christina, que habia quedado intacta de Esforcia, con Antonio hijo del Duque de Lorena. Despues se decretáron socorros contra Soliman que con excesiva ambicion amenazaba á la Ungría, y se acordáron otras muchas cosas en esta Dieta; reservándose las concernientes á la religion para el Concilio que debia congregarse quanto ántes: porque no era justo que el César, traspasando los límites de su poder, se intrometiese en estos negocios, aun con pretexto de verdadera piedad. Lo cierto es, que en el año anterior Farnesio Legado del Pontífice, se retiró de la Corte sin despedirse del César, indignado de que sin contar con él hubiese convocado la Dieta para determinar las controversias de Religion.

Presentóse á la audiencia del César el Embaxador del Rey Francisco, para suplicarle confiriese la Lombardía al Duque de Orleans; pero le respondió que le daria á Flandes con María su amada hija, como lo habia resuelto; y que en lo demas excusase el Rey de porfiar tantas veces sobre una misma cosa, porque todo seria en vano. Irritado el Frances de la repulsa del César, determinó hacerle la guerra, y suscitarle enemigos por todo el Orbe. Solicitó primeramente á Soliman con grande oprobrio suyo, y obscureciendo con semejante conducta el lustre de las Lises Francesas. A este fin envió á Constantinopla á los desterrados Antonio Rincon y César Fragoso, el uno Español de Medina del Campo, y el otro de Génova; á los quales al tiempo de pasar el Pó les acometiéron ciertos hombres enmascarados que se hallaban en emboscada, y los asesináron. El Marques del Basto no pudo evitar los rumores que se habian divul-

gado de ser autor de esta maldad, aunque procuró con todo esfuerzo vindicarse de tan fea nota. Habiendo llegado este suceso á noticia del Rey Francisco prorrumpió exclamando, que se habia quebrantado impiamente el sagrado derecho de los Embaxadores, asesinando á unos inocentes, y violando las leyes de las treguas; y que todo esto amenazaba guerras, estragos, ruinas y muertes.

Concluida poco despues la Dieta de Ratisbona, marchó el César á Luca, ciudad de la Toscana para conferenciar con el Pontífice, y habiéndoseles presentado el Embaxador del Rey Francisco, ponderó la calamidad de Rincon y Fregoso, la injuria que se habia hecho á la Magestad Real, y la violacion de las treguas. A lo que respondió el César: „Que no „habia quebrantado las treguas, y que serian invio- „lables para él. Que el asesinato de los Embaxadores „se habia cometido sin noticia alguna suya. Y que si „en esto habia alguna culpa, estaba pronto á entre- „gar los malhechores en manos de los Franceses.“ Pero fuéron en vano estas razones para aplacar al Rey que se hallaba con violentos deseos de hacer la guerra. Quejóse el César altamente al Pontífice de la maligna emulacion de Francisco, que arrebatado de esta pasion no desistia de perturbar todo el orbe, llamando á este fin en su auxîlio al mas formidable enemigo del nombre christiano, sin miramiento alguno de la verdadera piedad, que debia ser el principal cuidado de un piadoso Príncipe; y que era tanto el deseo que tenia de molestarle, que del asesinato de dos hombres de poca importancia, cuyo autor se ignoraba, tomaba pretexto para declararle la guerra. El Pontífice procuró con muchas razones y súplicas templar la cólera del César, que se hallaba en gran manera irritado; pero no sacó fruto alguno. Tratáron entónces con mucha unanimidad de congregar el Concilio Oecumenico en el año siguiente para remedio de los males que padecia la religion; lo que ántes se habia intentado en vano por la resistencia que los Luteranos hiciéron á concurrir en Mantua donde le

convocó el Pontífice. Desaprobaba éste la expedicion de Argel, emprendida en el tiempo mas importuno, y con poderosas razones procuraba disuadir al César su intento. Pero firme éste, y constante en su resolucion de que queria de una vez y para siempre extirpar aquella peste del mar, se despidió de su Santidad que le deseaba el mas feliz suceso.

Desde Luca pasó el César con Octavio su yerno al puerto de Luni, y embarcadas en los navíos de carga las compañías Italianas, y una brigada de Alemanes, se hizo á la vela con una esquadra de treinta y cinco galeras, en que era conducido él mismo y sus cortesanos, con la principal nobleza. Con navegacion trabajosa arribó á Mallorca, donde habia mandado estuviesen prontas las armadas. Hallábase ya Gonzaga en aquel puerto con ciento y cincuenta galeras y navíos de carga Sicilianos, muy provistos de víveres y municiones; y habiéndosele juntado levantó velas, y llegó á Argel en dos dias de travesía. Despues que la armada dió fondo el dia veinte y uno de Octubre, arribó Mendoza con las galeras Españolas, y dió noticia de que los buques de carga quedaban en el Promontorio de Apolo que no estaba muy distante. Concurriéron mas de cien naves de Vizcaya y Flandes, y mucho mayor número de las otras provincias de España, en las que iban las compañías de infantería, la mas escogida caballería, y la nobleza que militaba á sus expensas, yendo por General Don Pedro de Toledo. Entretanto que se aplacaba el mar, envió el César á Don Lorenzo Manuel noble Español, para que intimase al renegado Assan Agá, á quien Aradino habia dexado con el mando en Argel, que si no entregaba la ciudad y se retiraba con sus tropas á otra parte, le declaraba la guerra. El renegado recibió con bastante humanidad al Rey de Armas, y despues de haberle oido, le respondió con sonrisa: „Tambien nosotros tenemos armas, y no nos „falta ánimo para rechazar la fuerza. Acuérdese el „César de que por dos veces se han estrellado en „este escollo las armadas Españolas; y espero que

„ con su propia pérdida llenará el colmo de las an„ teriores.“ Juzgaba pues con prudente discurso, que una expedicion tan intempestiva debia tener un éxito muy desgraciado : y á la verdad Doria, hombre muy experimentado en la nautica, habia amonestado al César que no se expusiese á un mar tempestuoso en la estacion del otoño, que es la mas peligrosa : que debia esperar tiempo mas benigno ; y que con la paciencia, y no con la temeridad, se vencian semejantes dificultades. Pero arrebatado el Príncipe de su fatal destino, no quiso dar oidos á ningun consejo prudente. Corrió entónces la voz, y aun se conserva todavía en el vulgo, que una vieja Mora suscitó la tempestad con encantos y artes mágicas ; lo que todos los hombres juiciosos tienen por una fábula despreciable.

Tenia Assan Agá ochocientos Turcos de extraordinario valor, los mas de ellos de á caballo, y cinco mil infantes veteranos ; y ademas una gran multitud de Moros, á quienes ofreció el sueldo, y la presa que recogiesen fuera de las murallas en las continuas correrías que á todas horas, y en todos los parages hacian contra el enemigo segun su costumbre. Desembarcó el César con mar tranquilo, y sin tardanza ni confusion, y ácia la parte del oriente sus tropas, en las que se contaban segun algunos treinta mil infantes (aunque otros disminuyen la tercera parte) y tres mil caballos, y marchó con todo el exército junto á la ciudad, mandando fortificar el campo en lugar oportuno, dividiendo las estancias por Naciones. Los Españoles con su Capitan Sande ocupáron los primeros los collados que se levantan á la mano izquierda y ciñen la ciudad por las espaldas, habiendo arrojado de allí á los bárbaros. Los Alemanes se extendiéron por la parte de oriente, rodeando la tienda del César ; y los Italianos en los parages inmediatos á la costa. Inmediatamente comenzó á desembarcar la artillería, los caballos, víveres y todos los demas preparativos de guerra. Pero miéntras tanto que se ocupaban en éstas y otras operaciones, se levantó una

furiosa tempestad que comenzó á maltratar la armada. Siguiéronse copiosísimas lluvias, que continuando toda la noche sin cesar, molestáron en extremo á los soldados que estaban de centinela. Al amanecer del dia siguiente hizo una salida de la ciudad la caballería Turca, mezclada con los Moros de infantería, y acometiéron con grandes gritos á los tres esquadrones Italianos, que se hallaban apostados fuera de las trincheras del campo. Apénas tenian estos fuerzas para huir, quanto mas para pelear. Acudió al tumulto Gonzaga, y los reprehendió porque habian desamparado su puesto; con sus voces, y con la llegada de sus paisanos que viniéron aceleradamente del campo á socorrerlos á las órdenes de Agustin Espinola, recobráron el ánimo, y acometiéron á los enemigos que no pudiendo resistir su ímpetu, y habiéndoseles mudado la fortuna, echáron á huir precipitadamente á la ciudad. Los caballeros de Malta, que en este dia hiciéron grandes hazañas, llegáron con noble esfuerzo hasta las mismas puertas, y habiéndolas cerrado de improviso, dexáron en ellas clavados sus puñales. Miguel Marcilla, y Rogero Selino Aragoneses, y Christoval Pacheco Castellano consiguiéron con este hecho hacerse memorables en la posteridad.

Entretanto los bárbaros, disparando continuamente desde los muros, no dexáron de causar algun daño. Despues abriendo de golpe las puertas, y saltando de la ciudad con mayores tropas, renováron la pelea con notable esfuerzo. Pero fué reprimida su audacia por el singular valor de los Malteses que cerraban la retaguardia. El tercio de los Alemanes que iba á la frente, no habia podido resistir el impulso del enemigo, y en este trance montó á caballo el César con la espada desnuda, y les mandó redoblar el paso, y esforzándolos con pocas palabras, los conduxo contra los bárbaros que estaban orgullosos del anterior suceso. Excitados los soldados á la pelea con la voz y el exemplo del Emperador, se encamináron al enemigo con las lanzas en ristre, y amenaza-

dor murmullo. Aterrados los bárbaros con este espectáculo, y burlándose de la impetuosa fuerza de los Alemanes con la velocidad de los pies, en que nadie les aventaja, se refugiáron á la ciudad y á la ribera, mas deseosos de saquear que de pelear. Muriéron en este dia mas de trescientos soldados con algunos valerosos Capitanes; y quedáron heridos doscientos, entre los quales se halló Phelipe Lanoy Príncipe de Sulmona. Al mismo tiempo las naves, que habian padecido gravemente en su arboladura, eran agitadas de los vientos y de las olas. Estrellábanse con grande ímpetu unas contra otras, y llenándose de agua por las aberturas, se sumergian á vista del exército. En muy pocas horas que duró la tempestad, se tragó el mar ciento y quarenta buques de todos portes, ó porque las ancoras y cables no pudiéron resistir, ó porque los marineros y pilotos no eran capaces de contrarestar á la fuerza de la tormenta, y así arrojados por las ondas á la costa, pereciéron con miserable y horroroso espectáculo. Algunos que para evitar la muerte dirigiéron las proas á tierra, tuviéron la desgracia de morir á manos de los Moros que recorrian la costa para robar. Otros que nadando llegáron á tierra, se viéron forzados á retroceder de unas playas tan peligrosas, y pereciéron por la fuerza invencible de las olas. Todo quanto se alcanzaba á registrar en la ribera presentaba el aspecto mas lamentable. A cada paso se veian cadáveres arrojados por el mar, ó traspasados de las lanzas y flechas, estando todo sembrado de los fragmentos y despojos de las naves destrozadas. Habiendo encallado en la costa la galera de Doria, y rotas sus amarras, fué librada por el valor de Antonio de Aragon que acudió prontamente á su socorro con las compañías Italianas.

Tampoco en los Reales se mostraba la fortuna con mas favorable semblante, pues el soldado no podia trabajar, ni levantar las tiendas, ni subsistian las levantadas, porque todo lo rompia y arrebataba el viento. Veíanse allí miserablemente postrados en el lodo y á la inclemencia enfermos y heridos, porque no

habia tiendas para preservarlos de las copiosísimas lluvias que caian. Consumidos los víveres que se habian desembarcado al principio, ó corrompidos con la humedad, no habia esperanza alguna de poder tolerar la necesidad. Todos estaban atónitos esperando la última calamidad que les parecia mas cruel que la misma muerte. Hallábanse en tierra enemiga, habian perdido la armada; y tenian cerrado el camino para retirarse. Sola la paciencia del César mitigaba tantos males, padeciendo él mismo iguales y aun mayores trabajos que el mas ínfimo soldado, y sin embargo con rostro sereno, indicio de su constancia, recorria todo el campo, vestido con su cota de malla, tolerando con ánimo invencible la inclemencia del cielo, y sufriendo con paciencia la horrible situacion en que se hallaba. Ponia en parages oportunos las centinelas para rechazar á los bárbaros que los amenazaban: consolaba con la esperanza de mejor fortuna los ánimos de los soldados que se hallaban oprimidos de la tristeza y desesperacion; y finalmente aliviaba la comun calamidad con todo quanto podia. Mitigada la hambre de los soldados con las carnes de los caballos que les habian abandonado, de consejo de los Generales levantó el campo al quarto dia, no habiendo dado oidos á Hernan Cortés conquistador de la América, que se ofrecia á penetrar con espada en mano en la ciudad con los Españoles y parte de los auxîliares. Nuestros Escritores refieren que entre la confusion y la tempestad perdió Cortés imprudentemente algunos vasos de esmeralda de inestimable valor. Doria hombre muy instruido en la Astronomía y en la Nautica, no cesaba de amonestar que era preciso acelerar la salida; que en el cabo oriental llamado de Matafuz se podria embarcar la tropa; y que la tardanza seria muy funesta, porque amenazaba una tempestad mucho mas fuerte. Al tercer dia con gran trabajo y peligro de los soldados, que á cada paso eran acometidos por los Moros, llegáron al parage donde tenia Doria la armada. Pero como no hubiese suficientes navíos para transportar los soldados, por

órden del César fuéron arrojados al mar los caballos de mas estima, con gran dolor de sus dueños, para que pudiesen tambien restituirse á su patria hasta los criados de mas baxa esfera. Los primeros que se embarcáron fuéron los Italianos, despues los Alemanes, y los últimos los Españoles, y el postrero de todos fué el César en una galera de Doria de quatro órdenes de remos. Luego que estuviéron en las naves les acometió una atroz tormenta, y parte de ellos para no estrellarse en las rocas, sin esperar órden alguna, se dexáron llevar adonde los arrebataba la invencible fuerza de los vientos; y despues de muchos trabajos arribáron á diversas partes de Europa, para anunciar el éxîto de la funesta expedicion. Algunos navíos que estaban maltratados de la anterior tormenta, se sumergiéron en el mar con los soldados que llevaban á presencia de sus compañeros, sin que pudiesen socorrerlos. Dos naves Españolas con la violencia de la tempestad retrocediéron á Argel, y encalláron en su costa. Los que iban en ellas, animados por la misma desesperacion, se pusiéron en armas para oponerse á los insultos de los bárbaros; pero acudiendo prontamente Assan Agá, y mandando á su gente que se retirase, preservó á los naufragos con grande humanidad del furor de sus tropas. El resto de la armada consiguió arribar á Bugia por los esfuerzos de Doria, á quien unicamente daba oidos el César. Allí se encalló una fragata cargada de víveres, y fué despedazada por la fuerza de la tempestad; pero habiéndose apoderado de ella á mano armada la turba de los marineros, socorrieron el hambre que padecian. Alivióse mucho la necesidad con los comestibles que vendian á las tropas los Moros de los Aduares inmediatos; que tuviéron que sufrir luego la cólera de Assan-Agá, que para castigarlos de semejante conducta les declaró la guerra. Desde Bugia fuéron despachadas las galeras de Malta y de Sicilia baxo el mando de Gonzaga, y con Agustin Palavicino las Italianas de carga, cuya pérdida habia sido leve, y finalmente llegáron á Trepani. El Conde de Oñate in-

troduxo en Caller las naves Españolas que tuviéron mucho que sufrir en el mar de Cerdeña, y á la mitad del invierno se restituyó con ellas á España. El César fué llevado por el viento Solano á la isla de Mallorca, y á fines de Noviembre arribó lleno de tristeza al puerto de Cartagena con los restos de la armada.

CAPITULO XIII.

ALIANZA DEL REY DE FRANCIA Y OTROS PRINCIPES CONTRA EL CESAR. GUERRA DEL PIAMONTE Y DE FLANDES. SITIO DE PERPIÑAN POR LOS FRANCESES.

Entretanto que el César con piadoso y noble ánimo exponia su vida á los peligros para extender los límites del Imperio Christiano, no cesaba el Frances de maquinar contra él. Es verdad que miéntras estuvo el César en Africa no intentó cosa alguna el Rey Francisco, para no atraerse el odio comun; pero enviando Embaxadores á todas partes, no dexaba piedra que no moviese contra él, en venganza de la muerte de Rincon y Fragoso, que era la causa que alegaba para la guerra. Sus proposiciones fuéron generalmente desechadas; pero el Rey de Dinamarca Christierno Tercero de este nombre, el Duque de Cleves, y algunos Príncipes Protestantes las admitiéron, incitado cada uno de ellos por sus propios fines é intereses. Habiendo intentado en vano atraer á su partido á los Venecianos, envió á Polini, hombre muy astuto y diligente para alcanzar de Soliman una armada, con que poder impedir las navegaciones de Doria; y aunque para mover al Otomano le regaló seiscientas libras de plata labrada, y gran cantidad de ricos vestidos de seda, solo consiguió magnificas promesas que no tuviéron efecto alguno. El Rey Francisco mandó á Polini que volviese quanto ántes á Venecia, para que junto con Junusbey Embaxador

Otomano, que en breve llegaria á aquella ciudad, inclinase el ánimo del Senado á unir con él sus armas; porque esperaba que el bárbaro le ayudaria mucho, y que los Padres del Senado Veneciano condescenderian con sus deseos, luego que oyesen el nombre de Soliman. Mas no sucedió conforme lo pensaba; pues habiendo llegado el caso de tratar esta materia, exhortó Junusbey al Senado con mucha tibieza á que conservase la paz con el Frances. Los Venecianos no podian resolverse á quebrantar la paz que el César les habia concedido en Nápoles; porque habiéndose hecho mas cautos con las anteriores calamidades, quisiéron mas ser expectadores de la guerra, sin exponerse á peligro, que participes de ella. No habiendo adelantado Polini cosa alguna, á principios del verano
del año de mil quinientos y quarenta y dos volvió á 1542.
Constantinopla, para concluir á lo ménos el negocio de la armada. Pero su pretension fué rechazada por los Ministros Otomanos, los quales dixéron que no podian enviarla, por haberse pasado ya el tiempo oportuno para navegacion tan larga. A la verdad fundado en esta esperanza el Rey Francisco habia declarado la guerra, y el César la habia aceptado: ambos con iguales ánimos, pero con mucha desigualdad en las prevenciones y auxîlios. Habiendo hecho aquel una escogida recluta en todo el Imperio Frances, y buscado socorros por todas partes, habia levantado tres exércitos, para emprender la guerra por tres distintos parages. Pero éste que perdió en el otoño anterior su armada, y la mayor parte de su exército, apénas tenia fuerzas para defender sus propias fronteras. De este modo el fin de la guerra de Africa fué el principio de una triple guerra. La furiosa pasion de dominar es ciertamente un gran mal que nunca dexa descansar á los Reyes. Todos los dias nacen unas de otras nuevas controversias y disputas, enlazadas entre sí de tal modo que nunca falta justa ó injusta causa de hacer la guerra, y motivos para derramar la sangre humana.

La primera tempestad vino á caer sobre el terri-

torio del Piamonte: aprovechándose Langeo de la desidia y descuido de los Imperiales, ponia asechanzas á las ciudades fortificadas; porque en estos tiempos se tiene por cosa mas gloriosa engañar al enemigo que vencerle con el valor, habiéndose convertido el esfuerzo en astucia. Sucedióle felizmente en Chierasco, dando una noche el asalto; y despues derrotó el esquadron de caballería de Zuchero Epirota, miéntras que el Gobernador se hallaba ausente y descuidado, pasando el verano en una casa de campo. Pero se descubriéron sus fraudes en Alexandría, habiendo sido presos los espias con las cartas que llevaban: y en Alba fuéron rechazados los enemigos con daño suyo por el valor y diligencia de Francisco Landriano, y Gerónimo Vida Poeta esclarecido. Para pagar al enemigo en la misma moneda juntó el Marques del Basto sus tropas, y su primera idea fué el darle batalla; pero no presentándose ocasion de hacerlo, porque se mantenia el enemigo dentro de sus Reales, hizo la guerra en las cercanías, y recobró muchos lugares fortificados, aunque se abstuvo de invadir á Chierasco, porque para expugnarlo, en caso que fuese defendido por los Franceses, necesitaba mayores tropas.

En Flandes desolaban el Brabante las de Dinamarca y de Cleves, unidas con las Francesas de Longueval, siendo su General Martin Rossen hombre intrépido y muy versado en el arte de la guerra. Amberes se mantuvo firme por el valor y constancia de Lanceloto Ursulo, y Nicolás Schermer sus Magistrados. Rechazado de allí despues de haberle salido vano su intento, acometió á Hogstrat pueblo fortificado, y le obligó á entregarse. Salióle al encuentro Reynero de Nassau Príncipe de Orange que iba á socorrer á los de Amberes, y le puso en fuga Rossen con una insigne y nunca vista estratagema, armándole asechanzas en campo raso. Hizo pues apostarse en una extensa llanura quatrocientos caballos Dinamarqueses, y mandó que por la espalda se echasen en tierra los de infantería, para que no fuesen vistos por los del de Orange que recorrian aquellos campos, y escondió en Bres-

cot lugar cercano las tropas Francesas. Iba delante el Liberto Turco con la caballería, y viendo éste el corto esquadron de caballos de los enemigos, envió un mensagero al Príncipe de Orange para exhortarle á que acelerase el paso, y sin detenerse corrió al enemigo. Miéntras que la caballería de Rossen recibia el primer ataque, hizo la señal, y se levantáron de repente los de infantería en órden de batalla. Parecia que en un momento habia producido la tierra una selva de lanzas y de picas. Tal era el número de las tropas, que extendiendo inmediatamente sus alas rodeáron al de Orange que empeñaba la accion con su infantería. A vista de tan inesperado espectáculo, quedáron los Orangianos atónitos é inmobles. El General rompiendo con su caballo por medio de los esquadrones enemigos, se escapó con algunos pocos á Amberes á llevar la noticia de su misma derrota. Tambien se escapó el Turco (aunque Jovio dice que fué hecho prisionero) habiendo sido mal recibido de algunos, pues como era natural de Gueldres, aunque militaba baxo las banderas del César, en la consternacion en que se hallaban era para ellos sospechoso. Quatro compañías que no pudiéron sostener el combate, rindiéron las armas, y se entregáron á Rossen. Al dia siguiente á esta victoria, que no costó al vencedor sangre alguna, movió Rossen su campo á Amberes, y envió un Rey de armas para que intimase á los ciudadanos que abriesen las puertas á los Reyes de Francia y Dinamarca, amenazándoles en caso de resistencia. Despues de haberle respondido con mucha aspereza de palabras, disparáron los ciudadanos una lluvia de balas para alejar á los enemigos, que se habian acercado, y incendiáron los edificios sagrados y profanos que estaban fuera de los muros, á fin de que los enemigos no pudiesen aprovecharse de ellos. Habiendo perdido Rossen la esperanza de tomar la ciudad, levantó el sitio, y saqueó todo aquel territorio. Lovayna se halló mas próxima al peligro, pero se libró de él rescatando á costa de dinero las vidas y haciendas de sus habitantes. Apoderóse á viva fuerza de la fortaleza de Conroy, cuya guar-

nicion pasó á cuchillo, y causó mucho estrago en los campos de Namur. Entretanto el Duque de Orleans, junto con el Duque de Guisa su consejero, reduxo de grado ó por fuerza la provincia de Luxêmburgo, excepto Tionvila, y compuso la discordia suscitada entre Longueval y Rossen sobre el repartimiento de la presa. Finalmente despidió las tropas auxîliares, y dexando á Guisa con las demas para que cuidase de aquella conquista, marchó en posta á Mompeller donde se hallaba el Rey su padre, y el General Antonio Borbon llevó la guerra á otras partes. Apénas habia partido el Duque de Orleans, quando juntando Orange un exército, recobró á Luxêmburgo, y quasi toda la provincia. Para completar la victoria sitió al de Guisa en Ivoz; mas le fué preciso abandonar la empresa por la vigorosa resistencia de los sitiados. Desde allí dirigió sus armas contra el Duque de Cleves, para corresponderle como merecia á los daños que habia hecho; y ardiendo en deseos de vengar la afrenta que recibió en Brescot, lo llevó todo á fuego y sangre. Derribó los muros de los pueblos fortificados que habia tomado y saqueado, cegó sus fosos, y aseguró con guarnicion á Ansberg; la que intentó en vano invadir el de Cleves, habiéndose puesto en fuga con la noticia de que venia el Príncipe de Orange. No obstante con el auxîlio del Duque de Saxonia que estaba casado con su hermana Sibila, y el de otros Príncipes de Alemania, fortificó y llenó de armas, soldados y víveres la ciudad de Duren, situada en los confines de Lieja.

En este estado se hallaban las cosas de Flandes, alternando las fuerzas y los ánimos de los competidores entre el temor y la esperanza; quando amenazaba otra tempestad muy funesta para España, si sus Santos tutelares no hubiesen alejado el torbellino Otomano. Habiendo juntado el Delfin muchas tropas en el Rodano, despues de haber esperado en vano mucho tiempo la venida de la armada Turca, puso al fin sitio á Perpiñan. Doria habia conducido del Piamonte quatro compañías veteranas de Españoles, y una legion de Alemanes, para juntarlas con los soldados vi-

soños que se habian congregado aceleradamente, como sucede en un repentino tumulto. Llegáron tambien algunos esquadrones de caballería no despreciables; y fué nombrado General Don Alvaro de Toledo Duque de Alba, hombre muy valeroso y experimentado en la milicia. Cerbellon y Machicao, que en la guerra de Italia habian adquirido un esclarecido nombre, defendian la ciudad con una guarnicion escogida. Desde Zaragoza vino el César á Monzon para celebrar cortes, y acudir al mismo tiempo desde cerca á lo que exîgiese la guerra. Comenzáron los Franceses á derribar las almenas de la muralla; y los sitiados disparaban con mucho acierto gruesas balas á las bocas de los cañones del enemigo, no sin algun daño de estos. Hizo Machicao una salida con un pequeño esquadron (tanto era el desprecio que hacia de los enemigos) para quitarles la artillería: y aunque no pudo conseguirlo, porque acudió prontamente Brisac con la mucha infantería que tenia á su mando, á lo ménos les clavó y inutilizó los cañones, y se volvió á la ciudad con el mejor órden. Por este tiempo vino el Duque de Orleans á juntarse con su hermano á fin de hallarse en la batalla que habia oido decir se debia dar por este magnánimo jóven, que orgulloso con el feliz suceso de Flandes, esperaba conseguir facilmente la victoria. Pero sucedió muy al contrario de lo que se imaginaba; pues haciéndose cada dia mas árdua la empresa, tuvo que levantar el Delfin el sitio, y volverse á la compañía de su padre, sin conseguir fruto alguno de sus esfuerzos. Tal fué hasta fin de este año el curso de los sucesos, que segun la condicion humana alternaban los prósperos con los adversos. En este tiempo murió Jacobo Rey de Escocia quinto de este nombre, habiendo fallecido poco ántes su hija María, habida en Margarita hermana del Duque de Guisa: y en este año concedió el Pontífice á los Religiosos de Santo Domingo de la Provincia de Aragon, que celebrasen la memoria del Beato Raymundo de Peñafort varon insigne en santidad y en doctrina, canonizado despues solemnemente por el Papa Clemente VIII. en el mes

de Abril del año de mil seiscientos y uno, lo qual solicitáron con grandes instancias el Rey de España, el Principado de Cataluña, y la Religion Dominicana. La coleccion que este Santo hizo de las Decretales de los Papas con tanta utilidad de la Iglesia, es muy digna de alabanza. Habiendo fallecido en este año Calcena Obispo de Tortosa, le sucedió Don Gerónimo Requesens. Fué afligida España con innumerables enxambres de langostas que oscurecian el sol. En Sicilia hubo un terremoto, que causó grande estrago en el territorio Leontino y Megarense, y especialmente en la ciudad de Siracusa, donde quedáron sepultados muchos hombres en las ruinas de los edificios.

CAPITULO XIV.

JURA DEL PRINCIPE DON FELIPE EN ARAGON Y CATALUÑA. ALIANZA DEL CESAR CON EL REY DE INGLATERRA. PASA EL CESAR A ALEMANIA. TOMA DE LA CIUDAD Y FORTALEZA DE DUREN.

Crecia el mal cada dia con las mutuas ofensas que irritaban la ira de los dos Príncipes, y arrebatados estos del deseo de la venganza, no habia esperanza de reducirlos á mas suaves consejos. Todos los medios que sugiere la fuerza y el fraude se pusiéron en práctica para debilitarse el uno al otro, y no hay necesidad de decir los daños que causáron con esto á sus subditos. El César principalmente ardia en deseos de oprimir al Duque de Cleves, que defendia con una maldad lo que habia adquirido con otra, sin respeto alguno, y con intolerable injuria de la Magestad Imperial. Estaba tambien muy irritado contra algunos Príncipes de Alemania, que instigados de Lutero habian abandonado la religion de sus padres, declarándose por enemigos del Imperio; y finalmente deseaba reducir al Frances por bien ó por mal á guardar la

paz, para no ocupar sus piadosas armas en una guerra importuna y continua, y emplearlas contra el Otomano y los Hereges. Así pues, para atender por todos medios al decoro de su dignidad, de que era muy zeloso, y para reprimir á los Luteranos que estaban muy soberbios, y alejar al Frances del deseo de acometerle, comenzó á hacer formidables preparativos para el verano siguiente, á fin de sujetar primero á los Alemanes rebeldes, y pasar despues á Francia.

Ante todas cosas, y para asegurar en qualquier acontecimiento la sucesion de tantos reynos en Don Felipe su hijo, le hizo venir á Zaragoza en el verano del año de mil quinientos y quarenta y tres, y des- 1543.
pues á Barcelona para que los Aragoneses, los Catalanes y demas Provincias de esta corona le jurasen en su presencia. Habiendo celebrado cortes en aquellas ciudades, le concediéron liberalmente por donativo gratuito, segun la costumbre, quatrocientos mil ducados. Juntóse despues una inmensa cantidad de dinero en toda España, que enriquecida con los tesoros de América era el Erario del César: reclutáronse muchas tropas, y se previniéron armas y naves para conducirlas. Don Pedro de Guzman Conde de Olivares llevó por el Océano á Flandes un considerable cuerpo de tropas. Otro fué enviado á Oran al mando de Don Martin de Córdova Conde de Alcaudete, para sujetar á los de Tremezen que se habian rebelado. Escogió para sí el César una brigada, porque para invadir las ciudades confiaba mucho en la tropa Española. Habiéndole escrito el Pontífice exhortándole á que dirigiese sus armas contra Soliman, le respondió con mucha aspereza, porque se persuadia de que aquel oficio se encaminaba á alejar la guerra de la Francia. Irritado por otra parte con el Papa porque no le habia podido atraer á su partido, prohibió para siempre que los extrangeros obtuviesen rentas eclesiásticas en España. En las mismas cartas mostraba su ira contra el Rey Francisco, acusándole de que impedia con el mayor esfuerzo que se juntase el Concilio solicitado por el César para remediar los males

de la religion; y que con igual impiedad habia unido sus armas con Soliman enemigo jurado de los fieles. Llegó á manos del Rey un exemplar de esta carta, y valiéndose del ingenio de Pedro Chatelein, procuró rebatir en un prolixo edicto los crímenes que le atribuia, retorciendo contra el César las mismas objeciones. Vituperaba con la mayor acrimonía, entre otras cosas, la alianza que habia hecho con Enrique Rey de Inglaterra, sin embargo de estar excomulgado, y de haber prometido al Papa que nunca lo haria. De esta suerte se difamaban mutuamente ambos Príncipes con escritos tan picantes, que parecia haberse olvidado uno y otro de su dignidad y decoro.

Hacia ya largo tiempo que se habia suscitado una discordia entre Enrique y Francisco por el deseo que tenia cada uno de aumentar su poder. El Ingles estaba quejoso del Frances porque éste habia sublevado contra él á Jacobo Rey de Escocia, y se habia declarado protector de su hija recien nacida, que Enrique destinaba para su hijo Eduardo, á cuyo fin habia enviado á Escocia á Mateo Stuardo Conde de Lenox, con una poderosa guarnicion. Lo cierto es que cada uno codiciaba el reyno juntamente con la niña. Esto fué lo que movió á Enrique á renunciar á la alianza de Francia, y ofrecer su amistad al César, el qual para oprimir con mayores fuerzas á su enemigo, disimulando la injuria del repudio de su tia, prefirió la alianza con el Ingles á las razones que se la disuadian; porque los Príncipes solo atienden comunmente á sus particulares intereses. De este modo echaban los cimientos de los grandes males que en este año habia de padecer el orbe christiano.

En el anterior, despues de levantado el sitio de Perpiñan, pasó Anebaldo á Italia con parte de las tropas para suceder á Langeo que habia pedido su retiro. Habiendo atravesado los Alpes, puso sitio á Coni ciudad situada no léjos de Fossano, en la confluencia del rio Estura; y aunque arruinó el muro por dos partes, fuéron inútiles los esfuerzos que hiciéron los Franceses en dos asaltos. Rechazados de allí con

ignominia y pérdida, se apresuráron á tomar quarteles de invierno. Despues de esto intentó César Magi recobrar á Turin con la estratagema de introducir en la ciudad un carro cargado de heno, en que iban ocultos unos soldados armados; pero habiéndose descubierto ántes de tiempo, se frustró la empresa, y costó la vida á Lezcano y sus compañeros. Lo demas que acaeció en el Piamonte lo referiremos despues.

Habiendo dispuesto el César todas las cosas para su viage, dexó al Príncipe Don Felipe por Gobernador de estos reynos, nombrando por su Secretario á Don Francisco de los Covos Comendador mayor de Leon, y por General de las armas al Duque de Alba su Mayordomo Mayor. Al tiempo de embarcarse en el puerto de Palamós el dia quatro de Mayo, como escribe Dávila, estableció un Consejo permanente para juzgar los negocios y pleytos del reyno de Aragon, que ántes se trataban y decidian promiscuamente por el Consejo de Castilla; aunque en el año de mil trescientos quarenta y ocho habia formado la idea de semejante Tribunal el Rey Don Pedro de Aragon quarto de este nombre. Llegó el César á Génova adonde habian concurrido los Príncipes de Italia para congratularle de su venida. El Pontífice, que se habia adelantado hasta Bolonia, le convidó á una conferencia; pero se excusó el César por acelerar su partida á Alemania. No obstante se habláron en Buxeto castillo situado entre Plasencia y Cremona. Corrió la voz de que el Pontífice habia hecho aquel viage tan molesto para un hombre de su edad por la utilidad pública, mas á la verdad se conoció despues por el suceso, que tenia muy arraygado en su ánimo el adquirir la Lombardía para su sobrino Octavio, habiendo ofrecido al César una gran suma de oro, porque preveia que la necesitaba para los gastos de tan costosa guerra. Este pues, se habia propuesto de antemano retener á Milan con algunas otras fortalezas, asegurándolas con guarnicion; pero el Papa, temeroso de sus artificios, rehusaba aprontar

el dinero si no le entregaba primero íntegramente todo el principado. Apénas se divulgó esta negociacion en el público, se manifestáron los Españoles muy indignados de perder la Lombardía por un convenio tan indecoroso; y á fin de apartar al César de este designio, le presentáron un escrito compuesto por Don Diego de Mendoza Gobernador de Sena, en el que con poderosas razones se demostraba que no convenia separar la Lombardía del dominio real. Mudando pues de parecer el César, trató con Cosme de Medices de venderle las fortalezas de Florencia y Liorna; y se dice que recibió ciento y cincuenta mil escudos, aunque Jovio asegura que fuéron mas de doscientos mil. Mas yo sobre esto no disputo porque no escribo controversias sino Historia. Todos los esfuerzos del Pontífice para hacer las paces fuéron inútiles, porque habiendo el César oido en la Congregacion de Cardenales discurrir sobre este punto á Máxîmo Grimani, apoyado en su antiguo propósito expuso con graves palabras las tentativas que habia hecho para establecer la paz, tantas veces quebrantada por el Frances, y las muchas injurias con que le habia provocado. Que los robos, incendios y estragos que habian padecido los habitantes de los pueblos de la provincia del Brabante, no podian quedar impunes á no abandonar del todo el decoro Imperial. Que esta maldad debia reprimirse con penas correspondientes, para impedir que prevaleciendo la audacia, no lo trastornase todo sin respeto ni vergüenza alguna; y que no concederia la paz hasta que sujetados los rebeldes, aprendiesen con su propio mal á no suscitar turbulencias, y á respetar la Magestad Cesarea. Despues que descubrió su ánimo, conmovido con tan justa indignacion, y dispuesto á la venganza, se despidió del Pontífice, que se volvió á Bolonia muy triste de no haber adelantado cosa alguna, prosiguiendo el César su viage de Alemania por los Alpes Tridentinos.

Es indecible la calamidad que atraxo á los campos la multitud infinita de langostas que voló desde la Iliria á Italia, y hasta la extremidad de España. Tanto era el furor que tenian de roer, que en la tierra donde caian se perdia en medio dia la cosecha de un año entero. En la Estremadura se propagó tan prodigiosamente, que la asoló por espacio de siete años continuos. En la Toscana hubo un terremoto en que pereció mucha gente; todo lo qual se tuvo por pronóstico y indicio de los males que iban á suceder.

Por este tiempo Aradino hizo vela ácia la Italia con una poderosa armada, en que se contaban ciento y diez galeras, y quarenta fragatas de corsarios, con las que invadió las costas de aquel pais. Incendió á Regio en el estrecho de Mesina, y la fortaleza fué en breve entregada por la cobardía de setenta Españoles, que prefiriéron las ignominiosas cadenas á una muerte honrosa. Diego Gaytan adquirió á mucha costa su libertad, habiéndosele quitado una hija que tenia de singular hermosura, para saciar la brutal pasion del Gobernador bárbaro, que despues de haberla hecho abrazar, segun se dixo, la supersticion mahometana, (lo que niegan con fundamento los Escritores Españoles) la tomó por muger propia. Pasó desde allí Aradino á saquear las costas del dominio Español, y llegó á hacer aguada á la embocadura del Tiber; causando la cercanía de tales enemigos gran consternacion á los Romanos, aunque Polini que venia en la armada procuraba sosegarlos con sus cartas. A los tres dias levantó ánclas y navegó en derechura á Marsella. Luego que Soliman despachó esta armada hizo entrar gran número de tropas en la Hungría, y habiendo tomado á Estrigonia y Belgrado, sujetó á su dominio gran parte de aquel reyno. Pero como el referir las guerras estrañas no es de nuestro propósito, pues solo nos hemos propuesto escribir los sucesos Españoles en todo el Orbe, vamos á continuarlos.

Por este tiempo se hallaba la Flandes afligida con la funestísima guerra que la hacia el Frances y el Duque de Cleves y padecia infinitos daños, no pudiendo los Flamencos resistir á tantas fuerzas; pero en breve tiempo tomáron venganza de sus enemigos. Despues de un largo camino llegó el César á Spira, donde se detuvo algun poco tiempo para despachar los negocios, entre tanto que llegaban las tropas á Bona ciudad situada sobre el Rhin cerca de Colonia. Desde allí en tres dias de marcha llegó á Duren, que era el principal teatro de la guerra. Defendíala Gerardo Ulatem, hombre de grande ánimo, y muy experto en la milicia: estaba fortificada con muchas tropas, doble foso y trinchera, y rodeada con un muro de ladrillo. Hubo primero algunas escaramuzas con los enemigos, que salian de las emboscadas, en que padeciéron leve daño los Imperiales; y habiéndolos obligado estos á encerrarse dentro de las murallas, rodeó el César la ciudad con su exército, en que se contaban quince mil Alemanes, quatro mil Españoles, y igual número de Italianos. Al dia siguiente llegó Orange con los Flamencos, y Gonzaga fué nombrado Generalísimo. Dispuesto lo necesario para el asalto, el dia de San Bartolomé ántes de amanecer comenzáron á batir las murallas con horrible estruendo. Despues del medio dia incitados los Españoles y Italianos de una honrosa emulacion, acometiéron á porfia sin esperar la señal del asalto, y habiendo atravesado el primer foso con el agua hasta el pecho, se apoderáron de la trinchera. Venciéron despues el segundo, no sin algun daño por los continuos tiros que les disparaban, y llegáron al fin á la muralla, donde peleáron frente á frente con grande encarnizamiento, exhortándolos Gonzaga y el Conde de Feria desde la orilla del foso. Ulatem se defendia valerosamente desde una casa inmediata á la muralla, y detenia la victoria con un escogido esquadron de jóvenes que le cercaban. Pero habiéndolo observado Gonzaga, mandó á los artilleros que dirigiesen

sus tiros á aquella parte, y derribadas al punto las paredes con la lluvia de las balas, pereció oprimido de las ruinas con muchos de sus compañeros. Encendióse luego con mas furor la pelea, que habia cesado por algun tiempo, con los fuegos arrojadizos, y todo género de armas. Veíanse allí los cuerpos quemados y despedazados, el suelo todo cubierto de armas, y la tierra empapada en sangre, todo lo qual presentaba el mas horrible y vario espectáculo. Finalmente acometiéron de nuevo con mucha gritería á la brecha del muro, y apoyados en las lanzas y en los hombros de sus compañeros se introduxéron en la ciudad, habiendo muerto ó puesto en fuga á los que la defendian. Ensangrentáronse en todos sin distincion alguna, y pasáron á cuchillo la guarnicion. Los habitantes que habian escapado vivos fuéron atormentados de varios modos hasta que descubriéron sus riquezas; y arrebatadas las mugeres de los Templos y demas parages donde se habian escondido, sin respeto á la santidad de estos asilos, padeciéron las mas ignominiosas violencias. No es posible referir con palabras lo grande de esta calamidad. Finalmente para que no quedase nada que hacer al furor militar, al siguiente dia y ántes de haber sacado toda la presa, incendiáron los Alemanes la ciudad que fué casi toda reducida á cenizas. Quedáron muertos ochocientos soldados de los mas valerosos entre Españoles y Italianos.

Con esta sola batalla se concluyó la guerra, porque aterradas las demas ciudades con la ruina de una sola, abriéron sus puertas. El de Cleves no daba todavía señales algunas de temor, confiando que le vendrian socorros del Frances su aliado, y fluctuaba entre el miedo y la esperanza; pero desconfiando ya de este auxîlio, para evitar los últimos rigores apeló á la clemencia del César valiéndose á este fin de la intercesion de los ministros del Arzobispo de Colonia y de Enrique de Brunsvik, á quienes el César estimaba mucho. Imploráron estos su benignidad; pero el César mirando con semblante

severo al Duque, que se hallaba arrodillado delante de él, mandó á su Secretario, intimase al rebelde que le habia perdonado, y inmediatamente se retiró. Levantó del suelo al Duque el Príncipe de Orange, y éste y el mismo Secretario le leyéron las condiciones de la paz, concebidas en estos términos. „Defended la Religion Cathó-
„lica: restituidla donde la habeis abolido: renun-
„ciad á la alianza del Rey de Francia, y del
„Rey de Dinamarca: prometed que sereis fiel al
„imperio del César, y guardadle lealtad. Renun-
„ciad el dominio de Güeldres y de Zutfen, y
„por la benignidad Imperial llamaos solamente Go-
„bernador, y absteneos del nombre de Príncipe.
„Hansberg y Zitard serán retenidas por el César
„en prendas de la palabra dada, y lo restante
„del principado de Cleves, que se os habia qui-
„tado por el derecho de la guerra, lo gozareis
„por la benignidad del César." Tales fuéron los principales capítulos. Despues de esto se alistó Rossen en la milicia del César, y guardó su palabra con gran fidelidad, habiendo executado grandes hazañas. Los de Güeldres y Zutfen juráron fidelidad al César como á su Señor, y prestáron juramento en manos de Prateo y del Príncipe de Orange.

CAPITULO XV.

LOS FRANCESES HACEN LA GUERRA EN FLANDES. SUCESOS DEL PIAMONTE, Y DE SAVOYA. CASAMIENTO DEL PRINCIPE DON FELIPE.

Entretanto los Franceses, aprovechándose de la ocupacion del César, lleváron sus armas á diversas partes de Flandes. Tomáron á Landreci, que fué incendiada y desamparada por su guarnicion, y despues á Arlon y otras ciudades. El Delfin recorrió la Provincia de Hainault, y el Duque de Orleans volvió otra vez á Luxemburgo con grande exército. Apoderóse en breve de la ciudad por cobardía de la guarnicion, á quien se concedió sacar sus cortos equipages. Gozoso el Rey Francisco, que se hallaba en Reims, del feliz suceso de su hijo, acudió inmediatamente, y á pesar del dictamen de los mas prudentes, mandó fortificar á toda costa aquella extensa ciudad, obligando á sus habitantes á que renunciasen al César, y le hiciesen juramento de fidelidad. Fué aclamado solemnemente por Duque de Luxemburgo, y celebró con gran pompa capítulo del Orden de San Miguel, en el qual condecoró con el collar de oro á los principales de la ciudad. Nombró Gobernador á Longueval; sujetó á Tionvila, y finalmente todo el territorio, parte con las armas, y parte por voluntaria entrega. Llegáron Reux y Gallop con las tropas Flamencas, y Inglesas enviadas por Enrique segun la alianza, y juntándoseles Guzman con tres mil Españoles, pusiéron sitio á Landreci. Casi al mismo tiempo sitiaba Gonzaga á Guisa, despues de la victoria de Güeldres, con tropas no despreciables, y no pudo el César asistir en persona por hallarse enfermo, y acometido de la gota en Quesnoy. El Rey de Francia, para socorrer á los sitiados de Landreci, que

estaban muy faltos de víveres, se puso en marcha á aquella ciudad. Gonzaga á fin de impedirselo levantó el sitio, y puso su campo en un lugar oportuno; y envió mensageros á Reux y Gallop exhortandoles á que atravesasen el rio Sambra, y juntasen con él las tropas, para salir al encuentro al Rey con todas sus fuerzas, y darle batalla, la que juzgaba seria feliz. Pero fuéron inútiles sus conatos, porque el Flamenco y el Ingles se resistiéron á seguir este consejo, y ni los unos ni los otros hiciéron cosa de importancia; viéndose claramente en esta ocasion quan perjudicial es para la guerra el que el mando se halle repartido entre muchos. Así pues, obligado de la necesidad, pasó Gonzaga el rio y juntó sus tropas á las de sus socios, para que fuesen iguales en fuerzas, si llegase el caso de entrar en batalla. Tuviéron solamente algunas leves escaramuzas, y miéntras que el Rey entretenia con ellas á los incautos Imperiales, Anebaldo y Belay introduxéron por otra parte en Landreci tropas robustas y descansadas, con víveres y provisiones, y alegres con la feliz empresa, se volviéron al Rey, quien inmediatamente hizo señal para recoger sus tropas, y se retiró con ellas, dexando burlado al enemigo.

Por este tiempo el César, que aun no estaba bien convalecido de su enfermedad, sustentando con el vigor del ánimo el cuerpo destituido de fuerzas, se presentó en el exército acompañado de Mauricio de Saxonia, y de Rosem con valerosos esquadrones. Puso su exército en órden de batalla, y habiendo hecho la señal de acometer, esperó en vano la salida de los enemigos; pero el Rey hallándose inferior en fuerzas, se mantuvo encerrado en su campo; y solo hubo algunas ligeras escaramuzas entre la caballería. Al ponerse el sol mandó el César echar un puente sobre el rio, para que pasando sus tropas impidiesen al enemigo la vuelta, y obligarle por fuerza de este modo á pelear. El Frances, que penetró su designio, levantó su campo á media noche con el mayor silencio, dexando encendidos los fuegos, á fin de ocul-

tar su marcha. Luego que la luz del dia descubrió la fuga del enemigo, le siguió tumultuariamente la caballería Imperial, mas deseosa del saqueo que de la pelea; pero habiendo caido en una emboscada que la tenia puesta el Delfin, fué de improviso desbaratada con alguna pérdida. Atribuyóse á Gonzaga la culpa de que se hubiese escapado el enemigo, porque no habia cuidado de explorar sus intentos, quando al Frances no se le ocultaba cosa alguna de lo que pasaba en el exército del César, ya por las noticias que le daban los traidores, y ya tambien por medio de sus propias espías. Fué descubierto Bossio noble Flamenco, que corrompido con dinero noticiaba al Rey todas las cosas del César; y por este crímen fué degollado en Gante y desquartizado su cuerpo.

En el otoño pasó el César á Cambray, cuya ciudad estaba sujeta á su Obispo; y no fiando mucho en él, ni en el afecto de sus habitantes, dexó de guarnicion á los Guardias, y mandó levantar una fortaleza que dominase la ciudad. Luxemburgo no pudo ser tomada por los Alemanes mandados por Fustemberg, porque el Rey, para no perder su trofeo, mandó al Duque de Melfi que acudiese aceleradamente con la mayor parte de las tropas; y no habiéndose atrevido el Aleman á esperarle frente á frente, á causa de que se hallaba inferior en fuerzas, levantó el sitio y se retiró. Gonzaga y Castaldo fuéron enviados por el César con grandes presentes al Rey Enrique para renovar la alianza; y volviéron con magníficas promesas de que en el verano siguiente pasaria á Francia con grandes fuerzas.

Aradino causaba terror y espanto en las costas de Italia, habiéndosele juntado Francisco Borbon Duque de Enguien General de la armada Francesa. Esta pues se componia de veinte y dos galeras, y otros diez y ocho navíos grandes, en que venian ocho mil soldados. Viéronse en los mares de Francia las armadas confederadas, aumentando la indignacion el haber llamado al comun enemigo de los Christianos, con grave infamia del que solicitó semejante auxîlio. To-

das estas fuerzas se dirigiéron contra Niza, ciudad de los Alpes marítimos, situada en un elevado promontorio que se extiende en el mar. La fortaleza puesta en lo mas alto, no podia ser expugnada sino por el hambre ó por la cobardía de sus defensores. El César luego que tuvo noticia de la venida de los Turcos, amonestó al Duque Cárlos, que dexando la fortaleza guarnecida lo mejor que fuese posible, se retirase de allí con su hijo á Verceli. Teníala á su cuidado Pablo Simeoni Caballero de Malta muy práctico en las cosas de la guerra. El pueblo fué batido acérrimamente por mar y tierra por espacio de veinte dias, y se entregó á Borbon; pero á pesar de los esfuerzos de su artillería no pudo apoderarse de la fortaleza, aunque tambien intentó ganar con dinero á la guarnicion. Llevaba á mal el bárbaro que las armas Otomanas, siendo tan formidables, sufriesen la ignominia de no poder conquistar un solo peñasco. Entretanto corriéron voces por el campo de que el Marques del Basto llegaba con tropas, lo que en realidad era falso, é inmediatamente se refugiáron á las naves los sitiadores dexando su artillería y bagages; pero como el dia siguiente no se dexase ver el enemigo, volviéron á recoger aquella y la embarcáron; y juntos los Franceses y Turcos saqueáron é incendiáron la ciudad, poniendo en quatro navíos la presa que habian hecho, en la qual entraban trescientos muchachos de uno y otro sexô, y muchas monjas; y refieren algunos Autores que Aradino los enviaba á Constantinopla, pero que las naves fuéron apresadas por Don García de Toledo, y Antonio Doria que recorrian los mares con las galeras de Malta y las Pontificias, y que recobráron toda la presa. El bárbaro conduxo la armada á Antibo, y desde allí la llevó á invernar á Tolon, enviando veinte y cinco galeras baxo el mando del Capitan Salec para que infestasen las costas de España. Este pues, con designio de saquear, llegó hasta Villa-Joyosa, situada en el golfo de Alicante, y habiendo intentado en vano tomarla, se retiró á invernar á Argel.

A los dos dias despues de la partida de Aradino viniéron á Niza Basto y el Savoyano, y habiendo elogiado como merecia á Simeoni, y introducido víveres y municiones en la fortaleza, se volviéron prontamente. Cercó Basto con sus tropas bien ordenadas á Mondovi, y la tomó con engaño ya que no podia con la fuerza y con las armas. Para esto hizo escribir una carta en nombre de Buter, que mandaba en el Piamonte, poniendo en ella el sello que usaba el mismo Buter, arrancado cuidadosamente de otra carta suya que habia sido interceptada, y se la envió cortesmente á Drosio Gobernador de aquella fortaleza, como si hubiera sido aprehendida por él. Contenia la carta que procurase pactar la entrega de dicha plaza con las mas honrosas condiciones que pudiese; y conociendo Drosio el sello sin sospechar ningun fraude, solo trató con demasiada credulidad de entregarse quanto ántes: siendo de este modo vencida su constancia con semejante engaño, mas no con el valor. Despues de esta empresa se apoderó Basto de Carmañola y Cariñan; y habiendo peleado su caballería con feliz suceso, conduxo el exército á quarteles de invierno.

A mediados de la primavera habia pasado á Sicilia Muley Assen; pero intentando ir á Génova, para salir al encuentro al César, que se encaminaba á aquella ciudad adonde le llamaban sus negocios, fué arrojado á Nápoles por una tormenta. Recibióle honoríficamente el Virrey Toledo; y es digno de admiracion lo que se refiere del luxo de este bárbaro. Era muy apasionado á los aromas, y la fragancia de los manjares compuestos con ellos era tan grande, que se derramaba por todas las calles inmediatas á su casa. Entretanto que se detuvo allí, su hijo Amida, á quien habia dexado para la custodia del Reyno, acometió á la ciudad con una repentina invasion, sin que le resistiesen los habitantes, que se hallaban ostigados de la crueldad del padre. Luego que el bárbaro recibió esta noticia, comenzó aceleradamente con permiso del Virrey á reclutar tropas y á comprar ar-

mas y todo lo demas necesario para la guerra. Acudian al oro de Berbería todos aquellos que por sus delitos eran dignos de muerte, los desterrados, los hombres perdidos, y en suma la sentina del pueblo. Juan Bautista Lofredo noble Napolitano fué electo General, y pasó al Africa con el Rey y cerca de dos mil soldados, con los quales y juntándose sin tardanza algunos pocos caballos que seguian la fortuna de su Señor, marchó á Tunez, esperando que se le unirian todos aquellos que estuviesen disgustados del estado presente de las cosas. Procuró en vano Tobar Gobernador de la Goleta disuadir á Lofredo de esta empresa; pero despreciando el prudente consejo del Español, se acercó á la ciudad, y de repente salió por las puertas un numeroso esquadron de hombres armados. Al punto que comenzó la pelea salió de los olivares cercanos otra gran multitud de infantes y caballos en tropel y rodeáron las pocas tropas de Lofredo. Estas al principio, aunque se componian de gente malvada, peleáron con mucho denuedo, y rechazaban á los enemigos con sus arcabuces; pero oprimidos por la ligereza de los bárbaros, no tuviéron tiempo para hacer nueva descarga, y atónitos con el pavor, arrojando las armas, se refugiáron á una laguna inmediata, hiriéndolos el enemigo por las espaldas. Algunos pudiéron apoderarse de unos barcos, y se escapáron á la Goleta. El General viéndose perdido, metió espuelas al caballo, y sumergiéndose profundamente en el lodo, pereció traspasado de los tiros que le disparáron. Nicolas Tomasio Capitan veterano exhortó á los suyos á que resistiesen con valor, y prefirió una honrosa muerte á una ignominiosa fuga. Salváronse apénas quinientos soldados, á quienes Tobar, compadecido de su desgracia, socorrió con vestidos y víveres, y los envió á su patria. Muley Assen fué herido en la frente, y habiendo sido hecho prisionero al tiempo de su fuga, mandó Amida que le privasen de la vista con un hierro ardiendo. Finalmente despues de haber padecido muchas calamidades, pasó otra vez á Europa, y al cabo de al-

gunos años vino á Sicilia, donde le mantuvo la liberalidad del César. Tales son las vicisitudes de la fortuna, que no ménos se burla de los grandes que de los pequeños.

Gozaba España entónces de tranquilidad y alegría. El Príncipe Don Felipe á fines del otoño contraxo matrimonio con Doña María hija de Don Juan Rey de Portugal, doncella de mucha hermosura y recomendables prendas. Celebráronse en Salamanca los desposorios, conduciendo con gran pompa á la Esposa desde la frontera Don Juan de Siliceo Obispo de Cartagena, y el Duque de Medina-Sidonia. Hizo las sagradas ceremonias el Arzobispo de Toledo, y fuéron padrinos el Duque de Alba y su muger, habiendo sido grande el concurso de la nobleza, y la alegría y regocijo de España. El Reyezuelo de Tremecen, despojado del trono y vencido en batalla por el Conde de Alcaudete Gobernador de Oran, y á quien el Rey de Argel Assan Agá habia obligado á que renunciase la alianza de los Christianos, fué acogido y amparado por el de Fez. Su hermano, que le sucedió en el reyno por el favor del mismo Gobernador, fué tambien destronado por Assan hijo de Aradino, declarado Rey de Argel, y en el año siguiente vino á implorar el socorro del Conde, quien con mano armada le restituyó á su trono, habiéndose escapado su tercer hermano, que con el auxîlio de Assan se habia apoderado de Tremezen; despues de lo qual se retiró á Fez con Muley-Ameth su hermano mayor. De aquí se originó guerra entre el Conde y Assan, que duró hasta la muerte de Aradino; pues habiéndose anunciado ésta al tiempo de dar una batalla, oprimido el hijo con la tristeza, desistió de la guerra, y en el campo mismo ajustó la paz con Alcaudete, y el Español le reconoció por Rey en calidad de tributario del César. Pero estos sucesos acaeciéron algunos años mas adelante: volvamos á los de los tiempos anteriores.

CAPITULO XVI.

PROSIGUE LA GUERRA EN EL PIAMONTE, Y SUS VARIOS SUCESOS. BATALLA NAVAL ENTRE LA ARMADA ESPAÑOLA Y LA FRANCESA EN LAS COSTAS DE GALICIA.

En lo mas rigoroso del invierno volvió á encenderse el fuego de la guerra en el Piamonte. Habia sucedido á Buter el Duque de Enguien, quien con un nuevo refuerzo de tropas que llevó consigo llegó á juntar un poderoso exército, con el que acometió y sujetó algunos pueblos, pero no pudo tomar á Cariñan. El valor y constancia de su Gobernador Pyrro Colona excitó la emulacion de los Generales Enguien y Basto. Aquel se habia obstinado en expugnar la ciudad por hambre; y este no podia sufrir semejante pérdida sin menoscabo de su honor. Al mismo tiempo que juntaba socorros, llegáron quatro mil Alemanes que le enviaba el César, mandados por Madruci; y gozoso Basto con la esperanza de aliviar la necesidad de los sitiados, mandó disponer las cargas para enviar delante el comboy que tenia prevenido. Levantó su campo, y el dia doce de Abril del año de mil qui-
1544. nientos y quarenta y quatro llegó á Cerisola, donde le salió al encuentro el enemigo; y al dia siguiente ordenó este sus esquadrones, y le provocó á la pelea al son de las trompetas. No la rehusó Basto, y habiéndose acercado uno y otro exército, comenzó el combate con igual esperanza de ambos. Aunque de los Españoles y Alemanes endurecidos en muchas guerras apénas habia tres mil en el ala derecha, por aquella parte fuéron muy superiores, no solo con pérdida, sino con ignominia de los enemigos. Pero miéntras los Alemanes nuevamente reclutados, que poco ántes habian llegado al campo, peleaban valerosamente, en lo mas recio del combate, fuéron arrollados por la caballeria,

y puestos en fuga. Los Coraceros Franceses rechazáron á la caballería ligera Imperial, y viendo desbaratado el esquadron Aleman persiguiéron y destrozáron á los que ya estaban consternados. Tambien los Suizos hiciéron en ellos gran carnicería, sin que acudiese alguno á socorrerlos. El Príncipe de Salerno con los Italianos se retiró sano y salvo á Aste, donde se habian apostado con el Príncipe de Sulmona los que al principio de la batalla derrotáron á los Alemanes, siguiéndolos Basto que ignoraba del todo lo que habian hecho los Veteranos. Estos que tampoco tenian noticia de la pérdida de sus compañeros, habiendo tomado á los enemigos la artillería, procuraban llevar adelante la victoria, quando rodeados por la caballería Francesa, y obligados á hacer frente por todas partes, tuviéron al fin que ceder á la adversa fortuna, y echando á tierra las armas fuéron todos hechos prisioneros con su cabo Don Ramon de Cardona. Seisnec que mandaba á los Alemanes pudo tomar un caballo, y se escapó de en medio de la confusion. Los Historiadores dicen que en aquella batalla quedáron muertos ocho mil hombres de uno y otro exército, la mayor parte Alemanes. Madruci fué encontrado quasi muerto, y en el mismo parage le hizo Enguien curar con mucha diligencia; y habiendo recobrado la salud le envió libre en obsequio de su hermano el Cardenal de Trento. Un Autor Español afirma que fuéron muertos quatro mil Franceses: un Italiano los reduce á tres mil: y un Frances á solos doscientos y ochenta; pero quién podrá saber de cierto la verdad entre tantas contradicciones? A los Españoles y Alemanes en consideracion á su valor envió libres el Rey Francisco á su patria, mandando que de pueblo en pueblo se les diesen gratuitamente los víveres necesarios, y una escolta para que ninguno los insultase. Contábanse seiscientos quarenta y tres Españoles, y cerca de dos mil Alemanes, de los quales la mayor parte se alistáron voluntariamente en las banderas Francesas.

Despojado el Marques del Basto de sus bagages,

conduxo á Aste el resto de las tropas que le dexó la fortuna, y desde allí, baxando por el Pó, pasó á Pavía, y despues á Milan. Inmediatamente buscó dinero para reforzar el exército con nuevas tropas. Milan aunque se hallaba afligida con las necesidades públicas, porque los bienes de todos sus ciudadanos se habian disminuido con una guerra tan larga, contribuyó con cien mil ducados, y las demas ciudades siguiéron su exemplo. Cosme Duque de Toscana le envió dos mil infantes en las galeras de Doria. Los Cardenales se hallaban divididos en partidos, y cada uno procuraba ayudar al suyo. Hacíanse reclutas de gente en todos los dominios de la Iglesia con consentimiento del Papa, que permaneció neutral en esta guerra. Habiéndose Juan de Vega transformado de Embaxador en Capitan, se apresuró á venir á Milan con los soldados que habia reclutado. En el camino visitó á Doña Margarita hija del César, que estaba irritada con su marido porque dilataba importunamente socorrer á su padre en tan adversa fortuna; y habiendo rehusado Vega admitir una suma de dinero que con ánimo generoso le ofrecia para los gastos de la guerra, le obligó esta Princesa á recibirlo.

Entretanto Pedro Estrozzi desterrado de Florencia, juntaba un exército en la Mirandula de órden del Rey Francisco, con la esperanza que tenia de recobrar la Lombardía; pero habiendo por su mucha aceleracion caido en una emboscada con sus tropas y otras reclutadas en Roma, que mandaba el Conde de Pitiliano, tuvo que entrar en una tumultuaria accion en que fué vencido y puesto en fuga por el Príncipe de Salerno. Al primer choque se desordenáron las tropas Imperiales, y á la verdad los Estrozianos proclamáron la victoria, y tomáron algunas banderas. Pero enviando oportunamente el de Salerno al Príncipe de Sulmona con la caballería, los acometió por varios parages llenos de árboles y viñas. Embistiéronles desde léjos y desde cerca los caballos y los infantes, cuyo ímpetu no pudiendo sufrir los enemigos, fuéron derrotados y dispersos con mucho estra-

go. Estorzzi se refugió á Plasencia con las reliquias de su exército, para evitar el peligro; y reclutando á su costa otras compañías, juntó hasta seis mil hombres, los quales conduxo al campo Frances, habiendo tomado para su marcha un largo rodeo por los montes de la Liguria.

Permanecian todavía los Franceses delante de Cariñan obstinados en tomar la ciudad por hambre; y este empeño fué provechoso á los Españoles, pues tuviéron tiempo para reparar la pérdida que habian padecido. Pero impaciente Estrozzi con la tardanza, puso sus tropas en campaña, y se apoderó entretanto de Alba. Vega hombre intrépido y observador de la severa disciplina, expugnó á Auxîano, habiendo pasado á cuchillo la guarnicion y algunos de los habitantes. Amedrentados con este exemplo los enemigos entregáron sin resistencia alguna á Andesano quando ya se disponia á combatirla. Despues de esto entregó las tropas á Basto, y se volvió á Roma á continuar las funciones de su Embaxada. Ponte-Stura fué tomada por los Españoles con muerte de todos los que la defendian, y el vencedor recogió un considerable botin con siete piezas de artillería, habiéndose visto obligado á entregarla Pyrro, que habia mantenido la guarnicion por muchos dias con salvado y carne de caballo. Dícese que los soldados se comiéron en esta ocasion seiscientos y tres jumentos, tolerando de esta suerte desde la desgraciada batalla de Cerisola, y por espacio de dos meses tan apretado sitio, y privando al enemigo del fruto de la victoria. La ciudad fué entregada á los Franceses el dia veinte y dos de Junio baxo las condiciones acostumbradas en semejantes casos: fuéron las de conceder á los sitiados que llevasen consigo sus bienes, pero obligándose con juramento á que no tomarian las armas contra el Rey de Francia en el término de quatro meses. Pyrro marchó á Paris á fin de alcanzar del Rey la libertad segun lo pactado, y habiéndosela concedido con liberalidad, se fué inmediatamente á presentar al César.

Estas y otras cosas sucedian en el Piamonte, quando Aradino, despues de haberle hecho muchos regalos el Rey y los Genoveses á fin de evitar los males que pudiera hacerles, levantó anclas de Tolon, y navegó al Oriente sin haber hecho daño alguno en las costas de Génova, en lo qual guardó fielmente su palabra. Pero causó muchos y graves males en la Toscana y Nápoles, habiéndolo llevado todo á fuego y sangre, y cautivando infinito número de personas; y hubiera hecho mayores estragos á no impedírselo las guarniciones de caballería y infantería que se hallaban dispuestas por todas partes. Fué saqueando y robando con gran tumulto hasta el Faro de Mecina; pero las calamidades de Lipari excediéron á todas, pues apoderado de la ciudad baxo de buenas condiciones, sacó de allí siete mil cautivos, de los quales solo puso en libertad á un tal Nicolás, por cuya perfidia y maldad se habia hecho la entrega. Llegó Aradino á Constantinopla con sus navíos muy cargados de riquezas; y en breve tiempo pereció de una diarrea.

En este verano hubo en el Océano una batalla naval entre Españoles y Franceses. Don Alvaro de Bazan recorria las costas de Cantabria con una armada de veinte y cinco navíos, á fin de arrojar de ellas á los Franceses que las freqüentaban. El dia de Santiago descubrió Bazan la armada enemiga, que se componia de treinta navíos, fondeada en la costa de Galicia. Los Franceses corrian por todos aquellos pueblos haciendo muchas presas, sin rezelarse del mal que les amenazaba; pero su Almirante Sana, viendo que se acercaba la armada Española, hizo inmediatamente recoger á los que andaban dispersos, y la acometió á toda vela, disparándola una lluvia de balas. El Español que por su parte no se descuidaba, embistió á la Almiranta Francesa con toda la fuerza de su artillería, la echó á fondo con la gente que llevaba, y apresó otro navío que acudió á socorrerla. Duró la pelea por espacio de dos horas continuas con gran furor y estrago; y finalmente el vencedor Español conduxo la armada apresada al Puerto de la Coruña; y pasó lue-

go á Santiago á cumplir delante del Santo Apóstol los votos que habia hecho por la victoria. Esta accion la refieren los Historiadores Españoles; y es digno de admirar que ninguno de los extraños haga la mas mínima mencion de ella.

CAPITULO XVII.

RECOBRA EL CESAR LA PROVINCIA DE LUXEMBURGO, Y OTRAS PLAZAS. SUCESOS PROSPEROS DE LAS ARMAS DEL CESAR EN FRANCIA. AJUSTASE LA PAZ ENTRE LOS DOS PRINCIPES.

Habiendo convocado el César en el invierno
de este año una Dieta en Spira, acordó en ella mu- 1545.
chas cosas pertenecientes á los negocios públicos de Alemania. Hizo paces con el Rey de Dinamarca con grande utilidad de los Flamencos; pero no dexó piedra por mover contra el Frances, que todo lo revolvia y alteraba. Para hacerle la guerra se le concedió levantar á costa del público quatro mil caballos, y veinte y quatro mil infantes, que habian de servir por espacio de seis meses, segun la antigua costumbre de Alemania. En esta Dieta, y á fines del año anterior murió Don Francisco de Mendoza Obispo de Jaen, que habia seguido al César. Fué electo en su lugar Don Pedro Pacheco, trasladado de la Diócesis de Pamplona; y no residió en su Iglesia por hallarse ocupado en Roma en gravísimos negocios. Sucedióle en Pamplona Don Antonio de Fonseca segundo de este nombre. Pero volvamos á continuar la narracion comenzada.

A la salida de la primavera cercó Gonzaga con tropas á Luxêmburgo; y habiendo impedido que le entrasen víveres algunos, le expugnó al fin con la espada del hambre; y de este modo cayó en tierra aquel vano trofeo de la gloria de Francisco, sin que costase

ninguna sangre á los vencedores. El César, despues de concluida la Dieta, juntó todas sus tropas, habiéndole enviado algunas el Rey de Dinamarca en virtud de la alianza nuevamente contrahida con él, por la qual se estableció que tendrian unos mismos amigos y enemigos. Se asegura que el César llegó á tener en su campo hasta setenta mil hombres, á los quales seguian infinitos pertrechos y provisiones de guerra. Introducidas estas tropas en el pais enemigo, y habiendo tomado y saqueado algunos pueblos, se detuvo su ímpetu en San Didier; porque el apoderarse de esta Plaza era mucho mas dificil de lo que se habia creido. Estaba la ciudad muy fortificada y provista de gente, armas y víveres, y la defendia con el Conde de Sancerre, Monsieur de la Lande, hombre intrépido y muy célebre por haber defendido á Landrecí en el año anterior. Fortificábanse y peleaban unos y otros con sumo esfuerzo, y el Príncipe de Orange fué herido en la espalda por una piedra arrancada del muro al impulso de una bala. Llevaronle á su tienda, donde le visitó el César, y le abrazó y consoló con mucha humanidad y amor, y al dia siguiente espiró dexando por heredero á Guillelmo de Nasau su tio; y aunque en el mismo dia fué muerto La Lande por otra piedra que le tiráron desde el campo, su muerte fué un vano consuelo de tan considerable pérdida. Peleóse muchas veces sin fruto alguno, y con grave daño, corriendo algunas veces al muro los Españoles sin esperar la órden de su General, solo impelidos del temerario exemplo del Alferez que llevaba la bandera, y que ardia por adquirir el honor de tomar la ciudad. Por este tiempo disimulaban los Capitanes semejantes desórdenes, y léjos de castigarlos, elogiaban la audacia que se adelantaba al mandato, á fin de fomentar por este medio la emulacion entre las naciones, para incitarlas á pelear valerosamente, pero esta perversa opinion corrompia la disciplina militar. Tampoco fué sin sangre la victoria para los Franceses, que perdiéron doscientos y quarenta de los mas intrépidos. Juntaba el Rey de Francia tropas para so-

correr á los sitiados, si se le presentaba ocasion de poder hacerlo con seguridad. En el número varian los Autores segun su costumbre; y Ferroni las hace llegar hasta ochenta mil hombres. Entretanto habia algunas escaramuzas de poca consideracion entre los que salian á buscar forrages. El Rey Francisco habia puesto su campo cerca del rio Marne baxo el mando del Delfin, y del Duque de Orleans, á quienes habia dado por consejero á Anebaldo.

El Ingles pasó por este tiempo con su exército á Francia, y se acampó en las costas de Bretaña. Los Condes de Reux y Bura combatian con el exército Flamenco á Montrevil, y habiéndoles enviado el Rey Enrique un refuerzo de sus tropas al mando del Duque de Nortfolc, sitió con las demas á Bolonia ciudad marítima de la Picardía; hallándose de este modo combatidas tres ciudades á un mismo tiempo. El César perseveraba en el sitio de San Didier, estando resuelto á concluir la empresa, mas con el trabajo y paciencia de los soldados, que con su peligro y su sangre. Pero convenia alejar de allí á Brissac que se hallaba en Vitri con un poderoso exército, para que privados los sitiados de la esperanza de este socorro, hiciesen quanto ántes la entrega. A este fin envió con escogidas tropas á Mauricio de Saxonia, y Francisco Atestino, á los quales seguia Fustemberg con su legion, y siete cañones; y habiendo salido del campo al ponerse el sol con trescientos caballos, comenzáron la pelea con los que se hallaban de centinela por la ciudad. Excitado Brissac con el estrépito y confusion, ordenó sus tropas segun se lo permitia el tiempo, y hizo frente á los que acometian. Trabóse un cruel combate en las tinieblas de la noche, y habiendo Atestino puesto en fuga á la caballería, dió con su exército sobre el esquadron de infantería, la que fué desbaratada por la Imperial. Muchos quedáron muertos, y los demas consiguiéron escapar con la obscuridad, y libertarse de su total pérdida. Habíanse encerrado trescientos en una Iglesia que estaba en el arrabal, y derribada con la artillería fuéron todos muertos por

los Alemanes, y quemada la ciudad, á pesar de las órdenes de los Capitanes que se lo prohibiéron. Abatió mucho el ánimo de los sitiados la desgracia de Brissac, hallándose ya no poco consternados con la muerte de La Lande; de tal manera, que viendo no les venia socorro alguno, ni esperanza de él, comenzáron á pensar en la entrega. Enviáron un trompeta, y habiendo obtenido permiso para conferenciar, ajustáron treguas por doce dias, ofreciendo entregar de buena fe la ciudad, si dentro de este término no viniese el Rey con su exército á socorrerlos. Cumplido este tiempo, y no habiendo parecido el Rey, se entregó Sancerre con la honrosa condicion de salir libre con sus soldados armados, llevando dos cañones de artillería.

Apoderóse el César de San Didier, y levantó el campo para dirigirse á París, publicando para ocultar su designio que marchaba ácia Chalons. Pero habiendo caminado algun tanto, torció repentinamente ácia Espernay, ciudad situada en el camino, la qual tomó, y mantuvo algunos dias el exército con los muchos víveres que sacó de los almacenes que allí habia. De este modo sucedian todas las cosas prósperamente al César, y adversas á su enemigo. Entretanto se declaró la guerra á los campos, no dexando en ellos fruto alguno. Todo se hallaba lleno de tumulto y confusion con el continuo incendio de las Aldeas, y con la fuga y pavor de sus habitantes. Corriéron los Imperiales hasta Meaux, y tomáron algunos pueblos, dividiendo solamente los dos exércitos el rio Marne. Fustemberg se aventuró temerariamente, y sin escolta alguna á explorar sus vados, y fué hecho prisionero con peligro de perder la cabeza; pues militando ántes en las banderas del Rey de Francia, se habia pasado al César con una gran suma de dinero destinada á la paga de las tropas. Sin embargo le concedió la libertad aquel Rey benigno, pagando treinta mil escudos. Miéntras tanto se apoderó una gran consternacion y terror de la populosa ciudad de París, que viendo tan cerca al enemigo, mudo enteramente de aspecto. To-

dos recogian sus mas preciosos muebles, y por toda la ciudad se apresuraba á llevarlos de unas partes á otras, para ponerlos en lugar seguro. El rio Sena se hallaba cubierto de barcos, y los caminos de carros, especialmente los de Orleans, y Roan, causando no poco daño los ladrones que por todas partes robaban á los fugitivos: mal inevitable en todo tumulto y confusion. Todos procuraban únicamente ponerse en salvo, posponiendo á esto la patria y todas las demas cosas; y aunque el Rey envió al Cardenal Mendonio, y al Duque de Guisa para que desvaneciesen aquel pánico terror, no consiguiéron cosa alguna, porque el miedo los habia ensordecido. Pero con la venida del Rey acompañado de tropas, no solamente cesó la fuga, sino que se restituyéron los demas á la ciudad, habiéndolos amenazado con gravísimas penas. En tan grave peligro, dice Ferroni, que escribió el Rey una carta al Delfin, en que le mandaba expresamente que no lo aventurase todo á la fortuna de la guerra. Que mirase la conservacion del reyno como cosa propia que habia de entrar luego á poseerle. Que aunque el César fuese vencido y derrotado, le quedaban todavía íntegras las tropas Inglesas; por lo qual debia adelantarse á París ántes que llegase el César á esta ciudad.

En este estado se hallaban las cosas quando comenzó á tratarse de paz. La Reyna Doña Leonor, y algunos de los mas poderosos de la Corte, diéron los primeros pasos para conseguirla, no sin noticia del Rey. Viendo pues aquella Princesa el peligro que corria el reyno, envió al César á Fray Gabriel de Guzman del órden de Santo Domingo, su confesor, pidiéndole que se dignase poner fin con una paz honrosa á una guerra tan sangrienta El César respondió, que en obsequio de su hermana se prestaria á unas justas condiciones; pues se hallaba tan deseoso de la paz, que habia emprendido tan costosa guerra solo con el fin de conciliarla y establecerla. Asi pues, habiendo obtenido permiso los Franceses de pasar al campo, marchó Anebaldo con grande acompañamien-

to de nobles, y fué recibido honoríficamente por Gonzaga y Perenoto, los quales le conduxéron á un Templo, que se hallaba á una milla de distancia del campo. Disputáron largamente y sin fruto por mas de seis horas acerca de las condiciones. Volviéron de nuevo á juntarse Anebaldo y Gonzaga con asistencia de otros, y despues de prolixos debates se separáron sin haber convenido en cosa alguna. Aun no se habia perdido del todo la esperanza de ajustar la paz, quando volviéron otra vez á las armas, y á continuar las anteriores hostilidades. Nada quedó intacto del furor de la guerra, ni se perdonaba á cosa alguna humana ni divina, acometiendo los Alemanes por todas partes á vista de los Franceses. Los Luteranos profanáron con sus manos sacrilegas los templos y lugares mas sagrados, lo que causó tan gran dolor al César, que á un cierto Hanceo Portero Augustal le hizo ahorcar del mas alto muro de un convento que habia saqueado. Reprehendió severamente á Mauricio, y al Príncipe de Brandemburgo porque habian dexado sin castigo tantos delitos; y á fin de aplacar la ira del César registráron los equipages de sus tropas, y estraxéron al punto todas las alhajas sagradas; las que por su órden fuéron restituidas á sus lugares por mano de los Sacerdotes. Finalmente se ajustó la paz, que puso término á tantos males, el dia diez y ocho de Setiembre en el castillo de Crespy en el Valois, donde el César estaba acampado, firmando los primeros el tratado Gonzaga y Anebaldo, los Reyes de armas, y despues de estos el César y el Rey. Fuéron entregados en rehenes los Cardenales de Lorena y Mendonio, Agnodeo hijo de Anebaldo, y el Conde de Valois. Guzman que habia sido el primer móvil para conciliar la paz, fué recompensado liberalmente por el Rey con rentas eclesiásticas en premio de su mérito; pero muy luego le despojó de ellas, y le arrojó de Francia, atribuyéndole el crímen de que en sus cartas descubria al César los secretos de la Corte, como lo dice un Autor que despues le trató con mucha familiaridad en Venecia.

Antes que se finalizase el tratado envió el César á Antonio, Obispo de Arras, hijo de Perenoto, para que diese noticia del negocio de la paz á Enrique Rey de Inglaterra, que sitiaba á Bolonia. El Ingles, aunque lo llevó á mal, respondió: „que no envidiaba „al César su fortuna: que se alegraba en gran manera que la guerra y la paz se hubiesen hecho conforme á sus deseos; pero que habia resuelto de antemano no dexar las armas, hasta que consiguiese „las mayores y mas completas ventajas". Habiendo recibido el César esta respuesta, se apresuró á concluir la negociacion baxo de estas condiciones: que sepultadas del todo las anteriores discordias, hubiese una paz perpetua entre el César y el Rey: que prometiese el César su hija al Duque de Orleans, y que diese á la Esposa en dote el dominio de Flandes, con el título de Reyno; y que si no tuviese efecto, casase con la hija de su hermano Don Fernando, dándole la Lombardía con el mismo nombre. Añadiéronse varias precauciones para el caso de morir uno ú otro de los consortes; pero el César, para deliberar sobre esto, pedia el término de ocho meses, á fin de explorar entretanto las voluntades de los Príncipes Don Felipe y Don Fernando; y que pasado este tiempo se obligaba á que se celebrase el matrimonio con una de las dos Princesas en el espacio de quatro meses: que si cediese la Lombardía, retendria para sí las fortalezas de Milan y de Cremona hasta que naciese hijo varon de aquel casamiento: que el Frances restituyese al Savoyano las ciudades que le habia tomado en el Piamonte; y que custodiase con sus tropas las fortalezas que eligiese interin que el César retuviese otras en Lombardía: que fuesen restituidas de buena fe las ciudades que recíprocamente se habian tomado despues de las treguas establecidas en Niza: que además renunciasen los antiguos derechos y pretensiones, á fin de que no quedase causa alguna para renovar la guerra; y que habian de juntar sus fuerzas contra el Turco y los Hereges. Estos fuéron los principales articulos del tratado. En el mismo

dia en que fué proclamada la paz vino el Duque de Orleans á abrazar al César, y fué recibido con muchas muestras de regocijo, y tratado espléndidamente. Bura y Reux que continuaban todavía en el sitio de Montrevil, tuviéron órden para retirarse. Los Españoles y Alemanes que estaban discordes entre sí, fuéron enviados por diversas partes, para evitar que no tuviesen algun encuentro. Sande con su tropa se encaminó á Ungría, y los demas á España. Pero estos no pudiendo sufrir el ocio, como nacidos para la guerra, luego que llegáron á Inglaterra, se alistáron en las banderas del Rey Enrique, á cuyo servicio pasáron tambien, con permiso del César, el Duque de Alburquerque Don Beltran de la Cueva, hombre muy experto en la ciencia militar, y su hijo Don Gabriel, que tanto contribuyó á la toma de Bolonia. El César, habiendo despedido su exército se retiró á Flandes con el Duque de Orleans su futuro yerno, y los rehenes. Nortfolc se trasladó desde Montrevil al Campo del Rey de Inglaterra, para que con la retirada de sus socios no le oprimiesen los Franceses, que se encaminaban á aquella ciudad. Despues de un sitio de cincuenta y ocho dias fué entregada Bolonia por su Gobernador Verbin; y habiéndola asegurado el Ingles con una buena guarnicion, y todas las provisiones necesarias, se restituyó felizmente á Londres con su exército y armada en el mejor estado.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

TOMO OCTAVO.

LIBRO I.

CAPITULO PRIMERO. *De la proclamacion de Cárlos primero, Rey de España.* Pág. 7.

CAP. II. *Algunas sediciones apaciguadas, y tratado de paz con Francia.* 15.

CAP. III. *De la llegada del Rey á España, y muerte del Cardenal Ximenez.* 21.

CAP. IV. *De la guerra contra Homich, y eleccion de Don Cárlos al Imperio.* 28.

CAP. V. *De la pérdida de una armada Española en las costas de Argel, y sublevaciones en Castilla.* 34.

CAP. VI. *Principio de las ruidosas y sangrientas sediciones y tumultos de los Comuneros.* 42.

CAP. VII. *Continuacion de las sublevaciones y guerras civiles de los Comuneros.* 49.

CAP. VIII. *Descubrimiento de algunas Provincias de las Indias, y viage de Hernan Cortés.* 56.

CAP. IX. *Sucesos de los Portugueses en Africa y en las Indias Orientales.* 66.

CAP. X. *Prosiguen las guerras de las Comunidades de Castilla y Valencia.* 70.

CAP. XI. *Alianza del Rey Don Cárlos con Enrique VIII. de Inglaterra, y principios de la guerra entre España y Francia.* 81.

CAP. XII. *Ríndese Valladolid al César. Turbulencias de Toledo. Victoria de los Españoles contra los Franceses en Navarra.* 86.

CAP. XIII. *Muerte de algunas personas ilustres: sucesos de la guerra de los Franceses.* 91.

CAP. XIV. *Guerra de Italia entre el César y el Rey*

de Francia. Victorias de las armas Cesareas y Pontificias. 94.

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO. *El Cardenal Gobernador de España es electo Sumo Pontífice. Continúa la guerra de Italia.* 101.

CAP. II. *Vuelve el César á España Apacigua las sediciones de los Comuneros, y castigo de los principales autores de ellas.* 107.

CAP. III. *Liga entre el César, el Pontífice y otros Estados contra los Franceses: derrotas de estos en Italia: muerte de Adriano VI, y eleccion de Clemente VII.* 114.

CAP. IV. *Conquista de la ciudad de México por Hernan Cortés.* 121.

CAP. V. *Continuacion de los hechos de Cortés y de los Españoles en las Indias. Sucesos de los Portugueses en Asia.* 129.

CAP. VI. *Procura el Papa hacer en vano la paz entre el César y el Rey de Francia. Prision de este en la batalla de Pavía.* 136.

CAP. VII. *Es conducido á Madrid el Rey Francisco. Rebelion de los Moriscos de Valencia.* 145.

CAP. VIII. *El Rey Francisco es puesto en libertad. Casamiento del César en Sevilla con Doña Isabel hija del Rey de Portugal. Vuelve á encenderse la guerra en Italia.* 153.

CAP. IX. *Prosigue la guerra de Italia. Liga del Pontífice y otros Príncipes contra el César. Asalto de Roma por Borbon.* 162.

CAP. X. *Negociaciones inútiles para ajustar la paz. Sitio de Nápoles por Lautrec.* 170.

CAP. XI. *Prosigue la guerra contra la Francia. Revoluciones de Flandes. Continuacion de los hechos de Cortés, y de los Portugueses en las Indias.* 180.

CAP. XII. *Sitio de Milan por los Venecianos, y sucesos de las armas Imperiales y Francesas. Reconcilia-*

cion del César con el Papa. Paz de Cambray. 191.

CAP. XIII. *Coronacion del César en Bolonia. Guerra de Florencia, y restablecimiento de la familia de Médicis en el dominio de Toscana.* 200.

CAP. XIV. *Viage del César á Alemania. Liga de los Príncipes Luteranos en Smalcalda. Eleccion de Don Fernando hermano del César en Rey de Romanos.* 210.

CAP. XV. *Expedicion de Doria contra los Turcos. Sucesos de Nueva-España y demas partes de América.* 217.

CAP. XVI. *Navegacion de Pizarro y Almagro, y descubrimiento del Perú. Prision de Atabualpa en Cajamalca.* 228.

CAP. XVII. *Sucesos de los Portugueses en la India. Conferencia de Bolonia entre el Papa y el César. Vuelve éste á España.* 238.

LIBRO III.

CAPITULO PRIMERO. *Eleccion del Papa Paulo III. Expedicion del César á Tunez. Toma del castillo de la Goleta y de la ciudad.* 248.

CAP. II. *Toma Aradino la isla de Menorca. Muerte de Esforcia. Pretensiones del Rey de Francia sobre el Estado de Milan y la Savoya. Guerra con este motivo.* 259.

CAP. III. *Entra el César con su Exército en Francia. Sitio de Marsella. Viage del César á España.* 266.

CAP. IV. *Expediciones marítimas de Cortés. Descubrimientos en varias partes de América. Sucesos del Perú. Muerte de Atabualpa.* 273.

CAP. V. *Sucede á Atabualpa su hermano. Hace Pizarro elegir Rey del Cuzco á Mango Capac. Viage de Velalcazar, Almagro y Alvarado á Quito. Fundacion de Lima.* 281.

CAP. VI. *Guerras de Flandes, y del Piamonte. Invasion del Turco en las costas de Italia. Treguas del César con el Rey de Francia.* 292.

CAP. VII. *Liga contra el Turco. Júntanse en Niza el*

César, el Rey de Francia, y el Papa, y ajustan treguas por nueve años. Cortes de Toledo. Muerte de la Emperatriz. 300.

CAP. VIII. *Principios de la heregía de Calvino en Francia. Sitio y toma de Castel-Novo por Aradino General de la Armada Turca.* 310.

CAP. IX. *Confirma el Pontífice la Compañía de Jesus. Muerte de algunas personas ilustres. Victoria naval ganada por los Españoles á los piratas Moros.* 319.

CAP. X. *Discordias entre el Virey de México y Cortés. Guerra civil en el Perú. Viage de Orellana por el rio de las Amazonas.* 325.

CAP. XI. *Sucesos de los Portugueses en la India, y en las islas Molucas. Sitio de la fortaleza de Diu.* 337.

CAP. XII. *Dieta de Wormes y otros sucesos. Viages del César á Italia. Sus preparativos para la guerra de Argel, y éxîto desgraciado de esta empresa.* 343.

CAP. XIII. *Alianza del Rey de Francia y otros Príncipes contra el César. Guerra del Piamonte y de Flandes. Sitio de Perpiñan por los Franceses.* 352.

CAP. XIV. *Jura del Príncipe Don Felipe en Aragon y Cataluña. Alianza del César con el Rey de Inglaterra. Pasa el César á Alemania. Toma de la ciudad y fortaleza de Duren.* 358.

CAP. XV. *Los Franceses hacen la guerra en Flandes. Sucesos del Piamonte, y de Savoya. Casamiento del Príncipe Don Felipe.* 367.

CAP. XVI. *Prosigue la guerra en el Piamonte, y sus varios sucesos. Batalla naval entre la Armada Española y la Francesa en las costas de Galicia.* 374.

CAP. XVII. *Recobra el César la Provincia de Luxemburgo, y otras Plazas. Sucesos prósperos de las Armadas del César en Francia. Ajústase la paz entre los dos Príncipes.* 379.